Relatos

Enrique Bernardo Núñez

Edición Crítica

Alejandro Bruzual

Obras Reunidas

2

CELARG
Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos



Relatos

OBRAS REUNIDAS



Enrique Bernardo Núñez

Relatos

Enrique Bernardo Núñez

Edición crítica
Alejandro Bruzual

OBRAS REUNIDAS

2

CELARG CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE RÓMULO GALLEGOS

CELARG
CENTRO DE ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE
RÓMULO GALLEGOS

Enrique Bernardo Núñez
Obras reunidas
Relatos

© Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos
y del Caribe Rómulo Gallegos (Celarg)

© Edición crítica a cargo de Alejandro Bruzual

Primera edición, 2026

© Foto del autor:
Cortesía Biblioteca Nacional de Venezuela, Archivo Audiovisual,
División de Obras Planas. Caracas, 1949

Producción editorial, diseño y diagramación:
José Gregorio Vásquez

Diseño de portada:
Alejandro Calzadilla

Corrección y revisión de textos:
Mirian Colón, Yhoiner Parras,
Pablo Ruggeri y Mauricio Vilas

Hecho el Depósito de Ley:
Depósito Legal: DC2026001940
ISBN Obra completa: 978-980-399-093-0
ISBN Volumen: 978-980-399-096-1

Celarg, Casa Rómulo Gallegos,
Altamira, Caracas
República Bolivariana de Venezuela
Noviembre, 2026

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

ÍNDICE

Presentación 9

Introducción 13

Nota editorial 21

Relatos 25

[I]

El monje Fabián 29
Satán en el siglo xviii 31
En el circo 33
Fuenteseca 35
Nocturno de verano 57
Pesadilla 61
Puesta de Sol 63
La Insurgente 67
El juicio de Joab 89
La canción de Pierrot 91
La que no tuvo azahares 95
El proyecto de Carlos Díaz 101
El sembrador 105
Bajo la noche tropical 109

La rodela 115
La selva de piedra 119
Sebastián Barriga o fragmentos de unas memorias 123
¿.....? 129
El crimen de una telefonista 131
El canto lejano 135
La perla 141
La ninfa del Anauco 147

[II]
Don Pablos en América. Tres relatos 171
Martín Tinajero 173
El rey Bayamo 185
Don Pablos... 197

[III]
Servicio de Aguas (5-7-4-7) 203

[IV]
Un día de 1916 235
La herencia 237
La amistad de Fajardo 241
El tesoro de Guaicaipuro 251
Regreso 259
Escenas de la fundación de Santiago León de Caracas 261
Concierto Sacro 273
La hoja fósil 289
El gabinete de la celebridad 297

Notas 307

PRESENTACIÓN

La publicación de las *Obras reunidas* de Enrique Bernardo Núñez recupera para el pueblo, para el campo académico y para la historia, el trabajo de uno de los escritores sobre los que se fundamenta la renovación de la literatura en la Venezuela de finales de los años veinte, conjuntamente con Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri. Sus innovaciones conceptuales y estéticas se adelantaron a estilos más tarde en boga, como *el realismo maágico, la nueva novela histórica* y el neorrealismo. Y en sus ensayos se encuentran categorías de pensamiento propias, propicias para nuevas lecturas del tiempo presente.

Narrador, ensayista, historiador, periodista, primer cronista oficial de la ciudad de Caracas y miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, Núñez construyó una obra que aporta elementos para comprender el país que fuimos y el país que somos. Su esfuerzo intelectual le ha valido un reconocimiento nacional que es ya unánime. Pero la mayor parte de su creación ha estado fuera del alcance del público, en parte por haber quedado dispersa en diarios y otras fuentes similares, y en parte porque muchas de sus ediciones fueron muy precarias y no profesionales. Esto también ha impedido que pueda trascender nuestras fronteras.

La edición crítica que ahora presentamos, realizada por el doctor Alejandro Bruzual, investigador de nuestra institución, reúne una amplia y cuidadosa selección e incluye un exhaustivo estudio biobibliográfico que aborda una nueva lectura de su obra,

con el fin de ubicar cada texto en el marco de producción intelectual de su época y establecer un diálogo con la dispareja recensión crítica que ha recibido. Cada volumen incluye presentaciones y notas críticas que dan cuenta de las particularidades de los textos, de la forma como fueron leídos, de su contexto, de las decisiones del autor, entre otros aspectos.

Reeditar la obra de nuestros clásicos es para el Celarg un compromiso central. No solo porque ofrece la ocasión de renovar su lectura, sino porque representa un aporte fundamental al pensamiento y la comprensión de Venezuela y de Nuestra América toda.

INTRODUCCIÓN

Con base y argumentos suficientes, la crítica venezolana ha propuesto que la renovación de la literatura nacional durante la década de 1920, a diferencia de otros países latinoamericanos, se verificó primero en la prosa breve que en la poesía. El cuentista Julio Garmendia y el poeta José Antonio Ramos Sucre pavimentan ese camino, según se ha repetido, que llega a Arturo Uslar Pietri y la revista *válvula*. Sin embargo, no se ha dado cuenta de la contribución fundamental de los cuentos de Enrique Bernardo Núñez, aparecidos en la prensa de esos mismos años, en particular, *Don Pablos en América*, los tres relatos escritos entre 1923 y 1928, que fueron publicados en 1932.

En este volumen se puede seguir de manera cronológica la forja escrituraria que llevó al autor, de relato en relato, desde el fracaso de su primera novela, *Sol interior*, en 1918, hasta la brillante madurez de *Cubagua*, en 1931. Los textos narrativos posteriores –también incluidos aquí–, algunos relacionados con su oficio de historiador, no lograron desdibujar la temprana renuncia a su proyecto literario que significó el *performance* destructivo que hizo naufragar los ejemplares recién publicados de su última novela, *La galera de Tiberio*, en 1938, en las aguas del río Hudson.

En efecto y más allá de las peculiaridades de cada relato, se hace evidente que durante esos años el escritor moldeó herramientas y abordó inquietudes estilísticas y temáticas con las cuales perfiló el pensamiento que lo caracterizaría desde entonces. Su

concreción primera fue «La Insurgente», de 1924, el texto más importante de lo que puede definirse como una primera etapa. La idea de la trama y algunos rasgos psicológicos provienen de manera abierta de las Causas de Infidencia, los juicios de fidelidad de bando que llevaron a cabo los realistas a la caída de la Segunda República. Núñez, que casi no trató el tema de las guerras de independencia, plantea en este cuento la problemática del momento a través de un circunstancial fracaso. Y para ello, propone un cruce de literatura e historia que partía de su propia novela *Después de Ayacucho*, de 1920, en la cual los vacíos de la documentación del pasado se colman con una ficción llena de personajes.

Teresa Heredia «la Insurgente» es una «aplanchadora» del más bajo estrato social, que utiliza las armas de una feminidad rebelde y no reprimida, sin negar su dignidad de mujer, para poner la conquista amorosa en función del bando patriota. Destaca por la precocidad feminista de sus posiciones, pero también anuncia una modernidad que irrumpe precozmente en medio de la sociedad patriarcal y tradicionalista de los años del gomecismo. Heredia está alejada de los personajes femeninos más reputados de entonces, de las frustraciones sentimentales y clasistas que caracterizaron a Ifigenia, en la novela homónima de Teresa de la Parra, y a Victoria, en *La trepadora* de Rómulo Gallegos. También es radicalmente distinta a las posteriores Doña Bárbara y su hija Marisela. La actitud erótica y desenfadada de Heredia desestabiliza la idea de la pareja conciliadora y fundante, que se ha propuesto para entender buena parte de la narrativa latinoamericana del siglo XIX y principios del XX, precisamente porque profundiza la carga libertaria de su género. La agencia rebelde de «la Insurgente», manipulando a los hombres y llevando la trama a concentrarse en ella como objeto del deseo, la conduce a la cárcel y al exilio, convirtiéndola en el único antecedente reconocible de la indígena Nila Cálice, del mismo Núñez.

De ese primer conjunto de relatos destaca también «La perla», por la construcción de sus personajes y la conducción de la trama. Basado con ligereza en su cronotopo, algún crítico estableció vínculos con *Cubagua*. Sin embargo es «Bajo la noche tropical» el que anticipa las peripecias del futuro ingeniero Ramón Leiziaga en la «isla de las perlas». Concebido durante la estancia

del autor en la principal isla del país, en 1925, allí se encuentran rastros indiscutibles del proyecto inicial de la novela, con el protagonista como narrador representado en primera persona.

Por su parte, «La ninfa del Anauco», de infeliz título heredado de deidades literarias venezolanas del siglo anterior, fue su cuento más conocido, gracias a la porfiada recepción negativa que despertó desde muy temprano. No obstante, presenta motivos que se harían frecuentes en la escritura del autor, como el del fracaso y la vida derrotada, la destrucción de la obra artística (¿*La galera de Tiberio*?), el conflicto social o las diferencias estamentales como fuerzas determinantes de las tramas. «Canto lejano», en cambio, interesa por la discusión sobre una posible «literatura nacional», que prosigue la escenificada en *Ídolos rotos* de Díaz Rodríguez y en *Reinaldo Solar* de Gallegos. En el caso de Núñez, en el desarrollo de su acción se revela su propuesta de una literatura que busca privilegiar la rebeldía popular por encima de la captura superficial de un modo de ser y de hablar, además de que critica directamente al criollismo a través de una discusión paródica.

Los tres relatos de *Don Pablos en América* definieron el primer logro literario y definitivo del narrador, un *tour de force* escritural que acompaña a la inmediata *Cubagua*. Inmerso en la escritura de sus textos breves, parece haber detenido estos «tres relatos», que había iniciado en Caracas, buscando despojarse de cierto fárrago estilístico, y resolver las peripecias picarescas y americanas del Buscón, «llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños», de Francisco de Quevedo. Fue en Margarita, una vez más, donde logró la síntesis, cuando por una casualidad buscada se topó con las crónicas del conquistador y religioso español Pedro de Aguado. De la sorpresa de su lectura, que se confundía con impresiones de la cotidianidad de la isla, tomó elementos básicos para su novela y dos de estos relatos: el místico asesino de indios Martín Tinajero, y un rey cimarrón triunfante conocido como Bayamo, o mejor, su ascenso y su caída. En un mismo impulso, convirtió «Bajo la noche tropical» en el proyecto realizable de *Cubagua*, que escribiría unos años más tarde, apenas concluido *Don Pablos en América*. De este modo, antes de concretar el análisis socioeconómico poscolonial que ofrece la novela, pensaba con sus relatos en la constitución

psicosocial del sujeto continental, centrándose en la figura y el comportamiento de un pícaro triunfante que se hace herencia y hegemonía, desde entonces y hasta el presente.

La decisión de titular la trilogía con el nombre del Buscón, en un gesto aglutinante de tres personajes y tres cuentos, y el hecho de que fueran los únicos que publicó como definitivos, permiten asumir el doble *post scriptum* metanarrativo de «Don Pablos» como conclusión también del libro todo. Así, estrecha la unidad de sentido que existe entre la novela española y estos textos, en lo estético y en su basamento histórico, entendiendo la sociedad americana como un continuo lleno de contradicciones. Núñez da forma, entonces, a una de las primeras concreciones continentales del *realismo mágico*, todavía no formulado, aprovechando los recursos intelectuales de su momento literario, y de la *nueva novela histórica latinoamericana* que apenas asomaba. Incluso, anuncia la narrativa posmoderna muy lejana, invalidando la percepción de que meramente anticipó las vanguardias históricas o de que fue un predecesor solitario anclado en un pasado silencioso. Hoy se entiende que su exclusión del canon venezolano se debía paradójicamente a lo distinto de su propuesta, alejado de lo que se publicaba en ese tiempo. Durante décadas, la crítica permaneció ciega ante su personalidad intelectual y literaria, quizás con argumentos más *ad hominem* que propiamente estéticos.

Una de las sorpresas que ofrece este volumen es «Servicio de Aguas», obviando las aprensiones que pueda acarrear el ser reconstrucción y resto de un fracaso artístico. Luego de infructuosos intentos por conseguir trabajo en una empresa privada o en la administración pública, y hasta con deseos de retornar a la Cancillería, donde había cumplido ocasionales funciones de secretario, se vio forzado a aceptar un cargo de telefonista y receptor de reclamos en la Superintendencia de Aguas de Caracas, también conocida como Servicio de Aguas, entre 1934 y 1935. Allí, se acercó a los obreros y a los más humildes empleados de la empresa, contrastando las desigualdades sociales que se abrían ante los privilegios de los jerarcas del régimen (entonces gomecista), y los cambios de fortuna de gente venida a menos, por azares más bien provocados. Él mismo sufrió la tiranía de sus jefes, mientras rendía sus pocas propiedades ante casas de empeño y prestamistas, con lo que solo consiguió incrementar sus deudas. El ya autor de dos

de las novelas más sorprendentes de nuestra literatura se amparó en una precaria libreta en la cual fue anotando, en tono de diario, las quejas de los usuarios, las reflexiones sobre sus compañeros de infortunio, sus impresiones sensibles durante las jornadas diarias, y hasta alguna ilusión erótica. Es un bizarro texto autorreferencial, ajeno al resto de su catálogo, del cual está ausente todo lo privado. Aquí, en cambio, muestra su amargura y su tristeza, la insatisfacción creciente ante el destino social del país, aspectos que ratificaron quienes lo conocieron, sin comprenderlo. Años más tarde y quizás en mejores momentos, trasvasó sus apuntes a una narración continua, sin alterar el *pathos* de lo que había sido una experiencia intensa, y luego extrajo de ella dos artículos de prensa. Sin embargo, como con otros esbozos de novela de esos años, ya no tendría energía ni tiempo para desarrollarla, conservándose apenas como otra escritura en ruina.

Se rescatan también algunos capítulos de «Atardecer sobre el mundo», su último esfuerzo narrativo, del cual publicó en prensa los extractos aquí incluidos, mientras destruía todo lo que había avanzado. Estos textos tienen notables similitudes con sus dos últimas novelas, mostrándose un evidente parentesco entre el Leiziaga de *Cubagua* y Albimanus, uno de los protagonistas de lo que hubiera sido una novela petrolera, tan contradictoriamente escasa en el país. Una vez más Núñez delata el arribismo, la corrupción, el antinacionalismo, pero no los entiende como hechos estructurales de una conformación histórica determinada, ni como una suerte de «castigo original» de la nación, sino como depravaciones que afectan el sentido de lo nacional y atentan contra el bienestar colectivo, llegando a tergiversar y hasta impedir toda aspiración de cambios profundos en nuestra sociedad.

Hay que señalar que la decisión de reunir sus relatos está respaldada en sus propios archivos, donde se conservan dos carpetas organizadas bajo sendos índices mecanografiados, al parecer de la década de 1920, que incluyen buena parte de lo aquí presentado. El primero supone unas sesenta páginas y diecisiete textos, más uno que agrega a mano. De ellos se desconocen siete, y el resto no es propiamente ficción, algunos cercanos a la crónica y otros que pueden entenderse como ensayos cortos o periodísticos. El segundo índice incluye apenas cinco cuentos extensos, como «La ninfa del Anauco» y «Canto lejano». Es relevante que

allí aparezcan el primer vestigio de lo que sería el relato «Don Pablos en América» (en la publicación titulado «Don Pablos...») y «En Cubagua», la primerísima versión de su novela, incluso anterior a «Bajo la noche tropical». Ambos fueron tachados de la lista quizás al momento de su transformación en obras independientes. Según la numeración de sus páginas, eran más extensos, pero apenas se conserva un folio de cada uno de ellos: del primero, el final que convierte en las dos notas posteriores a la datación, todavía con carga diegética; y del segundo, una introducción que pasa a ser la base de desarrollo del segundo capítulo de *Cubagua*.

Estas *Obras reunidas* satisfacen la ilusión de relanzar al mundo la labor intelectual de Núñez con esfuerzo totalmente venezolano y desde Venezuela, por demás, ajeno a cualquier intervención de inteligencia artificial. Contamos con la cooperación de la Sección de Libros Raros, Manuscritos y Archivos Documentales de la Biblioteca Nacional de Venezuela, que custodia buena parte de los materiales supervivientes del autor. Damos cuenta del constante apoyo recibido de la editorial La Castalia. Reconocemos la colaboración de alumnos y tesistas de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, así como de pasantes editoriales en el Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos (Celarg), institución donde desarrollamos este estudio durante más de década y media, y ahora concretamos en ella su publicación. De manera especial queremos recordar a la hija del escritor, Carmen Elena Núñez, quien nos ofreció su amistad durante muchos años, poniendo a nuestra disposición sus archivos personales y sus recuerdos, convencida de que un día llegaríamos a cumplir con este proyecto: el de darle a Enrique Bernardo Núñez la dignidad editorial y la difusión que su apasionado esfuerzo venezolanista merecía.

Nota editorial

Reeditamos aquí todos los textos narrativos de Enrique Bernardo Núñez recopilados por Néstor Tablante y Garrido, que publicó Monte Ávila Editores Latinoamericana bajo el título de *La insurgente y otros relatos*, en 1997. De ellos ofrecemos sus versiones periodísticas, en particular de los años veinte, ya que fueron las únicas que aparecieron en vida del autor. Para corregir y establecer los textos-base, los cotejamos con los materiales que se han conservado en sus archivos, y se comparan sus versiones si fueron publicados en más de una oportunidad.

Sumamos unos pocos escritos inéditos, y se reconstruyen «Servicio de Aguas» y «El tesoro de Guaicaipuro», directamente de los originales. El primero se basa en el borrador mecanografiado de la narrativización que hizo Núñez de unos apuntes que redactó mientras trabajaba como telefonista y receptor de reclamos del Servicio de Aguas, entre 1934 y 1935. Con ese material, el autor escribió dos artículos periodísticos aparecidos en Caracas (como todos los demás, si no se indica otra ciudad) con títulos similares: uno breve, en *El Heraldo*, el primero de octubre de 1936, en el cual se refiere al texto original como «un legajo inédito»; y otro en *El Nacional*, el 29 de marzo de 1946, con la parte ficcional notablemente reducida, pero no eliminada del todo. En cuanto al texto sobre el cacique Guaicaipuro, se cuenta con numerosísimas variantes manuscritas y mecanografiadas, producto del trabajo de una posible novela sobre la visión indígena de la Conquista, que

incluiría otro capítulo dedicado a Sorocaima, apenas esbozado, y uno al conquistador mestizo Francisco Fajardo, sobre quien trató en varias ocasiones. Aquí se suman lecciones y extractos de las diversas fuentes, incluso algunas tachadas.

Existe un manuscrito de «La Insurgente» muy alejado de la versión definitiva, que se conserva muy intervenido, con numerosas correcciones. De «La amistad de Fajardo», se tienen versiones manuscrita y mecanografiada cercanas al relato definitivo. Cotejamos la última versión aparecida en la *Revista Shell*, en diciembre de 1952 (que usamos como texto-base), con una anterior de *El Nacional* del 3 de agosto de 1947. En cuanto a «La ninfa del Anauco», se conservan un manuscrito primero, muy incompleto y dañado, así como un tapuscrito posterior con leves cambios, en particular de pronombres de complemento indirecto pasados a directo, supresión de algunas frases y sustitución de palabras. Ofrecemos su versión seriada publicada en el diario *La Esfera*, del 28 de junio al 4 de julio de 1931, pero se ordena en el conjunto según la fecha en que apareció en *Cultura Venezolana*, en 1928, por ser la primera. En uno de los dos índices supervivientes colocó como título del posible libro «La ninfa del Anauco (novelas)», con el subtítulo corregido a mano y sustituido por «nuevos relatos», seguramente al incorporar otros de cierta extensión como «Fuenteseca» y «Canto lejano», y dos que todavía no han sido localizados: «Una noche de febrero» y «El soldado Julián».

De «Bajo la noche tropical», origen de *Cubagua*, ofrecemos aquí la versión aparecida en *Billiken*, el 15 de noviembre de 1940, que es la última que se conoce, y la contrastamos con la primera publicada en *Élite*, el 22 de diciembre de 1928. Tablante y Garrido la ubicó según la fecha de esta primera aparición, pero la trasladamos al lugar cronológico que corresponde a su escritura en la isla de Margarita, en 1925. Mantenemos la decisión de este bibliógrafo de incluir aquí el guion televisivo de «Escenas de la fundación de Santiago León de Caracas», sin ser propiamente un relato, por su interés y estrecha relación con el resto del corpus. Fue transmitido el 22 de julio, como programa de televisión, y luego apareció en *El Nacional*, el 25 de julio de 1956, que se toma como texto-base, y se coteja con un tapuscrito que se conserva, como casi todos, en la Biblioteca Nacional

de Venezuela, así como con unas pocas páginas que muestran variantes previas.

A «La hoja fósil» y «El gabinete de la celebridad», capítulos de la que fue su última novela inconclusa «Atardecer sobre el mundo», les sumamos secciones provenientes de los tapuscritos que ayudan a entender su sentido, si bien muestran numerosas correcciones a mano, variantes repetidas y sin orden, que evidencian el debate del autor con el texto. Algunas se incluyen en el cuerpo y otras, en las notas finales.

Don Pablos en América. Tres relatos fueron los únicos que Núñez convirtió en libro, impreso en 1932, en los talleres capitalinos de la Editorial Élite. Utilizamos esa edición como texto-base, pero se corrige contrastando el relato «Don Pablos en América» con la versión aparecida en el diario *El Heraldo*, el 10 de marzo de 1928; la de «El rey Bayamo» con la incluida en *La Estrella de Panamá*, de Ciudad de Panamá, el 15 de marzo de 1931, y la de «Martín Tinajero» con las publicadas en Caracas en *La Esfera*, desde el 4 al 7 de junio de 1931; en *El Nuevo Diario*, los días 29 y 30 de septiembre de 1932, y en la edición aniversaria de *El Heraldo*, del 16 de julio de 1937.

Las notas a pie de página son todas del autor. En nuestras notas críticas finales, además de comentarios, incluimos variantes con interés interpretativo que ayudan a una mejor comprensión de las intenciones del texto y del proceso de su escritura. Estas van sin comillas ni puntuación extra para no confundir como se encuentran en las fuentes, agregando palabras de anclajes al cuerpo del texto, ya que no es siempre evidente su ubicación. A cada relato se le coloca las fuentes periodísticas de donde proviene el texto-base, en nota al final de cada uno de ellos, dándoles preferencia a sus últimas publicaciones; y se ofrece lugar de escritura y fecha, si fueron indicados por el autor. En cuanto a los escritos inéditos, ofrecemos solo fechas, las que permiten ordenar todo de manera cronológica. Dividimos el conjunto en cuatro secciones, siguiendo una cierta unidad no solo estética sino biográfica, buscando propiciar una clara percepción de la evolución estilística y temática del autor.

Corregimos errores ortotipográficos evidentes, y se resuelven inconsistencias en el uso de comillas, guiones, paréntesis y mayúsculas. Se regularizaron énfasis en cursivas y palabras en

otros idiomas. Atendimos también la ortografía de onomásticos, toponimias y vocablos extranjeros. En la mayoría de los casos se mantiene su puntuación, si bien se agregan comas imprescindibles, en particular en los incisos.

Abordamos estas obras reunidas solo luego de haber finalizado un extenso trabajo crítico sobre el autor y su obra, incluido también en esta colección. Gracias a esto podemos reducir la introducción de cada volumen, ya extenso de por sí, y más bien fortalecer las notas críticas, con miras a convocar una lectura más profunda.

A. B.
Caracas, 2026

RELATOS

[I]

EL MONJE FABIÁN

Pocos tan afortunados como fray Fabián, monje benedictino que vivió en el siglo XII.[1]

Escribió un poema de nueve mil versos, según testimonio de los eruditos. El ingenuo argumento le sirvió para tejer alabanzas a los héroes cristianos. Son vírgenes nobles, reyes piadosos que invocan al Señor antes de las batallas. Por todas partes salas góticas, castillos y catedrales. En vez de la flauta armoniosa suena el cuerno de caza, a cambio de las palomas que decoran las fuentes, los graves halcones meditan en sus varales.

Cuando fray Fabián dio por terminado su poema, tenía setenta años. Algunos versos fueron suprimidos por el prior y otros a fuerza de ser artificiosos quedaron secos, rígidos, inexpresivos.

Pero la sencilla intención del fraile tuvo diversas interpretaciones y las edades disputaron sobre la verdadera significación del poema. Se hallaron ideas ocultas encerradas en los símbolos y palabras de virtud milagrosa. Muchos gastaron la vida en descubrirlos, meditando junto a los códices en bibliotecas y deseosos de hallar datos exactos sobre la vida del poeta que olvidó decir algo de su paso por el mundo. Y fray Fabián fue unas veces un conde guerrero que cambió sus proezas por el silencio del claustro, otras un hechicero o un monje libertino. Sobre esto se escribieron centenares de volúmenes y sus autores ganaron fama de doctos.

Así fue como la gloria de fray Fabián creció con el tiempo y vino a tener por fundamento pirámides de libros, cuyos autores sí

demuestran mucha indignación, que no lograron penetrar nunca en la sencilla intención del fraile poeta.

1920

SATÁN EN EL SIGLO XVIII

Satán se apareció al magistrado Lucio cierta noche de 1770.[2] Lucio había perdido en el juego. Con la frente oscurecida por la inquietud contemplaba las cunas donde dormían sus tres hijos. La respiración de los niños formaba un murmullo suave, casi musical.

La faz del ángel sonrió tras él:

—Pide lo que deseas, Lucio. Soy tu dios, pues me adoras en el fondo de tu corazón.

Lucio meditó unos momentos. Deseaba adivinar el porvenir y preguntó si había de vivir mucho.

—Las vidas de tus hijos se te restan a ti, porque está escrito: los hombres, sin creerlo, viven para sus descendientes. El amor es para ellos y estos solo se preocupan de sí mismos.[3]

—Entonces —respondió Lucio con un estremecimiento crispando sus manos en la mesa donde momentos antes apoyaba su frente fatigada— deseo que mis hijos sean el uno político hábil, el otro, prelado, y el tercero, hombre de ingenio… Tú me entiendes.

Satán sonrió de nuevo:

—Dispuesto está, Lucio, y tu deseo no es más que un eco del destino.

Poco después murió Lucio y sus tres hijos se dispersaron. El segundo entró en el sacerdocio. Tenía las manos finas, el rostro uncioso[4] y tanta majestad en sus gestos que contribuía al esplendor del culto. Las palabras tenían en su boca dibujada, con tanta elegancia, el fervor de los besos.

El menor, llamado Lucio como su padre, triunfó al publicar sus primeras tragedias burlescas. En la calle se le ovacionaba. Cuando se representaban sus obras era muy difícil obtener una entrada al teatro y a instancias de la reina, la misma Corte le agasajó.

Toda la obra de Lucio iba contra esa sociedad que le aclamaba. Su escuela hizo pronto numerosos secuaces y comenzó una era de agitación desconcertante.

En tanto, el hijo mayor vivía abstraído, adusto, en completa soledad. Parecía haber heredado la hipocondría del padre. Dedicaba sus largas vigilias a la meditación y a componer un sistema, que según él debía contribuir a la felicidad de los hombres. Hablaba solo. El brillo de su mirada contrastaba con la palidez de su rostro.

—Este —decía la madre— sufre.

Y en verdad que sufría.

De improviso los sucesos vinieron a sacarlo de su retiro. Las obras de Lucio formaron el espíritu de su época y él y sus discípulos prepararon una siniestra revolución. El pueblo se volvió contra todo lo que hasta entonces había respetado; derribaron los viejos ídolos y el incendio consumió todas las cosas consagradas por el tiempo.

Los trastornos públicos llamaron al poder a Péntalo, el mayor de los hijos de Lucio, que se proclamó dictador. Por órdenes suyas las cárceles desbordaban de gente que salían para el patíbulo. La guerra fue llevada a todas partes. El arzobispo fue inmolado en su capilla privada al mismo tiempo que el poeta Lucio era coronado con una hoja de laurel.[5]

Al fin Péntalo fue derribado; pero aquellos sangrientos sucesos dieron a los actores una fama gloriosa. Péntalo fue tenido como héroe por haber dispuesto el exterminio de sus semejantes; el arzobispo mereció el honor de ser llevado a los altares por haber muerto en defensa de la fe, y en cuanto a Lucio, el menor, se le alzó un monumento. Su rostro de mármol sonríe irónico en medio de un parque donde juegan los niños.

Así se cumplieron los deseos de Lucio y la promesa de Satán.

1921

EN EL CIRCO
(Tarde de apoteosis a Rubito)

Fiesta de sol, fiesta de sangre, rica en color y en belleza.[6] La plaza tiembla con los ecos del circo antiguo.[7] Mantones, claveles, fulgores rojos. En medio de la vistosa pompa suenan los clarines, se acelera el corazón. ¿Y aquel torero por quien se estremece la muchedumbre? Dicen que en todo eso vive el alma de la raza, que donde ostenta mayor pujanza es en esta fiesta y ese torero es un representativo. Tal vez. Puede ser.

Tanto lo aclaman que por su propio valor se sitúa al lado de los héroes, poetas, pensadores, filántropos. Al lado de los lienzos de Michelena y de Rojas, junto a la «Zona tórrida» de Andrés Bello y «La vuelta a la patria», de Pérez Bonalde descuellan sus faenas ante la noble fiera. Ninguno supo más de la miel del éxito, ninguno fue celebrado con tanta admiración, porque es el héroe que con traje de luces vence en la diestra lidia, en el coso sangriento.

Una tarde afortunada, el torero llega a las puertas del circo donde la muchedumbre se agolpa ebria de emoción y de orgullo. Todos se preparan a conducirle en hombros, pero el torero se disculpa e intenta evadir el homenaje. Saluda.

La ola humana se retira, afluye, vuelve con rumor ardiente. Entonces un anciano con la misma gravedad de un ateniense, cuando alzaba su corona de laurel para ceñirla al vencedor en los juegos públicos, se acerca al «fenómeno» y le dice en voz baja:

—¡Déjate llevar, que es por patriotismo!

El héroe se rinde a esta razón y la turba en un clamoreo creciente arrebata a su ídolo. Todos los vocablos admirativos de la jerigonza taurina que conocen los iniciados en el arte máximo brotan de los labios.

—¡Dios le guarde! —dice una vieja desde su ventana.

Y en verdad, que triunfe no solo en Caracas sino en Lima, Arequipa, México, España y brille en el mundo entero de la tauromaquia con ofuscante resplandor. Pues si fracasa, si no supera a los Gallo, Belmonte y Gaona, si su estrella no alumbra en el vértice de la grandeza torera ¿qué habremos de hacer?

Algunos individuos temerarios niegan tales méritos. Pero ellos no saben lo que dicen. Los que tal afirman desconocen la gloria, y los aplausos en el circo pleno y luminoso son las únicas respuestas merecidas.

Hablar contra la fiesta de la raza, fuente de energías al lado de la cual los demás deportes son brutal expresión de barbarie, sería una indignidad, una traición mucho peor que la del conde don Julián. Ninguna persona sensata incurriría en ella para atraer sobre sí el estigma que las dignas muchedumbres reservan a los que hablan mal de sus toros.

El torero es un taumaturgo. Ha quebrantado la indiferencia más recia que las peñas, más grande que el mar y por eso sube al Olimpo inaccesible de los diestros.

Fulgen los trajes de luces, se emocionan las mujeres, hay un revuelo de mantones, de flores, y entre el sol poniente y el clarín que llama a la muerte para la noble fiera hay unión íntima de color y de luz, de sonidos y palmas triunfales.

¡Salve al torero!

Marzo de 1922

FUENTESECA
(Cuadros de la vida en un pueblo)[8]

I

El reloj del pueblo dio las nueve. Ya Aurelio Robles, endomingado, estaba en la esquina de la plaza. Era un joven de veintiséis años y aquel día, el primero que pasaba en Fuenteseca, pues la tarde anterior había llegado con su familia de temporada, según afirmaba. Con aire de fastidio sacudía el filo de sus pantalones muy anchos con un foete y su corbata verde de listas rojas flameaba al viento.

Devotas rezagadas iban a prisa a la misa solemne. Era uno de esos días de octubre en que el sol levanta tras largos días de lluvia. Parecía Robles cansado y sin embargo esperaba la salida de la misa que aún no había comenzado. Vibraban las últimas campanadas.

Sacudió el sombrero, un sombrero gris, y atravesó la plaza en dirección al templo con el aire más aburrido del mundo. Era aquella plaza de cemento con sus pocos árboles, sus dos cuadras de césped y sus escaños dispersos el lujo del pueblo. Los árboles más añosos, unas ceibas corpulentas fueron derribadas por el Jefe Civil, con pretexto de dar más luz al cuadrilátero. Así, todo se volvía seco, sin color, como el pueblo mismo. Quedaban allí un samán y unos cuantos caobos.

En la plaza se reunían todos los círculos del pueblo a murmurar unos de otros. Tenían sus sitios determinados por la costumbre, una costumbre inviolable, señal, aseguraban, de

orden. También se envanecía el pueblo de un casino. Después se fundó otro que dio origen a una poderosa rivalidad, como se verá más adelante.

Por lo demás el pueblo era mísero y parecía extendida sobre él la mala sombra. Tenía un aspecto de aridez, una monotonía tal, que al punto confirmaba su nombre y las leyendas del vulgo. Desde lejos se contemplaban las tapias amarillas, descalabradas de sus solares, pero más allá, al norte y al sur surgían las vegas que daban a los ojos su alegre verdor. Por todas partes caminos polvorientos, bravíos. La naturaleza no dio más a Fuenteseca.

Cuando Robles salió del templo una banda de música tocaba en la plaza. Estaban abiertos los casinos. A cada instante llegaban tranvías, vehículos, llenos de gente de la ciudad.

El señor Lucas Rodríguez, cubierto con cachucha, en la esquina aseguraba que él, el Jefe Civil y otros ciudadanos notables estaban empeñados en dar al pueblo esa animación y una gran importancia social.

Robles estaba a pocos pasos y Rodríguez continuó dirigiéndose a él como si lo conociese. En realidad, deseaba averiguar qué sujeto era. Después le interrogó, informose ampliamente de las miras de Robles, de su familia, donde vivía, etc. A los cinco minutos eran amigos y Rodríguez lo presentó a otros:

—¡El joven Robles!

Llegó Roberto Segovia que estaba también de temporada e hizo en el grupo algunas protestas. El cura estaba indignado con la indiferencia de las gentes; no se recogían limosnas; era evidente el escaso fervor de los fieles. En cambio, los casinos estaban siempre llenos. Se volvieron instintivamente y observaron al cura en bata, cubierto con un gorro negro bordado en oro y los brazos en jarras observando al rebaño disperso, agitado, sin hacer caso a sus enseñanzas. Sin saber por qué, todos se rieron. Era un cura español que no hablaba sino del demonio, del fuego eterno. Segovia se escandalizó de la irreverencia y Rodríguez le dio la razón; pero al volver Segovia la espalda, volvieron a reírse de Segovia, del cura, y Rodríguez afirmó que Segovia era un infeliz, un pobre hombre.[9]

En eso pasó una dama muy bella, recién llegada también, que traía revuelto a todo el pueblo. Los distintos círculos luchaban por atraerla y el elemento femenino la observaba extraordinaria-

mente. En todos los escaños se oían comentarios de mujeres que seguían con la vista a la temporadista. Hablaban sobre su manera de andar, sobre el vestido. Opinaban que no era bonita y otras se preguntaban si tendría dinero. La dama era esposa de un comerciante medio mulato. Ambos ingresaron en los más altos círculos de Fuenteseca.

Robles no pudo menos que lanzar un piropo y Rodríguez le hizo ver que si le oía el Jefe Civil, le expulsaba del pueblo.

—El coronel —observó, mientras se escarbaba los dientes— quiere sanear todo esto de elementos perniciosos. Hay muchos que van a salir de aquí.

—¿Pero aquí no se puede ni decir un piropo? —preguntó Robles sorprendido.

—No. Aquí no se puede hacer nada de eso.

Aquella misma mañana Robles conoció por sus nombres a los notables del pueblo. A los Rizardo, a los Suárez, a los Colona, a los Giuseppi.

—Esa es la aristocracia de aquí —afirmó Rodríguez trazando con el dedo índice una vasta curva.

Estaban en los bancos del centro mostrando sus caras anémicas, de bocas desdeñosas. Parecían mirar a los demás mortales desde una altura increíble. No eran más de treinta. Un joven en traje franela hablaba con todas. Comenzaron a formar parejas. Una de las muchachas tenía el problema de que su hermano era novio de una de las que llamaban de tercera, y pasaban junto a él sin saludarlo. Algunos patinaban.

Intrigado Robles con las instrucciones de Rodríguez, observaba todo el conjunto. Afortunadamente, pensó, su familia había llegado a la Calle Real. Se acercó don Lisandro Pérez y comenzó a pronunciar una especie de filípica contra la sociedad. Todos lo oían silenciosos. La bella dama volvió a pasar y todos la miraron: Rodríguez con cierto temor, Pérez con insolencia mal disimulada, Robles con una sonrisa.

Seguían llegando paseantes. El cura cerró la iglesia. Robles manifestó que estaba encantado de Fuenteseca. Algunas muchachas humildes se aventuraron por el centro de la plaza y esta fue la señal de la desbandada.

A las doce comenzó a sonar una pianola en el «Salón Regio», llamado así porque era de mosaicos, de a bolívar el metro.

Los aristócratas se dirigieron al salón para bailar. La plaza quedó desierta. Robles y otros se situaron a la puerta del «Salón Regio». El novio de la muchacha de tercera clase entró, pues gozaba del privilegio de ir a todas partes, para acompañar a sus hermanas. Rodríguez, que no pertenecía a ninguna casta determinada, pero que se metía en todas, invitó a Robles, a Pérez y a Rizardo a jugar dominó en «La Nata». Pidieron cerveza y comenzó la partida. Rodríguez silbaba el mismo fox de la pianola.

II

Pronto Aurelio Robles se familiarizó con la vida del pueblo. Se levantaba tarde, asistía de noche a las tertulias de «La Nata», a mediodía sentábase a la puerta del «Salón Regio». Por la tarde, a la plaza.

Entre sus primeras amistades tuvo la de Natalia Ruiz. Decían que no era de «lo mejor». La gente principal la trataba, furtivamente, por compromiso, pero con tibieza.

Robles modificó la distribución de su tiempo. Todas las noches, después de comer, iba a conversar en la ventana con Natalia. La gente comenzó a tomar en cuenta aquello y clasificaron a Robles en la categoría «no social».

Robles no dejó de sentirlo y pensó en el desquite. Comenzó a ir tras de los primeros. Lisonjeaba y halagaba sus gustos.

La madre de Robles, viuda dos veces, primero de un comerciante y después de un general del tiempo de Guzmán, veía por los ojos de Aurelio. Este, al verse en necesidad de dinero se dispuso a trabajar con los Rizardo, un hermano de Suárez, y Luis Colona, y formaron una sociedad de corredores. Vendían cortes de paño en la ciudad, buscaban encargos de flores y algunas veces emprendían negocios de más importancia, como la venta de una casa. Nadie, al verlos correr atareados, sudorosos, en busca de encargos femeninos o alrededor del mercado, almorzando con frutas, hubiera supuesto que pertenecían a la aristocracia de Fuenteseca.

***

Aurelio Robles, Manuel Rizardo, Rafael Suárez no ven el paisaje. Menos aún Robles, que cuando atraviesa el camino se hunde el sombrero hasta las narices, se duerme en el tranvía. Los de Fuenteseca solo gustan de la calle gris, las casas recién pintadas, o del casino con su pianola y su cine.

En Fuenteseca había otros que explotaban los mismos negocios de Robles & Co.; pero estos se dedicaban a especulaciones de bolsa. Se daban gran importancia. En el tranvía que comunica al pueblo con la ciudad hablaban en voz alta los temporadistas, porque los de Fuenteseca, aun cuando sean nativos, no renuncian a ese título que les parece elegante. Hablaban de negocios como de otras cosas. Pero los corredores de valores tenían por único tema los millones. Todo se volvía centenares de miles de dólares, evoluciones fantásticas.

Poco a poco, Robles, como todos los que llegaban, se preocupaba más y más de los asuntos del pueblo. En el casino trabó amistad con el director de ese establecimiento, persona muy importante en Fuenteseca, don Cándido Suárez.

Cuando la sociedad de corredores obtenía algún beneficio, suspendía la faena e iba a pasar la siesta en el casino. A veces entre bostezo y bocanada de humo arreglaban el mundo. Robles sintió entonces una ambición sin límites.

***

La plaza, al fondo de la iglesia rodeada de un pequeño altozano y el busto de un ilustre hijo de Fuenteseca. El sol cae de plano. El sirviente de la Jefatura Civil barre despaciosamente. Reúne con deleite montoncitos de hojas que a veces devasta el viento.

Desde el casino, Aurelio Robles y Suárez contemplan la plaza. En realidad, medio dormitan con el sopor. Oyen zumbar las moscas.

Un pájaro se acerca a la fuente pintada de verde. No sale un hilo de agua de la fuente, en cuyo fondo apenas han caído unas cuantas hojas. Y el pájaro vuela desencantado. Cruza una mujer abrumada al peso de una cesta de jojotos, a prisa. Va a tomar el tranvía. La campanilla suena violentamente. Dos perritos se

refocilan en la hierba y otro, jadeante, con la lengua afuera, los mira como en espera de que el otro termine…

Y Robles, Suárez, Rizardo, desperezándose prorrumpen en carcajadas.

***

El lunes vieron volver a Robles cargado de paquetes. En la noche andaba con una vestida estrafalaria que fue un éxito. Rodríguez lo miraba de pies a cabeza sin alcanzar a proferir una palabra. Las del centro se dignaron a inclinar la cabeza y sonreír a su saludo. Natalia se puso orgullosa al verle venir hacia ella. Pasearon largo rato en compañía de la madre de Natalia; él con el bastón a la espalda, ella con un manojo de violetas en las manos reía a sus palabras.

A las doce se despidió porque tenía que ir al «Salón Regio» y ella le ofreció alguna de sus violetas. En el Salón Regio se hablaba de la película de esa noche. Suárez decía que era magnífica:

—En Fuenteseca no se ha visto una más lujosa.

—Tal vez no la entiendan —decía Urosa, el millonario del pueblo—. Creo que fuera de Suárez, yo y algún otro, ¡nadie es capaz de comprenderla!

—Eso sí, es difícil.

En otras partes se hablaba del rompimiento de Urosa con su novia. Según unos, la muchacha había dicho que él era pobre y en respuesta Urosa se presentó ante ella y le pasó un fajo de billetes por las narices, declarando el rompimiento; según otros, era costumbre vieja de Urosa armar esos líos cuando deseaba salir de compromisos matrimoniales.

La música interrumpió estos comentarios. Las Suárez, dignándose a asistir, hacían que el entusiasmo fuese muy grande. Don Lisandro Pérez, el boticario, invitado con sus hijas, seis adefesios humanos, manifestaba su complacencia por hallarse en tan selecta reunión. La sociedad de Fuenteseca, en contra de sus opiniones del domingo pasado, le parecía ideal.

El baile duró hasta las tres de la tarde. El millonario Urosa no obsequió a su pareja. Era preciso comprar en «La Nata» las bebidas y muchos trataban de sacar el cuerpo. Se inició una colecta entre los caballeros que apenas dio para obsequiar a las

damas un vaso de horchata, y los hombres se distribuyeron una botella de ron.

Luis Colona atravesó el salón cayéndose y fue a sentarse en un rincón entre la señora Suárez y una de las Giuseppi que se moría de la risa.

III

La vida del pueblo fue sacudida en aquellos días por un suceso terrible.

Don Cándido Suárez, el hombre importante como un edil, se vio obligado a entregar el local, el famoso «Salón Regio», donde se daban las funciones de cine, a otra empresa. Él vivía de aquello. Sin eso él dejaba de ser, y su importancia económica y social quedaba reducida a pavesas. Lo que le ponía en el colmo de la ira era pensar que el «Salón Regio», consagrado ya como una institución, iba a ser de otro. En el propio lugar de su grandeza se iba a enarbolar otra bandera. Ya no sería él, Cándido Suárez, el único en Fuenteseca, el centro de la sociedad.

Fuenteseca entera se sintió sacudida por un mismo sentimiento de indignación. En el centro de la plaza se produjo una discusión, porque la nueva empresa iba a pertenecer en sociedad con otro del mismo círculo. Quedaron rotas algunas relaciones. Todos los grupos en que se subdividía la sociedad comentaban apasionadamente el suceso. Los rumores eran escandalosos:

—¡Están disgustados los Suárez y los Colona!

—El viejo Suárez tuvo un pleito con Ramón Piñate y fueron citados a la Jefatura.

Estas noticias circulaban de noche en las ventanas, en las bodegas, en las chozas mismas de Fuenteseca.

A los pocos días los habitantes vieron avanzar a toda prisa, en un corralón diagonal al «Salón Regio», una fábrica en cuyos muros grandes letras rojas advertían que allí se estaba construyendo un nuevo casino. Suárez no daba su brazo a torcer. Suárez iba a luchar. Habría dos cines y dos casinos en la misma Fuenteseca. El pueblo se dividió en dos bandos.

A poco llegó el nuevo empresario del «Salón Regio», un hombre gordísimo y bonachón. Llamábase Martín Casas. Se le hizo una guerra sorda, continua, implacable. La mujer y los

pequeños hijos de Casas se vieron en absoluto aislamiento. El «Salón Regio» nunca volvió a vibrar a los acordes de la pianola dominical. El hombre bonachón y gordo aceptó el reto y dictó sus disposiciones.

Las Suárez, las Colona, las Giuseppi, las hijas de don Severo Palma, pasaban sin volver los ojos. En cambio, la familia de Ramón Piñate, nuevo socio del «Regio», quedó excluida del primer núcleo, sin más sociedad que la sonrisa del hombre bonachón.

La agitación del pueblo era creciente y al fin se declaró íntegro por Suárez. Parecía que le hubiesen tumbado a Fuenteseca el busto de su gran hombre o los bancos de su famosa plaza. Los del centro propalaron que irían al «Salón Regio». Las gentes del pueblo, es decir, la clase baja y el pueblo, como perteneciente a un mismo bloque social, asistió a las veladas del «Nuevo Casino», nombre adoptado por Suárez. Era un corral techado en parte con zinc para la preferencia y la botillería. Bajo el cielo se colocaba la plebe.

Martín Casas desde la puerta del «Salón Regio», donde entraba poca gente, presenciaba el triunfo de su rival: las multitudes salían del «Nuevo Casino».

Rodríguez exclamaba:

—¡Ahora sí hay progreso!

De noche se apostaba en la esquina, entre los dos cines para comunicar a Suárez los nombres de las pocas personas que iban al «Regio». Entonces Suárez les retiraba el saludo. Por este servicio no pagaban Rodríguez ni los suyos en el «Nuevo Casino».

Aurelio Robles no dudó un instante y se puso al lado de Suárez en la contienda. Suárez se lo agradeció vivamente.

Como Natalia quisiese ir un día al «Salón Regio», Robles se enfureció y amenazó con irse. Y Natalia, por través de sus lágrimas, veía a Robles con admiración y amor.

IV

Don Severo Palma protestaba contra la corrupción de costumbres en Fuenteseca. No permitía que sus hijas patinaran y antes de ir a ver una película con su familia se informaba del argumento.

Rodríguez se lo decía; a veces le era preciso inventar. Después de esta escena diaria en la plaza, Rodríguez se paseaba con las manos en los bolsillos del gabán, saludando con la cachucha muy expresivamente. Bajo los bombillos, sus mostachos plateados adquirían cierta marcialidad.

Aquella noche, Robles y su círculo se distraían a costa de don Severo Palma.

—El chasco que va a recibir cuando vea a esa mujer desnuda. Vamos a ver si sale en carrera.

Y hablaron largo rato. Don Severo, con ser tan gazmoño, decían, tiene una querida en la calle del Mango. La señora furiosa le amenaza con el divorcio.

—Es jugadorazo.

—Pero don Severo sabe lo que hace. No pierde más de dos bolívares.

—Peor es don Martín Campos que vive con tres mujeres y se da golpes de pecho —afirmó Rodríguez.

—Robles —dijo Luis Colona—, vamos a jugar una partida.

—No, no puedo, ahora. Más tarde.

—Cuidado con Natalia —dijo riéndose—. ¡Esa trigueña vale un Potosí!

Robles sonreía.

—¡Vagabundo! —exclamó Rizardo.

—Lástima que no sea del rango de nosotros —observó Colona al cabo de unos momentos.

—Y tú, ¿piensas?

Robles asintió con un movimiento de cabeza y se encaminó a casa de Natalia. Era la visita de costumbre, ante las miradas de doña María, que los observaba desde su vieja mecedora. Natalia tenía a Robles una sorpresa. Había logrado comprarle, a fuerza de ahorros con sus trabajos de labores de manos, una cartera con sus iniciales.

—¡Ah, que elegante! ¡Qué idea has tenido!

Natalia estaba roja de felicidad y por nada del mundo habría cambiado aquel momento.

***

—¿Sabes la noticia? —le dijeron al llegar al «Nuevo Casino».

—No.

—Quitaron al Jefe Civil. Se asegura que lo han hecho quitar por tener esa querida enfrente de la iglesia.

—Bueno, ¿y qué?

—Es que no sabes a quién han nombrado.

—¿A quién?

—A Ramón Piñate.

—¡Ah, caramba!

Suárez estaba inquieto con aquella noticia y en torno de él se agrupaban los amigos en espera de una resolución sobre la conducta que había que seguir.

—Mira —dijo Colona a Robles, llevándole aparte—. ¿Sabes que Margarita está decidida?

Era Margarita una de las novias de Colona, una rubia clorótica, nariz roja.

—¿Y a ti cómo te va con Natalia?

—Bien, la muchacha se resiste. Hoy me regaló esto —y le mostró la cartera.

Robles estaba impaciente por más éxito, pero Colona se le adelantó al día siguiente. Por la tarde les dijo el gran secreto a los muchachos del «Nuevo Casino»:

—Si quieren ver algo bueno, no se vayan esta noche. Pónganse a esperar en la ventana y cuelguen una cortina. Si el viejo Suárez se va, díganle que ustedes se quedan otro rato, por el calor.

Así lo hicieron. Desde las once y media esperaban con impaciencia. A las doce cerraron «La Nata» y Fuenteseca quedó en silencio, dormida. Dormían sus millonarios, sus aristócratas. Dormía Piñate satisfecho de vivir. Dormían, en fin, las gentes humildes del pueblo. Los únicos que velaban eran Robles, Rizardo, Giuseppi y uno de los Suárez, el más joven, situado detrás de una cortinilla.

Poco después aparecieron por un ángulo de la plaza, por el lado de la iglesia, Colona y Margarita Sim. Con paso rápido se dirigieron al escaño que circundaba el samán donde estaba más oscuro y allí se sentaron. Allí los vieron asirse, luchar, desmayarse. Todo aquello había sido muy rápido.

Después de acompañarla, Colona fue al «Nuevo Casino» donde se comentaba ruidosamente la aventura. Robles se mordía los labios de despecho. A Colona le levantaron en alto, le abrazaron llamándole honor de Fuenteseca. Colona refería todos los pormenores.

A los ocho días de este suceso la Sim se fue de Fuenteseca, donde no se hablaba de otra cosa.

V

En esa misma semana murió don Santiago Cano, uno de los ciudadanos más respetables del pueblo. Era comerciante, dueño de una tienda de géneros. Tenía un guiño como si siempre hiciese morisquetas.

Como asistía a las noches del «Nuevo Casino», sus hijas eran «toleradas», al decir de la señora Suárez, en el primer círculo, como Piñate, Colona, Rizardo, etc. Los padres le estimaban, su muerte fue —dijo el necrólogo que ejercía las funciones de juez, agente de casas de alquiler y corresponsal de los diarios de Caracas, Mario Fontes— «un duelo social».

Los casinos suspendieron sus funciones. Es decir, Casas tuvo que hacerlo. Cano había nacido en el pueblo, durante su vida apenas pasó unas horas fuera de él y la campana que ahora doblaba en su entierro había tocado en su bautizo. Tenía setenta años. Además dejaba treinta hijos, porque don Santiago gustaba de entretenerse con las parroquianas macizas, apetecibles, criadas, viudas, etc., en la trastienda de su negocio preparada al efecto. El último hijo tenía tres años. Era uno de los comentarios de la concurrencia en el entierro, aquel hijo. Las mujeres decían:

—¡Ese hombre tan viejo con un hijo tan chiquitico! —Y observaban la cara del muchacho—. Pero idéntico al padre.

Tenía el mismo color, los ojos, el guiño aquel. La única diferencia estaba en que no tenía arrugas ni canas. No cabía duda sobre su legitimidad. Era un Cano chiquito.

Aurelio Robles, como todo el mundo, seguía el féretro de Cano. Después de los oficios, a la puerta del templo, algunos se dispersaron, pero casi todo el cortejo siguió hasta el cementerio. Abrasaba el sol. La gente vestida de negro, que variaba del verde a tonos casi amarillentos, se lamentaba al sentir una especie de

comezón en las espaldas. Robles iba detrás de don Rafael Suárez y del doctor Colona, que lucían fantásticas levitas. El hecho de hallarse allí tales sujetos hacía pensar a Robles que el momento era solemne. Hubiere deseado ser el muerto.

Con la capa en hombros, subieron por la cuesta arenosa y dominada por las tapias del camposanto. Las mariposas volaban sobre los jarales. Más allá los cerros pelados. Entre el azul del cielo y el contorno de las serranías se veían bandas de cuervos atraídos por el lugar, donde se beneficiaban las reses del pueblo, allí cerca.

Don Severo Palma pronunció un discurso en elogio de las cualidades del difunto. Citó la barca de Caronte y el premio de los justos. Después comenzaron a cubrir la sepultura. Y a todos les pareció que los terrones daban la impresión de entonar un canto, que expresaba bien la idea del reposo en aquel rincón nativo.

Y Aurelio Robles se sintió conmovido al ver a Suárez, cuyas manos solo sabían de películas, tomar la azada para cumplir el deber póstumo con su amigo Cano.

VI

Natalia esperaba en la ventana.

Comenzaba a pasar la gente hacia los cines. Solamente dos viejas que iban a la iglesia la saludaron.

—Repican en la iglesia. Es tercero —y apuraron el paso.

Pasó una de las Colona con su novio, Pepe Suárez y su hermana Carmen. El moño de Carmen Suárez era único en el pueblo. No se había decidido a cortar aquel distintivo tan hermoso de su personalidad. Dejaba ver además sus axilas frondosas y el nacimiento de los pechos.

La Colona dirigió a Natalia una mirada terrible y murmuró algo en los oídos de Pepe. Este se volvió con una risita. Natalia siguió con los ojos ansiosos a la pareja, pero no pudo adivinar lo que decían. Le refirió aquel detalle a su madre:

—¿Qué te importa, hija? Toda esa gente es muy vanidosa.

Poco después se presentó Aurelio Robles chupando un enorme tabaco. Quiso darle a probar a Natalia, que lo rechazó. En cambio le dio la rosa de Alejandría que llevaba en el pecho, la más grande abierta esa noche en el rosal del patio.

—¿No entras?

—Voy para el «Nuevo Casino». ¿Tú no vas?

—Mamá está quebrantada.

—¿Sabes que el enemigo de Suárez está quebrado?

—¡Pobrecito Casas!

—¿Por qué? Ahí está Suárez que vale más que él.

—¡Pero eso no importa! ¿No tiene derecho a vivir?

Robles hizo un gesto de desdén, como si Suárez fuera un hombre de importancia excepcional.

—No te preocupas sino por Suárez, Aurelio.

—¿Estás celosa?

—No… ¡Por Dios! Entra…

—Ahora, no. Si quieres vengo cuando salga del cine.

—¡Qué raro! Cuándo me habrás visitado a media noche.

—Pero comenzaré —dijo Robles con un guiño muy expresivo.

Natalia se levantó y por toda respuesta cerró la ventana en las narices de Robles, con gran estrépito.

Robles se alejó airado, jurando vengarse. Momentos después se hallaba al lado de Carmen Suárez, en el «Nuevo Casino».

Carmen le preguntaba por su novia. Discutían sobre este punto del cual se avergonzaba visiblemente Robles.

—¿Pero no es su novia?

—Carmen, ¿me lo pregunta usted?... La novia que yo quiero…

—¿Cuál es?

—Usted.

—¿Qué horror! Ahí está papá, dígaselo a él…

Esa noche Casas dio puerta franca a manera de propaganda. Toda la sala de Suárez prorrumpió en carcajadas. Robles creyó que todo el mundo lo había oído y quedose inmutado.

—Esta película mía no la han visto sino en Caracas.

Pero los sacrificios de Casas eran inútiles. Apenas concurrían a las funciones él, su familia y las Piñate.

A la salida del cine, Robles fue a «La Nata» y se expresó en términos brutales de Natalia.

—El pueblo está perdido —decía Rodríguez, con grandes gestos.

Casi todos se embriagaron para celebrar la prosperidad del «Nuevo Casino». Manuel Rizardo y Luis Colona amanecieron

acostados en la plaza y a Robles hubo que conducirlo a su casa. Dos hombres de alpargatas se ofrecieron a prestar ese servicio.

VII

La noche de la aldea es candorosa; parece esconder las miserias de los hombres. El que atraviesa durante las horas nocturnas a Fuenteseca acaso desea descansar allí y pasar algunos días. Su aridez se oculta y en la noche flota el perfume de algún patio. Fuera del pueblo, el camino libertado del cuidado municipal se ofrece risueño y uno que otro callejón se hunde por entre los arboledos. Las líneas adustas de las serranías se suavizan cuando la luna crece y los vallecitos cubiertos de tierno maíz invitan al recogimiento. Noche suave, apacible, murmurante, puede esconderse el rostro en ella y elevar una plegaria al silencio que desciende de las montañas. Fuenteseca parece lejos y está allí mismo, a una vuelta del camino donde pueden verse las tapias de sus corrales, las luces del alumbrado público.

Aurelio Robles se aventura por uno de los callejones, alza una empalizada y desaparece. A pocos pasos le espera Natalia. No ha podido resistir al deseo de acudir a esa cita para tener una explicación con Robles. Todo ha de quedar en secreto.

—¿No es verdad? —Y Natalia apoya sus manos en los hombros de Aurelio en una suprema esperanza de fe.

—¿No te queda la menor duda? —preguntó Colona a Rizardo que habían seguido a Robles.

—¿Qué va a quedarme? Ese Robles tiene suerte.

Regresan al centro del pueblo. Entran en «La Nata»; piden un juego y dos cañitas.

—Acércate, vale —dice Rizardo a un tipo, a Lorenzo Granzones.

—Déjame buscar a Perucho; vamos dos contra dos.

Llega Perucho Manzo y juegan dos horas. Perucho y Granzones se retiran a medianoche.

Luego Colona bostezando:

—¡Qué calor hace! ¿Fuiste al «Nuevo Casino»?

—No. ¿Qué iba hacer allá?

—Se iban a reunir varios tipos esta noche.

—¿Para la cuestión del baile?

—Sí, eso va a quedar bueno. Vamos a traer mujeres de Caracas.

—Pero chico, a quien va a ser preciso pagarle una es a ese Robles. Mañana lo voy a decir en público.

—Sí, lo que es aquí no juega más.

—Haberlo yo sabido antes. A esa muchacha le gustaba yo.

—Así son las cosas; la flojera, vale.

—Sí, y porque a uno se le ofrece una cosa hoy y la deja.

Y Rizardo se pone a entonar un fragmento de *Tosca*.

***

Natalia se convenció en breve de que la sociedad de Fuenteseca se apartaba de ella. Las Giuseppi y las Rizardo; la misma Camila Negrón, una vieja vendedora de trajes usados, había dejado de saludarla. La señora Viña, al pasar aquella tarde, le volvió la cara como si hubiera visto un basilisco; la señora Viña, alta, flaca, sudando albayalde que veía a todo el mundo con un desdén infinito.

A Natalia le asaltó un recuerdo. Por la mañana, el panadero al entregarle el pan, le dijo algo de las lenguas viperinas del pueblo. Pero fue una vecina, Leonor Campos, quien se encargó de sacarla de la incertidumbre. Después de algunos preámbulos sobre la salud, el cine y la hermosura de Natalia, le dio el golpe: la gente era infame, decían cosas… Y con frases vagas fue revelándole la crónica del pueblo sobre ella y Aurelio. Eran las Rizardo quienes habían hablado primero.

De pronto Leonor se detuvo entre arrepentida y gozosa de su confidencia. Natalia estaba roja, trémula. Y Leonor con palabras cariñosas comenzó a rogarle que no fuera a descubrirla. Eran, sin duda, infamias. Natalia lo sabía muy bien, pues hablaban de todo el mundo.

A Leonor la llamaron de su casa y tuvo que irse sin lograr que Natalia le prometiese nada. Pasaron unos momentos. Natalia se precipitó al cuello de doña Juana que dormitaba en la mecedora, con el gato en las piernas, y rompió en sollozos.

Doña Juana despertó sobresaltada:

—Pero hija, ¿qué tienes? ¡Ese Robles!

Natalia no contestaba y al cabo, doña Juana terminó por llorar abrazada a su hija.

—Está saliendo la función —dijo al fin.

Con estas palabras pareció despertar Natalia.

***

Recordaba doña Juana su apacible vida soltera. Su padre tenía una finca en el campo. Era viuda de un comerciante audaz, de gran pupila para los negocios, cuya muerte repentina le hizo dejar todos sus asuntos embrollados. La viuda los encomendó a un abogado que al poco tiempo la convenció de que todo estaba perdido. Apenas conservó una casa en Caracas, la única renta de doña Juana. Con eso y su trabajo habían podido vivir. Ella veía siempre el mundo azul; aguardaba siempre algo agradable. Entre sus rezos, a veces interminables, su esperanza y Natalia se pasaba la vida. Ella trabajaba y hasta cocinaba para que Natalia estuviese siempre satisfecha; era su mayor cuidado.

—¿Y Robles? —preguntó—. ¡Ese hombre! —Y continuó pensando cosas tiernas de Natalia.

—Tiene amores con una de las Suárez.

—¿Con la flaca?

—Parece que es con ella. Lo que deseo es irme de aquí… lejos de este pueblo, mamá.

Doña Juana parecía estar dispuesta:

—Sí, hija, sí.

Se levantó a darle luz a la lámpara. Para conversar algo refirió que a Juliana, una amiga de la infancia, la había curado del reumatismo, el hijo de don Severo Palma, un joven médico.

—Sabe mucho —añadió.

Pero Natalia parecía abismada, con el pañuelo en la boca.

—Si estuviera vivo tu padre otra fuera tu suerte; pero confiemos en Dios. ¿No deseas comer nada?

Doña María fue a disponer la cena en el comedorcito adornado con tiestos y litografías de grandes racimos de frutas. En tanto Natalia contemplaba el jardincito del patio y el recuerdo de aquellas noches en que conversaba allí con Aurelio, en su memoria. Como entonces, el jazminero nevaba el patio y cantaban los grillos.

VIII

Lucas Rodríguez decidió hacer una gestión de dinero con don Luis Raza, un anciano que tenía fama de rico en Fuenteseca, y emprender, según afirmaba, un gran negocio. Era un negocio fantástico, del cual hablaba siempre Rodríguez en todas las tertulias del pueblo, que le haría millonario de un día para otro. Nadie tomaba en serio aquello. Le oían. El negocio de Rodríguez era una cosa abstracta, vaga, algo así como el infierno que pintaba el cura con palabras cada vez más sombrías por la corrupción de Fuenteseca. Apenas le faltaba el capital y la idea de pedirlo a don Luis Raza fue una revelación que con todo entusiasmo se apresuró a llevarla a la práctica. Tenía preparado un largo discurso y como creía asegurado el éxito estaba más locuaz, más alegre que de ordinario.

Era la casa de don Luis muy antigua, una de esas casas que ya solo se ven en los pueblos. Tenía unos corredores de ladrillos muy gastados; la humedad cubría el patio y los muros; los aleros amenazaban venirse al suelo. Se veía desde la entrada una arboleda. Y sobre todo esto flotaba un silencio profundo.

Salió a abrir una mujer que cuidaba de don Luis.

—Dígale que el señor Lucas Rodríguez desea hablarle.

La mujer fue a llevar el recado y se dilató mucho. Al fin volvió.

—Pase a la sala.

Rodríguez entró muy ceremonioso, mordiéndose los bigotes.

La sala tenía el aire enrarecido de las habitaciones que no se han abierto en mucho tiempo. Todo allí era extraño. Una cónsola con dos viejas briseras; retratos cruzados por una cinta negra y en la puerta una cortina de género blanco. Rodríguez tomó asiento en un sofá de enormes patas y esperó bastante. Don Luis apareció conducido por la mujer; un viejo gordísimo, casi ciego.

—¿Es el hijo de Sebastián Rodríguez? —Rodríguez se turbó.

—No, don Luis, es Lucas Rodríguez. Mi padre era su amigo, se llamaba Luis, como usted.

—Ah, sí.

La reminiscencia de Rodríguez no surtió efecto alguno en el viejo.

—¿Y qué se le ofrecía?

Rodríguez cruzó las piernas, se atusó el bigote y con mucho trabajo expuso sus deseos. Necesitaba un crédito de dos mil pesos para un negocio cuyo éxito estaba asegurado. A cada momento tenía que repetir, porque don Luis estaba sordo.

—No oigo nada —decía siempre.

Rodríguez alzaba la voz y se acercaba al viejo y vio entonces que don Luis tenía los oídos tapados con algodones. Terminado el discurso el viejo se apresuró a decir:

—¿Dinero? No, hijo, yo no tengo dinero… ¿Quién te ha dicho que tengo?... La casa está en venta para comerme los reales antes de morirme… ¡Qué ocurrencia! ¡Pedirme dinero a mí!

Lucas Rodríguez se apresuró a despedirse y salió de la entrevista confuso y amostazado. A nadie refirió la aventura y esa noche, por primera vez, no habló en el «Nuevo Casino» de su próxima fortuna.

IX

—¡Al fin vencimos! —exclamó Suárez dando grandes manotones.

—¡Sí señor!

—Dicen que hoy es la última función.

—¡Pero qué hombre tan loco! —Decía Saturno Bello, un señor de barba en punta, anteojos oscuros y modales muy reservados.

—Y habla mal del pueblo —dijo uno de los hijos de Suárez.

—No le queda otro recurso.

—¡Y entienda que ha luchado!

—Las simpatías, la sociedad, es la que decide esta clase de negocios —afirmó Robles—, ninguno puede luchar con el señor Suárez. —Este se reía.

—Sí, el todo está en las relaciones —concluyó gravemente el dueño del «Nuevo Casino»—. Tengo la satisfacción de que todo el mundo está conmigo. Ahora veremos a quién le alquilan el local del «Regio».

—Lo bueno sería adquirirlo también.

—En eso he pensado; pero hay que meditarlo mucho, ¡mucho! Vamos a ver.

—La campanilla del tranvía retumbaba en el «Nuevo Casino». Suárez ordenó tirar los cohetes para anunciar la función y al punto un haz de fuego cortó el aire y se desvaneció en lluvia menuda sobre Fuenteseca. Fuera se oía el rumor de la plebe en espera de que se abrieran las puertas. La plaza estaba llena de niños. En la torre del templo dieron las ocho.

En el mismo instante Rodríguez hacía su entrada con aire triunfal. Afirmó que el gordo Casas era hombre al agua. Decían que los acreedores le iban a embargar. Todos le escuchaban satisfechos y veían a Suárez.

Abrieron las puertas y la multitud se precipitó sobre los escaños. Casas pasó con Natalia y su mujer hacia el «Salón Regio». Lo que más confundía a todos era la serenidad de Casas a quien no abandonaba su sonrisa.

Suárez estaba contento y a cada instante iba a la taquilla. Comenzaban a entrar las altas damas de Fuenteseca, serias, estiradas, desdeñosas. Lucía entre todas por su obesidad, que le daba apariencia de animal gordísimo, la señora Rizardo. Llenas de majestad tomaban asiento.

Abajo bullía la muchedumbre. El «Nuevo Casino» reventaba de gente.

***

Al día siguiente, en la tarde, sacaron del «Salón Regio» un espejo, los asientos de los espectadores, unas tablas y varias telas rojas. Como una bandera arriada se veía encima de todo la pantalla de franjas negras. Dos carretas cargadas de tales utensilios tomaron lentamente la dirección de la ciudad.

El hombre gordo las veía alejarse desde la puerta. Encendieron las luces. Dieron el toque de oración. En la plaza, un campesino se detuvo con el sombrero en la mano. Una vieja enlutada se santiguó.

En el «Nuevo Casino» se asomaron Suárez y sus amigos a ver partir los carros. El hombre gordo y bonachón los contemplaba serenamente, con las llaves en las manos.

Cuando todo quedó en silencio y la noche cayó sobre el pueblo cerró las puertas del «Salón Regio». Ya no había nadie en

la calle. Todo el pueblo se había retirado a cenar para después ir a la función del «Nuevo Casino».

El hombre gordo se marchó al fin. En la calle desierta, se veía alejar un bulto enorme: era Martín Casas. Apenas había dado la vuelta se notó que algo ocurría en el pueblo. Algunos hombres corrían hacia la calle Real. Casas se detuvo un momento; pero en su deseo de salir cuanto antes de Fuenteseca, tomó el tranvía sin averiguar nada.

***

A las seis y media, Natalia iba a encender la lámpara cuando se inflamó el petróleo derramándose sobre ella. Quiso huir, pero sus vestidos ardían, le faltaron las fuerzas y cayó de rodillas.

A sus gritos acudió doña Juana y al ver a su hija hecha una antorcha viva salió a pedir auxilio sin hacer caso de Natalia que con los brazos en cruz pedía socorro.

Los gritos desgarradores de doña María repercutieron en toda Fuenteseca. La casa se llenó de gente; pero ya era tarde. Natalia fue conducida al lecho y a poco llegaron el cura, el doctor Colona y el juez armado de papel, pluma y tinta. Natalia acababa de tomar el viático, cuando expiró.

La compasión fue general en toda Fuenteseca; pero esa noche, en el «Nuevo Casino» y en «La Nata» circuló la voz de que se había suicidado. Robles era objeto de todas las miradas. Entre las damas, unas eran partidarias de él, otras se agitaban en contra suya. El comentario de Robles a sus amigos fue breve:

—A esa muchacha la abandonó la suerte al romper conmigo. —Y luego fue a tomar asiento al lado de Carmen Suárez.

En la tarde siguiente el féretro blanco de Natalia estaba a la puerta del templo.

X

Estos sucesos apasionaron grandemente la opinión de Fuenteseca. En tanto, Ramón Piñate se había convertido en un hombre feroz y temible. A mediodía se hallaba en «La Nata», en

estado de embriaguez. Piñate era feliz y la familia Piñate se creía en las gradas de un trono.

A los dos días de la muerte de Natalia se efectuaba el famoso baile organizado por la juventud de Fuenteseca. Este baile fue objeto de trabajos prolijos. Estaban ya sentadas las parejas y la música preludiaba los primeros compases, cuando entraron Aurelio Robles y Luis Colona. El baile comenzó a las diez. Robles y Colona se habían tomado una botella de ron y sentíanse en aquel momento dueños de una fuerza terrible.

—Pues, lo mejor será acabar este baile a palos —propuso Robles a Colona en voz baja.

—Espérate un momento. Voy a buscar ahí dos veras.

Conseguidas estas, Colona apagó la luz y dio el gran grito:

—¡Esto se acabó!

En la oscuridad comenzó entonces el mayor desorden. Las mujeres daban gritos agudos y pedían socorro; los hombres se agarraban a patadas y cabezazos. Se oían rugidos, carreras, lamentos, súplicas; una especie de fragor, un estrépito espantoso. En medio del torbellino caían platos, copas, botellas. De repente hubo un revuelo distinto y una voz chillona, frenética, se alzó por sobre todas:

—¡Silencio! ¡Es la autoridad!

La luz se hizo y en el centro de la escena, entre los lazos de cinta, zapatillas, girones de vestidos, heridos y palos rotos apareció un energúmeno, un negro armado de espada, sujeta por larga banda de grandes motas.

Cabizbajos pasaron hacia la jefatura, bien custodiados Rizardo, Colona, Suárez, Robles, etc. Pero el escándalo subió de punto cuando se enteraron en el pueblo de que allí se encontraba don Severo Palma.

Piñate ordenó encerrarlos a todos para juzgarlos a la mañana siguiente. Lo cual hizo cabalmente. Rizardo, Colona y Suárez quedaban presos por ocho días y don Severo Palma en libertad, por tratarse de un hombre honorable. Robles fue expulsado de la población.

La madre de Robles se indignó al saber la sentencia recaída en su hijo y juró vengarse de Piñate; pero Aurelio le manifestó su deseo de irse a Nueva York y a la señora le pareció una idea excelente.

Una mañana se alejó Aurelio Robles de Fuenteseca. «A orillas del Hudson», como fechaba sus cartas, tuvo los oficios más diversos: lavó platos en una fonda, trabajó de camarero en un barco y vendió pieles a domicilio.

Pero allá, Fuenteseca se le aparecía encantadora. En tales trabajos la melancolía se apoderaba de su alma. Solo podía vivir en el pueblo donde había triunfado. Pasó un año. Al cabo supo que Ramón Piñate no era ya Jefe Civil de Fuenteseca y se dispuso a regresar.

No estuvo tranquilo hasta divisar entre sus jarales, rodeadas de tierras áridas y de serranía, las tapias ruinosas y la torre de Fuenteseca.

Julio de 1922

NOCTURNO DE VERANO

I

Es el mismo paisaje, casi monótono, que todos los años en agosto se extiende allá entre las montañas y la humilde cinta de colinas.[10]

Los campos tostados, amarillentos, producen una sensación de tedio, de cansancio. La luz penetra en los callejones que se abren más anchos, más rojos y se multiplican en el monte despojado, accesible.

Abajo el río adelgazado despide reflejos intensos, arrastra sus ondas lentas, turbias, sin una sombra.

Solo la noche es piadosa con el paisaje.

En la vivienda que lo domina, un rancho de paja y bahareque; sí, el tiempo había hecho mudanzas.

Margarita era ya una mujer. El año anterior parecía aún pequeña, niña, sin misterio alguno en los ojos. Podía corretear libremente y volver sentada en las carretas como una florecita cortada con la hierba.

Ahora las miradas, antes indiferentes, recaían sobre ella que adivinaba un secreto lenguaje en todas las cosas y los seres.

Porque su carne tenía el color de esas doradas frutas silvestres, su pecho se hinchaba con aliento semejante al que provoca los retoños y cuaja los racimos. Sus ojos eran más negros, su boca más roja y comenzaba a tener la soledad de los caminos.

Regresaba aprisa, sin detenerse, fugitiva como la claridad del atardecer.

II

Se hablaba de ella. ¿Por qué su nombre estaba en los labios de los trabajadores? A algunos, cuando la nombraban se les ensombrecían los ojos; pero cuando ella aparecía, una caricia amorosa, fuerte, parecía envolverla.

Unos la nombraban más que otros; unos hablaban de ella y otros oían, pensativos. Uno de ellos la había sorprendido casi desnuda en el río.

Ahora corrían noticias absurdas, extrañas. La habían visto descender ya tarde, con sigilo.

Una noche ardió un rancho. Creyeron que había sido una chispa, caída al acaso en el techo de paja.

Pero al otro día vieron a Tobías, el mozo que trabajaba en el corte, improvisar con ardor otra vivienda en punto difícil del cerro. Se le vio cortar largos leños tiernos y amasar con piedras la roja greda. Hasta muy tarde de la noche se oía resonar el hacha con sonido alegre.

III

Para el viejo Pablo, agosto tenía recuerdos. En ese mes, hacía muchos años, se habían llevado a su compañera.

Recordaba muy bien aquella noche tibia, llena de rumores. Los caminos estaban oscuros y ellos iban pintándose, enlazados. Les parecía tener alas, tanto se apresuraban, mecidos en la dulzura nocturna. También en agosto había nacido Margarita. Él era, ya viejo, pero aquel día volvió a sentirse joven.

Sufría con no poder contemplar la tierra luminosa y la hierba hacinada en medio del campo.

Ahora Margarita contestaba con desvío a sus preguntas y una angustia amarga le oprimió al descubrir que un secreto palpitaba en los labios de la hija; que su voz no era la misma de antes. A veces pasaba entre ellos un largo silencio.

Como sus ojos quemados en el ardiente sol se oscurecían, él consolaba su cuidado tocándola. A menudo la llamaba para

cerciorarse que dormía allí, cerca de él y muchas veces calló para fijar su atención en los sonoros preludios que interrumpían el silencio de la noche. Él temía por instinto esa soledad que adivinaba próxima y la cual se anticipaba a la soledad definitiva.

Cuando los campos durmieron bajo la luna; cuando el tiesto de rosas del patio soñó lo mismo que la montaña, arrullaron la vivienda largos preludios voluptuosos.

IV

Los días eran calurosos, ardientes. En la aurora el cielo tenía colores violentos y el campo sediento exhalaba olores fuertes. Luego, el cielo se tornaba brillante, azul, de un azul clarísimo que después agotaban las nubes.

Se abatía una lluvia de hojas secas al elevarse el viento que hacía ondear las cañas y las espigas gigantes.

Más tarde cesaba el bullicio del monte; bajo el gran sopor parecía ensancharse el campo en una completa laxitud.

La tarde ascendía lenta, las bestias regresaban agobiadas, los hombres silenciosos. Entonces un soplo de ternura se alzaba de la tierra sedienta, amarillosa y solo un instante el viento abatía la ola ondulante del cañaveral en las faldas del cerro.

Los paisajes quedaban inmóviles; aumentaba el silencio, mientras surgían las primeras estrellas.[11]

V

Comenzaba a anochecer. Pablo se arrastró hasta la puerta. Primero sus ojos parpadearon como las estrellas y una sonrisa vagaba en sus labios cada vez que en el camino percibía un rumor. Luego, el corazón del viejo fue acelerando el ritmo.

Crujieron las hojas bajo unos pasos; eran pasos tardos que se alejaban.

Un reflejo vago iluminaba su alta silueta rodeada de sombras. El silencio parecía zumbarle en los oídos mil ultrajes terribles.

Comenzó a alzarse una vasta armonía de sones dilatados y solemnes. La esperanza reanimaba al anciano como en acecho burlón. Tal vez no era tarde. ¿Por qué debía ser tarde?

De nuevo creía oír pasos; pero era el viento que arrastraba las hojas. Quizás eran sátiros que danzaban o perseguían en la sombra bacantes salvajes. Él ponía el oído atento y entonces todo se desvanecía. No quedaban sino los sones dilatados y solemnes.

Los caminos estaban oscuros; los luceros bordaban la cima de la montaña; una que otra lucecita fugitiva surgía en el monte, se elevaba sobre los murmullos.

Ante la vivienda comenzó a pasar gente. El campo exhalaba olores fuertes; las siembras se dibujaban de nuevo, amarillentas, mustias y los senderos reaparecían rojos, como heridas profundas, tan fuerte en el verano.

Un aliento fresco le dio en el rostro. Entonces el viejo Pablo se convenció de que Margarita no había regresado aquella noche, que no debía regresar nunca…[12]

PESADILLA

A Francisco de Paula Páez

Una danza vertiginosa de mujeres que forman cadenas dándose la mano, se acercan y alejan en un fondo azul celeste. Unas tienen pupilas verdes, unas amarillas, otras color de fuego, como uvas, como topacios, como esos felinos blancos, y se ríen con risas raramente perversas; lucen sus dientes entre los labios granates y los muslos bajo tenues velos. Tienen movimientos dirigidos para la seducción y la lascivia; sus caderas, sus brazos, sus bustos desnudos, obedecen a ritmos amplios, lentos, voluptuosos.

Lentamente han ido encubriéndose en el fondo azul celeste. Levántase una tienda en llamas; las chispas alcanzan alturas desmesuradas y la hoguera se consume. Del montón de ceniza surge un negro lebrel. Corre a campo traviesa y comienza a crecer por instantes. Los pájaros del paisaje desolado, cubierto de árboles cuyas hojas han caído, levantan el vuelo. Escúchanse los pasos acelerados de la fiera; su carrera frenética hace resonar la llanura pálida; salva los vallados, los torrentes, los abismos. Parece que le nacen alas.

Y el cielo está gris, espantosamente gris; no es el gris de la tarde ni de la madrugada, precursor del sol y de las estrellas. El sol debe haber muerto. Ya no amanecerá nunca. Caen algunas estrellas pero no con la gracia de las exhalaciones que dejan raudas

estelas, sino pesadas, enormes; se acercan las esferas inmensas y parece que van a aplastar el mundo.

La carrera del monstruo aumenta. Me siento ya pisoteado, herido. Siento el contacto de sus dientes fríos, de marfil, brillantes, pulidos. Su aliento, su jadeo furioso me da en el rostro.

Comienzo a huir. Los minutos se vuelven eternos; los pies no obedecen a la voluntad; creo que me atan; tropiezo con redes invisibles.

Un abismo detiene mi fuga. Debe ser muy profundo porque apenas se escucha el ruido del torrente que corre a sus pies. Ya llega el monstruo. Parece una medusa, un toro asirio, un dragón de Tebas, pues cambia de formas...

Y de nuevo contemplo la cadena de mujeres, no en un fondo celeste sino de púrpura lívida. Sus raros ojos chispean, se vuelven transparentes. Se acercan, huyen. Escucho sus risas, parecen gorjeos de pájaros; no, en seguida dan gritos fatídicos. Sus rostros están desencajados, cadavéricos. Han arrojado las coronas de flores y los velos irisados y sus carnes aparecen marchitas.

Me lanzo al abismo; pero no llego nunca al fondo. Parece que me sostienen; en vano espero asirme a una piedra, a las cabelleras de un árbol. Creo balancearme, no desciendo y el vacío me atrae. Una violenta sucesión de ideas me sacude, me estremece, me agita. Los ojos de la fiera centellean en la oscuridad. Al fin puede escapárseme de la garganta un grito…

La luz de la luna entra dulcemente por las rejas de mi cuarto. A lo lejos oscilan bajo el viento de la noche las cintas de nardos del jardín. El pequeño grupo de mármol sonríe también plácidamente, como siempre, entre los grupos de jacintos. La aurora no debe tardar; el agua comienza a bullir en el rosado surtidor.[13]

Caracas, octubre de 1923

PUESTA DE SOL

I

Se encontraron en una ciudad pequeña, tropical.

Sol[14] dejará allí muchos recuerdos y amores. Como no satisfizo ninguno dejó nostalgias. Se referían siempre a sus piernas, a su donaire, a sus piochas. En fin, había conquistado la ciudad que durante muchas noches deliró al oír su voz incitante, al contemplar su pecho y sus espaldas desnudas.

Los viejos sobre todo adoraban aquel hoyuelo de su barba, aquel lunar de su garganta cruzado por un cintillo de diamantes. Y, entre estos, don Paco, hombre rico y de sesenta años, barrigudo, pequeño, que deliraba por las piernas de la bailarina. Ni joyas ni flores la habían seducido. Ante un rapto de locura de don Paco ella tuvo piedad, le prometió que después, a su vuelta...

Y a la ciudad pequeña llegó un día otra tonadillera adornada con el nombre de Carmen.

No se volvió a hablar de Sol.

Carmen triunfaba aunque algunos hacían comparaciones entre la morena Sol, de ojos llameantes, andaluces, y esta de fina silueta, de cabellos oscuros. Carmen era más artista, su voz más armoniosa, sus canciones más finas, más delicadas. Era de ver cuando abría sus vestiduras, sembradas de lentejuelas, como un abanico o una mariposa.

La ciudad entera adoró muchas noches en el teatro a Carmen.

II

Ignorante quizá de la presencia de su rival se presentó Sol. Se dividieron las opiniones. Discutían los grupos acaloradamente. Unos estaban por Sol, otros por Carmen.

Y Sol vio con tristeza que muchos que antes la admiraban y la envolvían en una lluvia de flores iban ahora a otro templo.

Además, los enemigos y los amigos de Sol decían que había envejecido. Ya el hoyuelo de su barba no despertaba los mismos deseos de otro tiempo. Carmen había desvanecido la ilusión. Solo don Paco permanecía fiel, solo don Paco la ponderaba y causaba la desesperación de la bailarina.

Los poetas se inclinaban hacia Carmen; el público más refinado era el de ella. Los poetas cifraban su orgullo en que sus canciones salieran de los labios de Carmen, que les diera ese matiz delicado, delicioso, con sus labios donde las palabras surgían como palomas de un nido de anémonas.

Los partidarios de Carmen decían que Sol no había triunfado sino allí, en la ciudad pequeña; en cambio Carmen había sido aclamada por los públicos de las grandes capitales.

Sol odiaba a su rival. Al nombrarla sus ojos despedían un fulgor violento. Carmen al saberlo aparentaba indiferencia, entreabría sus rojos labios con un mohín desdeñoso.

Por esto Sol vertió muchas lágrimas amargas. Su camarín estaba desierto. Ya no se vestía en presencia de una corte, ya nadie pellizcaba sus pantorrillas coronadas de encajes.

Por un sentimiento extraño quiso acercarse a su rival. Una noche asistió a la función a beneficio de Carmen. Al verla en un palco luciendo sus piochas, su mantilla, sus negrísimos cabellos coronados por la alta peineta, el público aplaudió. Pero Carmen, triunfante como nunca entre ramos de flores y joyas, tenía ademanes provocadores, le lanzaba miradas de reto, de orgullo.

No se dio por entendida y pasó a felicitarla. Aparentaba casi amor por Carmen que la recibía sonriente, encantadora. Parecían medirse. El abultado seno de Sol se agitaba juntado al de Carmen cruzado por un mantón azul. Se besaron y abrazaron.

III

Al día siguiente salieron juntas en coche.

Era un crepúsculo de manchas violeta. Ambas esgrimían sus pintados abanicos. A su paso escuchábanse saludos y piropos:

—¡Olé!

—¡Viva la gracia de Andalucía!

—¡Ya quisiera yo aquello, aunque me muriera!

—¡Viva Sol!

—¡Viva Carmen!

Se examinaban una a otra de pies a cabeza. Junto al mantón negro de Sol, el amarillo de Carmen. Se habían puesto todas sus joyas.

Sus palabras al parecer amables eran en el fondo mordaces, implacables. Hablaron de la edad. Carmen lanzaba miradas escrutadoras al rostro y al seno de Sol, quien ensayaba a sonreír.

IV

Hacia ellas vino una multitud de mozalbetes de actitudes desarticuladas.

No se oía sino el nombre de Carmen. Veían en silencio curiosos a Sol que permanecía recostada en sus cojines.

Las invitaron a tomar el té en las terrazas del Club. Hasta entonces no se dirigieron a Sol. En verdad lo hicieron a última hora, fríamente.

Estaba furiosa, colérica. Hizo un círculo con el abanico y se negó.

Le dirigieron cumplidos. En vano. Se despidieron. El carruaje cruzó la plazoleta y enderezó hacia la ciudad. Sol se sintió libre y sin poder evitarlo su faz aún bella se cubrió de lágrimas.

El cochero tuvo que avisarle que habían llegado. Subió aprisa las escaleras y desde el balcón contempló la ciudad sobre la cual se había puesto el sol lo mismo que el de ella.

Y aquella noche Sol, que hasta entonces había resistido a todos los galanteos, tal vez por la pequeñez del medio, tal vez por reinar con más libertad, se arrojó furiosa en los brazos de don Paco que cayó estremecido de rodillas, adorándola, mientras la noche estrellada arrullaba la ciudad pequeña, lejana, tropical.[15]

LA INSURGENTE[16]

A Alejandro Fernández García,
cordialmente

I

El 28 de noviembre de 1815[17] los habitantes de La Guaira comentaban el descubrimiento de una nueva conspiración contra el gobierno de Su Majestad.[18]

Circulaban rumores alarmantes. Según estos, se trataba nada menos que de tomar la plaza por sorpresa y prender a los jefes. Decíase[19] que había conspiradores escondidos en los ruinosos castillos del Ávila y muchos comprometidos.

En toda la jornada no habían cesado las diligencias judiciales. Era constante el ir y venir de los funcionarios a la fortaleza de La Puerta, a la de Las Bóvedas, a los castillos de San Antonio y San Jerónimo, donde se hallaban los indiciados. A cada instante se dictaba un acto de prisión. El real escribano, don José de Sabogal, tenía las narices y los dedos manchados de tinta y el comandante Remigio Bobadilla levantaba la vara con fatiga para exigir juramento a los declarantes.

Los interrogatorios continuaron hasta media noche, en cuyo punto los mandó a suspender el señor comandante para seguirlos al amanecer.

En la oscura noche el bramido del mar apenas interrumpe el silencio. Por la calleja deslizábase un hombre embozado.

Detúvose y después de orientarse fue a llamar a la puerta de una casita baja, tan baja, que la ventana de madera tocaba el suelo. Algunos vecinos se asomaron a espiar, con lo cual un poco de luz penetró en la calle. Pasaron segundos. Volvió a llamar y por la ventanilla asomó un rostro sigiloso.

—Soy yo, padre Laguna.

Abriose la puerta y el embozado precipitose en la sala de la casuca alumbrada por una lámpara de aceite.

—¿Qué hay, Martínez?

—Pues, qué ha de haber: la conspiración, la denuncia de esa Cayrós. Temo que nos prendan de un momento a otro. Se sabe que usted está complicado.

El clérigo prendió un cigarro y enseñó sus dientes amarillos con una sonrisa tranquila.

—Sí, hay algo de eso, pero todo me hace suponer que no se trata de lo nuestro. Me tienen vigilado. En cambio...

—¿Conoce usted el asunto?

—Apenas; creo que nada saquen en limpio.

—Le han puesto grillos a la Cayrós.

—Sí, ella es la causa de este trastorno; ella y Aragón, pero con decir que no la conozco... Tampoco ella me conoce; nunca la he visto.

—Según le dijo a Aragón, hay gente comprometida en Caracas y San Carlos. Un tal Vicente Colón y un zambo, no sé cómo se llama, salieron con despachos. Hay también mujeres en el asunto.

El cura se llevó la mano a la mejilla y quedose pensativo.

—Entre las mujeres está una Teresa Heredia.[20] Todavía tenemos tiempo de huir. En estas averiguaciones van a dar con nosotros, nos van a colgar.

Al nombre de la Heredia, la marchita faz del padre Laguna pareció animarse.

—¡La Heredia! ¿La conoces?

—No.

—Es una viudita linda y amorosa. Días pasados hizo llegar por mi conducto una chaqueta a un preso, a Brito, a Juan Manuel Brito, y a otro le mandó dinero ganado en su oficio de aplanchadora. Además, es valiente como un granadero...[21]

—Esa es la que dicen que vive con un artillero, con Joseph Hijuelos.

Laguna aprobaba con la cabeza.

—¿Pero no la conoce usted? Es de los nuestros. La han perseguido mucho. En Ospino salvó patriotas de la ira de Yáñez... En eso no anduvo con escrúpulos.

—Vamos al asunto. Lo que me preocupa es que en las declaraciones constan sus opiniones. Han dicho que usted ofreció mil pesos para la rebelión.

Laguna volvió a quedarse grave. Saboreó su tabaco unos momentos.

—Pues bien —dijo— es preciso serenidad, es lo único que puede salvarnos; es el mejor ardid...

—Ahí en Catia La Mar tengo un falucho. La noche está oscura. Si nos sopla buen viento podremos estar pronto en Margarita.

El cura chupó su tabaco con satisfacción.

—Bolívar en breve estará allí, pero me quedo. Tengo que...

—¿Qué?

—Es preciso velar por la Heredia. Su amante también está preso.

—¿Es posible que una mujerzuela…?

—Le debo gratitud; la cuidaré como a una hija.

—Todo es temeridad, locura. Además allí debe hacer falta un capellán.

Laguna encogiose de hombros. Y el otro:

—Yo me marcho, padre.

—Que te vaya bien. Para estas cosas —añadió dándole unos golpecitos en el hombro— es preciso ser menos pusilánime.

Se abrazaron. Martínez se embozó de nuevo y alejose aprisa.

Momentos después el padre Laguna recibió una comunicación del vicario don José Vicente Vergara llamándole con urgencia a la Casa Parroquial. Allí le informaron que había orden de incomunicarle por estar indiciado como rebelde. Se le dio un aposento por prisión.

II

En aquella hora Teresa Heredia oprimía el rostro contra los hierros en cruz del calabozo y aspiraba el aliento de la noche. Las olas al romperse en el muro le humedecían el rostro. Le era grato aquel rocío.

Resonaban las bóvedas con pasos y tintineos de llaves. Teresa volvió el rostro en el que dio la luz de una linterna. Tenía las facciones finas, infantiles, y ojazos negros. Vestía una parda saya raída. Cerraron la puerta. Era la ronda de media noche.

Alcanzó a divisar un centinela.

—¿Has sabido de Pepe?

—Está preso en el cuartel de artillería.

—Oye.

—Ahora no puedo.

La noche le parecía interminable.

Una sombra blanca, incierta, flotaba a lo lejos. Luego fue haciéndose más precisa hasta descubrir el mar color pizarra. Cerca cruzaron unos grandes pájaros marinos. Después vibró una campana. Perfiláronse las negras rocas que sobresalen en las aguas y las cumbres coronadas de almenas.

La espuma resplandeció en torno de los cabos, de las puntas bordeadas de palmas. La luz calentó el aire salino. Sobre las ondas azules flotaban guirnaldas, collares de algas y aquellas formaban un rumor dulce como el que precede al nacimiento de una diosa.

Teresa sacó la mano cuanto pudo por la ventanilla y agitó su pañuelo en dirección del castillo de San Jerónimo.

III

El teniente de milicias de Santo Domingo, don José de Aragón, relataba esa tarde al fraile dominico Nicolás de Oviedo cómo descubrió la conspiración que motivaba tantas inquietudes. Paseaban por el cerro coronado de fortalezas, las cuales al vivo destello del sol parecían de plata. A ratos deteníanse a contemplar el mar fulgurante en aquel momento. Aragón se lo refería al fraile, porque este partía para España y deseaba hacer méritos para conseguir un ascenso.

—Estaba en el puente tomando el fresco el domingo en la noche, cuando pasó la Cayrós. La llamé. No era otra mi intención que pasar el tiempo con ella. Fue una casualidad providencial. Con muchas zalamerías sentose junto a mí. De repente, apartándose un poco, me preguntó, riéndose: «¿Eres buen americano?». «Claro —le contesté—, nací en Puerto Rico». Pero entonces tuve una corazonada y prescindiendo un instante de mi lealtad a Su Majestad, canté con voz baja una de esas canciones abominables que son el repertorio de los traidores.[22] Ella permaneció atenta, oyéndome, y regocijose en extremo. Con nuevas zalamerías comenzó a tratar de ganarme y por fin me habló de la conspiración. Sin mayores esfuerzos me puso al corriente de todo, de los correos despachados para Caracas y San Carlos, de las armas guardadas en casa de la Heredia y del ofrecimiento de Laguna. Tenía vehementes deseos de tener un testigo y cité a la Cayrós para el día siguiente en mi casa, donde le hice referir de nuevo el negocio que el comandante Escobar escuchó oculto.

El dominico elogió con satisfacción el celo del mozo y añadió:

—La culpa de estos trastornos son esas ideas impías y sacrílegas divulgadas en estas provincias, que el gobierno de Su Majestad no supo contener con energía.

El oficial iba a responder cuando se oyó un estampido. Luego otro. Ambos distinguieron un navío empavesado con bandera española. Avanzaba lentamente. Las henchidas velas tornábanse de oro a la luz del sol poniente. Durante unos momentos le ocultó el humo de las salvas. No pudieron contener una exclamación de amor. El fraile tenía los ojos húmedos y el viento hacia flotar su manto negro.

—Los miserables, cuánto la odian y calumnian —dijo como si hablara consigo mismo.

Los cerros comenzaron a llenarse de gente. Las almenas estaban coronadas de oficiales y soldados que observaban al buque. Una multitud se dirigía a la playa. El castillo respondió al saludo, y de las azoteas, de los castillos, de la playa, partió un clamor. Unos barcuchos se alejaban; hombres sudorosos, de torsos bronceados, remaban hacia el buque. El fraile murmuró:

—Llega, llega pronto, amigo.

En la torre de San Juan de Dios sonó a esta sazón el *Ángelus*. El fraile se descubrió y comenzó a recitar el Ave María. El oficial le contestaba.

En aquel momento fondeaba el *Santiago*. Recogía las velas. Se veían las maniobras de los tripulantes. Abajo las aguas cobraban un color violeta; al fondo, en el horizonte, grandes nubes estriadas de púrpura, de azul, asombraban.

Una nostalgia infinita debía abatir el ánimo del fraile.

—Nosotros pensábamos reproducir aquí —comenzó a decir con voz sonora— aquellas lindas aldeas de Galicia, aquellos pueblos severos de Castilla, aquellos pueblos que dormitan entre las nubes, en los picachos vascones. Rincones piadosos que dieron santos como Ávila y Alcalá y ciudades de sabios como Salamanca. Pero los cimientos de esa obra de siglos han querido destruirlos esos malvados en breves años. ¿Qué patria querrán fundar aquí? ¿Y cuál patria podrá parecer más grande que nuestra monarquía? ¿Qué vasallo tuvo nunca más títulos de orgullo que un español?

Se exaltaba y parecía arengar. Su faz se congestionaba.

Luego comenzaron a descender. La playa quedaba sola, y el inmenso silencio se insinuaba en las almas.

—Sabe usted, padre, me voy con usted a España. No estoy más de guarnición.

—Precisamente, allá necesitamos soldados para el ejército de la fe.

Y luego:

—Vamos a casa. Le invito a hacer penitencia.

IV

No obstante la energía con que se proseguían las investigaciones, nada sacaban en limpio. La casa de la Heredia fue registrada, pero en lugar de los armamentos que pensaban encontraron apenas un estoque y tres cuchillos.

Cierto, los jefes de la plaza estaban intranquilos por suponer que sus cabezas habían corrido riesgo.

El comandante Bobadilla y el capitán general Moxó estaban en constante comunicación. Pero todos los indicios eran vagos.[23]

Teresa fue interrogada varias veces. Fue careada con la Cayrós y el padre Laguna. La Cayrós la culpaba del crimen. Ante

la acusada, el comandante Bobadilla entornaba los ojos porque de ella emanaba un hechizo que la envolvía, sobre todo cuando fijaba en él sus ardientes ojos.

Ella negaba rotundamente, negaba conocer a Laguna, a la Cayrós, a Lucía Muñoz, sirvienta del primero, que los acusaba de haberlos visto hablando en secreto.

Por su parte el comandante decía:

—El que todo lo niega, todo lo confiesa.

Y ante esa lógica ella se turbaba. Su traje raído no alcanzaba a disimular la sal de su cuerpo y desaparecían los zurcidos con su gracia. Con un ademán nervioso de sus manos o un movimiento de su cabeza deliciosa evocaba a una de esas majas heroicas o esas danzarinas intrépidas como una amazona, ágiles como una bayadera.

Irritados los jueces con el mutismo de Teresa ordenaron ponerle grillos.

Cuando el cabo hacía ejecutar esto, vio Teresa por primera vez en el calabozo de enfrente, tan bajo que nadie podía andar derecho allí, un preso cuya edad no bajaba de los cuarenta o al menos sus desgracias lo habían envejecido. Estaba con la cabeza sobre el pecho y sus cabellos largos, grises, caíanle como a un nazareno por la espalda. El ruido le hizo levantar los ojos febriles en el rostro amarillento, desencajado, y al ver la escena gritó furioso:

—Por mi madre, que nunca había visto maltratar así a una mujer. ¡Cobardes!

Como se agitara sonaron sus cadenas. Entonces se vio que estaba atado. Le mandaron callar. Teresa le dio las gracias con una sonrisa. Pero ¡cómo quedó absorto el preso cuando cerraron la puerta! ¡Cómo pensó en las dulces apariciones! Pensó tener allí cerca el encanto de la aurora o la dichosa complacencia de las noches libres, estrelladas, allá en los campos de Aragua.

Porque este cautivo había sido en otro tiempo rico hacendado, vecino de La Victoria. La revolución lo había arruinado. Acusado primero de realista, después de patriota, dieron todos en despojarle de sus bienes y había experimentado desgracias terribles.[24] Hacía unas horas se encontraba allí traído desde San Carlos.

Al concluir el día, Teresa recibió el siguiente papel: «Estaba confundido y humillado; pero os he visto y vuestra mirada

penetró en mi celda como un día alegre para consolarme. Vuestro servidor, José Niño Ladrón de Guevara».[25]

V

Un suceso vino a perturbar y a dar otro giro al proceso.

El oficial de guardia de las bóvedas comunicó al comandante que el cabo Pedro Durgoy se había presentado ante él pidiéndole con insistencia le dejara hablar con Teresa Heredia.

Bobadilla ordenó prenderle y todos creyeron hallar la pista de alguna cosa importante. El señor escribano real se había calado ya las gafas y disponía su linda pluma de ganso para encabezar el folio con las frases de estilo. El comandante de policía adoptó una solemne actitud.

Pero cuando el acusado entra, palidece de cólera y descarga un puñetazo mientras Sabogal se levanta también indignado. El cabo Durgoy se esgonza grotescamente entre los corchetes y contempla al tribunal con faz idiota. El cabo Durgoy está borracho.

No obstante, el escribano asoma una idea. Quizás el estado de Durgoy puede ser excelente para dar con la verdad. Los alguaciles le sostienen y a duras penas logran levantarle la mano para que preste el juramento. Durgoy lanza una carcajada.

El jefe de policía le interroga sobre la prisa que le llevaba a ver a una presa acusada de rebeldía contra el legítimo gobierno.

Vacila Durgoy sobre sus piernas. Se tambalea. Sus ojos húmedos parecen comprender apenas. Se le interroga, le apremian.

—Ah, ésa es una bella hembra; por eso quiero hablar con ella. Es mujer digna de un cabo como yo.

Bobadilla ordena airado que se lleven al ebrio y dispone oficiar al jefe de la guarnición para que le arreste. Luego el tribunal se traslada al castillo de San Antonio para interrogar a otros prisioneros.

VI

Tan cerca de ella el amor enciende pronto el corazón del caballero. Teresa piensa que puede consolarle sin faltar al otro. Ella escucha en la noche sonar la cadena del cuitado; no puede dominar sus simpatías; desea besarle en la frente.

Un soldado se presta a llevar los mensajes.

«No tengo —le dice en una de sus cartas— nada que ver con vuestro pasado. Os llevaré a mi hogar».

Y Teresa se muestra tan agradecida de ese estilo respetuoso y tierno a un tiempo, que olvidándose un momento de Hijuelos siente latir el pecho por el hidalgo.

Él le da órdenes para su casa por si es libre primero. A ella han de entregar los restos de sus bienes: un baúl con libros, varias monedas de oro. Debe esperarlo en Caracas, pues cree salir pronto de aquel antro. Él tiene unas hermanas y les escribe ordenándoles recibir a Teresa como a su esposa. Él siente de antemano el aire puro que han de aspirar juntos, ve sus cabellos bañados por la luz. Cuando escucha el menor ruido, cuando siente la ola batir sobre las murallas, se sobresalta. En realidad, él no quiere verla libre primero. Esta idea le atormenta.

Como han formado un lenguaje secreto se oyen en la noche golpes dados con una argolla. Responde Teresa con un hierro en el suelo. Repiten aquellos golpes lentos, espaciados, monótonos y a menudo los ahoga el trueno del mar.

Una noche él da en vano una, dos, tres veces, solo responden los bramidos del mar. Se esfuerza cuanto puede, toda la noche los golpes resuenan en las bóvedas donde el viento silba, aúlla, como las flautas de un órgano. Toda la noche. Y el retumbo de la ola desapercibido antes le enloquece.

Al otro día sabe que Teresa está libre desde la tarde anterior.

Todas las averiguaciones habían venido a dar en que la conspiración era una burla, una invención de la Cayrós. Vicente Colón, el mensajero enviado a San Carlos, había muerto en Cumaná, dos años antes. Buscaron a Aragón y había partido para España. El proceso fue remitido al Consejo Superior de Guerra en Caracas, que lo termina después de sentenciar a la Cayrós a la pena de azotes. Que en esto vino a parar tanto papel y tanto juramento.

VII

Apenas traspuso la puerta de la prisión cayó Teresa en los brazos de Joseph Hijuelos. Era este un artillero de diecinueve años, delgado, moreno.

—¡Mi Teresa!

—¡Pepe!

Mientras él tomaba su equipaje, un pequeño envoltorio, ella aspiraba con delicia el aire y se extasiaba con la luz. El mar y el cielo tenían un color puro. Las olas iban tranquilas, muriéndose dulcemente. Los castillos escalonados en el cerro brillaban con el fulgor del guijarro en los caminos y movíase en las astas como arrebol violento, ondulante, la enseña española.

—¿Adónde vamos?

—Los dos tenemos un albergue que te he preparado.

Mientras se alejaban se referían lo que habían hecho y pensado en aquellos tres meses que no se veían.

Se había desatado los cabellos sedosos, largos, color de almizcle. Hijuelos hacía resbalar sus labios por el cuerpo de Teresa. De pronto se hizo hacia atrás mostrándole una cicatriz rojiza entre el pecho y la espalda.

Inquirió ansioso. Ella decía cosas vagas. La mirada de Hijuelos tornábase fría, dura. Teresa sentada lo veía hacer. Iba a irse. Entonces se arrojó a sus pies abrazándole las rodillas, la cabeza oculta entre su cabellera.

—¡No te vayas! ¡No te vayas! —dice suplicante.

Después comenzó a referirle su historia.

Era viuda. Al poco tiempo de perder al marido, su pueblo, Ospino, en donde enseñaba a leer a los niños, fue tomado por los patriotas. Ella era patriota. Todos la tenían por amiga de los rebeldes. Para salvarse se presentó al canario Yáñez, vestida de soldado. Así siguió la hueste del rey. Fue una especie de paje de aquel jefe. Un día, después de la batalla, cabalgó en las mismas ancas de su caballo. Como estaba ebrio, el aliento, el rostro del soldado, le hizo abrigar sospechas, las cuales se confirmaron porque sus cabellos se desataron en el galope.

Quedó a reunirse con él después de la cena, pero emprendió la fuga. Caminó toda la noche y parte de la mañana hasta caer rendida. Cuando despertó estaba rodeada de soldados. Eran patriotas al mando de Girardot que iban a reunirse con Bolívar en marcha sobre San Carlos. Ellos la aclamaron arrojando sus gorras al aire.

—¡Viva Teresa!

—¡Viva la insurgente, la flor de ejército!

Fue entonces cantinera. Estuvo así en el combate de Taguanes y más tarde en Bárbula, donde salvó la vida a cuatro curros.[26] Su suerte la retuvo en Valencia donde llegó a gobernar Luis Dato puesto allí por Boves. No tardó en ser presa por carecer de pasaporte y Dato la amó. Ella resistió a sus requerimientos. El gobernador la acusó de patriota y...

Teresa Heredia hizo una pausa al llegar a este punto. Hijuelos seguía el relato con ansiosa emoción. Como ella vacilara le ordenó continuar. Quería saber todo.

Dato la ultrajó. Los soldados la desnudan, le dan un baño de miel, la empluman. Sus cabellos caen cortados y así, montada en un asno, precedida de un pregonero la llevan por las calles al son de los tambores. Como intentara resistir, un sayón le cruzó el pecho de un cintarazo. Ésa es la marca de «la Insurgente».

Él, trémulo de cólera, besa mil veces la cicatriz que florece en su cuerpo más blanco que la luz de la luna. Ella esconde la cabeza en el pecho del amado y sus lágrimas se confunden. Los dos gimen de amor.

VIII

Dos[27] meses después, en los primeros días de mayo, una multitud inmensa se agolpaba en la playa. La calle, la única calle, sombreada de balcones apenas podía contenerla. Los bateles habían quedado vacíos, volcados sobre la playa, con el casco al sol, semejantes a esqueletos de grandes peces. En los techos, en los balcones, había gente, racimos de gente impacientes por ver aquello. Solo un callejón defendido por las varas de los alguaciles permanecía expedito. De todas partes se elevaba un murmullo, más bien un clamor. Algunas mujeres agitaban sus rosarios en alto o levantaban sus niños para librarlos del sofoco, otras leían en sus libros de oraciones, otras discutían en voz alta.

Las campanas tocaban a muerte. Un vaivén agita la turba. Sostenida entre dos frailes que le muestran la cruz y la exhortan, una mujer era conducida, arrastrada, las manos atadas, cubierta la cabeza con un saco negro. Delante, dos legos recogían limosnas. A ratos, en un breve silencio, se oían caer las monedas en los platos.

Se oyeron gritos:

—¡Viva el rey!

—¡Mueran los malvados!

Seguía una escolta de soldados y al fin un heraldo hacía pregonar la justicia que el rey mandaba hacer en María Marrero por rebelde.

De pronto se hace un revuelo. Nuevos gritos dominan el sordo rumor. El reo resiste, se arrodilla, implora. La multitud siente toda la intensidad del momento, se agita como un solo cuerpo; ninguno quiere perder un detalle y todos se impacientan. Dos soldados acuden en auxilio del verdugo para levantar a la mujer. Da esta agudos gritos mientras le pasan el lazo por el cuello. Los frailes levantan la cruz. Un instante más y todos pueden mirar al cuerpo pendido, estremeciéndose, en la horca. Entonces se alza una rechifla y la plaza retiembla.

Cerca, en un rincón, Teresa Heredia protestaba entre un grupo de mujeres. Después le vieron llevar un pañuelo a los ojos. Un sujeto zambo, con el rostro marcado por un lanzazo, la interpeló:

—¿Es familia suya?

—¿Acaso se necesita ser familia? —repuso Teresa—. Es injusto. Estuve presa con ella, la conocí en la cárcel.

—Puesto que el Soberano lo hace, está bien —replicó el hombre.

Entonces el zambo reparando en sus ojos chispeantes, en sus narices finas, hinchadas por la cólera, en el color subido de su rostro:

—Mujer, ¿cómo que estás bebida?

—¡Bebida! —exclama Teresa fuera de sí—, para el año próximo te invito a bailar aquí mismo —y saludando hizo una pirueta y canturreó una canción en boga—:

Aunque pobre y sin camisa
un baile tengo que dar,
y en vez de la guitarra
cañones resonarán.

¡Que baile el sin camisa
y ruja el son del cañón![28]

Se había formado un círculo en torno de ella y el hombre con risa amable la invitó:

—Bella canción. ¿Cómo es?

Teresa la repitió en voz alta y al terminar lanzó una carcajada.

El zambo se alejó. Un vaivén de la turba la separó del grupo. Quiso avanzar, seguir el torrente, pero se halló con Pepe Hijuelos que la tenía del brazo. Estaba demudado. Avanzaron con dificultad. La gente se alejaba alegre, satisfecha. Así las romerías en los días de fiesta. Y cuando se hallaron solos:

—Te has comprometido de nuevo; no me quieres, Teresa.

—¡Te adoro, Pepe!

Y como le acariciara el cuello:

—¿Temes verme como a la Marrero? ¡Ah, no, es que no tienes sangre!

No respondió nada y tornándose grave:

—Deja la querella; oye Teresa, es preciso [que] cese esta inquietud. Mejor es que seas mi mujer. No sé, a cada momento pienso... Oye, deja esta vida.

La había tomado de la mano y la voz se le anudaba, salía trabajosa.

—Te voy a mandar a Caracas para que lleves mi petición al subinspector y obtengas permiso.

—¿Para qué?

—Para casarnos. ¿No me quieres? No tengo nada, Teresa, pero aquí, los dos juntos estaremos tan bien.

—¿Casarse? ¿Dónde se te ha ocurrido eso? Tú sabes...

—No digas más, prométemelo; ahora mismo haré las diligencias y partes enseguida, pero sé prudente.

—¿Y tú qué me prometes?

—¿Qué?

—Sí, en cambio hazte patriota.

Él vaciló un instante. Luego, sin responder, juntaron los labios.

IX

Teresa salió del puerto con el alba. Hijuelos le entregó los papeles necesarios para el arzobispo, el subinspector de artillería y un pasaporte firmado por el jefe del Peñón. El amo de la bestia,

un arriero, iba con ella. Saltó ágil al lomo del caballo y le hizo una reverencia. Él la vio alejarse.

La matinada derramaba entre las arboledas umbrías, húmedas, alientos odorantes, y la senda sobre la cual se inclinaba la enramada oscura invitaba a seguirla. La primavera había llegado. Las noches suspendían guirnaldas en los bosques como en las puertas de una amante. Los murmurios del bosque tenían suavidades, caricias, canciones de onda.

Hijuelos pasose el pañuelo por la frente. Volvíase y se encontró con el cabo de su compañía. Le miraba con expresión deseosa de ser risueña.

—Hombre afortunado que has conquistado a «la Insurgente».

—Va a ser mi esposa.

—¿Tu esposa, la insurgente conocida de todos? ¿La que acaban de soltar, la que ya buscan para hacerle bailar el piquirico?[29] Ah, ya comprendo tus ausencias.

Hijuelos se había puesto pálido.

—Será realista en adelante. Yo soy fiel al rey.

Enrojeció al peso de dos mentiras distintas.

Caminaban hacia el caserío. A ratos Hijuelos contemplaba la montaña entre cuyos altos riscos bravíos, severos, desiguales, caían tonos verdes.

En la orilla del mar donde las olas canosas movíanse pausadas, tranquilas, un marinero acostado cantaba cara al cielo. Hombres sudorosos arrastraban sacos de cacao.

Se hacía a la vela una goleta. Un esclavo viejo tendía su sombrero a la gente atareada.

Entraron a una posada a desayunarse. El ama vio los uniformes con simpatía. Su lustrosa cara expresó el mayor contento.

—Vamos, no dirán que vienen a mi casa insurgentes, sino los mismos soldados del rey.

Se acercó a preguntarles lo que deseaban. El cabo repuso:

—Este amigo soldado está enamorado. Va a casarse con una insurgente.

La mujer miró a Hijuelos con recelo.

—¡Pobrecito! ¿Con una insurgente? —Hijuelos sentíase avergonzado de oír tratar así a su amada.

—A ella le han calumniado —dijo—; es una mujer ajena a la política y mucho menos a esa causa.

Recordó la intrepidez de Teresa y su juramento y el mismo dolor de antes le oprimió. La mujer alejose y volvió a poco con el café. Examinaba a Hijuelos con un interés creciente. Su cuello grasoso, sus ojillos astutos, sus cabellos duros como alambres, pegados a una frente estrecha, le daban un aspecto repugnante.

—Pues tenga cuidado —insistió—qué sabe usted si ella le complica en sus manejos.

Hijuelos iba a estallar en cólera, a afirmar su voluntad, pero advirtió que el cabo le miraba atentamente.

—No —respondió—; mi esposa, ya la tengo como tal, es mujer honrada. Ella va a Caracas a buscar permiso para casarnos. Usted me hará unos buñuelos para las bodas y el señor cabo queda invitado en recuerdo de haberla visto partir.

Pagaron y se alejaron.

—Oye —dijo Hijuelos—, ¿cómo que me dices que andas buscando a Teresa?

—Sí, no he debido dejarla partir.

El cabo vio el rostro descompuesto del artillero. Parecía gozar de aquella inquietud.

—Teresa Heredia es conspiradora. ¿No lo sabes, Pepe? El día que ahorcaron a la mujer cantó una canción patriótica y se expresó mal ante un soldado de caballería que a estas horas va con ella, disfrazado de arriero, hacia Caracas.

—Ese, ¿quién es ese?

—Pedro González. Cuando les vi ahora tan juntos, queriéndose tanto, lo sentí de verdad, Pepe, y no quise molestarlos. González es realista furibundo. Eso es desgracia, Pepe, invitar a González a bailar para cuando vengan los patriotas.

Entonces Hijuelos con la mano puesta en el pecho del cabo exclamó:

—Por favor, ayúdame a salvarla; es mi novia, mi amada, mi esposa.

—Ya se te pasará. No puedes ir y si desertas te amarran y al cepo. ¿Y qué puedes hacer? Mejor es esperar. ¡Quién sabe! Ella es mujer muy ladina.

Callaron. Hijuelos se esforzaba en ocultar su turbación. Comenzaban a subir la cuesta en dirección del castillo de San

Jerónimo. Arriba tocaban la diana. La bandera española flotaba bajo el azul radiante.

—Apuremos, Hijuelos, es hora de revista.

Apresuraron el paso. Hijuelos parecía haber perdido la voluntad. Estaba lívido.

X

Apenas se hubo alojado Teresa en una posada de la parroquia de Candelaria, fue detenida y conducida al cuerpo de guardia.

Pedro González y Martín Canino, exsoldados de Boves, hicieron la denuncia. Era enemiga del rey. En el camino le oyeron profetizar la derrota de las armas realistas y decir, chanceándose, que su marido, por ser español, debía estar en el infierno.

Teresa fue interrogada el mismo día. El capitán general Moxó comisionó al sargento mayor de la plaza, don Antonio Guzmán, que entendiera como fiscal en la causa. Refirió su historia. Teresa se defendió con calor. Recordó haber salvado cuatro realistas en Bárbula. Los jueces extrañaron el suplicio a que la sometió Dato; pero el alférez real de Valencia, don Ignacio Malpica, y el escribano público de esa ciudad, don José Otalora, quienes se hallaban en Caracas, la desmienten. Niegan que el gobernador Dato la haya enamorado. En cambio la acusan de ser mujer de mala vida y ella en vano clava los ojos en los jueces. Su inquietud misma la hace sospechosa. Durante la audiencia se desgarra el corpiño y todos sus gestos revelan angustia, un temor que toman por indicio de culpa.

XI

Cuando las puertas de la prisión se cierran, Teresa se compara al pájaro que no torna, a las flores que no vuelven a abrir. Mas en breve la cólera agita su pecho y ahuyenta el sollozo.

A ratos un soldado se asoma por el ventanillo y la espía. Teresa le llama y desaparece. Un pensamiento la anonada. Sus dolores son oscuros. ¿Quién se acordará mañana de Teresa Heredia? Y añora su prisión en La Guaira, cuando podía contemplar desde el alba el castillo de San Jerónimo.

La incomunicación era severa. Pasan varios días largos, infinitos. Son los días de mayo. El mar esparce sus hálitos perfumados en las noches cálidas, voluptuosas. Teresa se agota en este pensamiento de amor vivo bajo su frente sombreada por negros rizos.

Al fin tiene una idea. Sonríe y se arregla. Habrá entre esos soldados alguno. Cuando aparece el vigilante se le acerca, le acaricia la nariz. El soldado la abraza y apenas se defiende. Después cuando se halla sola medita su plan. Sin duda aquel soldado puede facilitarle un puñal, un arma cualquiera. Pero al otro día el soldado es relevado.

XII

En la noche, don Antonio Guzmán ha estado hasta altas horas tratando asuntos de importancia con el capitán Moxó. Uno de los informes, en los cuales quiere mostrar su celo al rey, versa sobre la causa de Teresa Heredia.

—Es preciso ser inflexibles, perseguir sin piedad a los malvados —dice Guzmán.

—El gobierno de Su Majestad —contesta Moxó— quiere mostrarse en casos como este, casi fútiles, magnánimo.

El fiscal se manifiesta sorprendido.

—¿Fútil? Perdone S.S., esta mujer es peligrosa, es intrépida. Puede en un momento dado prestar servicios importantes a los traidores. Mi celo, señor, me obliga a hablar así.

El capitán general escucha complacido la historia de la Heredia. De vez en cuando toma de su esmaltada caja un poco de rapé.

—¿Sabe S.S. —concluye— qué clase de mujer es? Entre sus papeles se han encontrado cartas apasionadas de muchos hombres. Hay tres que le proponen matrimonio y ha venido a solicitar permiso para casarse con un artillero en La Guaira. Mientras estuvo presa se enamoró perdidamente de ella un sujeto, quien le mandó entregar sus bienes, si se libra dice...

—¿Cómo se llama?

—Ladrón de Guevara.

Le tiende una carta:

—Esta figura en sus papeles.

El capitán sonríe.

—Lo siento —dice—, pero ya este buen señor ha pasado a mejor vida.

—¿Ha sido ejecutado?

—No. Me informan que murió esta mañana.

Y agrega:

—Me place esta mujer por su carácter. ¿Qué sentencia pensáis darle, Guzmán?

—Pienso ser severo.

El gobernador frunce el ceño.

—No, imposible. Vamos, seamos débiles esta vez, aunque nuestro propósito por la felicidad de los vasallos de Su Majestad es dejar de ser clementes un tiempo, como fieles intérpretes de la voluntad de nuestro amado Soberano.

Dicho esto, empuña sus lentes de carey pendientes de una cadena de oro para leer la carta que le tendía el sargento mayor. Varias veces inclina la cabeza en señal de agrado:

—Es galante este hombre.

—Tenemos de nuevo alborotado ese nido de pícaros. Son graves las noticias de la isla de Margarita. Decididamente nos quieren obligar a emular todas las crueldades.

—Y aquí mismo es preciso redoblar la vigilancia. Noto muchos rostros alegres. En ciertos momentos la alegría es una delación. Sin duda conocen la expedición de Bolívar. Urreiztieta pide auxilios, pero no duda que la Providencia...

El capitán general le interrumpe.

—Bueno, Guzmán, hasta mañana. Estoy cansado, me duele la cabeza; los negocios me tienen quebrantado y quién sabe qué sorpresa nos tiene el día de mañana.

Guzmán se levantó:

—Debe ser la una. Deseo a V.E. una buena noche.

Delante un criado alumbra. S. S. se vuelve y dice con los lentes en la mano desde el primer tramo de la escalera:

—No olvides mis deseos; te recomiendo a la bella insurgente.

XIII

La puerta abriose lentamente. Un embozado en amplia capa avanzó después de abandonar en el suelo una linterna. Luego por

un movimiento dejó ver sus lentes pendientes de una cadena de oro sobre el chaleco de seda color perla.

Teresa se levantó sobresaltada en la sucia estera que le servía de lecho. Y el desconocido hizo un saludo ceremonioso y burlesco a un tiempo.

—Hermosa Teresa, no temas.

Y extendiose en un párrafo. Había conseguido permiso por mediación de un personaje para verla. De este modo había podido quebrantar a duras penas la incomunicación, porque su suerte le interesaba mucho. De ella le habían referido grandes rasgos, más bien hazañas.

Teresa dio las gracias y agregó:

—Pero ¿a qué voy a temer? ¿A la horca?

—Es cierto que perteneces al número de esa gente.

—Soy patriota.

—Eres una bella mujer; mejor, una heroína. Es claro… Cualquier hombre sería dichoso con poseer tu corazón.

Teresa tomó una actitud de maja. La luz apenas descubría su rostro cuya gracia acrecentaba la sombra. Distinguíase su palidez interrumpida por los labios apenas rosados y sus ojos entornábanse como dos flores en la noche.

Avanzó hacia ella.

—Puedo hacer mucho por ti, puedo salvarte… Ese mismo Hijuelos.

La vio estremecida; agitado el pecho.

—¿Cómo sabe usted? Voy a casarme con ese Hijuelos. Viene demasiado tarde.

—En efecto, es tarde —respondió inclinándose—. Es más de medianoche. Es la hora de los muertos y... del amor.

Tomándole una mano se la llevó a los labios, mientras la asía por el talle. Rápida, Teresa hace un movimiento, hunde los dientes finos, menudos, en un dedo del galán. Escúchase un grito ahogado, más bien un rugido. El silencio lo aumenta, lo propaga por el patio desierto. Él sacude en vano el brazo. Teresa siente un sabor acre, le abandona y corre al extremo del calabozo. Instintivamente palpa la pared, levanta los brazos tratando de apartar el muro espeso.

Dos guardias aparecen solícitos, sacuden sus látigos sobre ella que se revuelve, se acurruca en un rincón y gime de indignación y dolor.

El embozado nuevamente grita:

—Déjenla.

Y ordena que le alumbren. La puerta se cierra con estrépito. Teresa permanece inmóvil, despeinada, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Por la claraboya se divisa un pedazo de cielo con dos estrellas. El silencio la rodea y solo escucha el ritmo de su corazón.

Al fin se oye un chorro de agua que cae en el estanque cercano. Ya no se ven las dos estrellas. Cual si despertara advierte sorprendida en el centro de la celda unas gotas de sangre.

XIV

En la mañana hay un gran movimiento en las calles y en las salas de los tribunales. Van a dictar sentencia en varias causas. También se rematan los bienes de algunas familias rebeldes y los agiotistas luchan entre sí por adquirirlos.

A las diez sale un bando de la Plaza Mayor. La justicia ofrece diez mil pesos por la cabeza del rebelde Simón Bolívar. Teresa escucha el tumulto que sigue a los pregoneros.

Circulan las noticias más diversas. Unos dicen que Bolívar está preso; otros aseguran que ha sufrido una gran derrota. Los gritos de los rematadores confúndense con los del bando de Moxó.

Después de mediodía, don Antonio Guzmán dio cuenta al capitán general de las sentencias dictadas por la mañana. El capitán general estaba aún recogido y tenía su mano derecha envuelta en un pañuelo de seda. A las solícitas preguntas del sargento mayor respondió que había sido una picadura de avispa. Tenía inflamada la mano.

Don Antonio se extendió en consideraciones sobre la frecuencia de picaduras ponzoñosas en esa época del año. A él mismo le habían atacado cierta vez en el huerto de su casa. Al fin dijo sonriéndose:

—Sabe S. S., la bella insurgente, como S. S. tuvo a bien recomendármela, yo…

—¡Absuelta! —exclamo Moxó incorporándose en sus almohadones.[30]

—No, lo he sido sin faltar a la justicia...[31] Me ha parecido bien el destierro. Pasado mañana sale un buque, *La Anunciación*, para Puerto Rico. Se le remite al capitán de la isla para que la embarque para los Estados Unidos. Allí aprenderá mejor a ser libre.

—¡Ah, bien cruel es la pena para esa pobre! Y el novio, ¿qué hacemos con el novio?

Moxó se regocijaba con esta situación. Sus ojos daban vuelta de un modo singular. Guzmán vio con satisfacción que estaba contento.

—Sí, creo está bien así. El destierro, el destierro.

—Sí, es duro el castigo. Al oír la palabra destierro perdió la bravura. Ha llorado, excelencia, ha llorado sin rubor. Pero así he conciliado vuestros deseos con la justicia.

—¿Lloró? Hermosa penitente. Lloraría por el bribón del artillero. Yo creo que el rey se hubiera apresurado a enjugar esa lágrima.

Y Moxó contempló su mano envuelta en un pañuelo de seda.

XV

Temprano supo Joseph Hijuelos la llegada de Teresa, camino del destierro. ¿Para qué hablar de la pesadumbre que sobrecogió su ánimo?

La Anunciación se mece en las aguas tranquilas, ceñido el casco de espuma como en un albo círculo de azucenas.

A fuerza de ingenio y sobre todo a fuerza de sus ahorros montantes a doscientos reales, que entrega al jefe de la escolta que la custodia, obtiene un permiso para verla de noche, en secreto. Se deslizará furtivamente y allí en un rincón, una hora solos, tendrán la última entrevista.

La luna estaba muy clara. La mar mostrábase plácida, color de zafiro. Los palmares recortados en el cielo clarísimo formaban con sus murmurios un gran nocturno; relucían las palmas y el aire parecía batido por inmensos abanicos dorados.

Hijuelos esperaba que la luna se ocultara. Aquella noche debía ser la de sus bodas; aquella noche debía sentir en su pecho la dulce carga de su cabeza. Aún trata de asir una esperanza. Vagaba impaciente por la calleja. La sed le sobrecoge de pronto. Entra en una taberna y al punto se oye llamar. Son camaradas. Una reacción repentina le anima.[32]

—Bebamos vino para estar alegres. La despedida es triste y ennegrece la última hora del amor —dice Hijuelos al levantar su copa o al menos así lo expresa su corazón.

Una y otra copa. Se olvida del tiempo. Horas hace se han borrado los cerros y la mar brama encrespada en la oscuridad. El Ávila no refleja en las aguas su doble pico. Los compañeros le abandonan guiñándose los ojos, de puntillas, como se hace con un enfermo que duerme.

Lentamente Teresa avanza hacia él. Siente en sus labios los de ella que tienen la ternura de las rosas. Caminan enlazados por la orilla. Las olas apenas murmuran; suspiran. Teresa le señala un punto lejano y su mano en la suave luz nocturna parece una paloma cautiva. Nunca habrán de separarse. Juntan sus cabezas y se sumergen en un deliquio y todas las cosas se desvanecen alrededor. Después ella refiere sus aventuras en Caracas. Él la riñe, le espía el rostro de gracia infantil y grave. ¡Cuán breve el tiempo! ¡Qué ligero camina el amor! Ella ríe y su risa le hiere como un dardo.

Bruscamente salta. Se restriega los ojos. Está solo. El sol penetra en la taberna con luz salvaje. Desesperado, ansioso, se precipita fuera. El navío ya no está en el puerto.[33] Nada en el horizonte. Acaba de comprender y sus ojos se nublan y prorrumpe en una imprecación.

Sobre las torres, en los fortines de la orilla y del cerro la enseña española ondea gloriosa, altiva, llena de majestad, en medio de la azul mañana.[34]

EL JUICIO DE JOAB

Salía Jesús de una gran ciudad donde había enseñado tres días. Aquel sitio estaba poblado de jardines antiguos. De los boscajes descendía una sombra dorada y sobre el mar de rosas parecía flotar un albor de idilio. Jesús volvió el rostro gozoso. La mañana era pura como sus ojos. Recordaba su infancia en Nazaret, cuando iba a jugar a un campo de lirios.

Toda la ciudad había salido a verle. Las murallas estaban coronadas de gente deseosa de presenciar nuevos milagros. Mujeres arrodilladas besaban la orla de su manto. Algunos ricos abandonaban el cortejo sin poder ofrendarle sus vasos de perfumes. Otros lloraban, porque les era dado contemplar antes de morir a la Estrella de Judá, al Hijo de David anunciado por los profetas.

En fin, los sabios y los santos se sentían alegres, pues ellos practicaban todo lo que Él ordenaba, y decían en su corazón: «Nuestro será el reino de los cielos. Allí le contemplaremos más bello aún que en esta mañana de estío». Pero sus corazones se mancillaban con ese pensamiento orgulloso y envanecidos de ser buenos, desdeñaban a la multitud condenada a una eternidad de dolores.

En la turba se produjo un movimiento y furiosos clamores llenaron el aire. Los más próximos se agruparon temerosos en torno de Cristo.

—¡Es Joab, el infame Joab! —decían.

Y pudo verse a un hombre joven que trataba de llegar hasta Jesús. Su faz estaba llena de lodo y sangre. Todos se apartaban y recogían sus vestiduras para no contaminarse.

—Señor, ese hombre es un miserable. Ningún juez ha querido condenarle para que nunca pueda expiar sus delitos. Le está prohibido acercarse a la ciudad y hablar a las gentes honradas.

Estas y otras cosas dijeron a Jesús. Pero Él le llamó y Joab postrado en tierra, lavó sus pies con lágrimas. El Hijo de Dios le miraba con ternura infinita. Y su voz se oyó más dulce que la de los ángeles:

—En verdad os digo que ninguno es tan digno de mi amor como este hombre despreciado. Yo le consolaré más que a los santos y a los poderosos de este mundo.

Y nuevamente los hombres murmuraron contra Él, mientras se alejaba. Y el camino florecía bajo sus plantas…

1924

LA CANCIÓN DE PIERROT

Un saloncito donde la pobreza ha querido hacerse gentil. La luz tamizada por un enorme caparazón de muselina rosa comunica a las cosas un aspecto amable y discreto. La ventana entreabierta deja ver un claro de cielo. Se oyen risas que han hallado su música en las fuentes azules y en esas copas de plata nieladas.[35]

Beatriz y Andrés, Paco y Blanca tratan los viejos temas del amor. El diálogo que comienza a languidecer ha caído sobre la belleza femenina.

Andrés a Blanca: —¿Usted la quiere ver?

Blanca: —¡Mentira!

Andrés muestra apenas la punta de un retrato guardado en su cartera.

Blanca: —Quiero verla.

—¡No!

—¡Entonces es mentira!

Beatriz distraída, absorta en algún pensamiento, inquiere de pronto:

—¿Qué dice?

—Una novia de Andrés. Dice que es linda. Ahí tiene el retrato.

Pasa una sombra casi imperceptible por el rostro de Beatriz. Su mano ensortijada donde brillan joyas humildes que tratan de imitar la lumbre de los rubíes y los diamantes se apoya en el respaldo de la silla. Con alegría.

—¿Sí?

Andrés parece satisfecho.

Blanca: —¿Pero no se puede ver, Andrés?

La idea de que es bella consuela a Beatriz.

—Si fuera verdad Andrés me la enseñara.

—¿No lo quiere creer, Beatriz?

Ella guarda silencio y no quiere insistir; pero sabe cuáles son sus atractivos; su carne es fresca, deliciosa y sacrifica un poquito de orgullo, ¿qué importa?

—No, Andrés. Déjame verla un instante. ¿Es rubia o morena como yo?

—Es blanca, de cabellos negros.

Sin la complicidad de la luz suave y discreta se vieran florecer en las mejillas de Beatriz dos rosas de sangre. Pero Paco la observa atentamente.

—Beatriz.... una novela corta.

Y la voz de Paco es difícil. Se diría que le ha costado mucho pronunciar esas palabras.

—¿Qué dice usted, Paco?

—Una…

Beatriz entre una risita nerviosa:

—Sí, sí, sí...

Andrés y Blanca hablan aparte. Los ojos de Beatriz parecen más grandes; despiden un raro fulgor. Diríase que están prontos a mirar con ira o con amor. Su mano deja fulgir las piedras toscas y cándidas.

A esta sazón se oye gemir a lo lejos un viejo piano. Es «La canción de Pierrot».

Paco: —Perdón, Beatriz

Esta sin responder se inclina a recoger una peineta. Paco solícito quiere evitarle el trabajo.

—Espere, un momento.

Beatriz se incorpora.

—Gracias, ya está.

Ahora sus ojos están brillantes y al instante Paco advierte en el suelo una gota tan clara y trémula como las joyitas guardadas por la lluvia entre las flores.

—Beatriz, ¿de dónde caería esa gota de agua?

—¿Está lloviendo aquí? —pregunta Andrés.

Beatriz ensaya una sonrisa y mira sorprendida:

—¡De veras!

Y luego con naturalidad:

—Ah, debe ser de las flores que están sobre la mesa.

Hay un largo silencio. Luego la conversación recobra su viveza. Todos hablan y ríen a un tiempo. En tanto, a lo lejos, en un viejo piano del barrio se deja oír con trabajo, irónicamente, «La canción de Pierrot».[36]

LA QUE NO TUVO AZAHARES

I

Pablo Rante era un comerciante en víveres al por menor. Tenía una numerosa clientela en la parroquia Santa Rosalía. Su mujer Ana de Rante trabajaba por su cuenta en las más diversas tareas, y colocaba a interés el producto de sus economías. Ana de Rante en asuntos de dinero era invencible. Además alimentaba una ambición en su espíritu: la de salir de aquel ambiente oscuro en que había vegetado toda su vida, siquiera un instante. Así no despreciaba ocasión para darse importancia. Cuando tenía catarro, por ejemplo, se valía de un tipógrafo amigo para publicar en un diario esta importante noticia: «Se encuentra quebrantada de salud la señora Ana de Rante. Deseamos su restablecimiento». Sus amistades comenzaban a saludarla por teléfono. Esto era la gloria misma.

El verdadero tesoro, la joya de los Rante era su hija Rosita. El año último (1923) estaba deliciosa y era codiciada por todos. Blanca, esbelta, indolente, su adolescencia anunciaba una juventud larga y radiosa. Sus ojos asombrados, oscurecidos como los pensamientos, daban a su rostro una gracia inesperada. Rostro fino y cabellos casi negros. Su rostro era una flor.

El primer amor de Rosita fue el hijo de un rico almacenista: Ernesto Logroño. Esto era en abril. La señora Rante dio su consentimiento. Aquel Logroño que había ido cinco veces

a Nueva York, mozo elegante, amigo de los deportes, bailarín excelente, encarnaba para ella el arquetipo de los yernos.

Ernesto y Rosita iban juntos a los cines, emprendían excursiones en automóvil, en las noches de luna llena de rosas y canciones, o permanecían en la ventana, las manos abandonadas, en un éxtasis.

Pablo Rante no ocultaba su desconfianza.

—No me gustan esas entrevistas a oscuras —decía a su mujer.

—No te metas en lo que no sabes. Deja eso de mi cuenta.

—Pero mujer, ¿no ves cómo palidece la muchacha? ¿No piensas en lo que pueden decir?

—Estúpido, tú no conoces a las mujeres.

—¡No, voy a correr a ese badulaque borracho!

—¡Te guardarás de hacerlo. Es un Logroño!

Los esposos Rante tuvieron varios altercados en los cuales ya por debilidad, por impotencia o por una secreta esperanza del marido, Ana salía victoriosa.

A menudo invitaba a Logroño a cenar. A veces llegaba con la lengua torpe, incomprensible y con dolor de cabeza. Entonces la señora le empapaba la cabeza con agua de Colonia, le cedía su abanico y guiñaba los ojos. Para la señora Rante las borracheras de Logroño tenían una gracia infinita.

II

Después de muchas vacilaciones, Pablo Rante decidió «llamar al orden» a Logroño sin consultar con su mujer.

Logroño escuchó sonriendo las palabras de Rante y prometió formalizar enseguida el asunto. Pero no volvió a presentarse. Escribió a Rosita para decirle que le era imposible volver a verla, porque Pablo Rante se lo había prohibido.

Rosita palideció, derramó lágrimas ardientes, dejó de comer y se encerró varios días en su cuarto. Le era tan dulce, tan necesaria la amistad de Logroño, que creyó morir de dolor, de amor.

Por su parte, Ana de Rante dirigió a su marido reproches terribles. Le hizo responsable de la salud, de la vida de su hija y, sobre todo, de haberla hecho perder su porvenir. Los transeúntes

oían el escándalo. Rante alegaba sus derechos, su autoridad marital y paternal, su experiencia.

—Sé lo que hago. Conozco el mundo. Además no le he prohibido que la vea. Es falso, absolutamente falso.

Fuera de sí, en el colmo del furor la señora Rante tiró a la cabeza de su esposo un florero que alegremente fue a hacerse añicos cerca de una ventana.

Otro se hubiera aterrado de ver a la señora Rante hecha una furia, amenazando a su marido con el divorcio «por injuria grave».

Pablo Rante escuchó con paciencia y se retiró cabizbajo. Para librarse de semejantes escenas comenzó a quedarse de noche en su bodega, con algunos amigos, lo cual era ocasión para destapar una o dos botellas de ron, dulce beleño que adormecía la amargura en el corazón de Pablo Rante y le hacía creer unos instantes en la felicidad.

Todo esto llegó a oídos del doctor Miguel Santos, especialista en divorcios, y se apresuró a ofrecer sus servicios a la señora Rante. Le aseguraba mediante ciertas declaraciones una sentencia ventajosa y aprovechable. La Rante pidió unos días para resolverse.

Rosita no pudo tolerar más su soledad y logró comunicarse con Ernesto Logroño. Ambos decidieron verse de tarde, en El Calvario. Rosita halló muchos pretextos para acudir a las citas: visitas a las Del Pozo, idas al templo, paseos con las Fiol.

—Ve, hija, mucha falta te hacen las diversiones —decía la señora Rante.

III

Allí cerca del arco de la Federación le esperaba Logroño. Buscaban los caminos más estrechos, los senderos ondulantes, las avenidas románticas, desiertas, frecuentadas apenas por mujeres andrajosas que saltan como los pájaros entre las ramas en busca de sarmientos.

Logroño hablaba de un porvenir encantado: se irían a vivir a Nueva York, que Rosita anhelaba conocer por los relatos deslumbradores. Deseaba perderse con él entre la multitud, ser libres, escuchar siempre aquellas frases llenas de una suave ternura.

Suspirante, con la boca húmeda por los últimos besos, por las últimas palabras de amor, Rosita descendía por las escalinatas donde Colón señala con un dedo deforme el horizonte. Bajaba cansada como si hubiera luchado mucho consigo misma. Se alejaba a prisa deseosa de escuchar un ahora. Alguno se detenía a verter en su oreja pequeñita como un pétalo de rosa un elogio cálido.

Luego, se tendía a reconstruir la escena pasada, los detalles: sus ojos se nublaban con una angustia deliciosa, volvía a oír su voz acariciadora, volvía a estremecerse como al oprimirse las manos y darse besos furtivos en los recodos discretos.

Una tarde Logroño no estaba, Rosita iba y venía interrogando el panorama de la ciudad. Ernesto se presentó tarde; ella reprochole su tardanza, pero se puso a sollozar sobre su pecho. Fueron más lejos todavía, encontraron un pradillo mullido como el lecho de una ninfa.

Cuando decidieron tornar, las estrellas brillaban sobre la ciudad. En el regreso no despegaron los labios. Solo ella balbuceó una eterna pregunta.

Así fueron varias tardes al mismo sitio. Lo llamaban la fuente del amor.

IV

Santiago Gallardo, a quien repugnaba que una fruta tan sabrosa no fuera de él, se encargó de participar a Pablo Rante los paseos vespertinos de Rosita y Logroño. Cuando se dirigían al rincón de su dicha, aquél fue aprehendido a pesar de sus protestas.

Rosita suplicó, se mostró altiva, quiso parecer abnegada y al fin terminó por desmayarse en los brazos de su padre.

Toda la ciudad conoció la causa seguida a Ernesto Logroño por seducción de una menor. Los esposos Logroño estaban indignados contra Pablo Rante y le acusaban de especulador, porque había rehusado sus ofertas de dinero para transigir en aquel juicio.

—¡Cómo va a casarse mi Ernesto con la hija de un bodeguero! —exclamaba desolada la señora Logroño.

Muchas honorables matronas la consolaban. Aquello era una travesura, un desliz de juventud, una gracia de Ernesto.

¿Quién no lo conocía en Caracas? Los padres de Rosita debían estar satisfechos de que Ernesto les hubiera deshonrado la hija.

La señora Logroño impetró el auxilio del cielo. Ofreció andar de rodillas en la iglesia y pedir limosna con tal de que Ernesto saliese bien de aquella causa. ¡Todo menos el matrimonio! Los Logroño vendían al mayor y los Rante al por menor y en esto había una diferencia de linaje como del cielo a la tierra.[37]

La señora Rante proclamaba en todas partes que su marido era el culpable de aquella desgracia.

Pasaron varios días.

Harto Ernesto Logroño de aquella prisión, de aquellos interrogatorios y experticias, resolvió casarse.

—Haré la reparación que se me pide, dijo con voz solemne.

El mismo día Rosita y Ernesto oyeron las frases rituales, masculladas por un funcionario en la Jefatura Civil de Santa Rosalía.

Logroño esperaba a su hijo en la puerta. Cuando Rosita radiante, se acercó a Ernesto, este le volvió la espalda y en compañía de su padre entró en un auto que arrancó con prisa.

Rosita regresó con Pablo Rante a su hogar. Nunca le pareció más triste aquella casa. Hubiera preferido fugarse con Ernesto, llevar una vida de azares, recorrer el mundo del brazo de él.[38]

Escribió a Ernesto. Ella le amaba. No quería usar su apellido pues que él ni su familia lo deseaban. Únicamente le ofrecía su sentimiento puro.

Quien recibió esta carta fue el padre de Logroño; Ernesto había partido para Nueva York con la bolsa bien llena, después de que su madre le hubo empapado el rostro de lágrimas.

Logroño devolvió su carta a Rosita sin leerla y en la soledad de su hogar donde había regresado después de sus bodas tristes, sin las dulces emociones del himeneo, vino a convencerse de que Ernesto Logroño nunca la había amado.[39]

EL PROYECTO DE CARLOS DÍAZ

¿Puede existir hoy algún hombre que no haya conocido la libertad de un minuto, de una hora; que nunca se haya sentido libre como cualquier animal de la creación?

A los treinta años Carlos Díaz no la había conocido, ignoraba el placer de distribuir las horas según plazca, de pensar con criterio propio sobre las cosas, de sentirse atraído por el misterio de los horizontes en la llanura o en el mar. Tampoco había dedicado un instante a los placeres del espíritu o mejor dicho se había olvidado de que tenía espíritu.

Un acontecimiento imprevisto le hizo conocer aquel don precioso más amado por los primitivos que por los civilizados; pero fue demasiado tarde. Casimiro Pellerín, su patrón, quien le tomó a su cargo desde los ocho años, murió de súbito. Díaz recordaba con emoción aquella mañana en que su madre le llevó de la mano y le entregó al hombrecillo temible que se convirtió en su amo y con el tiempo fue tomando en su mente proporciones extraordinarias.

Desde entonces él y don Casimiro habían sido como la bestia y el jinete. Había soportado todas las impertinencias, las frecuentes cóleras y el orgullo de don Casimiro. Había sufrido todo eso con humildad, como una cosa fatal que formaba parte de su destino, de su vida. Acostumbrado a ello, obediente por naturaleza, Díaz no pensó nunca en librarse de tan oscura tiranía.

Así, bajo su mirada colérica dijo adiós, sin pensarlo, a los días de la infancia y a los mejores años de su juventud.

El día en que murió don Casimiro, Carlos sintió una gran inquietud. ¿Qué iba a ser de él? ¿Adónde dirigir sus aspiraciones? El recuerdo de Pellerín le rendía, le obsesionaba. Los mejores gestos, las palabras más insignificantes, hasta las actitudes más ridículas se le aparecían solemnes, augustas. Su vida en fin era Casimiro Pellerín.

Sufría al ver su asiento vacío en la oficina del almacén, junto a aquel escritorio venerable donde tantas veces asentó sus puñetazos autoritarios. Hasta llegaron a hacerle falta las impertinencias, las injurias, las cóleras de aquel hombrecillo cómico y grave a un tiempo.

Desde la noche del entierro de don Casimiro el insomnio comenzó a inquietarle. Creía ver su figura en medio de las sombras, impaciente, ceñudo, iracundo, cubierto con un gorro mugriento. Creía oír su voz y si llegaba a dormirse, despertaba sobresaltado. Volvía a ver el rostro hundido, macilento, en el momento en que iban a cubrir el ataúd, cual si fuera a darle una orden o a censurarle.

Carlos Díaz recordaba avergonzado que en ese momento no pudo reprimir un sentimiento gozoso.

Esta obsesión produjo en su espíritu un cambio curioso. La imagen de don Casimiro de antipática que le era se idealizó. Indudablemente había sido un hombre bueno. Él, Carlos Díaz, era un ingrato. Olvidaba su sumisión, su juventud triste, la explotación que había hecho de sus energías, de su honradez, y se le venían a la memoria otros detalles: la vez que don Casimiro le habló con una sonrisa, la felicitación que le dirigió un día de año nuevo, la consulta que se dignó hacerle en un momento crítico de sus negocios. Sin duda, don Casimiro le estimaba y se sintió invadido por una emoción afectuosa, efusiva hacia la memoria de aquel.

Uno de los primeros días que sucedieron a su muerte oyó reírse a los otros empleados. Formados en círculo ante un retrato de don Casimiro, colocado precisamente encima de la caja fuerte, ridiculizaban la persona grotesca y cómica de don Casimiro, alma y sostén de la oficina, capataz inflexible para quien nadie era competente y honrado.

Carlos Díaz miró con temor hacia el sillón de don Casimiro y volvió a tener el mismo sentimiento de gozo que le asaltó junto al ataúd.

¿Quién era don Casimiro Pellerín? Sí, ¿quién era? Un infeliz, un pobre diablo a quien era preciso respetar únicamente por conservar los empleos. Era una fortuna que hubiera estirado la pata.

Estas palabras exaltaron el alma de Carlos Díaz y le animaron a sacudir el yugo. Por primera vez sintió en toda su plenitud un rencor terrible por todas aquellas horas lentas, monótonas, tristes pasadas allí, sin dedicar una sola al placer. Luego una alegría salvaje de sentirse al fin libre, de poder reír allí mismo de aquel ser que la naturaleza devoraba con mejores fines.

Al salir de la oficina respiró el aire con satisfacción. Formó mil proyectos y se dispuso a pasar un día libre, sin acordarse de la oficina.

Pero en la esquina de Las Gradillas le llamó el jefe de la Casa Olivo & Co. y le dijo que necesitaba un empleado competente. Los herederos iban a liquidar la casa de Pellerín y si él aceptaba podía irse desde esa misma tarde.

Carlos Díaz no tenía recursos y tuvo que aceptar. Dejó para después su proyecto de pasar un día libre y en la casa de Olivo & Co., en el último rincón, bajo una lámpara, siguieron corriendo para él las horas lentas, tristes, monótonas. Casimiro Pellerín le oprimía desde el más allá. Sin embargo, Carlos Díaz aplazaba siempre su proyecto de obtener un día en que pudiera ir hasta el campo. A veces, con la goma en la mano meditaba en lo que iba a hacer entonces. Pero de pronto, de tanto escribir en aquel rincón oscuro se puso ciego.[40]

Afortunadamente ni tuvo tiempo de llorar mucho su desgracia, porque murió a poco, justamente en un aniversario de la muerte de Casimiro Pellerín. Y aquel fue el primer día de libertad de que pudo disfrutar Carlos Díaz.[41]

EL SEMBRADOR

Desde que Braulio se dispuso a cultivar un campo en la montaña se le acercó el viejo Toribio para disuadirlo de su intento.[42]

—Aquí no prosperan las siembras; los plantíos mueren en el verano o los destruye el cierzo. Las flores caen antes de cuajar en fruto. La tierra es árida, te fatigarás en vano sin recoger una cosecha. En una palabra: perderás el tiempo. Cuando hayas caído en tu error habrán pasado muchos años y no será hora de comenzar. Esta es una tierra maldita.

Y durante mucho tiempo Toribio dijo todas las sentencias y las palabras desalentadoras que se le ocurrieron.

Pero el único patrimonio de Braulio era aquella tierra. Con ella había que contentarse y quería aumentarla, cultivarla, volverla fértil. El viejo Toribio tenía más arriba una choza y vivía de la caza de pájaros. Cuatro veces al mes bajaba a la ciudad para venderlos.

Braulio limpió la heredad, aró la tierra pedregosa. Toribio contemplaba inquieto esa labor dura, silenciosa, los surcos rojos y dilatados; y todos los días interrumpía a Braulio para demostrarle la inutilidad de su empeño.

—Y si logras una cosecha, ¿cómo vas a transportarla? ¿Quién te pagará a buen precio? El valle, la ciudad, están lejos. Ninguno querrá creer que aquí se da buen grano. Lo saben por experiencia. Eres insensato. No tendrás brazos para recolectar las

cosechas y los pájaros devorarán el fruto. Yo también sembré un día y perdí las fuerzas, el tiempo y un poco de oro.

Después se alejaba taciturno. Otra vez decía:

—En la ciudad hay oficios productivos. Deberás ir allá, se pagan bien las fuerzas de un mocetón como tú. ¡Y quién sabe si la fortuna te sonría!

Cuando bajaba a la urbe a vender sus pajarillos, refería las locuras del joven labrador.

Mas Braulio se afirmaba en su idea; temía ejercer los oficios viles de la ciudad que las más de las veces consumen la vida en una lucha triste y estéril.

Y un día comenzó a nacer la siembra. Verdeaban los tallos en la tierra pelada. Braulio plantó alrededor cedros, apamates, acacias que debían ofrendar a las cumbres sus flores de púrpura y alimentar el hogar y servir de apoyo a los muros. Pero una invasión de gorgojos devastó la siembra. Toribio se frotaba las manos y apenas podía ocultar su satisfacción. Su sonrisa se volvía más amplia, más burladora y sincera. Y exclamaba:

—¿No te lo decía yo? ¿Pero quién te mete a sembrar aquí? ¿Ves esos viejos que pululan allá en los asilos y en las puertas? Todos sembraron como tú, como yo, sin resultado.

Braulio ocultó su amargura, su cólera. El desmayo de su voluntad fue breve. Aquel fracaso le parecía una afrenta.

Destruidos los gorgojos volvió a sembrar y de nuevo se cubrieron los surcos. Ya las plantas se mecían muellemente; pero las lluvias tardaban y Toribio veía contento el campo mustio. Subía cantando la cuesta y al pasar junto a la choza de Braulio hacía sonar sus monedas. Miraba y sonreía. Todo iba bien; todo estaba de acuerdo con sus predicciones.

Pasó un año. La cosecha fue escasa, casi nada para recompensar tanto trabajo.

Braulio luchaba infatigable. Soñaba con la espiga rubia, con el amor de los graneros dorados, con la alberca transparente. Dejó de trabajar varios meses. Ahora Toribio reprendía su ociosidad. Él tenía la culpa. ¿Por qué estarse allí sin hacer nada?

Y Braulio volvió a labrar no uno sino varios años. La tierra se ablandaba, parecía entregarse gozosa, amante fecunda. Por el campo antes estéril se dilataban las vegas hermosas; pero ya

Toribio había muerto hacía tiempo, no sin murmurar por última vez:

—Déjalo, pierdes el tiempo.[43]

BAJO LA NOCHE TROPICAL

Desde las playas de la isla encantada el Pensador oye al Infinito

Descansaba yo cierta noche en una playa de Cubagua.[44] Aquella isla fue teatro de novelescas aventuras en los primeros días de la Conquista. Las expediciones cubrían las costas y de continuo se veían llegar los navíos cargados de esclavos. Alzábase cerca la Nueva Cádiz.

En las calles chocaban las espadas con harta frecuencia. Los caballeros ofrecían a las catedrales perlas de gran valor y cada una de esas perlas extraídas por los indígenas valía la vida de un hombre. Los caudales hechos de pronto se consumían en el juego, al aire libre. Muchos, ricos al amanecer, empeñaban por la tarde la capa y corrían a desquitarse.

Allí estuvo el comendador don Diego de Ordaz que acompañó a Cortés en la campaña de México, el mismo que primero puso la mano sobre la sagrada persona de Moctezuma. Preso a su desembarco en Cubagua por el justicia mayor Pedro Ortiz de Matienzo, este le envenenó después cuando juntos iban a España a resolver la diferencia pendiente. Pero la Nueva Cádiz fue destruida por un terremoto y el mar sepultó sus ruinas.

Yo me olvidaba de todo, abandonado al goce de una noche incomparable. Frente a mí se esbozaban las líneas caprichosas de otras islas ceñidas de espuma cuya nieve formaba al mezclarse con la luz de la noche una ondulante guirnalda de margaritas. Algunas luces parpadeaban en las costas lejanas. A ratos, un destello irisado surgía de la arena como de una concha.

Me sentía envuelto en la lumbre que descendía de los orbes y echaba sobre el Caribe un velo resplandeciente. ¡Cuán largos los tiempos que esas estrellas habían visto pasar con la efímera ligereza de un perfume! ¡Cuántas rodarían yertas y mudas en el espacio! En su incesante temblar aquel rocío de mundos turbaba la mente.

El canto del mar, elevándose con el murmullo de un coro remoto, tan vago respondía, evocaba la dulzura de las noches primitivas. Veía a los pueblos seguir rutas distintas para establecerse, a los primeros reyes sobrecogidos por el misterio de las cosas escoger sus dioses y a los sacerdotes hacer sus ofertas sangrientas a la luna que en aquel momento surgía del horizonte. Pensaba en todas esas creencias antiguas sobre la influencia de los astros en los destinos y en esos poetas que tornaban en leyendas armoniosas los más oscuros arcanos. A ellas iba unido el recuerdo de las grandes apasionadas, de las que han dado con más delicia la flor de sus cuerpos.[45] Pasaban en sus carros centelleantes. ¿Algún rey, algún dios bárbaro? Un deseo inexplicable les arrastraba a desvanecerse en el polvo. Oía un vasto clamor y me pareció que ese espacio sembrado de astros, esas nubes de mundos, guardaban en misteriosa vibración todos esos cantos, acentos y suplicios que forman el ambiente de la tierra. Aquel anillo azul del cielo y el mar daba a escuchar voces y armonías incomprensibles y obraba irresistible sortilegio.

Y como me volviese hacia el Sur donde una estrella vertía su luz sonrosada, hallé que un hombre, más bien una sombra, me miraba con mirada profunda. Por su boca vagaba una sonrisa maliciosa y al mismo tiempo que parecía pequeño, su enorme cabeza se dibujaba con líneas monstruosas. ¿Me adormecí acaso o fue ilusión de la absurda fantasía? Lo cierto es que aún me parecía oírle:

«Todo eso que piensas es verdad. La luz que cae sobre tu cabeza te inspira esos pensamientos. Esa atmósfera azul está formada con los deseos de las generaciones, con las lágrimas y los pensamientos bellos. No ha existido hombre que al morir haya dejado de dar algo suyo a esa naturaleza sutilísima. Tal vez es la melodía que solo algunos escuchan. Estos sufren más; ellos saben, pero rara vez les creen, sus palabras no llegan a florecer y se ausentan con el secreto que han sorprendido en el silencio».

Y luego continuó con acento raro, como si desvaneciese algún misterio:

«Hace mucho tiempo vivía aquí feliz. Era entonces joven. Las muchachas próximas a casarse me hacían dulces dones. Yo las vi danzar en las tardes azules y agruparse en torno de mis aras como un haz de lirios vivos. Ahora, como tantos otros, ando errante; pero en ocasiones producimos acontecimientos que no saben explicarse los mortales. Entendemos los signos que anuncian el advenimiento de alguna edad, los cuales confunden y hacen sonreír a los incrédulos. La incredulidad, al revés de lo que tantos piensan, es tosca y primitiva. Solo las almas muy delicadas pueden sospechar y aun entrar en el reino de lo maravilloso. Solo ellas con un presentimiento que tienen desde la cuna se lanzan a esas regiones inaccesibles. Tú ves, como yo existen otros, dioses destronados, genios conocidos con nombres distintos, aunque se nos niega, pues por nuestra naturaleza perdemos todo poder al ser derribados nuestros templos. En otro tiempo nos divertimos en causar desastres al invasor. Aquí en el Caribe abatimos a veces las velas extranjeras o preparamos el fin trágico de muchos conquistadores.

»Innumerables años atrás había existido también en estas latitudes otra raza bella y pujante. No fue siempre miserable esta playa. Hombres venidos de países remotos fundaron naciones de esplendor nunca igualado, pero el orgullo cuando no puede explicar algo lo atribuye a la leyenda. Aquí sonríe la vida a los mortales. Cierto día, al amanecer de una primavera radiosa, el mar se precipitó sobre las tierras coronadas de ciudades. Un estruendo espantoso se esparció a través de lugares distantes. Las muchedumbres huían sobrecogidas, envueltas en noche súbita. Montañas enormes se desgajaban, cambiaban de formas o surgían otras coronadas de fuego. Las aguas corrían sin obstáculos por las llanuras floridas hasta que al fin fueron a quedarse trémulas, sollozantes, en los contornos de las nuevas costas. Entonces una calma inmensa acarició la tierra silenciosa. En vano yo buscaba los jardines donde en otro tiempo veía a las doncellas correr enlazadas al son de las flautas melodiosas. En vano buscaba los templos cuyos muros eran de obsidiana o de mármol, poblados de estatuas que tenían la belleza del día. Estaba en una isla. Una cabra escapada del cataclismo pastaba entre los zarzales

y desde ese mismo sitio veía jugar a las divinidades siempre jóvenes del mar.

»Después el salvaje apareció en aquellas soledades. El hombre nuevo volvió a descubrir el fuego, a inventar sus armas, a designar las cosas. Hacía la guerra y conocía los deberes de la hospitalidad, vivía de la caza, la pesca y cultivaba la tierra. Pensaba que esta era suya, lo mismo que el oro con que adornaba su cuerpo y el maíz que habían sembrado sus manos. Expresaba sus alegrías o sus tristezas al son de instrumentos rústicos y tenía sus dioses a quienes ofrecía sacrificios generosos. Yo recibía culto a la entrada de un bosque donde corría una fuente a la cual los sacerdotes de las tribus atribuían propiedades mágicas. Por la posesión de esta fuente hubo guerras implacables. Tenían dioses para las tumbas y los himeneos, para las enfermedades, las selvas, las aguas, las cosechas. Adoraban al sol, la luna y el arcoíris, a quienes invocaban desde sus cabañas hechas de barro y palmas. Esto era aquí, pues en otras partes existían cortes magníficas; templos maravillosos, jardines de oro, pirámides, obeliscos, palacios cubiertos de pedrerías y metales preciosos y harenes donde las hijas del Sol soñaban con el amor. Y todo el pueblo expresaba su dicha con una música rauda, soñadora, a veces melancólica, que parecía expresar el vuelo pausado de la mariposa o una canción que llama o espera, apenas modulada en la noche.

»Sus mujeres eran sumisas, amables y fecundas y el pensamiento que los hombres encerraban en sus cabezas adornadas de plumas era como las perlas que yacen en el fondo del mar. Modelaban ánforas, urnas, idolillos grotescos, y en estas obras se reflejaba a veces un sentimiento delicado y artista, herencia del pasado. Ellos comenzaban sin duda a crear una civilización. ¡Oh días felices en que a la sombra de los bucares o las amapolas en flor danzaban al son de sus carrizos y tamboriles! ¡Oh días serenos, venturosos, dorados, de fiesta, guerras y amores!

»Hombres de otra raza, barbudos, feroces e implacables, se arrojaron de pronto sobre esas tribus y naciones indefensas. Trabajo costó a estas comprender una civilización que les daba la muerte. Cuando logró sujetarlos a su bárbaro dominio estaban definitivamente tristes y vencidos. Sin embargo, la raza vencida dejó sobre ese mar, en esas cumbres que apenas se divisan de aquí, algo suyo que por lo mismo es invencible y eterno. Pero, ¿a qué

hablar de esto? Las edades pasan y los sucesos son vistos por los hombres de un modo diferente. Cada vez que se creen llegados a un tiempo definitivo –y cada hombre debe serlo del suyo–, una ley a la que no escapamos nosotros mismos, lo destruye y todo lo que le pertenece viene a ser tan indiferente a las generaciones como las alegrías y los dolores de los que han muerto».

Yo me retorcía presa de sorda angustia y pegado el rostro a la arena, de un amargo sabor, escuchaba sin responder. «¡Mira!», dijo de pronto, como si viese algo inesperado que confirmase sus ideas, y se acercó a decirme una palabra, pero en voz tan baja, que desperté. Ante mí no veía a nadie. En vano quise recordar después aquella revelación maravillosa.[46] Un vasto reflejo de plata surgía del mar y las islas borrándose ya en la oscuridad parecían esconder un terrible misterio.[47]

c. 1925

LA RODELA

I

Conservo una impresión indeleble de don Carlos Albano. A pesar de sus sesenta años se mantenía joven. Sus cabellos blancos contrastaban con la gran vivacidad de su mirada. Refería con entusiasmo las cosas más absurdas y extraordinarias sin admitir la menor objeción, de modo que sus amigos estaban acostumbrados a oír sus historias con aire imperturbable.

La primera señal evidente de desequilibrio mental fue la de una pasión terrible por las antigüedades.[48] De improviso la casa de don Carlos se vio invadida por cacharros de todas especies, muebles desvencijados, cuadros, etc., en los cuales invertía su pequeña renta, de modo que una legión de anticuarios le asediaba de la mañana a la noche.

Continuaba sin embargo en el ejercicio de su profesión de ingeniero que le producía buenos proventos.

Placía a don Carlos contemplar aquellos objetos que le hablaban del tiempo que fue. Don Carlos odiaba su época, donde solo encontraba un deseo universal de empequeñecerse.[49] Allí junto al patio pasaba horas y horas viendo al través del humo de su tabaco las imágenes borrosas entre bordados marcos: la plata de los candelabros esparciéndose con un destello suave sobre los objetos dispuestos en arcones y mesas de doscientos años.

Su primer cuidado al levantarse era leer los avisos de los diarios para ver si podía encontrar algo. Leía todo, hasta esos

avisos vergonzantes donde se ofrece a veces junto con un piano y un juego de cacerolas un retrato de Napoleón. Luego, al paso se iba por las ventas de muebles viejos.

Era muy difícil engañarle. Don Carlos conocía las huellas del tiempo cuya ciencia poseía instintivamente. De ahí que el orgullo de Hilarión Morales, conocido comerciante de antiguallas, fuera grande desde que pudo venderle un medallón relicario de rubia trenza. El medallón estaba cincelado de acuerdo con un modelo antiguo y la trenza era ni más ni menos de Pepita González, empleada en una tienda del pasaje Ramella; pero él la creía de alguna bella condesa caraqueña del siglo XVIII.

De pronto su pasión silenciosa se volvió activa y comenzó a tomar proporciones inquietantes. Los amigos terminaron por compadecerle. Sufría lo indecible al ver derribar una vieja mansión y todos terminaron por reírse de aquel maniático a quien suponían enemigo del progreso, como dice el poeta Víctor Galleja de todo el que no se acueste de madrugada.

Don Carlos Albano comenzó por escribir artículos descriptivos de armas y muebles antiguos. Después emprendió una campaña para defender los aleros de las casas.

Asaltaba las redacciones y cuando para salir de él aparecía el artículo iba con el diario en la mano por entre los grupos de la Plaza Bolívar. Por fortuna no se daba cuenta de que el único lector de sus artículos era Luis Penzo, con quien charlaba a veces bajo los árboles del parque. Pero desaparecieron los aleros.

Don Carlos acusaba a su época de insignificante y vil. No quería oír razones. Un día los amigos con quienes hablaba le dejaron solo en medio de su pueril indignación.

II

En 1924 don Carlos Albano tuvo que ir al Zulia para levantar el plano de unos terrenos. Apenas se detuvo en Maracaibo y marchó tierra adentro.

Cierta tarde, después de una dura jornada de trabajo, pidió albergue en un rancho. Una vez asegurado el reposo de sus cabalgaduras, don Carlos se había echado a dormir al advertir en el interior de la choza, junto a la pared, una pieza de metal cubierta

de herrumbre. La examinó atentamente. Era no cabía duda, una rodela.

El dueño del rancho le explicó que la había encontrado tiempo atrás en el campo. Un sujeto le hizo escasa oferta, pero él pensaba obtener más.

Don Carlos sintió que su pecho se ensanchaba de contento. Aspiró con delicia el soplo refrescante del atardecer que estremecía una palmera plantada cerca del rancho. Ofreció diez dólares y quedó hecho el trato.

Pensaba el coleccionista que aquella no podía ser sino de algún conquistador de los que habían peleado contra las huestes del Zulia, por la bella heroína que hacía morir de amor y de ira a los guerreros enemigos.

En su impaciencia comenzó a limpiarla con la manga del saco; pero le distrajo una cosa singular.

Sobre el perfil de los montes caía un rosado resplandor que se avivaba a modo de una alborada. Pronto el horizonte se veló de luz purpurina y por encima asomó una espesa cresta de humo. Ondas de contornos colosales subían semejantes al ramaje de un árbol fantástico cuyo follaje florecía de fuego. En breve solo quedó en la sombra aquel rojo terrible.

Don Carlos veía con entusiasmo aquel huracán de llamas. Su recogimiento fue interrumpido por el ruido de un automóvil que a poco se detuvo frente al rancho. Los viajeros, tres extranjeros que iban a embarcarse para Maracaibo, avisaron que aquel resplandor provenía del incendio de un pozo, iniciado al atardecer.[50]

Mientras le preparaban café, Albano se alejó de la vivienda para gozar a sus anchas el singular espectáculo. De vez en cuando brillaba su linterna en la oscuridad.

El automóvil continuó la ruta y don Carlos, rendido de sueño, meciéndose blandamente en su hamaca, se frotó las manos con satisfacción. Había hecho una adquisición inesperada y valiosísima. Quiso contemplarla una vez más, pero la sonrisa murió en sus labios.

—¿La rodela? —preguntó inquieto.

El amo del rancho le dijo que los extranjeros se la habían llevado, pues le dieron dos morocotas.

Don Carlos sintió tanta cólera como si le hubieran llevado una amante bella y fuera de sí corrió largo trecho gritando entre feroces insultos:

—¡La rodela! ¡La rodela!

Pero nadie respondió a sus voces de ira y de congoja

***

Don Carlos regresó a Caracas con un temblor en la barba y un casco de explorador colonial que le daba un aspecto grotesco. Además, su mirada fija siempre parecía contemplar algo ignoto.

A todos repetía la historia de la joya maravillosa, única, y los amigos al verle alejarse repetían invariablemente:

—El pobre Carlos está loco.

Un día leyó en el *New York Herald*, que recibía con frecuencia, una noticia, la cual le conturbó sobremanera: «La rodela de un conquistador español encontrada en un campo del Zulia, en Venezuela, había sido adquirida por Mr. Morgan para su colección particular».

Con el periódico en la mano cayó sobre un grupo que en la tarde apacible hablaba llanamente de la buena perspectiva de los negocios del café. En la mitad de su perorata le interrumpió Federico Lozano:

—Tranquilízate, Carlos, que eso no tiene ningún interés para nosotros. Ojalá la hubiera encontrado yo para venderla enseguida.

Don Carlos se quedó perplejo. Iracundo arrojó una mirada de espantoso desprecio en torno de sí. Por un lado contempló la multitud que asaltaba los tranvías; del otro un tropel de niños corría junto a una fuente, y le pareció que todos eran cómplices de que a él le hubieran llevado la rodela. Sintió que se le nublaban los ojos y tambaleándose se alejó murmurando palabras soeces.

El mismo Lozano llevó al día siguiente la noticia: unos sobrinos habían solicitado la interdicción civil para don Carlos Albano porque tenía perturbadas las facultades mentales. Y uno de los presentes dijo:

—Es una lástima, Carlos es uno de los pocos capaces todavía de hacer algo con desinterés en este mundo.

Caracas, 31 de agosto de 1936

LA SELVA DE PIEDRA

El hombre moreno, pequeño, de melena rizada, salió de su casa con el alba. Se iniciaba un día puro y alegre, de esos que enseñan el amor a la vida. El cielo azul tomaba una transparencia increíble tras la sierra sembrada de violetas y cuya sombra se posa en el mar como una mirada suave y profunda.

El hombre moreno se detuvo en el portal y observó con inquietud en torno a sí. Vacilaba en tomar una dirección cualquiera, por la calle que semejaba abierto sendero en una selva de piedra.

La luz quizá le infundió optimismo, pues con paso animoso comenzó a vagar por las calles rectas, iguales, llenas de gente. Se hundió en los barrios comerciales, allí donde se oye rumor de oro y el ruido de un movimiento ensordecedor desata aullidos salvajes. Gente devorada por ansia febril, que habla del poderío de la urbe.

Pero en ninguna parte osaba entrar. Se detenía en los vestíbulos, frente a los cuales se alineaban largas filas de autos. Junto a él pasaban mujeres hermosas, sonrientes; hombres en quienes el ademán indicaba la fuerza y que no se dignaban a mirarlo. Toda aquella multitud impulsada por un mismo deseo, arrastrada por un mismo vértigo, aquellos letreros grabados en placas de cobre, parecían hablarle un lenguaje formidable, invitándole a ser audaz. Sin embargo, la preocupación estúpida, pequeñita que llevaba dentro de sí, ahogaba pronto en su pecho la intrepidez naciente.

Y con las manos en los bolsillos del saco mugriento, ligeramente inclinado, el sombrero negro hundido hasta los ojos, buscaba en vano un indicio que le permitiera orientarse. A veces penetraba en uno de aquellos recintos donde el tiempo transcurre solemne y cada movimiento del péndulo, en el gigantesco reloj colocado en lo más alto, representa ganancias o desastres; habla de naves que cruzan los mares, de combinaciones con las grandes metrópolis, en el silencio solo interrumpido por las máquinas de escribir y el sonido del dinero. Allí la luz penetraba por los patios cubiertos de cristales opacos y derramaba claridad macilenta sobre los escritorios. Todos parecían gobernados por una voluntad prepotente. Pero el hombre inmóvil permanecía indeciso y mudo entre la muchedumbre.

Anduvo todo el día. Cien veces desembocó en la misma esquina. El cansancio se apoderaba de él hasta que cercana la noche volvió a tomar el camino de su albergue. Abrió un viejo piano y las notas de un nocturno de Chopin suspendieron en el barrio la descripción de cosas dilatadas e ignotas. No se había resignado nunca a dejar aquel instrumento que le acompañó siempre, y sentado ante él su rostro cobraba una expresión de felicidad soñadora. Las notas sublimes dejaban un estremecimiento de pensativa belleza en la tristeza del barrio.

Pero una noche, después de vagar inútilmente, al acaso, encontró sellado su albergue y embargados sus instrumentos. Silencioso descendió por la escalera sórdida y tomó la calle. Sonreía humildemente. La luz de los teatros y salones le hablaba con ironía de aquella suma que solicitaba y cuyo monto ignoraba de tanto pensar en ella. Sufría como una alucinación del oro en medio de las ráfagas luminosas que le envolvían.

A veces se detenía ante un grupo, a narrar su miseria, la injusticia que le hacían al embargar sus instrumentos de trabajo. Relataba todo eso con voz indignada ante los oyentes silenciosos. Cierta noche de lluvia, tras un árbol, alguien, después de oír la historia que refería por centésima vez, dejó en sus manos una moneda de plata.

Visitó a los filántropos, al propietario, las fábricas llenas de obreros, y con acento extraño declamaba su desgracia; hablaba de su arte, de su oficio. Pero en todas partes su rostro amari-

llento, barbudo, la melena que le cubría hasta el cuello, su aspecto grotesco movía a risa o le despedían brutalmente.

El mediodía de fuego le hizo buscar refugio bajo la fresca sombra de los parques. Contemplaba con melancolía las aves saltando alegremente entre el follaje. Movía los dedos como si tocara tarareando su música predilecta o penetraba en los templos y allí pasaba las horas muertas ante las imágenes cubiertas de oro.

Las noches eran largas. Con el saco levantado para defenderse del frío veía trepar las nieblas por las montañas bordadas de luceros. Más de una vez acodado sobre un puente sintió pasar las horas lentas, viendo deslizarse el río, bajo la luna en una calma dorada y serena. Todo le hablaba de la tibia dulzura de los lechos, del seno de las hermosas, más cálido y suave aún; de las gentes dichosas que gozan del amor; y cuando el sol trasponía las colinas, en su angustia, creía sentir que la ciudad le oprimía, le engañaba con esperanzas, como si estuviese perdido en medio de una selva, en una blanca selva de piedra.

Ya era conocido el hombre errante y taciturno que se detenía a ver jugar los niños y ante los anchos portales que dejan entrever la intimidad deliciosa del hogar. Y la idea de tener el suyo, de sentarse a la mesa bajo una lámpara suave, le calentaba como una caricia.

Una noche, mientras dormitaba en un banco, una mujer con paso ligero se dejó caer a su lado. Reía locamente. Sus ojos brillaban fascinadores; tenía en las sienes la humedad del placer y los labios olorosos a vino. Un manojo de rosas ajadas emergía de su pecho desnudo, y decía palabras incoherentes. Le tocó por la espalda; pero al ver aquel rostro barbudo, macilento, huyó dando pequeños gritos que se perdieron en la sombra de los bosquecillos poblados de sueños. El rocío empapaba el parque y con aquellas gotas el desconocido mezcló sus lágrimas amargas.

Sobre las cimas de las montañas comenzaba a elevarse una luz sonrosada. Las campanas de los templos vibraron sonoras. Se exhalaba allí, junto al hombre un olor a rosa y a tierra húmeda. Entonces una cólera terrible se desbordó en su corazón. Hubiera querido destruir de un soplo toda aquella masa blanca que se elevaba impasible frente a él y como sintiese la lengua reseca, para apagar su sed, bebió el agua que el rocío dejaba en el banco.

Cuando fue a levantarse vio que apenas podía sostenerse en pie. Una tos cruel le estremecía de modo espantoso. Acaso el frío de la madrugada.

Y sin darse cuenta, poco a poco, se halló frente a un hospital donde le alojaron. Tenía mucha fiebre. El médico al verle se encogió de hombros. Lo demás fue rápido. Por la noche una monja le alargó una bebida blancuzca. El hombre moreno en su delirio creía contemplar escenas dichosas y escuchaba las notas del nocturno. Pero cuando el sol penetró en la estancia sus ojos vidriados parecían retener el infinito horror de la selva, de la gran selva de piedra.

La monja se acercó a cerrarle los ojos. Le levantaron rápidamente y otro moribundo ocupó el lecho. En tanto, un día puro y alegre levantaba fuera su sonrisa efímera y hacía pensar que la vida es buena y la tierra alegre y bella.[51]

SEBASTIÁN BARRIGA O FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS

I

Siempre he tratado en vano de comprenderme a mí mismo. Mi espíritu anárquico es un caos (no se me ocurre por ahora otra comparación) donde surgen pensamientos distintos, una variedad terrible de tendencias que se excluyen unas a otras sin que ninguna logre jamás adquirir predominio.

Esto ha sido probablemente la causa de mis fracasos en la vida, fracasos oscuros; pero no menos interesantes que los de un hombre eminente, o de mucha influencia «en los círculos de la banca y de la política», como dicen los periódicos. Creo que mi carácter se deja fascinar pronto y al tratar de emprender algo, veo que me engañan y se ríen de mí. Siento que a mi espalda los demás guiñan los ojos.

He sido estudiante de ciencias médicas, poeta, hombre de negocios, empleado público, y confieso que no llegué a ser actor de cine porque cuando era joven no se habían desarrollado industrias semejantes en mi país.

A los cuarenta y siete años cumplidos rememoro todas esas derrotas devoradas en silencio, sin excluir ¡ay! las del amor. Y a menudo me pregunto a solas, en esos diálogos que cada uno entabla consigo mismo, en que se vuelven a vivir con ira, dolor o melancolía los momentos desvanecidos para siempre: ¿Adónde vas Sebastián Barriga? ¿Cuál es tu objeto en la vida?

Esta pregunta no me intranquilizaba en otro tiempo. Hoy me atribula, es para mí un fantasma inexorable. En ocasiones llego a cobrarme odio, me siento repulsivo con estos cabellos entrecanos, abiertos a ratos como una peluca mal hecha y esta cara inexpresiva, vulgar, cansada. Mi cara es la prueba evidente de mi vida fracasada, estúpida. Tengo repugnancia de mis ademanes, de mis pensamientos y recuerdos. ¡Y pensar que otros a mi edad son dichosos, aman, han triunfado, les sonríe la vida!

El recuerdo mismo de las caricias de mis padres me llega a ser intolerable, pues son un testimonio contra mí. Cuando se disputaban mis sonrisas entre sus brazos, creían con orgullo que yo iba a llenar de alegría los días de su vejez. Ellos murieron dejándome adolescente. ¡Los pobres! ¡Cuánto se engañaron conmigo!

II

A los veinticinco años me entró una pasión frenética por el juego. Era yo entonces empleado de la casa comercial de Absel & Co. (Importadores y Exportadores) y escribía en los periódicos croniquillas inspiradas en asuntos cotidianos. Una titulada: «Bajo los árboles otoñales», tuvo mucho éxito. Algunos, improvisados como yo, me estimulaban para que les escribiese un artículo, pues a la verdad si no creían en mí como yo tampoco creía en ellos, les lisonjeaba que cualquiera hablase de su talento, de su «personalidad», de su labor futura, de su inmortalidad en nuestras letras. A mi vez me desesperaba si alguien hacía caso omiso de mi persona al emprender cualquier cosa.

Padecía delirios de grandeza; de ahí una insufrible vanidad. Mis frecuentes distracciones, mi negligencia, fueron causa de que me despidiesen de la casa de Absel & Co., donde apenas ganaba la suma de ciento cincuenta bolívares mensuales. Manifesté con altivez al jefe de la casa que no había nacido para mercachifle. Mi espíritu –dije– me llama a otras esferas.

Por poco reviento de alegría cuando salí a la calle. ¡Ahora eres libre, Barriga! ¡Ha llegado tu hora! ¡Puedes escoger el camino que más te agrade!

III

Pasó el tiempo y gracias a la protección de un amigo, fui nombrado jefe civil de cierto pueblo. Paso por alto mis resoluciones y sobre todo mis sentencias que, ríanse de las de Sancho Panza en la isla de Barataria. Resolvía los litigios de los prestamistas, en los cuales me quedaba alguna comisión, dictaminaba sobre los cerdos, vacas y otros animales que se salían de los corrales, extendía permisos para bailes, y si alguno era arrestado procuraba que me dejara algún recuerdo, según su categoría. Pronuncié tres discursos patrióticos, mandé a pintar los frentes de casas y «celebramos rumbosamente las fiestas patronales».

Nunca me había visto con tanto dinero. Me olvidaba decir –y esto para mayor comprensión de los sucesos siguientes– que yo estaba casado, aunque hacía seis años mi mujer había abandonado el hogar conyugal. ¡La pobrecita!, no niego que le faltaba razón, pero soy incapaz de perdonar el que haya interrumpido mi felicidad del modo tan cruel con que lo hizo luego.

Resulta que, olvidado de esto, pensando con razón que estaba más que viudo, decidí casarme con la muchacha más apetecible del lugar. Como yo era el coronel Barriga, fui aceptado con alegría por la madre de la chica. Tal fue el crédito que cogí a los ojos de mi nueva suegra que a cuanto hablaba respondía ella con el estribillo: «Así hablaba mi marido».

Debo decir ahora dos palabras; en materia femenina no me he seguido nunca por modas. Me gustan las mujeres de contornos amplios, de formas redondas y macizas, sobre todo las piernas. Nada me resulta más chocante en las mujeres que las piernas flacas como las de un hombre, que nada prometen ni dan en los momentos más íntimos y voluptuosos. Pues bien, mi elegida reunía todas estas condiciones. Nunca he visto formas más abultadas o mejor dicho más delicadas turgencias: era un botón de dieciséis años.

¡Oh, tardes dichosas en que, con las manos enlazadas nos distraíamos en imaginar un paraíso! ¡Oh, noches inolvidables de serenatas y canciones apasionadas en su ventana! Vencí fácilmente algunos obstáculos, entre ellos la lengua de una vieja gordísima que no cesaba de hacer fatídicos pronósticos. La boda se celebró al fin y fui feliz.

Cuando más saboreaba mi dicha sobrevino la más espantosa catástrofe que hombre alguno sufriera.

Un amigo a quien cordialmente deseo el lázaro o la tuberculosis tuvo la ocurrencia de participar a mi primera mujer la buena situación en que me hallaba y esta no encontró mejor modo de congratularme que presentarse ella misma en el pueblo. Fue derecho a la jefatura y allí se informó de mi reciente matrimonio.

—¡Cómo así —replicó— si yo soy su mujer!

Decirlo allí y saberlo todo el pueblo con una rapidez cuyas causas son dignas de estudiarse, fue todo uno. Recuerdo que me hallaba en una siembra de mi propiedad cuando el secretario se me presentó con aspecto alterado, a darme la noticia. Rápidamente tracé mi plan. Me dirigí a la casa. Pensaba que mi segunda mujer era capaz de seguirme a todas partes, dócil a la pasión que me había manifestado. Pero en aquella jornada todo debía ser nefasto. La encontré bañada en llanto, con el cabello en desorden y con una voz que hubiera hecho estremecer a los coros en los dramas de Edipo, gritó al verme:

—¡Ah, infame!

Comprendí desde luego su resolución y que no tenía tiempo que perder. Ya en el pueblo se notaba cierta agitación. Cuando a escape salí de la casa, para no volver, columbré al cura que se dirigía con la vieja gordísima, la misma de los fatales pronósticos, a la habitación de mi suegra.

Recuerdo todo lo demás de un modo confuso. La fuga a caballo por entre sabanas de mastranto y gamelotes interminables, la navegación en un falucho hasta Curazao. Aquí determiné pasar a Nueva York, la ciudad de todas las razas, la verdadera capital del mundo, donde las creencias más diversas encuentran asilo. Yo era un bígamo y no podía volver a Venezuela. Pero, ¿qué es un bígamo en esta urbe formidable? Un número más en la masa anónima, un pobre diablo sin importancia.

En este punto sería el caso de hacer graves consideraciones sobre las vicisitudes de la vida, pues yo el coronel Sebastián Barriga, el hombre que había soñado con grandes destinos, tuve que meterme a bordador, sí, a bordar en una máquina lo mismo que cualquier mujer. Hago gracias al lector, de este u otro discurso filosófico.

No pude tolerar más tiempo un contraste tan vergonzoso y adopté el oficio, más viril, de sirviente en un hotel. Por lavar una enorme cantidad de platos tengo la comida segura y unos cuantos dólares a la semana. ¡Ah, si ella estuviera aquí conmigo el destierro no me sería tan duro! ¡Con cuánta nostalgia recuerdo los encantos de su cuerpo!

La noche se acerca y debo ir a mi trabajo. Esta hora es tan dura que casi llega a enternecerme. Cuando veo esa humareda que sube de las fábricas y oscurece el cielo, cuando contemplo esa muchedumbre que en mi anonimia me parece trágica, se dibujan en mi mente las costas luminosas, los valles azules de mi patria, un mundo de recuerdos y sobre todo aquel pueblecito donde un día fui feliz. Entonces no puedo menos de hacer la pregunta atroz: ¿Adónde vas Sebastián Barriga? ¿Cuál es tu objeto en la vida? Y apenas puedo resistir al deseo de gritar en plena vía pública, en distintos idiomas para que todos comprendan: ¡Yo soy un bígamo! ¡Soy el coronel Sebastián Barriga! Porque a la verdad, nunca he podido soportar el martirio de pasar inadvertido entre la multitud.[52]

¿.....?

¡Él estaba viejo! La idea se le había venido de repente, sentado en el parque aquella tarde de abril. No hacía mucho, sí, era ayer, que él jugaba allí mismo; pero el tiempo había corrido con bastante prisa. ¡Ayer no más y habían pasado tantos años!

Ahora corrían otros niños por las avenidas. La fuente, aquella fuente llena de musgo sobre la cual sonreía un amor deforme, había sido reemplazada por un busto, allí se escondían a veces. Ahora, no. Ahora daban vueltas en torno de los árboles. Los juegos eran otros. Muchas cosas habían desaparecido en torno de él; detalles pequeños, insignificantes, pero que al fin eran su horizonte. Las casas de los contornos tenían otras fachadas, parecían más reducidas, así tan pintadas, tan coquetas y reducidas por el agio. Únicamente la humedad, ese olor de hierba, de flor, de tarde en primavera, era el mismo y hacía a veces deducir el pasado.

La vida entonces se le aparecía hermosa, bella. ¡Cuando esté grande! Era la frase repetida a menudo, era su deseo. Crecer, ser hombre. Cuando veía una pareja de novios experimentaba una dulce emoción. Algún día iría así con la amada, por esa misma avenida y ese presentimiento le hacía prorrumpir en gritos de júbilo. La gloria, la fortuna serían suyas, presidirían su destino.

Y había crecido. Sucesos adversos, esperanzas, desengaños vulgares habían puesto al fin esa sombra que parecía flotar en su frente. Tres hijos habían nacido de su matrimonio. Al principio,

durante algunos años, le animó el pensamiento de que aquellos hijos no serían como él; pero la vida de estos era igualmente vulgar. Estaban empleados en casas de comercio. Apenas les veía de tarde en tarde. Como no los esperanzaba con una herencia se habían apartado de él, le veían con indiferencia, con esa indiferencia que es peor que el odio.

Su mujer, de un carácter insoportable, le incomodaba a diario, le despreciaba. Él a su vez odiaba aquella vieja de siniestra papada, con mirada de ave nocturna. ¡Qué horrible le parecía aquel lecho donde habían dormido juntos tantos años!

Ahora él tenía un puesto de escribiente, con doscientos bolívares. Estaba calvo, su corazón no palpitaba al calor de la dulce esperanza: estaba frío, indiferente.

La vida, pues, no había sido nada. Todos los colores en que al principio la veía envuelta; goces brillantes, nube irisada, giros suaves de una danza armoniosa, se habían desvanecido sin darse cuenta. Esa era la gloria, la fortuna, la alegría de sus mocedades. Los demás le apartaron, le empujaron, le vencieron. No, él no había podido gritar como los otros, dar zarpazos y dentelladas. Le faltó esa fuerza, ese egoísmo formidable que se requiere para vencer.

Se pasó la mano por la frente sonriendo. Un niño acababa de caer junto a él. Le ayudó a levantarse y el muchacho le miró casi airado, sin dirigirle la palabra, con una especie de miedo, como si comprendiese aquel drama oscuro, silencioso.

Sus amigos habían desaparecido unos después de otros. Algunos conquistaron una posición, pero se alejaron de él y los que se reunían allí, bajo la acacia en flor, eran también miserables vencidos. ¡Qué amarga había sido la vida! Aún le quedaban por delante muchos días monótonos, largos, grises, sin poder decir: ¡Todavía! ¡Mañana!

Delante pasaban muchos con el afán pintado en la cara, mujeres, parejas de amantes. Todas aspiraban con voluptuosidad el aire de abril, todos parecían decir: ¡Mañana!

La tarde también se desvanecía, iba cayendo la sombra entre los árboles y él se alejó lentamente. Mañana —murmuró.

No, mañana era la muerte, la única que ya podía esperar.[53]

EL CRIMEN DE UNA TELEFONISTA

Nada como los viajes para las confidencias y también para esas amistades íntimas que terminan con igual facilidad, sin dejar más que recuerdos vagos, sin importancia. Tal fue la de Clara de Monroy y Blanca de Calpe durante un viaje el pasado año.

Clara venía de Lima y Blanca se embarcó en La Guaira; pero desde el primer momento demostraron una a otra inclinación invencible. Comían en la misma mesa, leían juntas, tenían gustos casi idénticos.

Ambas hacían su viaje anual a Europa. Clara tenía que tomar una cura en Vichy; pero su propósito era buscar una clínica famosa donde pudieran devolver algo de la ternura juvenil a su antiguo rostro. De continuo se contemplaba en un espejo para ver si una nueva arruga amenazaba la perdida hermosura. Blanca, más joven, pero igualmente preocupada, deseaba el resurgimiento de sus pechos cuya gracia perdía por maleficio del tiempo. Disimulaban estas intenciones con quejas amargas sobre la salud. Estas se renovaban al ver una mujer joven. Y había muchas a bordo.

No contaba Clara un año de haber cruzado la misma ruta en compañía de su marido, el acaudalado Matías Monroy. Blanca tenía tres meses de llevar en su cabeza las tocas de viuda. Las dos hablaban continuamente de sus males físicos. Lo de Blanca era un ardor tenaz en el estómago. Clara solo tenía una pelota que se le movía de una parte a otra.

Un tiempo espléndido llevaba a cubierta todo el pasaje. Las dos viudas contemplando el paisaje marino, que tenía el color de los prados verdes en las mañanas de mayo, se dejaban mecer dulcemente por la brisa y la lejanía de los recuerdos. Fue cierta noche de luna, cuando una lluvia de plata caía en la moviente llanura.

Clara comenzó a referir sus viajes de boda. Había casado dos veces con hombres mucho mayores que ella. Su mirada parecía perderse en lontananza, sobre panoramas de diversos países. Rápidas paradas en hoteles de ciudades italianas o al borde de los lagos suizos. Días de amor vividos a la luz maravillosa del golfo de Nápoles, dejando en todas partes pedazos de vida no encontrados nunca de nuevo.

Blanca escuchaba con interés este relato. De repente se puso pensativa y su mirada pareció nublarse con algún recuerdo amargo.

—Hay cosas sin embargo cuyo solo recuerdo sobresalta —dijo Clara con curiosidad.

—¡Oh! —exclamó Blanca sin reprimir una sonrisa.

—Aventuras íntimas. Todas o casi todas las hemos tenido. Y son las más amables. ¿No es verdad? —Y dio un golpe de abanico en el brazo de su asiento.

El mar comenzó a cubrirse de brumas. Aquella cenicienta claridad daba a las cosas un tono de penosa melancolía.

—Lo cierto es, amiga mía, que la vida de casada es la más difícil de todas.

Se contemplaban fijamente, sonrientes. Sin duda trataban de adivinarse. Clara relató entonces una pequeña aventura que le ocurrió cierta noche, en París, mientras su marido se hallaba en el teatro. Ella había preferido quedarse, con pretexto de cansancio. Todo fue obra del acaso, de la fatalidad. Cuando ella pudo darse cuenta de lo sucedido, ya era irremediable. Y animándose como si el recuerdo la envolviera aún en una ola de placer, siguió refiriendo lo que pasó como en un sueño. Había sido su vecino, un compañero de hotel; pero al día siguiente partieron para Barcelona.

Blanca se rio con cierto desdén y en un tono más confidencial:

—¿Qué dirías tú, si supieras que yo he hecho dos viajes de bodas con el mismo marido?

—¿Cómo así? —preguntó Clara muriéndose de risa.

Entonces Blanca, un poco nerviosa refirió la historia aquella.

Su marido, Nicolás Calpe, hombre de negocios, apenas tenía tiempo de pensar en ella. Es preciso saber lo que esto significa para una mujer joven, amante de los placeres. No obstante, ella encontró el modo de hacer más agradable su vida. Sin poder defenderse se sintió de pronto en las garras de la pasión más cruel. Por desgracia, una telefonista a quien ella había disgustado por una mala respuesta, se permitió vengarse de un modo atroz. Cierto día que hablaba con su amigo se presentó don Nicolás, trémulo de ira. Todo era obra de la telefonista; pero ella supo protestar en términos tan patéticos de su inocencia, se indignó a tal punto, que Calpe no encontró medio de volver a su gracia sino inventando un viaje a Europa.

Durante el viaje, don Nicolás se convirtió en el más rendido amante. Pero Blanca estaba loca de regresar y después de ocho meses de ausencia volvió a ver con alegría inaudita las costas de La Guaira.

Ella suponía que su enemiga había olvidado todo. Sin embargo, se rodearon de precauciones. Pero un día, después de almuerzo, apenas se había marchado Nicolás, la llamó él. Tenía que comunicarle algo urgente. En la conversación surgió una de esas querellas tan comunes entre los amantes. Los instantes pasaban. De pronto Blanca lanzó un grito terrible, espantoso. Don Nicolás había caído a los pies de su esposa dando un rugido. El médico declaró que había muerto de una apoplejía.

—He aquí una telefonista amiga de dos amantes —dijo Clara.

—¡No, el pobre Nicolás era muy bueno!

—¿Y él?

—¿Quién?

—El otro. ¡Tu amante!

—Él está aquí; pero le he prohibido que me vea hasta estar en tierra. Era el chofer del pobre Nicolás.

Clara no pudo dominar una carcajada; pero comenzaba a caer una lluvia fina. Como era tarde las dos amigas se retiraron

a sus camarotes. Y por la cubierta desierta parecía pasearse la sombra corpulenta de don Nicolás Calpe.

Al otro día el vapor llegaba a El Havre.[54]

EL CANTO LEJANO

A don Pacífico Márvez

I

El doctor Virgilio Moscoso, propietario de «El Garzal», hacienda de café situada cerca de Valencia, prendió su tabaco y se acomodó en la mecedora para digerir con más comodidad su magnífico almuerzo. Lo mismo hizo su huésped, don Felipe Gori, exagricultor, de quien todo el mundo sabía por obligación que había hecho dos viajes a Europa.

—¿Cree usted que haya en la vida de esos campesinos algo interesante para la literatura? Noto que se escribe mucho sobre eso y, además, las opiniones están muy divididas.[55]

El doctor Moscoso abrió los ojos y por un momento venció la modorra en que lo sumían la digestión y el bochorno del mediodía.

—Hombre, sí. Creo que hay tema y mucho. La vida de esa gente es un desastre... Felicia, tráenos más café, bien tinto, eh... A pesar de todo tiene sus complicaciones... En fin, no sé. Yo estoy reñido con la literatura. Creo que es perder el tiempo.

—Bueno, pero es curioso —dijo don Felipe entornando los ojos.

Y mientras tomaba su café, el doctor Moscoso continuó:

—Lo que más he notado es que son casi siempre impenetrables. Vaya usted a averiguar. Viven en una miseria, en una

estupidez pavorosa... Pero así nacieron ellos y no seré yo quien vaya a hacerles cambiar de condición... ¿Ve usted, por ejemplo, aquel que va por allí con una carga de hierba? Se llama José Ángel León. Es un taciturno, un rebelde... Bueno, la mayoría es sumisa, este es una excepción; pero se cree tan importante como yo.

Y al decir esto, con grandes cabezadas, el doctor Moscoso sucumbió al sueño. En su mano descolgada, el tabaco acabó por apagarse. Gori respetó aquel silencio sagrado y también terminó por dormitarse.

Nieto del general Saturnino Moscoso, quien había adquirido «El Garzal» después de la Federación, hijo de Felipe que le había hecho cursar estudios con el doctor Virgilio, abogado y hombre de mundo, el apellido Moscoso adquiría nuevo brillo. Personificaba «El Garzal» y su vecindario.[56]

El día anterior había llegado después de una de sus largas y frecuentes ausencias en la capital. Tenía graves preocupaciones de dinero; pero el doctor Moscoso no era hombre de preocuparse por el porvenir. Además, el café estaba a buen precio y bajo la sombra densa de bucares y jabillos los arbustos empurpurados prometían oro en abundancia.

II

«No seré yo quien los haga cambiar de condición». Era casi el mismo principio de María Jacinta, madre de José Ángel, la que siempre repetía:

—Hijo, nosotros somos negros, indios, lo que Dios quiera. Con nosotros no reza lo que dicen los blancos.

Y sonreía humildemente, con una sonrisa que revelaba la astucia de su raza. Ajustaba su vida a esa máxima en la cual se encerraba toda su sabiduría. Hasta el hecho de haber tenido a José Ángel del propio amo, del padre del doctor Moscoso, lo pasaba en silencio, parecía olvidarlo, como un hecho natural, como si la flor de su mocedad no hubiera podido pertenecer sino al amo, al propietario de «El Garzal», lo mismo que la de tantas otras.

El café era la vida de todos, el pan, la providencia. José Ángel al ser capaz se había iniciado en las labores del beneficio y aprendido el gran arte, la ciencia suprema. Contaba los años por las cosechas y los hechos de su vida arraigada en la tierra como la

vegetación en cuyas copas se movía un arroyo de flores. Mientras trabajaban podían columbrar en una hondonada los techos de la casa del amo, desteñidos por la lluvia. Fuera de su tierra, de la naturaleza que los rodeaba, nada sabían.

III

José Ángel vivía con Rosalía, la hija del vecino, el mocho Esteban Alonso. La encontró sola, un atardecer, por el callejón que conduce al río. Caminaban muy juntos. Sus cuerpos ardientes se tocaban, se estrechaban por el sendero y ella no podía dominar el tumulto de sangre que corría por su cuerpo de mujer morena adolescente.

Se habían conocido siempre. Pero ahora al descender por el camino donde se confundían el rumor del agua y del viento, callaban, sin encontrar qué decirse.

Había en su voz algo de aquel murmullo cristalino que al parecer llevaba un canto lejano, sollozante:

—Pero, ¿qué es lo que tú quieres de mí, José Ángel?

—Tú lo sabes muy bien.

Ella miraba. Las sierras, iluminadas apenas, iban borrándose, invadidas por la sombra. Rosalía participaba de aquella vaga emoción. Y como no opusiera resistencia, anticipada su entrega, José Ángel la besaba encendiéndola de deseos, confundidos en la noche, sobre la hierba esmaltada de luces.

Ahora sin saber por qué, en presencia de sus dos hijos, les dolía aquella tarde lejana que les había unido para siempre.

En la mente de José Ángel persistía algo semejante a una idea nacida en lo más hondo de su ser. Le torturaba como una voz que le gritase dentro de sí y le hacía ir de los hijos a la tierra.

Algunos sucesos acaecidos meses después, cuando ya se esperaba otra cosecha, le revelaron al fin aquella idea de un modo clarísimo. El hijo del doctor Moscoso, Napoleón, atropelló en el patio de la hacienda a su hijo más pequeño. Acudió Rosalía. La señora Moscoso que salía en aquel momento, no pudo contenerse:

—¿Qué es eso, Rosalía? ¿De cuándo acá esos aires altaneros?

Fue al saber lo sucedido que José Ángel se explicó su inquietud y comenzó a sentir un odio tremendo por aquel paisaje,

aquellos Moscoso, aquella tierra en la cual se hundía su vida y la de sus paisanos, con la fuerza de un árbol.

IV

—¡José Ángel León! —dijo el comisario enarbolando una espada inmensa—. Pase a la fila.

Iban conducidos a Valencia para una averiguación. Se trataba de cierta tala de árboles en las cabeceras de una vertiente.

Sumisos, con una expresión resignada, aunque algunos eran valientes, contestaban a las preguntas. Nadie sabía nada. Es decir, uno, precisamente el más fuerte, Félix Lorenzo, sabía, pero le estaba prohibido decirlo. Se vio tan envuelto en las preguntas y amenazas de los funcionarios que se puso a llorar. Era una cosa extraordinaria ver aquel mocetón llorando de miedo. Pero todos contemplaban indiferentes aquel espectáculo de bajeza humana.

Moscoso, interesado en el asunto, se resolvió al fin a pagar la multa y en cobrársela después a todos. Tenía su plan. Ellos aceptaron, José Ángel como todos, cuantas condiciones les impuso el doctor Moscoso. Descuentos de jornal con un interés y al mismo tiempo crédito en sus bodegas que se sumarían a la deuda total. Él quería protegerlos, salvarlos, librarlos de algo peor. Esperaba que comprendieran sus sentimientos justicieros.

El día que les pusieron en libertad el cañón tronaba. Las calles estaban embanderadas. Era 19 de abril... En la Plaza Bolívar un orador calvo, obeso, rubicundo, hablaba con grandes gestos en una tribuna adornada con dos palmas.

Los peones de «El Garzal» se habían detenido para ver la ceremonia. Podía reconocérseles en medio de la multitud por sus sombreros de cogollo y pelo de guama, la actitud encogida, la mirada recelosa. José Ángel, como sus compañeros, no comprendía bien aquella jerigonza. Solo una palabra percibió, clara, luminosa y le hacía cavilar: la libertad, el Libertador.

Junto a ellos, el corresponsal de un diario tomaba notas apresuradas: «cultura», «alta sociedad», «elocuente doctor Sixto Rondón», «solemne acto», etc. En la presidencia de la manifestación se divisaba al doctor Moscoso, con una condecoración en el pecho.

La policía hizo retirar a la muchedumbre, pues se iban a tomar unas instantáneas de la ceremonia. El sol caía de plano. Ardían las calvas, las levitas, los sombreros de copa y el fotógrafo, sudoroso, sacaba de vez en cuando la cabeza de entre la máquina con aspecto tan solemne como el del orador.

En el cerebro de José Ángel León, las palabras de aquel hombre gordo, a quien el doctor Moscoso felicitaba, despertaban la visión de ejércitos formados por hombres humildes como él, que habían dado su sangre por esa misma libertad.[57] Pasaban las caballerías en la llanura tostada, el brillo de las lanzas en largos reflejos deslumbrantes, bajo un sol de fuego. Todo eso, de modo vago, oscuro, oscilante, como los regimientos de hombres envueltos en el polvo de la marcha.

La misma tarde, después de dar las gracias al doctor Moscoso, regresaron a «El Garzal».

La deuda era la obligación de por vida. No había que pensar en otra cosa. Recordaban el ejemplo de Tomás García, a quien llevaron amarrado, porque en las mismas condiciones se había ido a trabajar a otra hacienda. Entonces José Ángel recordó el gran principio de su madre, de María Jacinta, que no cesaba de repetir: «Con nosotros no reza lo que dicen los blancos». Y «los blancos» eran los dueños del dinero, del trabajo, de la tierra. Había, sin duda, una gran tristeza, una humillación terrible en aquellas vidas.[58]

V

Dos días después el doctor Moscoso llegó a «El Garzal». José Ángel tomó una resolución heroica. Tal vez era el ímpetu de los Moscoso, de quienes al cabo era hijo. Esperó una ocasión propicia. Cuando lo vio solo, por la mañana, en el escritorio, se presentó ante él.

—Hombre, ¿qué maneras de entrar son ésas? ¿Qué quiere usted?

León dijo resueltamente que él no aceptaba las condiciones de la deuda. Podían hacer lo que quisieran, pero no aceptaba, pues él no había cortado la madera. El doctor Moscoso conocía muy bien al culpable.

El doctor tenía sobre la mesa un revólver. Se quedó mirando a José Ángel. Fue un momento largo. Por la mente del doctor Moscoso pasaron muchas ideas distintas. De su rostro se borró la cólera, se puso casi risueño. Precisamente estaba en tratos con un sindicato alemán para vender «El Garzal» y realizar el gran sueño de su vida: irse a Europa definitivamente a vivir la «vida civilizada».[59] Otra vez volvió a cobrar la expresión autoritaria que siempre tenía en «El Garzal».

—Mire, León, usted se puede marchar cuando le dé la gana. El todo es que se vaya cuanto antes. Si usted se demora... bueno... usted me conoce y sabe todo lo que puedo hacer. ¡Que sea hoy mismo!

Y cuando estuvo solo, hablando consigo mismo:

—No sé por qué me alegro de haber salido de este hombre.

VI

León salió el mismo día a establecerse con su familia en «Flor Amarilla». Cuesta arriba se alejaban. La tierra resquebrajada por el verano se extendía monótona, pelada, amarillenta. El cafeto esperaba una lluvia para florecer. Al pasar, de vez en cuando, rodaban terrones a ensuciar la acequia. Allá quedaba el rancho, la tierra trabajada por él en tantos años. La voz recóndita que gritaba en el fondo de su ser le murmuraba palabras ininteligibles, arrulladoras, como un canto que revolara muy lejos.

Iban sin proferir palabra, como la tarde aquella. Sin embargo, un momento hubo en que José Ángel y Rosalía se miraron largamente, como si de repente comprendieran cosas no presentidas hasta entonces. «El Garzal» desapareció a sus ojos. Y continuaron el camino en silencio, en un silencio lleno de desesperación y de amargura.[60]

LA PERLA

Fucho Carvi salió del rancho llevando de la mano a su hijo Nico, de siete años. Nico trataba de contener su llanto y volvía su rostro hacia el hogar donde columbraba sombras presurosas. Con trabajo seguía a Fucho que marchaba a grandes pasos por aquel arenal cubierto a trechos de cardones. Toda la decoración del mar y del cielo desaparecía rápidamente a sus ojos.

Los tripulantes de la *María Galante* se adormecían mecidos por la brisa del anochecer. Al ver a Fucho se sorprendieron, pero al notar su rostro descompuesto callaron. Los hombres maniobraron maquinalmente. Alzaron las velas y en breve la *María Galante* se deslizó por el mar en calma.

Los hombres fueron tendiéndose sobre lonas, encima de las barricas y sacos de conchas. El más joven, con la cabeza apoyada en las manos, canturreaba uno de esos aires simples de leyenda. Nico sollozó largo rato y acabó por dormirse. En tanto, Fucho, tumbado cerca de popa, contemplaba el cielo del cual caía un resplandor sereno. Como hacía frío se levantó y abrigó al niño. Era un gigante taciturno y brutal. Cuando les cogía la tormenta su voz era suficiente para inspirar confianza y alivio. Tenía una miseria soberbia, de la cual él mismo no se daba cuenta. Había sacado perlas como para enriquecer a un lugar entero, pero todas pasaban a manos de fabricantes poderosos por un valor irrisorio. Ahora, después de lo sucedido, ambicionaba hallar una sola, espléndida, que le permitiera descansar y comprarle a Nico un hermoso barco.[61]

Fucho se dirigió a los caños del Orinoco. Allí varó su embarcación, y dijo que volvería a Margarita al año siguiente. Volvió después de tres años, al abrirse la pesca, y se enganchó con su bote en el tren de un comerciante. Durante la estación de pesca pereció su hijo Nico. Acopiaron buena cantidad de perlas, en la cual todos tenían parte. Pero el patrón no halló comprador y hubieron de ir hasta La Guaira. En Caracas, tampoco pudieron colocar las perlas; el patrón quería venderlas al mejor precio. Tenían un millón y no hallaban cómo repartirse el dinero. Fue preciso pedir a cuenta con un interés crecido. Una tarde, en Guanta, encontró a uno de su aldea. Le dio informes de todo. Su mujer, que él dejara por muerta, después de la espantosa escena, la tarde que regresó de Costa Rica, había parido un hijo. En cuanto a Lencho, se había ido el año antes al Ecuador. «Algún día nos veremos la cara», se limitó a decir Fucho, disimulando su ira.

Siguieron después a Barranquilla. El viaje resultó útil. En Curazao, el patrón resolvió empeñar las perlas en un banco para darle dinero y seguir, él, a Europa a negociar el resto. Entonces se dispusieron a regresar a Margarita con otros que volvían del extranjero. Entre ellos estaba Lencho, a quien Fucho le ofreció su barco. Eran viejos amigos y lo pasado, pasado, afirmaba Fucho.

A los tres días de navegación cesó el viento. La *María Galante* permanecía inmóvil, en alta mar, con todas sus velas desplegadas. Los tripulantes soñaban con sus aldeas arenosas, con sus ranchos de palma donde pasaban los días tumbados en la hamaca, evocando las aventuras del mar, mientras la mujer tejía cerca de ellos, o iba a buscar agua por tierras tostadas, a mucha distancia.

Jugaban a los dados o referían historias. El mar, sí, tenía sus misterios. Alguno aseguraba haber visto cierta noche alejarse una sombra tan vaga que parecía un fantasma. Otro, enredado entre las algas había sentido el contacto de una cosa blanda; estaba sobre el cadáver de un buzo, arrastrado tal vez por una manta. En los paisajes submarinos caía una luz sombría. Había bosques petrificados, grutas dibujadas de manera confusa, cubiertas de algas gigantescas, que eran guaridas tétricas. Otras veces sostenían con los monstruos batallas feroces. Ninguno como ellos para sacar lances, desafiar las embestidas y lanzarse desnudos al agua.

Comenzaban a impacientarse, y su inquietud aumentaba al ponerse el sol. Se observaban en silencio, recelando unos de otros. Las provisiones eran escasas. Imploraban a la Virgen del Valle con plegarias furtivas. Le ofrecían perlas, la primera que hallaren. La Virgen tenía para bordar un manto, formar rosarios, collares o hacer una corona de flores contrahecha de perlas.

El mar, para ellos, era únicamente un criadero de perlas, un jardín de gemas. En busca de ellas iban a las costas más lejanas, apiñados en embarcaciones ligeras, a la Goajira, al Ecuador, a Costa Rica. Las conocían todas: las redondas de blancuras mates que dan de improviso destellos irisados; las menudas que brillan como la arena al sol, transparentes, doradas, luminosas; las de formas extrañas y las negras que dan un esplendor tenebroso. La perla era una obsesión. Con los ojos entornados pensaban en las más bellas que habían visto alguna vez, en sus manos, semejantes a una sonrisa de mujer.

La noche aquella jugaban Fucho y Lencho. El primero había ganado una gruesa suma. De pronto Lencho se manifestó indignado. ¿Acaso le engañaba Fucho? Carvi le miró fijamente. Obedientes a un mismo impulso sacaron sus cuchillos. Al primer momento Lencho quiso arrepentirse:

—Tengo dinero, Fucho, podemos arreglar esto —dijo en voz baja.

Fucho le atacó sin responder. Forcejearon y estuvieron a punto de caer al agua. Lencho logró desasirse, saltaba con agilidad increíble. Con el ruido los demás comenzaron a despertarse y adormilados presenciaban la lucha. Cerca de la popa, Fucho le dio alcance, clavándole el cuchillo. Lencho dio un gemido y se desplomó a estribor. Se revolvía con desesperación. Después fue aquietándose y el estertor terminó por extinguirse. El resto de la noche la pasaron silenciosos. Al amanecer la *María Galante* se estremeció. Una brisa fuerte hinchaba sus velas. Amarraron al cadáver sacos repletos de cosas pesadas y le arrojaron al agua. Fucho les tiró un pañuelo de dinero y les ordenó repartirse el de Lencho.

—Ea, muchachos, a lavar esto —les gritó batiendo las manos.

Limpiaron las manchas de sangre. La *María Galante* resplandecía y se secaba al sol como un pájaro. Iban con viento

magnífico. Una mañana, después de cinco días, aparecieron a sus ojos las playas todavía indecisas de Margarita. Nadie se acordaba de lo sucedido, y la vista de la isla les hacía olvidar todo.

Fucho se fue a Riohacha donde se estableció. Los años pasaban y al fin determinó su regreso para la fiesta del Valle.

La multitud, cubierta de sombreros de paja semejaba una procesión de antiguos suplicantes. Al templo era imposible la entrada. A ratos había un movimiento a la puerta para dar paso a un penitente. Entraban de rodillas o braceando como si nadaran. Los altos pendones azules barrían el polvo de la plaza. Salieron las cruces de plata y, por fin, en medio de un grito de alegría, la Virgen entre mil hachones, abrumada por la corona que el sol convertía en un reflejo del poniente. Seguían miles de pescadores con rezos confusos, fervorosos, suplicantes. El obispo iba con su mitra resplandeciente y su áureo cayado. A su paso se alzaba un rumor hostil, amenazante, porque se aseguraba que pretendía llevarse la imagen a su catedral. La procesión dio la vuelta a la plaza, donde llameaban centenares de antorchas. Delante de la Virgen iba un cuadro bordado en perlas, en el cual cada una refiere un portento. Cuando la procesión regresaba, los vitrales encendidos daban un aspecto fantástico al templo que resonaba con los cánticos y las plegarias. Entonces un hombre manco hendió la muchedumbre y con gran trabajo fue a depositar al pie de la imagen una perla maravillosa. Toda su vida. Al punto fue reconocido:

—Es Fucho Carvi, de Boca del Río —afirmaban.

Cuando salió, la plaza ardía como un ascua. La muchedumbre ebria, loca, bebía y danzaba junto a otros peregrinos arrodillados. En todas las cantinas hubo de beber con muchos que deseaban festejar su regreso. Encanecido, con una manga vacía, era un ejemplar de vejez magnífica. Un tiburón le había arrancado el brazo izquierdo. Cuando le participaban que la pesca se abriría próximamente y que en esto tenía parte la alegría del pueblo, movía la cabeza con cierta amargura. Ya no volvería más a las expediciones.

Se retiró a Boca del Río. Después de comer su pescado se tendía en la plaza a dormitar plácidamente y por encima de su cuerpo pasaban los cangrejos y los caracoles. Rápidamente fue haciéndose viejísimo. Permanecía inmóvil horas enteras,

contemplando el mar. Una tarde se quedó muerto viendo una estrella parecida a una perla enorme que rodaba por el horizonte. La gente vio con asombro que el gigante taciturno sonreía por primera vez.[62]

LA NINFA DEL ANAUCO[63]

I

Creo que fue a fines de 1913 cuando Bruno Serna presentó en el concurso anual de la Escuela de Bellas Artes[64] su «Ninfa del Anauco».[65] A juzgar por la opinión, no era una obra de arte. La prensa, a pesar de todas las diligencias del escultor, no se dignó dedicarle una línea y si produjo alguna impresión favorable pasó tan discreta que el mismo Serna no pudo advertirla. Varios amigos le felicitaron con esas frases de cortesía, ofensivas, llenas de lástima.

El doctor Miguel Cerezo, médico y crítico de arte, le dio su opinión definitiva:

—La idea es buena, pero mejor hubiera hecho usted algo más nuestro. Una alegoría heroica, por ejemplo.

—Prefiero la diosa —repuso Serna.

Cerezo le volvió la espalda.

En cambio, la escultura de Agapito Rodríguez, un guerrero en actitud de hollar a los vencidos, mereció diploma y premio. Los diarios le saludaron, «una promesa efectiva que venía a proseguir nuestras gloriosas tradiciones», etcétera. En una reunión de la Sociedad de Artistas, el doctor Cerezo proclamó a Rodríguez el primer escultor venezolano, contra el parecer del doctor Pedro Macías y de Panchito Pérez, que ponían por encima a Pérez Mujica.[66]

Este fracaso provocó en Serna un grave trastorno moral. Comenzó a embriagarse diariamente y a desconfiar de todo el mundo. Desde mucho antes tenía cierta mala reputación debido al rumor propalado por Agapito Rodríguez, según el cual Serna era anonimista.[67] Para dar mayor veracidad a sus afirmaciones, el mismo Agapito dirigió algunos escritos a máquina.

A Rodríguez, Serna le toleraba apenas. Sin embargo, no se decidía a romper con él e ignoraba sus manejos.

En un tiempo frecuentaba la casa de los Ordóñez cuya pobreza le aseguraba una buena acogida. La pasión de aquella gente por el dinero y sus reticencias sobre la inutilidad del arte le obligaron a retirarse. Ellas vieron con ironía silenciosa el fracaso de Serna. Por último, una noche se había encontrado allí con Próspero Silva...

Otra de sus amistades era la familia de don Simón Pastrullo, pero esta se enriqueció violentamente. Don Simón pudo embolsarse en un año dos millones de bolívares a causa de especulaciones sobre el café en vísperas del alza prodigiosa del fruto. La gente le calculaba de diez a quince millones. Las Pastrullo cerraron sus puertas a las amistades del tiempo malo y Serna no quiso ser indiscreto.

También cultivaba amistades en los círculos literarios: eran los principales el poeta bohemio Luis Cazares, el novelista Cándido Peza, Víctor Laguna, autor de un libro titulado *Pagodas indias*, prólogo del doctor Cerezo, y Rafael Miranda, cuya obra *El cielo sucio y otros poemas* acababa de publicarse en la imprenta «Sabática».

Su amigo íntimo se llamaba Francisco Albáizar, hijo de un comerciante de Río Caribe. Albáizar llegó a Caracas con la idea de doctorarse en Derecho, luego le dio por la música, después por la pintura. Cada dos o tres años presentaba una materia en la cual era irremisiblemente aplazado o bien obtenía calificaciones ínfimas. Albáizar trabajaba con Serna en el Bazar de Antigüedades.[68]

Vivía Serna en un caserón colonial, en la casa de pensión de Juana Quevedo, mujer gorda, piadosa y velluda. Allí tenía un cuarto en el piso alto con su balconcete sobre la calle, cerca de la Plaza López. Aquella habitación le servía de taller y dormitorio a un tiempo.

El lunes tres de enero, después de un violento altercado con doña Juana, pues no había satisfecho la mensualidad anterior, Serna se paseaba meditabundo por entre los bocetos cubiertos de polvo. Tendría a lo sumo veintiocho años. Alto, nervudo, las mejillas hundidas, la frente cruzada por una cicatriz que a veces, cuando le agitaba alguna emoción, parecía una herida reciente. Al pie de una escultura se leía: «La Ninfa del Anauco».

Para esta le había servido de modelo la hija de Saulo González, quienes vivieron un tiempo en casa de la Quevedo. Para Serna, Pastora tenía un tipo de ninfa. No parecía ni prójimo de aquel tahúr de Saulo. Después este cayó en poder de la justicia y Pastora o la «ninfa», como la llamaba Serna, desapareció. Se dijo que había ido a vivir con una tía en el Monte de Piedad.

A Serna le dolía aquel triunfo de Agapito. ¿De qué manera explicárselo? Él no veía la aptitud superior que los otros concedían a su rival. Si la «Ninfa», pensaba, era un adefesio, no era mejor el «Guerrero».

De pronto, como si prosiguiese en voz alta su pensamiento, exclamó:

—¡Un hombre que se llama Agapito no puede ser artista!

Y en aquel momento unos golpecitos en la puerta le sobresaltaron. Agapito Rodríguez apareció sonriente. Era un muchacho de rostro cetrino, el pelo color rojizo [que le daba un aspecto de payaso].

—Siéntate. Precisamente me acordaba de ti. —Y Serna le mostraba una especie de diván cubierto de jirones.

Agapito acababa de visitar al doctor Cerezo, a quien había obsequiado una copia del «Guerrero». Por breves momentos consideró la «Ninfa», y después con voz acariciadora:

—¿Sabes que Miranda no encuentra nada original la idea de tu «Ninfa»?

Serna dio un salto y fue a plantarse delante de Agapito.

—¡Cómo! ¿Mi obra es una copia?

—Así dice —respondió de un modo vago—. Se reía dejando ver sus dientes sucios.

Serna permanecía ante él con los brazos cruzados.

—Es copia de una estampa antigua, del tiempo en que se introdujo la litografía en Caracas.

—¡Miranda —gritó Serna— es un imbécil! Yo quisiera ver el original.

—No sé, Bruno. Me limito a repetirte como amigo lo que he oído. Debías estimar mi sinceridad. Tú tienes talento. ¿Cómo haces eso? —y señalaba la «Ninfa».

Serna hizo un ademán desdeñoso, y Agapito se internó en una larga historia de los juicios que se hacían sobre la obra maestra de Bruno Serna. Casi todos estaban conformes en que la «Ninfa» era un mamarracho. Terminó por hacer el elogio del doctor Cerezo, una autoridad indiscutible.

—Cerezo es el Papa de las nulidades —afirmó Serna fuera de sí.

Agapito tuvo otra sonrisa, pero de indulgencia y de lástima. En seguida se refirió a su talento, a su obra. Cándido Peza le aseguraba que era sencillamente genial. Discutieron así un buen rato. Serna parecía serenarse. Con aire altanero explicó su propósito. Había tratado de interpretar la idea de los viejos poetas que al través del follaje divisaron en una emoción luminosa, a la beldad rústica, en la ribera del Anauco.[69]

Cuando quedó solo, se puso a contemplar por la ventana aquella línea escultural del Ávila que casi se afemina al descender hacia el este. La mañana, una de esas mañanas otoñales de enero, le recordó a Choroní, su pueblo natal.

—Lo que dirán allá —pensó.

En un momento evocó todos aquellos años de miseria vividos en la ciudad. Un tío suyo, don Santiago Óverez, agricultor de Choroní, temeroso de que Serna con las facultades que le concedían en el pueblo se malograse, le había ofrecido una pensión de treinta pesos mensuales y con esto había partido una madrugada en busca de la gloria. Diez años le separaban de aquel día. Solo Amelia, su prima, no había querido nunca que él partiera. Amelia y el mar eran dos imágenes que siempre se le aparecían juntas en la memoria. Los dos habían llenado de poesía su adolescencia.

En Caracas algunos de sus compañeros en la Escuela de Bellas Artes habían muerto, otros concluyeron por dedicarse a trabajos distintos. El pensamiento de regresar vencido a Choroní le aterraba. Más bien quería irse lejos, a un gran centro, donde, según pensaba, no le era difícil conquistar en breve fama y fortuna.

En este punto de sus cavilaciones recibió una carta del doctor Luis Guédez, abogado, según rezaba en medio de una elegante orla la parte superior del pliego. El doctor Guédez le amenazaba con recurrir a la vía judicial, «muy a pesar suyo» si no abonaba en el acto la cantidad de trescientos bolívares al señor Próspero Silva, según pagaré a la vista. El doctor Guédez le esperaba en su bufete en la mañana siguiente.

Bruno tiró la carta con desdén. Como le sucedía a menudo, había pasado repentinamente de una gran excitación al más completo abandono de sí mismo. Se tumbó en el diván y se entretenía en trazar círculos de humo con el cigarrillo. Ya no pensaba ni en sus acreedores, ni en Agapito, ni en Choroní, ni en el doctor Cerezo. Se hundía voluptuosamente en su ensoñación ordinaria. Estaba entre una legión de artistas libres y sabios que poblaban con sus obras palacios y catedrales. Diosas y vírgenes, atletas, santos, faunos, héroes surgían en el cielo de las cúpulas o a la sombra de los pórticos y en las casas de placer. Bajo la mirada de los mecenas sonreían las ninfas coronadas de violetas, las Madonas extasiadas entre coros de ángeles, las hermosuras a quienes inmortalizaba el amor de un artista.

[Un momento después vivía en una ciudad de placer en la antigüedad. Estaba en el baño y dos esclavas desnudas se inclinaban junto a él como las asas de un ánfora. En el jardín corrían las fuentes y entre el rumor cristalino se alcanzaban a oír los sones de una flauta lidia.]

Dieron las dos. El silencio de la siesta se interrumpió con las voces de Juana Quevedo. Desde su sitio, Serna podía verla en fustansón, junto al patio de los jazmineros floridos, entregada a su ocupación favorita de sacar cuentas. La enorme papada se le estremecía con ligero temblor. De vez en cuando se quitaba los lentes para dictar órdenes en tono violento e inapelable.

Serna se acordaba del Bazar de Antigüedades.

***

Muchos hombres de letras frecuentaban el establecimiento dirigido por el pintor J.C. París y el doctor Francisco Hoyos, reputado filólogo. Allí se restauraban cuadros y muebles antiguos y también se hacían por encargo dándoles con gran fidelidad la

pátina de los años. Serna retocaba y hacía copias. Casi siempre eran cuadros de tiempo de España: Nuestra Señora de Las Mercedes, el retrato de una monja o de un hidalgo, algún Cristo renegrido y milagroso.

Aquella tarde, Francisco Albáizar ponía la última mano a un escritorio del siglo XVIII. Mientras preparaba los colores, Serna refería sus desventuras.

—¿Qué te pueden hacer? —dijo Albáizar—. Yo tengo tres demandas encima. Esta mañana le quité a Leopoldo Jiménez cien bolívares; pero solamente me dio ochenta y el recibo está por ciento cuarenta, fuera de los intereses. Jiménez es un monstruo delicioso.

—¿Y Cazorla?

—Cazorla se retiró del negocio porque perjudicaba su reputación.

—Entonces, de los de Jiménez, dame cuarenta.

—Bueno, pero ten presente que son para unos derechos de examen —y se los tendió con un gesto magnífico.

A las cinco, París examinó los trabajos. Con mucha dignidad hizo ciertas indicaciones. Todo debía quedar a la altura de un establecimiento como el Bazar de Antigüedades.

—Está bien, mañana continuaremos.

Invariablemente París terminaba su paseo vespertino en una botillería. Bebía mucho y al embriagarse comenzaba a discutir con los mesoneros, rompía las botellas y las vidrieras. De este modo disipaba las utilidades del Bazar de Antigüedades, donde pintaba furiosamente a los brochazos las telas de encargo. Entonces el mismo Hoyos era un imbécil; se burlaba de las poesías de Miranda y de los artículos de Plácido Camanes.

En la esquina de Sociedad, Serna tomó un auto.

—Pero ¿qué es? —preguntó Albáizar subiendo maquinalmente.

—¡Al Paraíso!

Soñaban en voz alta. Serna quería irse a Italia, mientras Albáizar aseguraba que al graduarse podría irse a vivir en París. Entonces comenzaría la vida. Aquí todo es imposible, el medio atroz. Una parroquia, decían.

Según Serna en ninguna parte hubiera podido triunfar Agapito Rodríguez. Carecía de temperamento. Era épico, vulgar.

—Todo eso es idiota —dijo Albáizar despectivamente.

En cambio él hablaba mal de los buenos estudiantes.

—Se imaginan que van a conquistar el mundo.

Citaba ejemplos. Muchos sabios y hombres célebres no fueron nunca buenos estudiantes. Más bien habían sido reprobados en los exámenes. Eran víctimas de graves persecuciones.

—Un individuo de talento no puede estar toda la vida adulando a los maestros para oír de ellos cuatro elogios imbéciles. ¿Qué significa un elogio? ¡Sí! ¿Qué significa?

—Claro, así es.

Pasaban junto al monumento de Carabobo. La calzada se cubría de una luz amarillenta. A lo lejos se extendía Caracas. Más allá, el Ávila.

—¿Qué crees tú de la gloria? —preguntó Serna.

—La gloria es nada —dijo Francisco, encogiéndose de hombros—. La gloria es hacer algo con eso, eterno y que siempre parezca nuevo. Pero algunos creen que la gloria es aparecer en los periódicos.

La tarde convidaba a gozarla. A las siete entraron a una cervecería, cerca de la Plaza Bolívar. Ya ebrios se fueron a una casa de juego, donde gracias a la martingala infalible que les recomendaba un anciano de aspecto venerable, perdieron todo el dinero de Jiménez.

Para estos casos, Albáizar tenía siempre una botella en depósito en casa de Esther Hernández, su amiga íntima. Esther se puso a bordonear una guitarra, mientras Albáizar con las manos en los bolsillos del chaleco guiñaba los ojos de un modo extraño y marcaba el compás con la cabeza. De pronto se puso a cantar un bambuco en boga.

En esto llegó Florencia García, y Esther se la presentó a Serna, que bebía ansiosamente. Las mujeres trataron de quitarle la botella. Serna se puso a gritar que él era un perseguido, una víctima de la envidia local, por haber hecho la «Ninfa del Anauco».

[El desvarío se apoderaba de todos.] Serna y Florencia quedaron solos. En medio de su aturdimiento, creyó ver en el rostro de aquella muchacha una ternura y una sinceridad como no la había hallado nunca en otras mujeres.

El día comenzaba a levantarse. Bruno Serna atravesó el barrio silencioso. En las puertas de las cantinas aún estaban encen-

didas las bombillas. Contemplaba con envidia a los transeúntes madrugadores [que pasaban junto a él embozados, indiferentes]. Al paso de un hortelano cargado de flores todavía húmedas [de la lluvia del alba] le asaltó el deseo de regresar a su aldea. Tenía la impresión de haber perdido lo mejor de su vida en correr tras los fantasmas de un sueño.

II

Desde aquella noche amó rabiosamente a Florencia. Empezó una vida distinta.

—Nosotras —le había dicho ella— no olvidamos una palabra bondadosa. Nosotras también somos gente.

De noche iban por los barrios más lejanos. Conocían cada vez más la delicia del silencio, el placer de caminar enlazados en la sombra sin proferir palabra. La ciudad envuelta en su resplandor nocturno les daba la impresión de un mundo aparte. Muchas veces, desde un puente, oían pasar las horas y cuando regresaban poseídos de la dulzura de los paisajes, creían sentir en ellos el alma de la noche.

Poco a poco, Serna sentíase dominar. Pasaba los días sin decidirse a emprender una nueva obra. Hacía proyectos para abandonarlos enseguida. Cuando estaba solo las cosas tenían una frialdad desolada, le era imposible una idea. [Necesitaba estar cerca de ella para sentir la plenitud de la existencia.]

El siguiente domingo, Florencia le exigió que la acompañase. Sin hacer caso de las observaciones de Serna, entró al Asilo de Pobres, depositó una limosna y después oró humildemente. Cuando subían por la esquina de Mercaderes, Serna adelantó el paso. La calle estaba llena de gente que se dirigía a los teatros. Creía Bruno que no iban a llegar nunca. Tan pronto adoptaba una expresión de orgullo sentimental, imaginándose que en ese momento desafiaba todos los prejuicios, tan pronto decidía alejarse aprisa sin volver la cara.

—¡Espérame! ¡No te puedo seguir! —decía Florencia en alta voz.

Por la acera opuesta bajaban las Pastrullo resplandecientes de joyas. [Serna saludó y las Pastrullo] se hablaron al oído [sin contestar].

Florencia comenzó a reírse de tal modo que los transeúntes se volvían indignados o llenos de curiosidad.

—Ya tú ves —decía—. No te avergüences de andar conmigo. Pero te perdono, chico.

***

En todas partes, Agapito Rodríguez refería aquella historia.

—Es lamentable que se pierda —agregaba— porque tiene talento. [Se lo he dicho.]

—Pero es un sinvergüenza. ¡Se ha entregado a la crápula! Es despreciable.

En la Plaza Bolívar, Rafael Miranda aseguró en un círculo que Serna era anonimista.

—Quien puede referir eso es Agapito Rodríguez.

Algunos como Luis Luna y Cándido Peza dejaron de saludarle.

Una vez, al pasar por las Gradillas, Agapito estaba en un grupo con el doctor Cerezo. Agapito se apartó un poco y tomó a Serna por el brazo.

—No te veo ahora. ¿Qué te pasa?

—Trabajo. Tengo un gran proyecto, un concurso en la Argentina.

—¡Ah! ¿trabajas? No me habías dicho. Pero ¿qué preparas?

—Después te explicaré —y se alejó apresuradamente.

En efecto, Serna estaba en uno de esos entusiasmos efímeros que le acometían. Trabajaba en una imagen para el templo de El Hatillo y en el «Genio de América», proyecto monumental para el concurso de Buenos Aires.

A mediados de febrero tuvo Serna un serio disgusto.

En el Bazar de Antigüedades, el doctor Hoyos enseñaba un cuadro que decía ser de Rembrandt. Serna se permitió decir que no había fundamento para esa presunción. Podía ser también una de tantas copias vendidas en América. Los demás afirmaron que sí era de Rembrandt, dejado tal vez por algún filibustero del siglo XVII. Por su parte, París dijo que él conocía muy bien la escuela flamenca]. La autenticidad del cuadro no debía ponerse en duda.

Los diarios hablaron al día siguiente del hallazgo y felicitaban al doctor Hoyos.

—Este muchacho es un desequilibrado. Sería bueno despedirlo —dijo Hoyos aquel día.

París no deseaba salir de Serna porque ya se había acostumbrado a él. Era un problema buscar otro. Rogó a Hoyos que esperase un poco, pues Serna tenía condiciones, entre ellas la conformidad y la resignación.

La cosa se olvidó por el momento a causa de un disgusto que el doctor Hoyos tuvo con Plácido Camanes. Refería este la vida del general Sinforoso Yépez sobre quien escribía un estudio. El general Yépez era célebre por haber fusilado durante un alzamiento en 1838 a la cantidad de quinientos negros en Barlovento. Por esto se había asegurado por muchos años el buen precio del cacao.

El doctor Hoyos oía atentamente.

—Muy interesante, muy interesante. Esa es una labor de zapa, de archivo. Pero diré a usted —dijo Hoyos con tono grave— que sería mejor aprender a escribir. Hay asuntos de más importancia [que la gloria de Sinforoso].

—No, que la historia no. La historia no se ha escrito.[70] La época del historiador comienza ahora con esa labor de archivo que usted dice —repuso Camanes sin comprender todavía la intención de Hoyos.

Este contestó con aspereza, Camanes ensayó unas cuantas ironías. Ambos se indignaron y concluyeron al fin por irse a las manos. El Bazar de Antigüedades retemblaba y parecía que iba a derrumbarse con el tumulto que se produjo. El Rembrandt rodó por tierra. Camanes enarboló una daga antigua que según decía había pertenecido al Tirano Aguirre. Por último París pudo separarlos, no sin grandes dificultades. Camanes no volvió al bazar y el mismo Hoyos se retiró por unos días.

Serna se reía de semejantes ocurrencias sin poder tomar en serio aquel mundo de pequeñeces.

***

Terminado su trabajo, Bruno Serna salió en compañía de Agapito Rodríguez a dar un paseo por el cerro de El Calvario. Cogidos del brazo iban como dos buenos camaradas. Se detenían

para tomar apuntes [de la ciudad], rincones o tipos. La conversación recayó sobre el Rembrandt. Agapito deseaba verlo.

—Es tan Rembrandt como tuyo y mío —declaró Serna.

—Pero entonces, ¿no es cierto?

Serna no disimulaba sus ideas. Es uno de sus mayores defectos. Comenzó a hablar con su sinceridad de siempre. Hoyos era un vanidoso mordaz, a París se le había agotado el talento, tal vez el alcohol. París mismo reconocía la imbecilidad de Hoyos, pero sabía fingirle en sus barbas una admiración sin límites. Agapito parecía asombrado con aquellas revelaciones.

Cuando bajaban, preguntó de pronto:

—¿Y la «Ninfa»?

—La ninfa ha desaparecido.

—¡Cómo! ¡Desaparecido!

—¡Ah, no! Creí que me preguntabas por Pastora... Cada vez estoy más contento de haberla hecho.

—Entonces, ¿continúas creyéndola buena?

—Claro. ¿Por qué no?

—¿Y la opinión, Bruno?

—La opinión nada vale. Me basta con la mía propia.[71]

Agapito hizo un gesto indefinible y habló de otros asuntos. El doctor Cerezo había ofrecido conseguirle una pensión.

Hacía tiempo, Agapito Rodríguez deseaba trabajar en el Bazar de Antigüedades. Lo que más envidiaba de la situación de Serna era la circunstancia de poder tratar allí a muchas personalidades.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó a Hoyos con una recomendación del doctor Cerezo. Hoyos le examinó detenidamente, mientras daba vueltas a la tarjeta, con la importancia de quien tiene el destino de un hombre entre las manos.

—Allá tenemos a un tal Serna. ¿Usted le conoce?

—¿A Serna? Mucho. Ayer precisamente estuve con él. —Y entonces narró punto por punto la conversación del día anterior. Hoyos vaciló un momento, ocultó su indignación, y al fin:

—Bueno, yo le avisaré. A ese Serna lo tenemos aquí por lástima.

El mismo día Serna fue despedido del Bazar de Antigüedades y Agapito Rodríguez comenzó a restaurar cuadros viejos y a imitar los antiguos.

***

Serna no dejó de alegrarse. Consideraba su salida del bazar como una liberación.[72] Precisamente le habían girado de Choroní dos meses anticipados y decidió darse unas vacaciones. Llegaron las tardes de paz inmensa que siguen a las primeras lluvias. Las colinas morían en flor sobre el valle brumoso. Es la estación en que con el renuevo de los montes parecen volver los recuerdos más lejanos. Serna iba a gozar [todos los matices d]el paisaje. Una vez, al anochecer, regresaba por el camino de Anauco. Había luna y el rumor de la noche rozaba apenas el bosque dorado. Un río mísero se arrastraba trabajosamente por las piedras amontonadas en el pasaje. Tal impresión de abandono y melancolía daba todo que Serna consideró que la Ninfa en realidad había muerto y por esto ya no la reconocían los hombres.

Pero los días pasaban. La casa a cargo de doña Juana fue adquirida por Carlos Absell, el cual exigía un contrato de arriendo en condiciones que a doña Juana parecieron terribles. A su vez, el doctor Guédez participó a Serna, que en caso de no pagar a Próspero Silva procedería a embargar todas sus esculturas.

Lo primero que hizo Serna fue ir a contratar un «empréstito», como decía Albáizar, a Luis Pío Suárez, barbero retirado. Tenía este en la misma casa de doña Juana un aposento donde aún se veía un blasón cubierto de telarañas. Suárez leía en aquel momento la *Historia de los girondinos* por Lamartine. Desgraciadamente, todo el dinero de Suárez estaba en la calle.

Serna salió con la resolución de hallar dinero en cualquier parte. En el corredor estaba doña Juana empeñada en convertir una habitación en tres cuartos con tabiques forrados en periódicos. En una de las divisiones estaba un pensionista enfermo, envuelto hasta el cuello en sábanas amarillentas, por donde hormigueaban las moscas.

Al ver a Serna, doña Juana interrumpió el trabajo para pintar una vez más su trágica situación ante el nuevo propietario. De pronto, el rostro de la Quevedo se llenó de lágrimas y golpeándose el pecho, en tono lastimero, comenzó a protestar contra la injusticia y a decir que tenía un corazón de oro.

A duras penas se libró Serna de la patrona con la cual no podía tener confidencias. Caminó largo rato al azar. En la esquina

de la Torre estuvo a punto de ser atropellado por un vehículo. Bajó aprisa las gradas de la Plaza Bolívar. Nadie pudo verlo recoger una cartera al pie de un farol. Por uno de esos detalles novelescos, que solo se ven en la vida, la cartera pertenecía a Próspero Silva. Tenía muchos billetes: quinientos, mil, dos mil cuatrocientos bolívares.

Serna se estremeció de gozo y adoró la claridad esparcida en todas las cosas. Sentía impulsos de pregonar a gritos aquel hallazgo milagroso. Momentos después, entraba en el bufete del doctor Guédez.

***

Salió agitadísimo de la entrevista. Solo una idea subía con claridad a su cerebro: había salvado a la «Ninfa del Anauco». El doctor Guédez se dignó a acompañarlo hasta la puerta, honor que dispensaba a los personajes más distinguidos.

En la esquina de las Monjas encontró a Francisco Albáizar, quien presenciaba una interesante escena: a pocos pasos, en medio de un grupo, Próspero Silva, armado de un paraguas, gesticulaba con desesperación. La pérdida, según él, montaba a diez mil bolívares. Serna no dejó de sorprenderse. Él había encontrado apenas dos mil cuatrocientos. Alguien entre los oyentes le aconsejó poner un aviso, pero Silva, agachándose casi hasta tocar el suelo sobre el que daba terribles paraguazos se ahogaba en un paroxismo de ira y envolvía en sus insultos a los periodistas, a los ladrones, a toda la creación.

Serna llevó a Francisco Albáizar a la botillería de la esquina. Al pedir la consumición le entregó sesenta duros y mientras Albáizar le miraba asombrado comenzó a referirle el hallazgo.

—Pero este es el desquite, la revancha. Yo no tenía un céntimo —gritó Albáizar palmoteando para llamar al mesonero.

Disertaron sobre la procedencia de aquella suma, Silva no tenía derecho, según ellos, a tocar ese dinero. ¿Qué haría en sus bolsillos sino aumentarse paulatinamente a costa de los demás? En las manos del agiotista era un capital amenazante. En cambio, ellos iban a procurarse unas horas de tranquilidad y de placer, el cual, afirmaban, era de más utilidad en la vida.

—Pero él dice que son diez mil bolívares. ¡Tú estás rico!

—¿Diez mil? Silva es un bribón; apenas dejó mil quinientos y ya le he pagado a Guédez, es decir, a él mismo.

Vaciaban una y otra botella. En la mesa vecina, un sujeto refería sus picardías cuando era jefe civil de cierto pueblo de Guayana. Lo raro de aquel individuo era la hermosa melena semiplateada que sacudía con arrogancia cada vez que una frase, una palabra suya era celebrada ruidosamente.

—Pero no hablemos de eso. Oigan este soneto y me dan su opinión.

El éxito fue enorme y el bardo entusiasmado mandó a servir otras copas. El mismo Serna no pudo contenerse:

—¡Bravo, poeta!

El otro le saludó cortésmente:

—Usted no me negará el favor de tomar conmigo.

—Con el mayor gusto.

—Víctor B. Peraza.

—Bruno Serna. El señor Albáizar.

Hubo una confusión de saludos y presentaciones. A1 oír el nombre de Serna, Peraza se puso de pies y estrechándole las manos gritó con énfasis:

—Su ninfa es una obra maestra. ¡Créalo!

Ambos se contemplaban en el vértice de la gloria. Bajo sus pies la humanidad vulgar, idiota pasaba indiferente. Con voz trémula Serna preguntó:

—¿Entonces, usted ha visto mi escultura?

—Sí, cómo no. Le digo que es una obra maestra.

Peraza palmoteaba y sacudía los puños. Serna refirió una vez más la historia de la «Ninfa», su verdadera intención de artista, etc. Al concluir, Peraza no pudo contenerse y abrazó al escultor.

Iban quedando solos. Oscurecía. Trataron de marcharse, pero el poeta Peraza había perdido la voluntad, el habla, y con la frente apoyada en las manos descansaba sobre la mesa. Ahí le dejaron rendido.

En la estación de vehículos, frente al capitolio, tomaron un auto. El poeta Cazares, que pasaba en aquel momento, fue invitado.

***

El mar aparecía a sus ojos con la dulzura de una balada. El livor de Occidente descendía a mezclarse con el agua en la raya del horizonte. Y Serna vio que las mejillas de Florencia estaban también rojas. Apretándose contra él, comenzó a referirle aquel gran peligro que la amenazaba. Un tío, el mismo que había abusado de su inocencia cuando apenas entraba en la pubertad y de quien había huido llevándose una sortija, trataba ahora de llevársela [para explotarla a su vez], con la amenaza, si se resistía, de ir a denunciar el robo. Serna precisó partir.

[Había en la noche calma dulcísima. El viento sacudía los rizos de Florencia en sus redondas mejillas, sobre sus ojos entornados.] Sobre las rocas en que se hallaba sentado, Cazares rompía una botella en honor de Próspero Silva. Las luces de un navío cortaban el horizonte. Serna gozaba en la calma dulcísima que había en el mar, en la noche y en los ojos de Florencia.

Puso sus manos en las de ellas, y con la mirada en el mar:

—No temas, Florencia. Te protegeré con mis brazos.

III

Cuando volvía de esos momentos de absoluto abandono, pensaba de otro modo. Se veía ya viejo, arrastrando una vida inútil, sin poder revocar el tiempo perdido, pero sus propósitos se desvanecían y luego trataba de ahogar las voces que le desconcertaban. Hablaba siempre con entusiasmo del «Genio de América», sin decidirse a concluirlo.

En tanto frecuentaba «La Cañada», en los alrededores del mercado; una taberna donde se reunían escritores y artistas para discutir, mientras bebían aguardiente. Hablaban de las distintas escuelas, de los grandes maestros, de sus obras respectivas en proyecto, de tiempos futuros. Los poetas leían sus versos. A veces, entre los comentarios de las lecturas pasaba una nube de moscas. [Zumbaban en el mostrador, sobre los grandes frascos llenos de licores verdes, blancos, anaranjados, rojos, en fin, un arcoíris y por las solapas de algunos descendía también una nube de moscas.] Fuera había un tumulto de arrieros y bestias.

Entonces Serna, cuando había bebido bastante, comenzaba a disfrutar de sus visiones. Sus obras estaban ahí, poblaban sus

jardines en los cuales se alzaba una sinfonía de agua clara. Y sonreía al considerar el carácter estoico de los demás, sumisos con la vida y que aparentaban no esperar nada. Tenía el vestido sucio, con quemaduras de cigarrillos, el sombrero grasiento de anchas alas.

Uno de aquellos días se presentó Florencia en «La Cañada» a buscar a Serna. Hubo risas, protestas, pero Serna la siguió silencioso.

—¡Eres un hombre inmundo y pretendes ser artista! —le decía.

—Déjame. Tú ignoras mis verdaderas intenciones.

Cedieron otra vez al deseo, en plenitud amorosa. Estuvieron juntos todo el día. Por la noche Florencia salió a despedirlo, cuando se presentó un hombre a pedirle un bolívar.

—¿Tú no tienes, Bruno?

Serna no tenía. Florencia fue a buscar y no volvió sin la moneda. Serna se quedó admirado.

Al cruzar la Plaza Bolívar se halló con Albáizar. Iba casa de Esther; pero se sentía mal, un aburrimiento profundo.

—Será esta vida de ricos —añadió.

Hablaron de cosas distintas. Las Ordóñez habían partido para Nueva York. París preparaba una exposición de pintura; Jiménez tenía el plan de fundar un banco.

—Verdaderamente —dijo Serna bostezando— lo mejor es irnos a beber.

Cuando pasaban les llamó la atención algo brillante en la sombra. Eran los dientes de oro del doctor Hoyos que presidía una tertulia bajo un árbol de caucho.

—Temo que lo único que brille de verdad en este hombre sea eso, sus orificaciones —dijo Albáizar riéndose.

Trabajosamente subía Serna la escalera de su habitación. Tardó unos momentos en reconocer a Florencia, que lo esperaba sentada en la cama. Como se tambaleaba, ella se acercó a sostenerlo. Iba a recordarle su promesa. [Tenía la cara desfigurada por el alcohol.] Él podía salvarla.

Vio que por las mejillas de Florencia rodaban las lágrimas. Y luego ese ademán de súplica. [Además no quería irse de Caracas, dejarlo a él.]

—¡Vete! ¡No quiero líos con una mujer de tu clase!

Ella continuaba de pies, junto al balcón, como si esperase algo. Serna comenzó a medir la habitación a grandes pasos. Tenía una expresión brutal, de odio.

—¡Te digo que te vayas! —volvió a gritar.

Pasaron todavía unos instantes. Fue y vino varias veces, de un extremo a otro. Florencia gritó algo pesado, ofensivo.

Él pareció no haber oído. Cuando volvió la cara, ya no estaba. Tampoco escuchó el ruido que hizo al salir. Se asomó al balcón. Florencia cruzaba la esquina y sus pasos rápidos resonaban en la calle.

Entonces Serna sintió una sensación dolorosa, desconocida. Tomó el sombrero y saltó de tres en cuatro los peldaños. La calle se prolongaba muerta. [No había rastro de Florencia.]

En la esquina de la Romualda, se detuvo anhelante. Iba a llamarla a grandes voces. Un grupo que salía del botiquín le miró riéndose. Catedral dio la una. Los silbatos de los serenos respondieron a lo largo de la avenida.

Serna se volvió. Tenía el sombrero en la mano. La calle le daba vueltas. Veía en torno suyo una bruma brillante. Al fin fue a sentarse en la acera, con la frente entre las manos.

Un guardia se acercó y comenzó a tocarle:

—¡Epa! ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa, amigo?

Bruno Serna estaba sollozando.

***

Se despertó tarde. A medida que recobraba su conciencia, lo de la noche anterior le parecía vago, difuso. Escenas de pesadilla. Sorprendíanle los detalles que surgían precisos, sin recordar a qué hora había llegado.

En un principio creyó que Florencia debía volver. A la caída de la tarde decidió ir a buscarla. Le diría que era una broma y todo lo demás que fuere preciso, incluso pedirle perdón [y de rodillas, como otras veces, besarle las manos, los ojos].

Pero halló a otra en la habitación de Florencia, una rubia descolorida, llamada Julia Rosa, que espontáneamente le dio informes. Florencia había salido en la mañana para La Guaira, a reunirse con un amigo, un alemán que la llamaba hacía tiempo.

—Después de todo, has hecho bien —le dijo Albáizar esa misma tarde—. Yo también voy a ver si salgo de Esther.

[Serna le rogó le acompañase.] Anochecía. Ellos marchaban en silencio, como si uno a otro se molestase, como si un ser invisible caminara furtivamente entre ellos.

Con semejante ánimo recibió un telegrama de Choroní en el que le participaban la muerte de don Santiago Óverez. [Serna sintió mucho aquel segundo padre que sin duda se iba decepcionado de él.]

Días después le sorprendió una carta de Amelia. Le insinuaba su regreso. La hacienda necesitaba un administrador. Era el único patrimonio de los Óverez. Sobre todo le chocaba una pregunta en aquella carta. Entre otras cosas íntimas, Amelia le decía: «¿Qué te retiene en Caracas?». Pero ¡cómo! Él aspiraba la gloria. Amelia le ofrecía apenas una dicha humilde.

Regresaban al atardecer después de trabajar todo el día. A una vuelta del camino aparecía una casa de corredor delantero, vieja, grande. La campana de la tarde surgía de lo más profundo de los valles. Las carretas se alejaban por los senderos en sombra, mientras venía de lejos, entre voces y cantos de labriegos, un rumor laborioso.

Su espíritu se rebeló contra ese proyecto. La renunciación le dejaría una incurable nostalgia. Jamás podría resignarse a la vida oscura del campesino.

Escribió a su prima una larga carta. Por el momento le era imposible regresar. Pensaba irse a otro país. Conquistar un nombre era difícil y si hasta entonces no lo había podido, culpa era de su mala estrella. Él quería abandonarse a su destino incierto, malo, pero suyo al fin.

Cuando se disponía a enviar la carta, llegó Agapito Rodríguez. Tenía en el brazo un abrigo gris con solapas negras, extraña y venerable prenda que solo usaba en las ocasiones solemnes.

Así era en efecto. El gobierno del estado Apure le había encargado un busto de Páez y al terminarlo se marchaba a Europa. Con tal motivo, algunos amigos [presididos por el agente de dicho Estado en Caracas] le ofrecían esa noche una comida.

Las miradas de Agapito caían como siempre sobre la «Ninfa».

—¿Qué vas a hacer con eso, Bruno? Le caen telarañas.

—¿Te importa, algo, Agapito?

—Soy tu amigo. Debes tomar una resolución. ¿Sabes? Tienes que comprender que no ha gustado. Te lo digo como hermano.

Una sonrisa helada vagaba en los labios de Serna.

—Pienso tallarla en mármol, Agapito.

—¿Entonces continúas creyéndola buena?

—Me gusta a mí, es lo esencial.

—Es un recurso —y añadió— estoy a tus órdenes en lo que pueda serte útil.

Serna sintió impulsos de abalanzarse sobre Agapito, pero se contuvo ante la idea de que iban a comprender su despecho y se limitó a decirle:

—¿Qué puedo hacer junto a ti, Agapito?

Desde aquel momento entró Serna en un estado de excitación extraordinaria. Sin vacilar se apresuró a poner en práctica la primera idea que se le ocurrió. Agapito debía saber que él, Serna, también podía ser conocido, estimado.

Se dirigió a la redacción de *El Faro*.[73] Caía sobre la ciudad la luz azul de sus crepúsculos primaverales. Pasaba algo raudo, gracioso, cambiante.

Había mucha gente en el despacho del director. Nadie respondió a su saludo. Al primero que advirtió Serna fue a Rafael Miranda en su desdeñosa actitud de siempre, con una pierna montada en la mesa donde el director revisaba unas pruebas. Este, al ver a Serna, preguntó:

—¿Aquí como que no hay porteros?

Clavado en su sitio, Serna permanecía en la actitud más perpleja del mundo. Al cabo de unos momentos el director metió los lentes en el bolsillo y al devolver las pruebas a un tipógrafo:

—Bueno, señores, voy a tomar un poco de aire. El artículo tiene el imprímase. El retrato de Agapito Rodríguez en primera página.

Seguido de sus contertulios, el director salió muy atento a lo que Miranda le decía en el oído.

En la puerta, Serna se dirigió resueltamente al director, pero este sin hacerle caso, se metió en su auto.

—Hasta luego, señores.

IV

Con las manos en el chaleco; el sombrero hundido hasta los ojos, atravesó por entre la multitud, pensando que todo el mundo conocía su vergüenza y que solo él tenía un rumbo fijo. Sin embargo, en su semblante se reflejó de pronto una decisión súbita.

Al cruzar la plaza de San Jacinto, una racha de perfumes le dio en el rostro como si hubieran derramado en la antigua plazuela un jarrón de esencias: era el kiosco de flores del mercado.

De «La Cañada» salió llamándolo Luis Cazares. La voz del bohemio pareció despertarlo. Serna le refirió lo sucedido con el director de *El Faro*[, lo cual sentía como la más dura afrenta de su vida].

—Pero no te preocupes por eso. A mí me han sucedido cosas peores.

Y comenzó a referirle lances de su vida, de la cual se consolaba en la alta noche, viendo las estrellas desde las calles silenciosas.

Las palabras de Cazares le acariciaron lisonjeras. Por un momento pensó seguir el consejo de abandonarse a la aventura y dejar que la luz del ideal se extinguiese con su vida. Esta idea no pudo perdurar.

***

En la penumbra, la «Ninfa» parecía animarse con una sonrisa. La contempló un instante con ternura. Luego la arrojó con odio y la «Ninfa» fue a romperse sin ruido casi. Lo mismo hizo con todos sus bocetos, medallones y con el «Genio de América». Súbito recobró la tranquilidad. Volvió a sentirse sereno, tan sereno como no lo había estado desde los lejanos días de su infancia.[74]

Aquella misma noche telegrafió a Choroní anunciando su regreso. Ya tarde le turbó un pensamiento: en lo sucesivo iba a ser un fracasado. A cada instante vería esta idea reflejarse en las miradas de sus amigos. Pero se acordó de Cazares. Él también se consolaría bajo los cielos nativos. Y además, ¿no había ya encontrado su universo? Con esta idea se durmió tranquilo.

A la siguiente mañana, 8 de mayo, cuando regresaba de ultimar sus preparativos de viaje, encontró a la criada de la pensión que barría su cuarto. En la puerta, yacían amontonados los fragmentos de la «Ninfa». Saltó por encima, sin ninguna emoción, lo cual le sorprendió y rio de buena gana a la pregunta de la muchacha:

—¡Guá! ¿Cómo se le rompió la muñeca?

Cuando Caracas desapareció a sus ojos, al verla desde el camino por última vez, los ojos de Serna se humedecieron. Allá quedaban los amables fantasmas de la juventud. [En tres meses todo había cambiado en su vida.]

Bruno Serna hizo en un día la jornada de Maracay a Choroní y al caer la tarde, divisó las primeras casas de su pueblo natal.

V

Algunos años después, [en 1922,] Bruno Serna vino a Caracas en compañía de Amelia. La ciudad le pareció más alegre, nueva y hermosa. Esta alegría [de la urbe] se le antojaba la de una amiga indiferente y deseaba decirle al oído: «Yo también te he amado mucho».

Recorrió los sitios familiares. «La Cañada» había desaparecido y en su lugar había otra taberna: «El Cañoncito». Allí estaban muchos de sus antiguos amigos. Discutían los mismos temas, en la misma indiferencia, como si no hubiesen pasado los años. Había algunos desconocidos, jóvenes que comenzaban la carrera. Serna no se dio a conocer. Estaba gordísimo y calvo.

Cierta mañana se encontró en un parque frente al pedestal de la estatua ecuestre del general Sinforoso Yépez, cuya biografía había escrito en otro tiempo Plácido Camanes. La figura raquítica, contrahecha, daba la impresión de una especie de monstruo erguido allí para asustar a los niños. Era obra de Agapito Rodríguez, residenciado en París desde hacía largo tiempo. Se le había condecorado.

Serna se guardó muy bien de aventurar juicio alguno sobre aquella estatua. Como alguien le preguntase: «¿No es verdad, Bruno, que es magnífica?», se limitó a responder:

—¡Admirable! Una captación completa de la personalidad, la estatua mejor lograda. ¡Espléndida!

Mas otro día, al salir de una venta de libros –conservaba la costumbre de comprar muchos y tenía en su finca una hermosa biblioteca– se encontró de improviso ante un individuo que le saludaba efusivamente. Tardó unos momentos en reconocerlo. Aquel individuo tenía los cabellos blancos[, la cara alargada, muy pálida].

—¡Oh, Serna!

—¡Oh, Albáizar!

Ambos querían renovar aquellos momentos de antaño.

—¿Y el arte?

—Lo enterré con la «Ninfa del Anauco». Ahora soy hacendado.

Por su parte, Albáizar se había graduado y tenía su bufete en la esquina del Conde.

—Yo he ganado mucho dinero, pero lo he gastado... A propósito, ¿quieres ver la ninfa?

—¿La ninfa? Ah, sí, cómo no. ¿Pastora? Hombre, bueno, sería curioso... Creí que se había muerto.

—No, bien viva está. La encontré al acaso, por una consulta que me hicieron. Te recordamos mucho.

Albáizar se detuvo ante la vidriera, entre Traposos a Colón, donde colgaban relojes, cadenas, pendientes, prendas de vestir, etc. Al frente, en grandes letras se leía:

Casa de empeños. Facilidades y concesiones a los clientes.

Intereses módicos. Próspero Silva & Cia.

Serna estupefacto contempla una mujer monumental inclinada sobre unos libros de cuentas, junto a una caja registradora. De vez en cuando apartaba el cordoncito de los lentes.

—¡Oh! ¡Qué triste fin para una ninfa! —exclamó alejándose.

—No creas, es la señora de Silva y presta dinero a interés. ¡Si estuviéramos en aquellos tiempos!

[Serna no contestó. Iba cabizbajo.

—Parece que mi encuentro no te ha producido alegría...

—¿Qué quieres, chico? Recuerda uno el tiempo que no ha de volver.]

—Tú les debes algo —añadió dándole un golpe en la espalda.

—¿Pero no crees que ellos han recuperado eso y mucho más? Silva a su vez nos debe a Pastora, a la «Ninfa». ¿Y aquella Esther?

Albáizar se rascó la cabeza e hizo un gesto de sorpresa.

—Esther se envenenó un día, por no sé qué cosa. La salvamos, pero no recobró la salud y murió después en el hospital.

—¿Almorzamos juntos?

—Te iba a decir que vinieras conmigo.

—No, vamos al hotel para presentarte a mi mujer.

En la tarde, sentados en la azotea, departían sobre el tiempo viejo. El ocaso dejaba sobre el Ávila el esplendor matinal de los rosales. Serna pidió café. Amelia, ajena a todos aquellos recuerdos, llenaba las tazas y seguía con inquietud los movimientos de Serna. Temía, sin duda, verle de nuevo aquella expresión de cuando llegó de Caracas a Choroní y la cual tenía por funesto y cierto indicio de locura.

—Mira, Bruno, el cielo —dijo a modo de diversión.

Tenía un color de campo al amanecer.

—¿Y eres ahora feliz? —preguntó Albáizar en voz baja, sin hacer caso de la exclamación infantil de Amelia.

—Todo lo que se puede ser en esta vida —dijo Bruno Serna, incorporándose para tomar su taza de café.[75]

[II]

DON PABLOS EN AMÉRICA
TRES RELATOS

MARTÍN TINAJERO
(Relato de santidad)

I

En la Plaza Mayor de Écija, y en otras villas y ciudades de Andalucía y del reino de Murcia, se publicó la nueva de cómo Jorge Espira y Nicolás Federman habían obtenido la gobernación de Venezuela y alistaban gente para su armada. Era en 1533, en el mes de junio.

Martín Tinajero,[76] mancebo con temperamento de romero y de soldado, decidió ir en la expedición. Sin embargo, ni los tesoros, ni los relatos fabulosos que andaban en labios de la gente, le impulsaban a dejar su patria y su madre anciana. Era más bien inclinación misteriosa hacia aquella humanidad desconocida.[77]

Había visto varios indios a las puertas del palacio episcopal, en uno de sus viajes a Córdoba. La primera intención le vino mientras oraba una tarde en la iglesia de la Santa Cruz. Una voz secreta despuntaba en su corazón y le proporcionaba cierto arrobamiento. Una tarde tuvo un sueño extraño. Iba por las feraces campiñas que rodean a Écija, pero tal gozo sobrevenía a su espíritu que creía marchar por las florestas bañadas de eterna luz. De pronto sobre el collado de Serrezuela se precisaron las formas del Crucificado. Era un Cristo como el de la Expiración, el cual veía desde su infancia, pero al acercarse vio que el color y los rasgos eran los mismos de aquellos indios. Él descendió y a un signo de su mano Tinajero comenzó a seguirlo, y a medida que andaba la Cruz crecía sobre la colina. Parecía más alta que la

Albarrana y la Quintana, las dos torres de las murallas romanas, más altas que la iglesia de la Santa Cruz. Sus brazos se hundían en los cielos cárdenos, cielos de luto y de Pasión. Y el Cristo oscuro se detuvo a orillas del mar donde estaban unos navíos.

Cierta mañana, muy temprano, Tinajero oyó misa en el altar de la Virgen del Valle, Patrona de Écija, y sin avisar a nadie pasó el puente del Genil y emprendió viaje en dirección a Sevilla. Por el río iban barcas rápidas hasta Guadalquivir, pero él prefirió hacer la jornada por tierra, en amor de Cristo y del paisaje natal.

El camino estaba bordado de huertas, de casas de placer en medio de boscajes. La feroz canícula se aproximaba. Muchachas que van a las eras, cuadros de sol, rebaños. Al pasar ante la cruz tallada en piedra de la ermita de San Cristóbal que los siglos comenzaban a cubrir con su hiedra, la memoria del Tinajero se hundió en el pasado, en su pasado confundido con los campos natales.[78] Su voluntad tal vez desmayaba, pero tenía la certidumbre de que Él estaba allí, muy cerca, y le esperaba. Comenzó a remontar la cuesta. Abajo la ciudad erguía sus torres de azulejos, sus palacios y templos mudéjares, sus conventos cubiertos de jaspes y lienzos piadosos. Sobre una loma, custodiada por un ciprés, estaba la casa paterna. Los muros eran blancos. Écija desapareció a sus ojos.

***

Un mes más tarde los cinco navíos de la armada con cuatrocientos hombres, caballos y vituallas salieron del Guadalquivir en dirección a Canarias. Desde el primer momento los expedicionarios observaron aquel soldado de un semblante casi inexpresivo. Se mostraba fraternal hacia ellos. Con todo, su carácter les provocaba despego. A los tres días de viaje le odiaban y él aparentaba no advertirlo.

Al pasar el golfo llamado de las Yeguas, les salió al paso una tormenta tan furiosa que en la misma noche uno de los navíos arribó al puerto de Nuestra Señora de Regla y otro recaló en Cádiz donde luego se reunió la armada. Muchos soldados no quisieron arrostrar de nuevo la navegación, con lo cual la gente se vio reducida a doscientos hombres.

Otro prodigio, que tuvieron por señal de prósperos sucesos, les aconteció antes de llegar a Puerto Rico. Un grumete cayó al

agua y sin saber nadar se mantuvo a flote largo tiempo mientras los bateles se disponían a recogerlo. El muchacho refirió que al caer había invocado a Nuestra Señora. Esa tarde, al entonar la Salve, las voces de los marineros estaban ungidas de un fervor desconocido que se iba extendiendo por un mar marmoleño.

Días más tarde la armada llegó a Coro. La tierra se ofrecía medanosa, erizada de cardones.

II

Jorge Espira, con ochenta caballos, determinó bajar la cordillera por los llanos para salir a la Borburata. Dejó a Federman en Coro con instrucciones de que descubriese por el otro lado. Mientras Federman iba a Santo Domingo en busca de mayores recursos dispuso que su alcalde, Antonio Chávez, llevase la gente a Maracaibo y pasase el lago.

La expedición avanzaba en las fragosidades con las ondulaciones de una serpiente de anillos de plata. Por los bosques se dilataba aquel brillo sonoro. Los días se iban floridos monte abajo. De tarde el aire estaba lleno de estremecimientos y les ocurría pensar que un pájaro oculto y gigantesco batía sus alas sobre ellos. Los descensos por abismos arcabucosos se hacían con inaudito trabajo. Toda carga les parecía llevadera. Bien pronto llegarían al país de las ciudades doradas. Las puertas de los palacios eran de esmeralda y las torres de plata con grandes campanas de oro. En los muros de las casas pobres se veían las vetas del noble cuarzo. Las cosas, y hasta las mismas personas, tomaban esa tonalidad amarillenta de la abundancia del metal. Las aguas se elevaban áureas de los tazones que tenían el brillo del campo en tiempos de la siega. Los jardines abundaban en frutos de oro y plata y en pájaros también argentados con las alas y las gargantas de pedrerías, y así eclipsaban a los de más bellos plumajes: a los colibríes, a las aves del paraíso. Bien pronto los caballos relincharían bajo los portales ante las miradas atónitas. Les creían dioses. Las mujeres tenían una gracia muelle. Les entregaban sus brazaletes, sus sartas de perlas, mientras el botín se amontonaba tan gigantesco, que cubría diez hombres a caballo montados uno sobre otro. Con gritos de júbilo se arrojaron un día sobre la tierra. Habían encontrado oro en polvo y pedazos de oro fundido. Eran

los indicios del país ante el cual palidecían las leyendas de encantamiento, todo el arte de magos y hechiceros. Un país solo entrevisto de alquimistas sabios y octogenarios.

Llegaron a una ranchería de indias frescas, rollizas, que también tenían oro. Los hombres cayeron hambrientos sobre ellas. Se embriagaron. A media noche un soldado se levantó en busca de agua y vio a un hombre inmóvil entre unos árboles. Tenía las manos juntas. La noche era tan azul que las cosas daban la impresión de que iban a disiparse en el aire. El soldado reconoció al ecijano.

En el lago estaba la compañía del capitán Diego Martínez, natural de Valladolid, que había dejado allí micer Ambrosio Alfínger. Martínez estaba ya prevenido por Federman. Tenía en el lago un navío. El pasaje lo hicieron en las piraguas de los indios que remaban en pie con largos canaletes. Salían a ranchear por las orillas. Robaban mujeres. Tomaban esclavos. Los habitantes se refugiaban en los montes. A veces llegaban pacíficos con presentes de frutos de la tierra. Les tocaban las barbas, las armas. En una de aquellas correrías una muchacha se acercó a Tinajero. Daba con las manos en una especie de tambor mientras saltaba con gestos insinuantes. Tenía los cabellos atados con una redecilla y en su cuerpo la voluptuosidad florecía con gracia parpadeante. Los soldados comenzaron a gritar: ¡Fray Martín Tinajero! ¡Fray Martín Tinajero! Él sin hacer caso se inclinó y la besó sonriendo en la frente con el beso más humilde y fraternal que habían visto desde que eran hombres. La india se retiró ofendida.

La comida escaseó. Los tigres merodeaban en el campo. Un soldado fue acometido a la vista de todos y aterrados vieron ir la fiera arrastrando la presa. El pavor se comunicó de los hombres a los caballos. Los indios llegaban en muchedumbres golpeando sus atabales y dando al aire sus pífanos en medio de alaridos feroces. Era inútil exterminarlos. Volvían en mayor número, más corajudos y audaces, con sus nubes de flechas, sus hondas y grandes arcos. Estaban cubiertos de llagas. Temblaban de fiebre. Ahora ya no podían perseguir a las indias en cuyos cuerpos el doble rosal las volvía más dulces y tentadoras. El lago estaba cubierto de piraguas desde las cuales espiaban el campo de los blancos. Agonizaban sin darse cuenta. Creían marchar aún en el

delirio. Tras de los bosques surgían las torres de oro. Una inmensa campana de oro vibraba en el aire.

Viendo la mortandad, Chávez determinó dividir la gente en tres partes para dirigirse por caminos diferentes al Cabo de la Vela y allí esperar a Federman. Al atravesar el lago quemaron el navío y las balsas. Ante ellos se extendía la tierra ignota, inmensa.

El invierno había comenzado. Unos a otros se interrogaban en silencio. A cada puesta de sol eran menos. Se alimentaban de raíces y hojas silvestres. El momento se acercaba en que se verían obligados a devorarse unos a otros. Cuidaban de los indios como de un alimento precioso. A veces, después de combatir todo el día, se hallaban rodeados de espesuras tenebrosas. Entonces referían historias picarescas, aventuras eróticas, antiguos romances. Blasfemaban y cantaban coplas. Algunos eran soldados de Pavía, de Argel o habían asistido al saco de Roma. Habían holgado en los palacios de los cardenales. Los lechos de púrpura con doseles sembrados de amores y escabeles de ébano incrustados de marfil acudían a su memoria. Bebían en cálices rubios esmaltados de zafiros y perlas. Las mitras estaban consteladas de esmeraldas, rubíes, y los soldados al correr por las calles, en el asalto, parecían persas o asirios con sus barbas rizadas, sus clámides y sus tiaras. En las cavas abundaban vinos ilustres con las armas de sus dueños. Eran vinos de los servidos en las bodas de la duquesa de Ferrara y en las fiestas reales, cuando quinientas cortesanas bailaron desnudas en un salón de pórfido, ante el rey de Francia. Vinos del tiempo de Dante; envíos piadosos a los Pontífices. Tenían el color de sangre espesa, como negras rosas licuadas. Y mujeres de cabelleras aterciopeladas reían en los lechos con los pectorales de fulgor vivísimo sobre los senos y en las manos el ardor de los anillos episcopales.

Enmudecían al ver a Tinajero. Era un espía del teniente, o quizás deseaba ganar méritos. Acaso los iba a delatar al gobernador. Le observaban con rencor profundo. Ni en medio de las soledades donde solo las estrellas podían verles, ni en los saqueos y batallas lo habían podido sorprender en un acto censurable. Tampoco él les reprochaba nada.

Acamparon en el río Macomite.

III

Al comenzar el verano el capitán Chávez levantó el campo dejando la gente enferma y prosiguió su jornada. Les veían partir con miradas dolientes en las cuales había una súplica inútil y su silencio les seguía como una sombra llena de lágrimas.

El bramar de las aguas se había extinguido. La tierra por donde iban era estéril. El camino avellanado. En la noche las fogatas sembraban de rosas los montes. Ahora gente nómada les cerraba el paso, les robaba y armaba celadas. Leguas y leguas marcharon entre cardones y sus ojos interrogaban esas columnas dispersas en los montes y sabanas. Despedían las armas un vivo fulgor de plata. Al penetrar en un monte llovían sobre ellos flechas y dardos. Un capitán y seis soldados cayeron vivos en poder de los indios. Cuando levantaban el campo, para no ser sentidos, dejaban un perro atado de algún árbol y largo tiempo escuchaban su ladrar lastimero. El enemigo se volvía invisible, se esfumaba en las lejanías ardorosas.

Los indios que servían de acémilas y farautes sufrían más en esta marcha penosísima. Sus pies descalzos sangraban. Les llevaban argollados, y cuando alguno se doblaba de cansancio, el capataz, para no detenerse, cortaba la cabeza de un tajo. Los cuerpos decapitados eran como troncos de árboles florecidos de rojo. Mientras descansaban junto a un arroyo, en medio del calor del día, Tinajero se puso a lavar los pies de los indios. La gente al verle se indignó. Aquello no debía tolerarse. Comenzaban a tacharle de sedicioso. La indignación aumentó cuando le vieron echarse al hombro un indio jovencillo que lloraba y caminar así largo trecho. Llegada la noche el niño se durmió en sus brazos. Pero en el combate Tinajero se arriesgaba el primero. Le veían solo, blandiendo su lanza en medio de la muchedumbre de bárbaros. También era muy experimentado en el reconocimiento de la tierra y un día en medio de la guasábara alguien exclamó:

—¡Eh, compañeros! ¡Si parece el mismo apóstol Santiago!

Únicamente en los saqueos y crueldades no los acompañaba. Entonces permanecía solitario, apoyado en su lanza. Evocaba aquellos guerreros de mármol que oran junto a los sepulcros en las capillas blasonadas. Cuando le tocaba permanecer en vela los bosques tenían la paz de los claustros donde las santas varas vierten

su aroma de soledad y de oración. Y Tinajero meditaba. Aquellos indios desnudos, ensangrentados, le recordaban a Cristo y los dolores de la Pasión. Brillaba la estrella matutina sobre los montes o en el alto cielo y la noche como un vaso espiritual contenía su lumbre serena. Écija siempre había defendido el dogma de la Inmaculada. Y ante la imagen evocadora de la Madre de Dios el corazón del mancebo probaba de nuevo misteriosa leticia.

Ahora marchaban en medio de bosques bermejos, bajo un cielo verde. En una de aquellas tardes vieron llegar al campamento un caballo sin jinete. Chávez despachó gente a buscar el rastro disparando arcabuces para orientar al desaparecido y dieron en un palenque, sobre cierta colina, donde los indios se disponían al convite. El cráneo del español ya estaba limpio y aderezado para servir de copa. Los blancos cayeron de súbito, alanceándoles. El incendio extendía sobre los montes una luz cárdena.

A esa hora las campanas de las iglesias de España tienen murmullos que remueven deseos, recuerdos y pensamientos dormidos. Recordaban los cuentos de sus nodrizas para quienes toda la tierra era España. Chávez continuó su jornada diciendo que con semejantes bárbaros no se ganaba honra ni hacienda. Surgían en multitudes con grandes macanas, arcos y flechas silbadoras, adornadas de plumas. Guasábaras. Arcabucos.

Cierta mañana divisaron un celaje azul en el anillo de montañas. Al fin el mar. La playa estaba cubierta de esqueletos. Se veían los restos de navíos despezados. No sabían qué gente podía ser aquella. Nunca supieron. Y sus miradas interrogaban los cardones.

Días más tarde aparecieron en el horizonte los navíos de Federman. Chávez despachó tres soldados a los enfermos en Macomite para que estuviesen apercibidos cuando les enviase los caballos. Los tres soldados se abrieron paso tierra adentro. Hallaron unos espectros que se incorporaban en sus hamacas mientras otros permanecían amortajados en las suyas. El aire estaba infecto y centenares de cuervos acudían y se posaban en el campo. Los enfermos se defendían con ramas y palos. No podían dormir. Para festejar la llegada de los compañeros, tan extenuados como ellos, mataron a un borrico y lo comieron asado. Sin embargo el auxilio ofrecido tardaba. Quizás nunca vendría. Recelaban unos de otros. Se observaban a través de la

noche profunda. Apenas oían rugidos, murmullos o el ladrar de un perro que perseguía conejos y gatos monteses. El menor ruido les sobresaltaba. En fin, sus corazones temblaron de gozo. Con los oídos pegados en tierra advirtieron un tropel lejano.

El regreso fue más difícil. Muchos que apenas podían moverse morían en las jornadas a caballo. Algo vago, cálido, el batir de unas alas, les daba en el rostro o era la impresión de una mano helada. El convoy se balanceaba, gemían en la oscuridad. Se despeñaban por los abismos o eran devorados por los saurios, en los ríos. Maldecían de que se perdiesen tantas vidas españolas por la avaricia y crueldad de teutones incapaces.[79] Blasfemaban. Los crepúsculos eran amarillos. Los bosques se volvían amarillos. Ante ellos las serranías ondulaban azules, infinitas.

Martín Tinajero no se apartaba de los moribundos. Sabía decirles palabras que les hacían sonreír, y con aquella sonrisa marchaban a la eternidad. Otros le insultaban. ¿Pretendía acaso que le pidiesen perdón? Entonces Martín adoptó actitudes de bufón, único regocijo del campamento. El hambre aumentaba. Al ver a uno próximo a la muerte no podían reprimir un sentimiento feroz. Una ración menos. También, si era preciso. Los casos abundaban. Se asaba la carne en barbacoa y había ya para esperar otra jornada. Un soldado se atrevió a un relato de ese género. Fue en la expedición de Alfínger. Cada día mataban a un indio y comían. Estaban una vez junto a un río y vieron una piragua con varios indios. Les hicieron señas, y comprendiendo lo que necesitaban, volvieron a poco con cazabe y mazorcas. Los soldados se abalanzaron sobre ellos, y como se les escapaban, y no tenían fuerzas, se fueron juntos sobre uno de los fugitivos, y así, entre todos, pudieron darle alcance. Cuando lo descuartizaron arrojaron el miembro por parecerles demasiado asqueroso, pero un soldado, Francisco Martín, lo recogió del suelo y lo engulló. Se lamían la sangre de las manos.[80] Y mientras el soldado hablaba, sus rostros macilentos se perfilaban en la sombra crepuscular. Colgaban las armas de los árboles y encendían fuego. Ya no podían cargar el oro. Sus pensamientos erraban débiles y lejanos como luciérnagas.

También Tinajero se volvía más pálido, pero conservaba en los ojos la misma luz serena que le hacía amar de las muchachas de Écija.

—A este le llega el turno —decían en voz baja.

Pero aquello no tenía importancia. Tinajero no llevaba oro. ¿Qué había ido a buscar entonces? Atravesar el océano y pasar hambre y sed y trabajos miserables sin objeto de lucro era propio de hombre que había perdido el juicio. Conventos sobraban en España.

IV

Federman había llevado considerable refuerzo de Santo Domingo. El teniente general dispuso entonces seguir el mismo camino de micer Ambrosio y tomó la derrota del valle de Upar. Había allí mucho oro –decían–. Un señor muy poderoso tenía un alcázar de oro cuyos muros cegaban con su resplandor a gran distancia. Iba en unas andas del precioso metal, con sandalias y mitra de oro. Los cortesanos se cubrían de cierto polvillo de oro después de haberse untado los cuerpos con un aceite aromático. Luego se bañaban en una laguna, y como semejante costumbre duraba desde siglos remotos, el lecho de la laguna tenía un brillo lunar. Y en el mismo país estaba la casa del sol, cuya riqueza, afirmaban los caciques que salían a su encuentro en son de paz, era infinita.

Esto pensaban al caminar por la tierra enjuta. Un vapor sofocante teñía las cimas peladas. Hombres y bestias se detenían abatidos, vencidos. El sol se hundía en medio de nubes escarlatas que flotaban largo tiempo. La tierra parecía huir delante de ellos. Sus ojos febriles rastreaban el horizonte. Veían frescos arroyos precipitarse del monte y rebosar diáfanos en cuencos de piedra llenos de helechos. Soñaban con la lluvia, la sombra de los pozos, las fuentes rodeadas de flores allá en los cigarrales de España. Locos de sed se apartaban en busca de agua, se extraviaban, desfallecían, no volvían a encontrarse. Agonizaban recostados de los árboles, sobre sus sacos de oro.[81] Las noches eran claras, de plata. Lluvias de astros caían del horizonte. Sin hacer caso de los desaparecidos Federman proseguía su marcha para no alarmar la gente.

Una de aquellas noches Tinajero velaba sobre unas piedras, ante un campo ondulante y aterciopelado. En el campamento se oía una respiración sorda y diríase que los hombres se bebían las propias lágrimas. El soldado pensaba en el agua vertida del

costado de Cristo cuando uno de los sayones le traspasó el costado. Esta contemplación le consolaba. El agua del costado de Cristo brotaba abundante y los hombres corrían en muchedumbre a saciar la sed en sus raudales eternos. De pronto Tinajero se puso de pies. Él estaba allí, tal como le había visto en sueños, en Écija; pero ahora llevaba larga túnica parda. En torno suyo brillaban los cocuyos. Las vestiduras de Cristo se constelaban de cocuyos. Inclinaba la frente aureolada de una melancolía tan profunda que Tinajero se arrodilló traspasado. Él en tanto avanzaba y le daba de beber en la herida del costado. Todo el arrobamiento, la divina alegría del éxtasis le inundó. Un pensamiento se elevó en él con la solicitud de una plegaria: ¿Y los otros, Señor? No tuvo tiempo de expresar su deseo. Él ya no estaba. En aquel momento un rocío abundante humedeció el campo. Los hombres se arrastraban con el rostro pegado a la tierra, extendían las manos, lloraban.[82]

Federman decidió volverse y salir en demanda del Meta por la misma vía que había tomado Espira, pues decía:

—La tierra es ancha y larga.

Al descender la serranía volvieron a encontrar oro. Fue preciso reconstruir el navío para pasar el lago. Entonces determinó Federman que el capitán Diego Martínez siguiese por la cordillera a dar en el valle de Tacarigua. Tinajero fue destinado a esta partida. Federman continuó la vuelta de Coro.

Paisaje de tierras altas. Después de varias jornadas, los de Martínez, agotados por la fiebre y el hambre, permanecían sin levantar el campo. Abandonaban el oro, los bagajes y, a veces, en la alta noche, oían del otro lado del bosque las voces de los soldados que marchaban en partidas diferentes. Veían el resplandor de sus lumbres.

Un día, el capitán Hernando Montero escogió los soldados mejor dispuestos para ir a buscar comida. A las pocas horas de marcha vieron que Tinajero se apoyaba en un árbol y desfallecía. Su agonía fue tan ligera que los otros no tuvieron tiempo de impacientarse. Al quitarle la armadura vieron que llevaba un cilicio en la cintura. Le metieron desnudo en un hoyo cavado por las aguas al pie de un ceibo y lo cubrieron con tierra.[83] Montero volvió después al campamento con alimentos suministrados por unos indios y allí reposaron varios días. Cuando toda la compañía volvió a pasar junto al sitio donde había quedado Martín Tinajero,

sintieron que el campo exhalaba cierta fragancia. Era como si hubiesen derramado aceite de nardo o como si en la soledad del santuario poblada de ángeles el olor de las azucenas se mezclase al de la cera y el incienso.

El cuerpo estaba descubierto y lleno de abejas de las que crían miel.[84] Llegaban nuevos enjambres atraídos por el aroma y alzaban el vuelo a depositar su néctar. Perdíanse en el aire dorado.

Todos se admiraban pensando cómo aquel hombre, que había vivido entre ellos, era un bienaventurado. Y ungidos de este pensamiento prosiguieron la jornada. Iban a la provincia de Carora, en la tierra de los jirajaras. Decían que allí había oro.[85]

20 de mayo de 1927

EL REY BAYAMO
(Relato de mediodía)

En el rostro de ébano el gorro flexible y puntiagudo era un penacho flamígero cuya visión persistía largo tiempo. Montaba Bayamo[86] un hermoso caballo moro con arneses de plata lo mismo que la empuñadura del sable.[87]

—¡Ahí va el rey! —afirmaban las negras al verle desde los patios mitad huertas, mitad jardines que daban sombra a las casas. Los amos reían a carcajadas de aquella pretendida soberanía que tanto orgullo despertaba en sus esclavos, pero ninguno osaba ir al encuentro del caudillo y echárselo en cara.

—¡Es un rey como cualquier otro! —argüían indignadas. Los blancos las seguían codiciosos y cuando desfilaban por el poblado, y bajo las higueras y emparrados eran sus bocas como granadas abiertas.

Bayamo aseguraba que había nacido rey.[88]

Dos gobernadores se habían visto obligados a pactar con él treguas y otros negocios. Entraba libremente a la ciudad escoltado por su guardia negra. Aquel caballo era trofeo de guerra y Bayamo lo amaba casi tanto como a sus mujeres. Varias expediciones habían retrocedido ante su denuedo, astucia y osadía. Otras quedaron exterminadas. La guerra duraba hacía varios años. Diariamente algún esclavo se fugaba al campamento de los rebeldes, y en las ciudades pensaban con razón que llegaría el momento de hallarse sin tener quien les laborase el oro y las tierras. Los negros eran sobradamente desvergonzados y malvados en su pretensión de

vivir libres, cuando ellos los habían comprado a buen precio, con su dinero.

El fuerte de Bayamo estaba en una alta loma rodeada de fosos, sierras, bosques, pantanos y ciénagas. A la espalda de la loma estaban sus estancias con tierras bien labradas, abundantes en frutos y pastos. Dos caminos muy angostos y recogidos conducían del fuerte a los cortijos, y en lugares inaccesibles guardaban sus hijos y mujeres. Aros de carey, aros de plata, aros de oro. Eran indias robadas en los asaltos y negras que había corrido a compartir su suerte. Tenían armas, bestias y oro quitado a los blancos en guerra abierta y tenaz.

Sin embargo, la última tregua estaba rota. Partidas bien armadas comenzaban a penetrar en los bosques desconocidos. Bayamo adiestraba a los suyos en largas marchas, carreras y saltos. Su gorro alto y rojo se hundía en la mancha negra y verde de los valles y atajos y parecía una tea con cuya proximidad las selvas iban a consumirse abrasadas. Los escuadrones evolucionaban ligeros, por una táctica especial que consistía en dispersarse para fatigar al enemigo, llamando su atención a todas partes, y después caer juntos sobre los que llegaban a encontrarse aislados en los vaivenes de la lucha. Atacaban en medio de la lluvia, pues entonces los arcabuces no hacían fuego, armados de lanzas y arrojando su flechería. Los blancos salían a su encuentro con espadas y rodelas gritando: ¡Santiago! Pero los negros saltaban veloces, imitando aquel grito talismánico, con rostros de burlas,[89] y eran sombras escurridizas en medio de los bosques. Llegaron a las puertas mismas de la ciudad, a la hora de mediodía, cuando los amos se hallaban recogidos a la sombra de sus huertos y corredores. Sonaron las campanas, y el terror y el alboroto se esparcieron dentro de los muros, pues ya creían la ciudad en poder de los negros. Muchos se fugaron aquel día. En medio del combate podían oír los gritos jubilosos y las amenazas de los libertados.

Caían sobre las recuas que iban de una parte a otra, de Nombre de Dios a Panamá, y se apoderaban de las mulas, machetes y cuchillos. Desdeñaban los terciopelos, damascos y sedas por inútiles, y después de dispersarlos, dejaban seguir a los arrieros. Se les ocurrió a veces, en el ardor de la victoria, matar a estos y extender sus cuerpos en el camino. Los capitanes lo impedían. Bayamo daba orden de ser clementes y castigaba

severamente a los autores de cualquier exceso.[90] Lo que más indignaba a los blancos era verlos tan impávidos en recibir las acometidas. Esto les parecía el colmo de la insolencia. Emboscados en los arcabucos, temblando de cólera, los sentían acercarse veloces y astutos y con el mismo ímpetu se les salían de las manos. Los blancos no osaban aventurarse en las selvas fragosas, oscuras. Creían ver negros rebeldes en todas partes. En los bosques parecía arder un inmenso carbunclo y el menor ruido, un movimiento de hojas, les sobresaltaba.[91]

De la loma descendían las partidas en direcciones diversas. Cierta noche un grupo de los más valerosos se deslizaba silencioso hacia Nombre de Dios. La luna alumbraba un cielo de pesadilla y a esa luz turbia vieron seis negros balanceándose en sus horcas. Los guardas al sentirlos dieron la señal de alarma. Corrieron las vecinas en tumulto y se trabó un largo combate. Vencidos por el número los negros se retiraron dejando prisioneros y muertos. Embriagados de furor caminaron toda la noche por los bosques inmóviles, humedecidos de aquella luz pálida. Al amanecer se hallaron en un campamento donde se veían lanzas, espadas y arcabuces. Los españoles apenas tuvieron tiempo de tomar las armas al despertar y verlos esparcidos en su real. Los negros heridos, maltrechos, comenzaron a retirarse desangrándose por el camino. De pronto los españoles se vieron cercados. Los esclavos habían tomado todas las salidas. Así estuvieron inmóviles durante una semana sin soltar las armas. Se alimentaban de plátanos verdes y cogollos de palma. Una densa bruma envolvía los bosques, las colinas, el valle ondulante. Caía la lluvia eternamente. Ya pensaban en morir allí extenuados y miserables cuando otra partida de blancos vino en su auxilio. Cayeron sobre los negros, por la espalda.

***

Un esclavo fugado en esos días refirió a Bayamo el suplicio de los prisioneros en Nombre de Dios. Nada valieron las reclamaciones de los amos. El teniente del rey ordenó fuesen ajusticiados por escarmiento. Los pusieron en unas colleras de hierro atados del rollo erigido en la plaza a una ventana próxima, con sendas cañas en las manos. Soltaron entonces unos mastines que

comenzaron a despedazarlos, y como enloquecidos de rabia y de dolor trataban de defenderse con las cañas, se avivaba el furor de los perros.[92] Aún vivos, desollados, los negros fueron arrastrados a las horcas. Tomarían venganza después de muertos, anunciaban. Traerían de Guinea muchedumbre de enemigos para destruir a los blancos y pasarlos a cuchillo. Y era de ver la aflicción de los amos. Más bien podían venderlos muy lejos y recobrar su valor pagado en buen oro.

Al mismo tiempo llegó a conocimiento de Bayamo que una fuerte expedición dirigida por un general siempre afortunado y de gran experiencia marchaba contra él. Su actividad entonces fue prodigiosa. Él mismo derribaba enormes troncos para levantar reductos; hacía cavar en el camino hoyos profundos disimulados con hierbas, estudiaba el terreno, cubría los atajos de estacadas. Noche y día se trabajaba en el campamento. Distribuyó Bayamo entre los suyos un arsenal de pequeñas lanzas, cuchillos y flechería y a toda hora deslizaba en los oídos de su gente una palabra maravillosa. Se la hacía repetir y anunciar por los lugares que le estaban sujetos. Al oírla los ojos de los negros brillaban como si viesen oro reluciente. Sus corazones se inflamaban. Libertad.

Cierta madrugada al volver de su inspección, Bayamo se quedó dormido a la entrada del palenque, sobre unas ruanas. Estaba en una sala de ricos mosaicos en medio de la cual surgía una fuente. Y el agua caía con rumor encantado en el estanque cubierto de astromelias. Él estaba sentado cerca de los bordes y una mujer blanca danzaba desnuda, y danzaba para él. Mujeres blancas apenas había conocido una, su primera dueña, a quien recordaba con gratitud. Ella había sido su iniciadora durante las siestas largas de un campamento, en el laboreo de minas. Y Bayamo despertó con una floja molicie en el cuerpo.

Reavivó su brío cuando vio abajo, frente a su loma, una especie de masa acerada de la cual se escapaba cierta vibración sorda, terrible. Los blancos habían llegado. Una idea surgió vivaz, iluminadora, en la mente de Bayamo. En un momento concibió todo su plan. La presa era segura. Se verían bloqueados. Languidecerían en largos días sin poder emplear las armas. Ellos, en cambio, tenían comunicación con sus estancias, salidas secretas. Podrían resistir mucho tiempo. Si intentaban acometer la loma sería fácil destruirlos desde arriba con enormes piedras ya

dispuestas en montones y los verían precipitarse en los abismos circundantes. Si se dejaban atraer a las serranías perecerían extraviados y cuando ya comenzaran a debilitarse empezarían a exterminarlos. Tomaría vivo al general para humillación del enemigo y conseguir un buen rescate. Pero con gran sorpresa vieron que un negro salía del campamento y comenzaba a trepar la cuesta. Reconocieron a uno de los suyos prisionero en el frustrado ataque a Nombre de Dios. Introducido a presencia de Bayamo, declaró que el general Pedro de Orsúa venía a tratar de paz y le rogaba fuese a su tienda, en lo que estaría él, Orsúa, muy honrado.

En vano los principales negros trataron de disuadir a Bayamo, aconsejándole se cuidase bien de la perfidia de los blancos, la cual pintaban con los más vivos colores. Lo prudente era acabar con ellos de una vez ya que habían tenido la temeridad de acercarse. Recordaron el suplicio de los suyos en Nombre de Dios, los ultrajes infinitos de ellos recibidos y la ocasión única que se ofrecía para castigarlos definitivamente.

Bayamo sentíase inclinado por un secreto instinto. Al oír en boca del parlamentario la palabra convenio tomó su determinación. Le gustaba demostrar sus cualidades de negociador hábil tanto como las de soldado. Un rey debía ser a la vez lo uno y lo otro. Contaba con su influencia personal de la cual había sacado anteriormente tan importantes ventajas y de antemano gozaba en la gloria de un éxito que iba a concluir la guerra sin derramar sangre. Además, pensaba, el intento de tratar implicaba ya un reconocimiento.

Vestido de una túnica blanca y corta, la mano en la empuñadura del sable, cubierto del turbante rojo y seguido de una fuerte escolta, Bayamo penetró en el campamento de los blancos, y vio que un joven de gentil presencia, ceñida la espada, se adelantaba sonriendo a recibirle y le besaba las manos.

Mientras los suyos y los blancos fraternizaban, el rey y el general sentados frente a frente departieron en términos amigos. La luz caía con lentitud en la espesa arquitectura de bosques y el lucero de la tarde brillaba puro con vivo resplandor de plata. Semejantes a esa luz las palabras del general ejercían un secreto encanto. Orsúa lo trataba de excelencia. Había ido en son de paz a celebrar un tratado para que las dos repúblicas pudiesen vivir en adelante sin menoscabo una de otra y practicar comercio, base de

la prosperidad de todos. Así se lo encarecían el gobernador don Álvaro de Sosa y los más ricos mercaderes de Panamá. Bayamo se manifestó conforme. En un momento se dio cuenta de que el campamento de los blancos estaba abastecido con abundancia. Devolvió al general sus frases de amistad y exigió para sus soldados prerrogativas y dádivas. Accedió Orsúa manifestando visible satisfacción y con el más gracioso ademán le obsequió un capote de paño verde guarnecido de oro. Por último, el general propuso un convite en señal de amistad y alianza.[93]

Bayamo no durmió aquella noche. Sentíase vencido, humillado e incapaz de librarse de la fascinación de Orsúa. Aquel beso en sus manos y los alegres gestos del general le daban la impresión de un ultraje. Probablemente se burlaban de él. Miradas irónicas le seguían mientras se alejaba.

Muy temprano ordenó a sus soldados construyesen bohíos para alojamiento de los blancos y estos quedaron tan bien instalados que se dieron a descansar de la penosa marcha en la cual habían gastado veinticinco días. En tanto se acercaba la fecha del convite iban juntos de montería, celebraban juegos, saltaban la barra y se embriagaban. De tarde Bayamo descendía del palenque a comer con el general y por más que hizo nunca pudo sorprender el menor detalle capaz de llevar a su ánimo la desconfianza. Los suyos sí continuaban recelando de tanta intimidad. Algunos comenzaban a tomar sus medidas para huir, llegado el caso, y apenas reconocían en su jefe al esforzado caudillo de otro tiempo. Si la rebelión no cundió entonces en el campo de los negros fue por la presencia de los blancos. Creían que Bayamo meditaba el modo de acabar con Orsúa. Era lo más prudente. Pero Bayamo no dio aquella orden.

***

Las mesas estaban dispuestas bajo un ancho cobertizo. Altas luminarias ardían en candelabros de plata labrada en medio de copiosos manjares y picheles de bronce llenos de vinos traídos de Panamá por el maese de campo Francisco Gutiérrez. En los alrededores habían encendido hogueras para mayor aire de fiesta y en previsión de las fieras y sierpes numerosas en el paraje. Los bohíos estaban alumbrados con tizones, y a esa luz, que tan

pronto proyectaba sombras como claridades purpúreas, pasaban los soldados con sus armaduras. Todo lo prevenían en el mayor silencio.

Bayamo con sus esforzados capitanes fue puntual a la cita. Llevaba el capote de paño verde, presente de Orsúa, y ya no tenía el gorro color de sangre, parecido a un penacho flamígero.

El general reía alegremente como siempre. Nunca había estado más alegre. Al dirigirse a Bayamo empleaba la más noble cortesía. En cambio, el rey apenas habló en el banquete, ni probó el vino.

Todos notaban su semblante adusto. Unos soldados escanciaban vino en torno de la mesa. Los esclavos se veían unos a otros, en silencio, y Orsúa se disculpaba de que sus medios no le permitiesen ofrecer nada mejor a tales huéspedes. Algunos comenzaban a sentir vértigos. El vino tenía un sabor amargo. Al fin Orsúa se levantó manifestando el deseo de ofrecerles algún recuerdo de esa memorable noche. En aquel momento una ráfaga apagó varias bujías. Un silbido casi furtivo recorrió el campo e hizo ladrar a unos perros. Uno a uno pasaban a la recámara donde les entregaban camisas, bonetes, ruanas, y al despedirles, por muestra de mayor amistad, les ofrecían una taza de vino que bebían ávidamente. Y de pronto un grito terrible hizo saltar a Bayamo y a los tres o cuatro que con él quedaban. Y aquel grito era repetido por mil ecos furiosos que llevaban su agonía a través de la noche.

—¡Traición! ¡Traición! Y Bayamo vio cómo uno de los suyos caía atravesado por una daga. Él estaba rodeado de hombres armados hasta los dientes. Entonces Orsúa, con la misma sonrisa y cortesía, le descargó su diestra en la espalda. Los soldados trepaban corriendo la cuesta por donde subían los negros trabajosamente, tambaleándose, y al pasar les hundían la espada hasta la cruz.

Los cuerpos rebotaban y se desprendían cerro abajo. Otros yacían en tierra, en medio de atroces dolores, o trataban de subir a gatas, gimiendo horriblemente. A estos remataban a cuchilladas, y eran sus cuerpos como cueros vacíos. Proferían palabras ininteligibles, feroces, y quedaban con los ojos muy abiertos. Y la congoja de tales gritos solo hallaba su imagen en las hogueras que ardían abajo, ante el campamento de Orsúa. Los que habían permanecido en el palenque al sentir el tumulto, cogieron las

armas defendiéndose en la fuga. Los ríos estaban crecidos, y ellos, asidos de la mano, arrostraban las furiosas corrientes y ganaban las selvas.

La misma noche Orsúa subió al palenque acompañado de Bayamo, a quien hacía presente las inconstancias de la fortuna. Impasible, con los pies y las manos esposados, Bayamo contemplaba el estrago de su campamento. Allí reposaron unos días, al cabo de los cuales, Bayamo vio otra vez al general que se inclinaba para proponerle nueva negociación, siempre con grandes cautelas. Le pedía diese orden a los fugitivos de juntarse para regresar con él a Nombre de Dios. Les cederían una zona donde poder vivir libremente, a condición de que todo negro, en caso de fuga, sería entregado a sus amos en el espacio de tres días. Bayamo consultó a los demás prisioneros, pero ellos le contestaban airados:

—¡Ahora es tiempo de morir! ¡Tú nos has vendido!

Sin embargo Bayamo envió mensajeros por los montes ordenando a sus vasallos se juntasen a él y así muchos ya extenuados o menos prevenidos obedecieron. Otros no quisieron oír más razones y prefirieron las selvas. Entonces Orsúa hizo quitar los hierros a Bayamo, y con los prisioneros y el botín emprendieron el regreso.

El general marchaba delante llevando a Bayamo por trofeo principal de su victoria. Ni en sus guerras contra los indios musos, ni al fundar la ciudad de Tudela de Navarra, ni en sus contiendas en el nuevo reino, mostró más orgullo. Iban detrás las mujeres, los niños, los cautivos rodeados de arcabuceros, las mulas con las mercaderías, armas y víveres de los rebeldes. Las campanas echadas a vuelo cubrían las aclamaciones al general Pedro de Orsúa. Esa noche, y las siguientes, las casas se iluminaron, y los vecinos ricos, el gobernador que se hallaba entonces en Nombre de Dios, recompensaron a Orsúa con grandes dádivas en dinero por haberles quitado aquel terrible miedo de encima. Todos sin embargo querían ver al rey cautivo, quien los miraba como león preso entre zorras. Los negros fueron llevados a diversos puntos para ser vendidos muy lejos, donde nunca más se viesen, y Orsúa, que se dirigía al Perú, determinó llevarse a Bayamo para ofrecerlo como un presente al virrey.[94]

***

Don Andrés Hurtado de Mendoza,[95] marqués de Cañete y virrey del Perú, era hombre de ingenio, manirroto, amigo de fiestas y aventuras galantes. Para distraer su ocio y en el deseo de dar brillo a su corte, discurría sin cesar motivos donde ostentar su espíritu desenfadado. Así no dejó de recibir alegremente a Bayamo. Lo hizo alojar en su palacio y ordenó le diesen tratamiento de rey. Bayamo era servido espléndidamente. La ceremonia de su presentación requirió los más arduos preparativos. Maestresalas, escuderos, joyeros, sastres, zapateros, mayordomos, maestros de ceremonia trabajaron durante quince días. El virrey llevaba la dirección del asunto y se informaba a menudo de Bayamo. Este recibía los cumplimientos como hombre a quien eran debidos. Mostraba ser muy discreto, nunca pedía nada y al mismo tiempo su docilidad en prestarse a las exigencias de tantos personajes era muy digna de alabarse.

Bayamo hizo su entrada en medio de una multitud brillante, bien distinta de la que sus ojos de vencido habían contemplado en Nombre de Dios. Un ujier le anunció en la puerta y un paje dio su nombre al virrey sonriente, rodeado de hermosas damas. Los espejos multiplicaban la figura de Bayamo en las ricas estancias doradas. Llevaba plumas celestes, granates y áureas sujetas por una delgadísima hoja de oro, un manto blanco, sandalias de piel de tigre lo mismo que el cinturón, y alfanje sobredorado. Una gruesa cadena de oro doblada en forma de anillo pendía de su oreja izquierda y en el pecho ostentaba un collar también de oro con leones, arcos y haces de flechas. Las damas le hicieron la reverencia, le siguieron por galerías y jardines donde se oían violas y flautas. Su perfil de ébano sobresalía en medio de la ola de encajes y blondas con descuidada melancolía.

—¡Admirable! ¡Un príncipe etíope![96]

Sus proezas, el palenque y el caballo moro quitado a los blancos, sus mujeres, los menores detalles de su vida, corrían de boca en boca, y él sentía su capa constelada de miradas curiosas, lánguidas. Por la imaginación femenina pasaba un tropel de negros guerreros que se bebían el viento en las tierras ardorosas, allá en África. Reposaban en medio de ruinas o bajo algún aduar tomando al asalto. Arrebataban las mujeres que llevaban a la grupa. Los velos, los mantos, los caballos, las armas formaban una sola masa oscura, brillante y el alma de aquel tropel se alargaba en

forma de nube inmensa. A veces miles de hombres se batían por un rapto. Sus cráneos blanqueados al sol formaban pirámides en el desierto y los amantes vencidos bebían vino emponzoñado en copas de oro, a la vista del enemigo. Sin duda el virrey era hombre de ingenio amable. Por los jardines y galerías, por las cámaras cubiertas de espejos, de tapicerías flamencas, trofeos y escudos de armas sobre las cuales vertían su luz los candelabros de plata y lámparas venecianas, pasaba un murmullo lisonjero. Unos pajes ofrecieron a Bayamo dos llaves doradas sobre un almohadón escarlata mientras otros le escanciaban vino. Pero Bayamo no bebía.

El rey negro se puso de moda. Se ostentaron peinados, aretes, vestidos Bayamo. Salieron a relucir mesas, escabeles, vargueños, cofres de ébano. Un pintor hizo su retrato para ser enviado a España. La condesa de Bello Monte en quien la murmuración señalaba los amores del virrey lució los colores rojo y blanco adoptados por Bayamo, y el marqués de Cañete, feliz de satisfacer un capricho de la bella condesa, se lo envió un día con dos maravillosas esmeraldas. La condesa se hallaba entonces en una de sus quintas, en el campo.

A los dos días de hallarse en su nueva morada un criado rubicundo y gordísimo con librea verde lo introdujo en una vasta sala de altas celosías. A medida que avanzaba Bayamo creía reconocer aquel sitio. Era el mismo visto en sueños la noche antes de avistarse con Orsúa. Las paredes eran de azulejos como el estanque abierto a nivel del piso. Y al fondo, en un lecho de vicuñas se incorporaba una mujer. Exhalaba el mismo aliento de ciertas flores de las selvas que abren en la media noche. Recorrió con la boca aquel cuerpo cuya vida parecía concentrarse en el estremecimiento gemelo de sus senos. Vivieron días de locura, sumergidos en un mar de delicias. Un día ella hizo esparcir rosas en la fuente y emergía desnuda en el agua con la gracia de un albor. A veces rehuía sus caricias hasta enfurecerlo. Él la oprimía entre sus músculos de acero, la suspendía en alto hasta arrojarla sobre el lecho, violándola. Pero Bayamo sentíase envilecido.[97] Mientras reposaba en almohadones de seda, recordaba su palenque, palacio y reducto a un tiempo. Veía los bosques y las labranzas oreadas por el viento del mar. Abajo resplandecían las ciénagas. Él era el caudillo de sus hermanos, y allá en la ciudad su

nombre hacía temblar los corazones de miedo y de ira. Una frase le penetraba continuamente con el dolor de una puñalada: «Tú nos has vendido». Si lo viesen ahora, ya no les cabría duda. Sus manos se crispaban en los almohadones. Sin duda era preferible morir. Sus miradas brillantes de rencor, lujuria y celos acariciaban los contornos del cuerpo insaciable, entre las rubias vicuñas. Ella seguía sus movimientos con los párpados entornados. Sus ojos eran como dos medias lunas en una noche de enero. Entonces le llamaba y él se arrojaba ciego a sus brazos.

Una tarde, mientras así reposaban, oyeron pasos precipitados. Bayamo apenas tuvo tiempo de ocultarse bajo las sedosas pieles, a tiempo que el virrey entraba.

—¿Y Bayamo? —preguntó con indiferencia—. Me han dicho que pasas días enteros con él.

La condesa de Bello Monte se había levantado a prisa y esparcía toda su gracia húmeda de voluptuosidad.

—¿Es la primera palabra para Bayamo?

Entonces el virrey se dio cuenta de que un velo cubría apenas el espléndido busto.

—¡Ah, perdón señora! —y aquella visión le produjo tal encanto que a los labios se le vinieron los versos del poeta guerrero y cortesano:

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.[98]

—¡Lisonjero! —dijo ella riendo dándole con el abanico y tomando su brazo—. Pues Bayamo me tiene hastiada. Le hice venir varias tardes para divertirme, pero solo sirve para soldado en sus guerras de negros.

—Lo enviaré a España, querida.

Y el marqués como hombre galante cumplió su palabra.

—Bayamo —decía— es como el ajenuz.

Gracias a las disposiciones del marqués de Cañete, Bayamo fue a vivir a Sevilla, sostenido por el real tesoro. Pero una noche, día de la Circuncisión del Señor tuvo otro sueño que le llenó de alegría por parecerle que también habría de cumplirse. Vio a Orsúa ultimado a cuchilladas por sus mismos tenientes, en las

selvas, mientras efectuaba su jornada del Dorado. Lo vio tendido en el suelo, muy pálido, mientras seis negros cavaban a prisa una fosa.[99] Y las manos de los negros y sus labios eran como llamas en la oscuridad de la tierra. La noche antes, por todo el campo habían escuchado una voz siniestra: «¡Pedro de Orsúa, gobernador de Omegua y del Dorado, Dios te perdone! ».[100]

Con todo Bayamo languideció de tristeza. Las acusaciones de sus tenientes le perseguían a través del tiempo y en los últimos meses no se le oyó pronunciar palabra.

El albergue donde vivió en Sevilla llevó por muchos años en su muestra el nombre del rey Bayamo.

Panamá, agosto de 1929

DON PABLOS...
(Relato de la vida picaresca)

Refiere el célebre don Pablos en la novela de Quevedo, que después de sus aventuras en Toledo y en Sevilla determinó pasar a las Indias para ver si mejoraba de suerte. Le acompañaba la honorable señora Grajales.[101]

«Y fuéme peor, dice al final de su relato don Pablos, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres». Descubrimientos posteriores indican la falsedad de esta confesión. O Quevedo ignoró el verdadero destino del personaje o celoso de las prerrogativas de la virtud prefirió engañar a la posteridad.

Desde el principio la ventura se mostró propicia a don Pablos. Dijo llamarse don Ramiro de Guzmán, señor de Valcerrado y Vellorete,[102] títulos estos que ya había usado en otro tiempo, cuando era rival del caballero portugués Vasco de Meneses en el amor de doña Berenguela de Rebolledo.[103] Sus truculentos relatos, en los cuales salía siempre el de su mayorazgo hipotecado, su altanería y orgullo con grandes y pequeños, le dieron pronto crédito.

Se holgaron los colonos de tan noble huésped. Fue regidor, le eligieron alcalde, diéronle tierras y una encomienda numerosa. Las esclavas recibieron sumisas las caricias del hidalgo. Eran idilios breves de señor caprichoso. Transcurrían en el campo, a la hora del bochorno, o a una señal en su cámara cubierta de armas y trofeos de caza.

Don Pablos cobraba con largueza en sus vasallos las afrentas de su vida pasada. Después le era fácil, cuando el gobernador visitaba la encomienda, obtener informes favorables bajo pena de azotes y de la misma vida. Los varones, que a pesar de los beneficios de la civilización echaban de menos la libertad, labraban tierras inmensas, ricas, vírgenes; talaban las selvas; abrían caminos o sucumbían en el fondo de las minas. Las mujeres tejían lindos mantos, sombreros y esteras; compartían el lecho del señor y amamantaban a los hijos.

El respeto que le profesaban los vecinos de la naciente ciudad, su fortuna y el cielo azul en el cual pintaban las palmeras sus mil ventalles esplendorosos, le consolaban de la patria lejana. Asistía a las tertulias del gobernador. Oían su consejo. Tenía fama de piadoso, agudo y valiente. Allá se iba con la vara de plata, luciendo su morada ropilla en las ceremonias. Los muros de su casa coronados por las armas de Valcerrado y Vellorete tenían doscientos metros de largo. Había en ella boscajes, jardines, huertas, lugares placenteros para la hora de la siesta, arcadas extensas como claustros y estancias alcatifadas. El agua de las cañadas y surtidores en estanques de piedra y rojos ladrillos daban al silencio ecos leves, suaves notas de ensueño. Veinte esclavos negros le servían mientras la muchedumbre vil trabajaba bajo el látigo de los capataces o aullaba en los sótanos, cerca de los tesoros.

El ataque de una tribu a la recién fundada villa, puesta bajo la advocación del apóstol Santiago, presenta al conde Valcerrado ocasión de mostrar su bravura. Contribuye a la defensa con indios y caballos y él mismo, en una salida, bate a los rebeldes que se entregan con sus hijos y mujeres. El rey tuvo conocimiento de esta victoria en Valladolid, y deseoso de honrar a su leal vasallo, le confirmó en la encomienda y le concedió nuevas gracias y preeminencias por medio de su consejo.[104] Entre otras el hábito de Calatrava.[105]

Sin embargo, a veces don Pablos se fastidia de la opulencia y echa de menos su vida pasada. Los primeros años en Segovia con el cuarto de su madre lleno de amuletos donde le obligaban a refugiarse las iras de su padre el barbero, muerto como se sabe, en el cadalso. Era su madre doña Alonsa Saturno de Rebollo de Pablos, hija de Antonio Rebollo Codillo y nieta de Lépido Ziuraconte. Venía más tarde su permanencia en casa del clérigo cerbatana, el

licenciado Cabra, al servicio de don Diego de Zúñiga. De modo confuso se sucedían sus malandanzas y hazañas en Alcalá de Henares; sus bellaquerías innumerables; aquellas escenas en las ventas, en los caminos, con rufianes, hidalgos y poetas; su llegada a la corte después de recoger el patrimonio de manos de su tío don Alonso Ramplón, que ejercía en Segovia el oficio de verdugo; su memorable entrada en la muy noble cofradía de los caballeros del «remiendo y de la sopa»; su ingreso en la cárcel con todo el colegio buscón; su liberación en fin ganada a fuerza de astucia, donaires y ducados.[106]

Revivía ese pasado en un balcón de su casa como un patriarca cuando contemplaba el cielo estrellado, a la puerta de su tienda, bajo alguna encina venerable. Don Pablos suspira. Cerca, un esclavo espera. El señor no llama aquella noche a ninguna mujer. En la callejuela desierta, sombreada de aleros, se filtra la luz de las hornacinas. La luna traspasa las celosías y baña los altos paredones. De los huertos se exhala un olor acre que penetra en los tugurios y en las amplias cámaras perfumadas de sándalo. Y todos olvidan…

Don Pablos o don Ramiro se recoge en su gigantesco lecho, doselado de terciopelo azul con ramazones de oro, y no puede dormir. Piensa que era amable la estrechez pasada, cuando se fingía mendigo y repetía con voz lastimera la oración del Justo Juez.

Un día oyó cierta voz dolorida que le trajo a la memoria el tiempo pasado: «Un aire corrupto, en hora menguada, trabajando en una viña me trabó mis miembros, que me vi sano y bueno, como se ven y se vean». Hallóse ante don Toribio Rodríguez de Vallejo Ampuero y Jordán, su introductor en casa de la vieja Lebrusca. Don Toribio refiere sus aventuras, sus trabajos; cómo cumplida su condena viene a las Indias a restaurar sus blasones. La alegría de don Pablos es grande. La ternura de ambos por volverse a ver lejos de la juventud y de España desborda en sus palabras. Gracias a una recomendación de don Pablos encuentra don Toribio un destino en las oficinas de la contaduría real. Por la noche recuerdan los bellos tiempos pasados: fechorías, ilusiones, desengaños. Y hablan de su nobleza, de sus probanzas y ejecutorias. A ratos las risas de los señores interrumpen el silencio de la casona: son las historias picarescas referidas a media voz, ante el chocolate servido con buenos panecillos untados de grasa.

—Pues ¿y la señora Grajales? —inquiere don Toribio.

Y don Ramiro, después de un sorbo, refiere que la despidió al llegar y ella se alejó sin resentimiento con una expedición que salía para el Perú. Noticias de ella no tuvo más.

—Acaso sea marquesa —exclamó riendo.

Y callan. Se miran con recelo. Don Pablos comprende entonces que su compañero de hampa también ha variado y que el pasado está definitivamente muerto. Mejor sería desembarazarse del importuno.

—¿Y aquel don Lorenzo Íñiguez del Pedroso? —dice de pronto don Ramiro, con interés aparente.

—Yo lo dejé en Sevilla. Supe después que estaba en galeras. Le indultaron y creo que también se halla en las Indias.

Cierta mañana don Toribio desaparece después de robar la contaduría y don Ramiro se muestra inquieto temiendo las complicaciones de un proceso. Si el bellaco le hubiera consultado no habría dejado de facilitarle la fuga con sus consejos y experiencia.[107] Pero los días pasaron y la calma renació en su espíritu. De don Toribio se supo que había muerto ahogado al pasar un río.[108]

Estaba ya viejo don Pablos y sabía que nunca volvería a España. Para distraer su ánimo melancólico se desposó con doña Blanca de la Selva y Peña Negra, perteneciente a uno de los más ilustres linajes de la ciudad. Era doña Blanca de gran belleza, pero marido y mujer no se avenían. Don Pablos vino a estar celoso. La juventud de doña Blanca le hacía sufrir. Padecía lo indecible al observar la actitud de los caballeros cuando ella salía del templo seguida de sus esclavas. Entonces, al hallarse solos, la injuriaba. Túvola al fin por cautiva y apenas le dejaba recibir a su confesor, un fraile muy anciano.

Pasaron otros años. El carácter de don Pablos fue empeorando. Se entretenía en azotar a los esclavos. Decían que doña Blanca era una mártir. En la ciudad florecía la fama de su piedad y hermosura. Don Pablos tenía accesos de terror. Llevaba encima reliquias y era más avaro que nunca de sus caudales. Tenía muchas perlas, esmeraldas y otras piedras preciosas. En sus cavas envejecían alegres vinos de España y él pasaba el tiempo en contemplar sus tesoros.

Un día le hallaron muerto en su lecho. Dejaba don Pablos una gran fortuna, considerables legados a varias órdenes religiosas y a las fábricas de los templos donde en muchos días se le dedicaron sufragios. Su cuerpo fue sepultado en una capilla del convento de dominicos.

Caracas, enero de 1923

Nota de 1923. El señorío de Valcerrado y Vellorete se perpetuó en América, pues don Pablos dejó un hijo que, andando el tiempo, pasó a la corte a ostentar sus riquezas y a solicitar ayuda en favor de un litigio que por la posesión de unas leguas de tierra tenía pendiente con otro prócer.

Proclamada la República los Vellorete se dedicaron a las profesiones liberales y a la política. Fueron médicos, cónsules y abogados. El último vástago, si carece de fortuna, es poeta,[109] canta las grandezas pasadas y lleva grabadas en un anillo las armas de su raza gloriosa.[110]

Nota de 1928. De cuantos individuos pasaron a las Indias en los navíos de España don Pablos es uno de los más dignos de estudio. Su figura descuella entre las turbas de hidalgos y las de héroes y santos que hollaron los caminos del nuevo mundo. A menudo la voz de estos últimos se perdió entre las ruines burlas del buscón, y su influencia dejó raíces tan profundas, que ya el árbol del linaje de Pablos cubre el inmenso trópico.

El reverso de don Quijote no es probablemente Sancho.[111] Es más bien Pablillos, empresario de la señora Grajales. Tal es el caudal de ideas y acciones nacidas al parecer en el alma del hijo de Clemente Pablos, «de muy buena cepa», que es ya bastante difícil distinguir. Ahí precisamente estriba el arte supremo de esta flor de la busconería andante.

Hoy, en América, don Pablos es tan criollo o español como italiano, alemán, francés o ruso. Se le encuentra en cada ciudad en actividades distintas pero orientadas siempre hacia el mismo ideal. Las generaciones no deben olvidar a ese gran tipo cuya socarrona astucia nutre el corazón de medio mundo.[112]

[III]
SERVICIO DE AGUAS (5-7-4-7)

El servicio de aguas de Caracas ha sido hasta hoy bastante original. En verano no hay agua. En invierno, con las crecientes, es preciso botar el agua que llega a los estanques. Y tampoco hay agua. Cierto es que Caracas no es la única capital americana que carece de agua suficiente. Bogotá, por ejemplo, según noticias publicadas no ha mucho, le compite con ventaja. Pero con las enormes cantidades invertidas desde el siglo pasado en tentativas para dotar de agua suficiente a Caracas, podría tener esta uno de los mejores acueductos de la América del Sur, si no del mundo. En años anteriores casi toda la contribución del vecindario caraqueño por servicio de agua se distribuía en pensiones a potentados y amigos, y se dejaba una suma insignificante para el pago de un personal reducido al extremo y con salarios irrisorios. La misma distribución de aguas estaba de acuerdo con este sistema de privilegios. Muchas casas de acaudalados políticos de este siglo y del otro tenían o tienen sus casas conectadas con el tubo matriz. No reza, pues, con ellos el exiguo servicio del verano o del invierno. Pensiones, servicio de automóviles. Exoneraciones. Sequía para unos. Para otros, agua en abundancia.

El siguiente relato «Servicio de Aguas (5-7-4-7)» forma parte de las notas manuscritas Hernando [César] Romero, empleado que fue del servicio de aguas de Caracas. Fueron escritas en los años 1934 y 1935, época triste en la cual la vida parecía haber adquirido una inmovilidad sin esperanza. Como se anuncia, en vista de los trabajos del nuevo acueducto que este será el último

año en que Caracas experimente los efectos de la sequía –si no ocurren otros derrumbes, sería preciso añadir–, ofrezco una parte de dichas notas. De otro modo perderían toda actualidad. Este fragmento que he resumido para los lectores del verano de 1946 refiérese especialmente a los reclamos del servicio.[113]

E.B.N.[114]

SERVICIO DE AGUAS (5-7-4-7)

Yo desearía escribir las costumbres de los pájaros,
por ejemplo, o la vida de nuestros pueblos, de esos pueblecitos humildes
rodeados de encanto y de misterio. Pero no siempre uno escribe
lo que quiere y cada uno da lo que recibe.
Debo escribir estas impresiones, porque son las únicas que tengo
y porque, tal vez, la vida me ha puesto donde estoy para que las escriba.
No siempre uno es dueño de sus acciones ni de su voluntad.
Escriban otros el lado poético de las cosas.
Halaguen a sus conciudadanos aquellos a quienes estos les han dado
motivo para ello. Cada uno da lo que recibe.
No puedo escribir sino sinceramente.

"Servicio de Aguas"
Relieves[115]

I. El cloro

1934

Abril. Hoy comencé a trabajar en esta oficina. Se me ha designado adjunto al jefe de servicio. Debo atender los reclamos que se hacen por teléfono y anotarlos en una libreta. Algunos conocidos me han felicitado. En estos tiempos de crisis es algo haber conseguido eso –y lo llaman pomposamente un «cargo»–. Se abre, pues, una nueva etapa en mi vida.

Lo primero que he visto es el reglamento. Data de 1899. Creo que en esa época había en Caracas viruela y fiebre amarilla. De entonces acá la ciudad ha crecido aun cuando de un modo desigual y sin un plan determinado. Es más, derribaron la vieja ciudad y elevaron en sus calles estrechas edificios que no son ejemplares de belleza arquitectónica. La antigua ciudad tenía su encanto y no se puede pensar sin emoción en sus fachadas de aleros y en sus nobles patios suprimidos.[116] Me interesa el historial del acueducto. Las grandes ciudades han sido ricas en agua y los grandes pueblos han dejado memoria de grandes acueductos. El primero que se construyó en Caracas fue el de Catuche, para el servicio de conventos y de plazas. El agua era distribuida en cañerías abiertas en las calles. Siglo XVII. Fue obra de un obispo, según he leído, aunque en papeles de tiempos más distantes se encuentran referencias a la caja de agua. Pienso que puede haber algún archivo; pero solo encuentro armarios de acero con talonarios de recibo.

El señor administrador ha traído también de Catuche una lápida grabada en 1833 y conmemorativa de la Caja de Agua mandada a construir por las Rentas Municipales en aquel año. A mediados del siglo XIX se abrió al servicio el acueducto del Calvario. Fue inaugurado por el Ilustre Americano, Guzmán Blanco. Creo que fue en esta ceremonia donde el arzobispo lo comparó a Moisés en un gran discurso. Debo comenzar así para dar realce a este pobre escrito. La gente docta desdeña lo que no se halla bien documentado y he procurado siempre instruirme a fin de poder comunicarme con las personas ilustradas. Estos datos les demostrarán que pueden hallar aquí algunos informes útiles, porque pienso anotar mis observaciones y seguir adelante. Además la historia o la tendencia a escribir historia cuenta con muchísimos adeptos en nuestro país, y si un negro esclavo grabó una lápida junto a un bosque quedarán encantados de saber el nombre del que la mandó a grabar. Yo voy más lejos todavía y pienso que la lágrima derramada por este infeliz esclavo[117] merece recogerse y si posible fuere lustrar con ella algún mármol olvidado.[118] Vivimos encerrados hace tiempo en ese amurallado recinto de nuestra historia. Esto último es frase que he tomado del ilustrado orador doctor Leonidas Cancio M. La historia de una civilización no nos interesa o nos interesa muy poco, y no

falta quien asegure que debemos conformarnos y sentarnos a vivir de ese pasado, porque ya dimos cuanto teníamos que dar. Pero son estos asuntos muy profundos, muy por encima de mis cortas facultades. Sin embargo, confiado en ese espíritu tan elevado del que se ven tantas manifestaciones escribo estas líneas. Tal vez ellas tengan algún día interés para un coleccionador de papeles viejos.

He grabado en el disco el número del teléfono para tenerlo presente: 5-7-4-7. Mucha gente pregunta el número y deseo hacer un servicio eficiente. Como estamos en verano hay escasez de agua y resultan muchos reclamos. Debo decirles, según instrucciones recibidas, que se trata quizás de algún defecto de la tubería. «Mañana –les repito– todo quedará arreglado». Por eso deseo retener bien ese número telefónico que repito de modo incesante. Son casi siempre voces un poco airadas e impacientes de dueñas de casa. Algunos personajes influyentes desean saber mi nombre y reclaman con un tono autoritario y amenazador. Mi nombre les es completamente desconocido. ¿Para qué quieren saberlo? Al fin me veo obligado a decírselos: César Romero. Ellos lo repiten y añaden como una amenaza: «Está bien».

El jefe de servicio también ha sido cambiado. El señor administrador desea una nueva organización y casi todo el personal de oficina es nuevo. El personal es numeroso, pero muy escaso el servicio técnico. Muchos son nuevos en el oficio. Así tenemos, por ejemplo, que el jefe de la planta de cloro, establecida recientemente y vendida por un francés interesado en la clorificación, es completamente profano en la materia, pero habla del percloruro y de la fuerza hidráulica con pasmosa seguridad. Es un hombre flaco, de abundante melena, canosa; ojos pequeños, humildes, y maliciosos, nariz roja lo mismo que sus mejillas y una frente cargada de arrugas. Según me ha referido Mantilla, de quien hablaré después, su pasión es el juego y está abrumado de deudas. El ingeniero jefe no puede hacer un plano porque carece de título. Todos, sin embargo, dan sus órdenes con la mayor precisión y exactitud.

Vienen a la oficina muchos vendedores de joyas. El administrador es un antiguo tratante de prendas. Luce siempre hermosos diamantes y esmeraldas, y como prendedor de corbata un signo de interrogación dibujado en perlas finas. El cajero es un joven de larga quijada, muy acicalado, áspero, barroso, despótico. Es

hijo de un hombre muy influyente y tiene grandes posibilidades de llegar a ser rico. Espera que su padre llegue de un momento a otro a ser ministro. Encima de la taquilla cuelga un letrero: «El personal está completo».

Aquí están los planos de tiempo de Guzmán. ¡Cuán pequeña era la ciudad! En la cima del Calvario el acueducto. El Calvario con sus cabalgatas de hombres de guerra, sus crinolinas, sus discursos, sus sombreros de copa, sus barbas a lo Napoleón III, sus ideas de progreso y sus románticas ilusiones.[119]

Los ríos son Macarao y Catuche. El primero se arrastra largo trecho de Las Adjuntas al Calvario y Matadero. El otro baja de la sierra y cae en un estanque situado a la entrada del antiguo camino de La Guaira. Calvario llama a las 10:00 a.m. y a las 5:00 p.m. Matadero a las 10:00 y a las 5:10. Catuche a las 5:30 y a las 11:30. Es preciso anotar la altura de agua de los estanques:

Calvario	1,20
Matadero	0,60
Catuche	0,32

Calvario tiene una voz gangosa. Matadero, la de un hombre que grita en una riña de gallos. La de Catuche es breve con tono de ordenanza que se cuadra y da su parte. Cada río tiene su canto, su acento, su ritmo propio. Calvario es el antiguo acueducto. Recuerda los discursos guzmaniacos, la época del Septenio. Matadero riega los barrios opulentos, las ricas vegas, el valle verde, con verdor de cañas. Catuche desciende de las vertientes coloniales de Sanchorquiz y Campo Alegre. Borda la antigua vía Caracas-La Guaira. Puerta de Caracas. La Cumbre. La Venta. Torre Quemada.

Vivimos aquí mucha gente de distinta condición y temperamento. Vamos a presentar algunos. El primero es el señor Luis Albano. Tiene veinticinco años de cobrador. Tiene ya nietos. Sus cabellos se han vuelto blancos. Su rostro es fino, alargado. Parece más bien un águila encanecida. Se piensa al verle la cara en todos los afanes que han sido precisos para ir trazando aquellas arrugas menuditas e infinitas y en cuánto ha debido caminar en esos veinticinco años. Pero este hombre no desea nada. Está muy conforme con la parte que le ha tocado. No se le ha ocurrido

pensar nunca que él también ha podido tener un regalo en su vida con el mismo derecho que los otros que se han apoderado de todo y tienen millones y mujeres y autos y casas de recreo. No desea nada. Tiene 65 años. Casi toda su vida ha transcurrido ya. No desea nada. Un hijo suyo está enfermo. Padece de una infartación ganglionar y el señor Albano revela en estos días más cansancio que de ordinario. Pasa muchas noches en vela. El hijo se muere y apenas tiene con qué atenderlo. Es un joven de 25 años y desea ver el campo. El señor Albano refiere con una sonrisa ese antojo de su hijo enfermo. El suscritor que recibe mal al señor Albano cuando va a cobrarle y le mira de arriba abajo, y lo amenaza a veces y lo desdeña al ver su traje usado y sus cabellos blancos, no sabe cuánta pena hay en el corazón del señor Albano.

El otro es el señor Almarán. Usa un vestido negro y un sombrero de anchas alas, también negro. En otro tiempo ganó mucho dinero. Poseía una casa a orillas del mar. Su quinta tenía una alberca para cinco mil litros y el señor Almarán daba fiestas los domingos. Ahora gana 400 bolívares mensuales. Tiene once hijos y además su mujer está enferma. La casa donde viven es muy pequeña y los hijos están anémicos. Almarán crio también un niño que le confiaron desde pequeñito. Ahora es peón en el ministerio de Obras Públicas. Su quinta la vendió en mil bolívares en un apuro de dinero. Su mujer iba a dar a luz y él no tenía con qué comprar medicinas. Su sola alberca le costó mil bolívares. Ahora no posee nada fuera de su numerosa familia, pero es un hombre siempre generoso. Almarán sonríe siempre. El cambio de fortuna no le impresiona. Está muy conforme. Revisa los depósitos interinos de las casas, para ver si reciben más agua de la necesaria. En verano el agua es bastante escasa y muchos suscritores tienen jardines, piscinas y surtidores. El agua está calculada a 150 litros por habitante y a 1.500 litros por cada casa.

Omán Benzuya es un tipo muy jovial y ocurrente. Es un joven de mediana estatura y viste elegantemente, un *clubmen* muy recomendado y nadie al verlo en las pistas sospecha que gana 200 bolívares en la inspección en los depósitos de agua.[120] En otro tiempo fue agregado a una legación y practicó deportes. La primera vez que le vi estaba organizando su cuadrilla de trabajadores y dándole órdenes rápidas y severas. Parecía muy atareado y deseoso de comprobar sus dotes de mando, erguido como un

maestro de ceremonias. Pero a medida que han pasado los días se ha vuelto más accesible y en cierto modo parece menos activo. A veces cuando llega por la tarde refiere las impresiones de sus visitas de inspección. A veces Benzuya acompaña al señor Almarán. Esta tarea de revisar casas en barrios opulentos le es doblemente penosa. Teme encontrarse con algún conocido. A veces se indigna porque le hacen pasar por la escalera de servicio. A veces hace comentarios humorísticos. Se admiró mucho de que una señora anciana gastara diariamente un caballo de fuerza eléctrica en un ascensor para que le llevaran el desayuno en una bandeja de plata.

En el último cuarto de la casa está Pedro Mancilla, el jefe de almacén o depósito de materiales. Otra de las figuras dramáticas de la casa. ¿Puede el lector imaginarse a un esqueleto hablando por teléfono? No tiene sino que ver a Mantilla. Lleva un traje azul oscuro, unos grandes anteojos con marco de oro. Sus encías con un solo diente. Es un sujeto excelente. No se encoleriza nunca. Su último hijo tiene apenas seis meses de nacido. Su único vicio es comer papelón a hurtadillas, el oído atento a los pasos del Señor Administrador. Todas las impaciencias mueren ante él. Ríe. Enseña su único diente. Podría estudiarse el sistema arterial a través de su piel. Pero con todo, su rostro tiene una amabilidad, una malicia, una movilidad extraordinaria. A poco que se le observe que su temor es una máscara y aun se llega a pensar que aquella cara de Mantilla está hecha exclusivamente para ir a la oficina, y luego la arroja y aparece en su verdadera fisionomía, el verdadero Mantilla.

Hay también un general en reserva, veterano de las últimas guerras civiles. Narra anécdotas de las campañas. Es un hombre alto, fornido, de piel oscura. Anda lentamente. Parece que a un hombre así no se le puede mandar. El señor administrador lo mira con disgusto. Es, sin duda, un huésped incómodo. Yo lo veo pasearse silencioso, erguido por el patio, con el caucho bajo el brazo que parece más bien una capa militar, el rostro calvo y tallado, como un césar de ébano.

No es posible pasar en silencio otro oficial, el coronel Martín Freyre. Su casco –refiere–, su casco prusiano, sirvió de juguete a sus hijos. Lo abrasaron y un día salió con los desperdicios en el cajón de la basura. Y Freire ríe y apoya la cabeza entre las manos; no se sabe si por cansancio o por ocultar alguna emoción.

—Pero tengo mi diploma y mi hoja de servicio —añade con filosofía—. Yo tampoco espero nada.

En el centro, o sea en el comedor, están los empleados sin funciones definidas, gente toda cortés. No pasan nunca adelante sin preguntar si los jefes pasaron buena noche y por qué no se han afeitado.

El corresponsal es el señor M.A. Manzanedo Capó. 47 años. Hace versos en su máquina para distraer los ocios. Es hombre de gran mansedumbre. Muy contraído. Casi nunca toma parte en las conversaciones. Así, absorto, cuando Freyre refería sus recuerdos de soldado, Manzanedo impasible tecleaba en su máquina. Así siempre. Gana 300 bolívares. Su especialidad son las coplas. Cuando necesita extender un vale a cuenta de su sueldo lo exige en octavas o cuartetas. Pero a veces, contagiado quizá del ejemplo de los otros, refiere sus recuerdos. Tuvo una novia en La Guaira, hace muchos años, que lo dejó al fin para casarse con otro. Guardó un año de luto a su abuela muerta en 1918, a los 80 años. Está siempre de negro, pendiente del ojal una cadena de oro. Unos escasos cabellos le cruzan el cráneo.

Uno de los empleados más antiguos es Juan Tulipa. Entró de peón. Ha sido ascendido y es ahora jefe de tuberías. Tulipa es propietario y cultivador de orquídeas. Los domingos bebe. Su mejor medicina es el alcohol –dice– y nadie podría sacarlo de esta idea. Tulipa ha trabajado en todas las tuberías desde la Quinta de Crespo hasta Sarría, en el viejo San Lázaro. Es un archivo viviente de la red de tubos. Entró aquí cuando las calles estaban empedradas. Ahora tiene 65 años.

Hay también estudiantes que miran con desenfado el porvenir y entre los cobradores, un poeta que sueña con publicar su libro inédito de poemas, estilo 1924. Citaré entre los primeros al bachiller Pedro Meliá. Es de Cumaná y cursa el primer año de medicina. Desde el principio hemos cultivado buena amistad y discutimos a menudo temas sociales. Es materialista y esto nos lleva a disputas que el señor Manzanedo escucha impasible, sin levantar los ojos de la máquina. El bachiller Meliá me ha referido sus primeras aventuras, sus vacaciones en Caigüire y los esfuerzos de su madre para darle una carrera. Su novia lo abandonó porque no tiene medios de fortuna. Esto ha producido una crisis en su vida. No ha omitido detalles. Ardientes lágrimas rodaron entonces

por su rostro, las cuales en vano quiere ocultar a su madre. Los otros no ven con buenos ojos esta amistad con Meliá.

Han venido de todas partes. Todas estas vidas, lanzadas al acaso, se sumergen un instante y corren a perderse en lo desconocido. Nuestra vida corre apresurada y arrastra todo, como los ríos.

El administrador es hombre sumamente nervioso. A cada momento prorrumpe en gritos y da terribles puñetazos en la mesa. Ha dado órdenes severísimas sobre el corte de agua a los deudores morosos y contra los que sean sorprendidos abriendo los pies de agua en las aceras. A pesar de esto es hombre cortés y cumplido cuando quiere serlo. Tiene poder absoluto en lo relativo a la policía del agua. Se dice que aspira a un ministerio. Cuando el administrador grita el silencio más profundo reina en la casa que sirve de oficina. Apenas se oye el tecleo de la máquina del señor Manzanedo y el timbre del teléfono.

El orgullo del señor administrador es la clorificación del agua. Ha hecho traducir algunas opiniones de médicos franceses relativos a la clorificación para enviarlas a la prensa. Según estas autoridades el agua clorificada tiene propiedades nutritivas. (Los días son lentos).

31 de mayo. Benzuya, el *clubmen*, ha llegado hoy muy contento, mientras visitaba la villa Mouriscot, se halló de pronto ante una mujer de exquisita belleza que le invitó a sentarse junto a ella en un sofá-hamaca donde leía los periódicos y le ofreció un vaso de naranjada. Benzuya asegura que es el cuerpo más bello que ha visto en su vida. Vestía una pijama rosa y sus ojos estaban todavía húmedos con la luz del amanecer. Le ha prometido volver al día siguiente.

Ha llamado por teléfono una señora iracunda. Dice que el señor Rui Manzanedo, uno de los inspectores, le debe una suma de dinero. Está para dar a luz y su marido se haya ausente. Le ha dejado esa cuenta como único recurso. «Ese es un asunto particular», le contesto. Pero la señora no comprende.

3 de junio. He aquí un suceso original digno de referencia. Hace pocos días fue destituido un guarda. Esperaba hacia las 9:00 una

avenida de aguas en Catuche cuando vio a cierta distancia y bajo unos árboles altos, que parecían más altos a la luz de la luna, a un hombre vestido con extraña indumentaria y le hacía signos con la mano. El guarda estaba en cuclillas, cerca del cauce del río, se levantó y le fue siguiendo hasta un sitio cerca de la toma donde había un claro cubierto de hojas. El hombre se detuvo y le hizo ciertas señas ostensibles de que allí había un tesoro. Luego se alejó hasta desaparecer entre los árboles. El guarda se puso a cavar, pero en ese momento fue sorprendido por el vigilante de la toma y denunciado enseguida. Esto recuerda las versiones muy comunes referentes a botijuelas llenas de monedas de oro que en tiempos de la guerra enterraban los realistas apresuradamente en su fuga. Y no sé por qué el señor administrador dejó de practicar una investigación más detenida. Son muchos los que han encontrado tesoros de esta naturaleza cubiertos con restos humanos. Y es también de admirar la indiferencia del guarda o su resignación de ser despedido. Permaneció en silencio ante las recriminaciones de don Elías, y se marchó como si nada hubiese perdido.

Es la condición común a estos hombres que forman las cuadrillas de trabajadores y están encargados de atender los reclamos de cada día. Yo los observo atentamente cuando llegan de tarde a dar las novedades y al verlos sentados sobre los tubos del almacén, leyendo los diarios o en actitud silenciosa, a veces cabizbajos, obedientes a un signo, pienso si no tendrán también un tesoro en sí mismos que no llegan a descubrir por indiferencia o resignación.

25 DE JULIO. Hoy amaneció un cartel en la oficina: «Se prohíben las tertulias y leer la prensa». Este cartel ha motivado muchos comentarios. Unos dicen que está mal escrito. Otros que es una medida arbitraria. El jefe de almacén se ha acercado a las mesas de los empleados para decirles que el autor del cartel es Mires, Juan Mires, que aspira al puesto de adjunto. Mantilla no cesa de comer y de reírse mientras habla, y su mano huesuda se va posando ligera como una araña sobre los escritorios. Ha sido este el primer acto del nuevo jefe de servicio que llegó ayer. El nuevo funcionario es alto, moreno, usa hermosas corbatas y cuellos relucientes. Es el coronel Antonio Vásquez Z. Por la tarde abrió el periódico y Rui

Manzanedo quien siempre se permite algunas libertades le llamó la atención, diciéndole que violaba la disciplina. El coronel le contestó:

—Ese aviso no reza con los jefes.

Los días resultan muy largos ante un teléfono escuchando reclamos casi siempre injuriosos para el servicio y la oficina. Voces irritadas, agresivas, chillonas, autoritarias, desapacibles, desgarradoras, iracundas.

—¡Mire! No podemos bañarnos. Es imposible vivir así.

—¡Ni una gota, caballero!

—Esta es una casa de vecindad. Viven aquí más de cien personas. Los excusados están infectos. Ese servicio no sirve para nada. ¡Es un abuso! ¡Un robo!

—Nos roban miserablemente. Nosotros pagamos con toda puntualidad. Sí, señor. Hoy no vino sino un chorrito. Los depósitos están vacíos. ¡Y con este calor, Dios mío!

—Ayer se cayó un zamuro en el depósito. Hemos bebido agua pútrida.

—¡El agua sabe a cloro!

—Tengo un enfermo en casa y estamos secos. No se puede lavar la ropa sucia.

Y así continúan todo el día. Es un reclamo inútil, porque el agua no irá. Pretenden ser atendidos inmediatamente y el personal es bastante escaso. Y no es posible decirles la verdad. No la creerían. No puedo decírselas.

Hay voces autoritarias. Pretenden hablar directamente con el jefe de la oficina. Otros amenazan hablar con el ministro si no les va el agua enseguida. Días pasados vino un hombre ya entrado en años y me anunció: «Yo soy portero del ministerio de Fomento y les advierto por lo que pueda interesarles que al lado mío vive el señor Hermógenes Díaz y como él es "pesado", se los diré: él tampoco recibe agua». Me arroja una mirada inquisitiva y se marcha.

Las más orgullosas son las esposas de los doctores:

—Oiga, es aquí de la casa del doctor, dicen con un acento bastante imponente.

—Pero ¿cuál dirección?

—Ah, espéreme… Mire: de Esperanza a Quebrada…

27 de julio. Ha llamado hoy una mujer, su voz era suave, encantadora. Entre tantas voces chillonas y airadas, aquella voz acaricia como un murmullo de agua. Si pudiera la atendería yo mismo. ¡Qué raro! Una voz amable. Se diría que tiene el timbre de un cristal antiguo. La voz es a menudo expresión del alma, y el alma de una luz así debe andar perdida en lontananza; en quién sabe qué ignotas regiones de ensueños.

—¿Dirección? —pregunto.

—Truco a Guanábano, Nº 289.

He pasado por ahí con el único objeto de verla. Pienso así rendirle un homenaje humildísimo. Pero las ventanas están cerradas. Supe que estaba de duelo. Hace poco ha muerto su madre.[121]

28 de julio. Hoy hubo mucho movimiento en la oficina. Suscritores que vienen a pedir un plazo para pagar sus deudas o a notificar un reclamo. Una mujer desesperada. Tiene un enfermo en su casa. Espera que Dios resuelva lo conveniente. Hace 25 años paga puntualmente el agua y ahora no le va ninguna. Ropas sucias. Reservados infectos. Una plaga que parece un castigo de Dios. Se ha situado cerca de la ventana con los brazos cruzados sobre el vientre. Sus cabellos están grises. Cubre sus hombros con un pañolón negro. Allí permanece compungida, silenciosa. Tras ella ha penetrado otra mujer de aspecto severo, vestida de negro. Han querido cortarle el agua y está indignada. No comprende cómo han podido hacerle eso a ella. Y repite una y otra vez:

—¡Hacerme eso a mí, a mí!

El coronel Vásquez la interrumpe:

—¿Se la cortaron, señora?

—¡A mí! ¿Cree usted que es fácil? Todo el vecindario salió a la puerta a preguntarme: «¿Qué le pasa, Panchita?» Le dije al hombre que se guardara muy bien de tocar mi casa. Yo soy pariente de los Mirano. Voy a comunicarlo en seguida a mi primo Heriberto. Esto es lo que hace caer a la gente. ¡Los de arriba caen por los de abajo!

Se detuvo un instante a tomar aliento. Se le había caído el rosario. Un rosario de cuentas labradas. El devocionario y la

ancha cartera de piel negra reposaban en la mesa del coronel Vásquez. El señor administrador abandonó su asiento y se acercó a pasos contados, con su gran tabaco, muy cortés:

—Señora, a sus órdenes. ¿En qué puedo servirla?

—¡Ah, necesitaba hablar con usted! —dijo todavía demudada y se fue tras él. Su voz irritada resonaba todavía allí dentro, en el despacho del administrador. Este repetía, mientras se pasaba la mano por la cabeza: «Es un error, un error. ¡Cómo cree usted! Y yo soy el que aparezco en esto». La señora salió al fin seguida del administrador que le hacía muchas reverencias.

29 de julio. El corte a los deudores morosos ha continuado inflexible. La teoría del administrador es muy sencilla y bastante razonable: «Si todo el mundo paga la luz ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo con el agua?» Una viuda ha venido a pedir un plazo. Primero pidió un mes, después una semana. Un día.

—No podemos.

Dijo que tenía seis hijos y era la casa, una casita, su único bien. Para vivir trabajaba día y noche. Si la esperaban quince días tal vez podría pagar. Pero no obtuvo nada. La señora se fue llorando.

Luego entró un hombre gordo, con los cabellos pintados. En sus manos adornadas con diamantes llevaba un foete con puño de oro. El general Saúl Ortega. Deseaba cerciorarse si en un barrio donde piensa comprar algunas fincas hay agua. Junto con el administrador se acerca a los planos y el dedo de don Elías adornado también con un puro diamante va recorriendo los barrios Solitario, La Providencia, Pirineos, Gracia de Dios, el Perú, Nuevo Mundo, Esmeralda...

—Diosa Mata.

Una diosa. Vive en el barrio Las Flores. Le van a cortar el agua. Un atentado, dejar sin agua a una divinidad. Las Flores se extienden por el Puente de Hierro, cerca de los chaguaramos del Guaire.*[122] Estos nombres comunican a los planos un colorido indefinible. Cuestas, laderas, laberinto de callejones en La Pastora, San Juan o Catia. La Ciudad Perdida. Cristo al Revés.

* Estos chaguaramos han desaparecido ya. Estas notas de Hernando Romero tienen fecha de 1934 y 1935. (Nota de E.B.N.)

La Eternidad. El Misterio. Se perfilan sobre los accidentes del terreno, quebradas, puentes y misterios. Todavía algunos tienen alumbrado de querosén. El Olimpo. El Calvario. Mitología de lugares escrita por el pueblo. Barriadas sin agua, polvorientas, sórdidas. Callejuelas con sus cruces, sus hornacinas, sus faroles, sus aleros, sus ventanas cerradas, sus puertecitas, atisbando siempre desde las lomas. Allí una copla hiende el espacio. O una rosa asoma por encima de las tapias, pintaditas o sórdidas, desniveladas, pretensiosas. Una reja se abre. El silencio los envuelve. Sube por las calles empinadas que se pierden en las colinas, en el fondo azul o en el fondo de los barrancos.

También se acercan a la oficina los propietarios de casa. Cuando hay algún deudor moroso, los propietarios mandan a suspender la suscripción del agua. El inquilino rara vez resiste esta prueba. Otros lo retiran porque sus casas están desalquiladas. El drama del casero puede verse a través de las solicitudes del retiro de agua. Días pasados un agente de casas narró en breves palabras su tragedia. Trescientas casas vacías. Nunca había pasado nada semejante. Su oficina siempre prosperaba. Se había hecho temible. Los propietarios acudían a él como una garantía inestimable. Para administrar casas ninguno como él. Era implacable. ¡Cuán distintos esos tiempos! En mangas de camisa y acodado a la ventanilla de su oficina miraba el corredor lleno de gente en busca de casas. Aquella gente dependía en parte de él, sobre todo las mujeres, gente pobre, la mayor parte enlutada. Algunas se hacían acompañar de sus hijos.

—¿Su fianza?

—No tenemos fianza.

Entonces él les volvía la espalda y con las manos en los bolsillos arrastraba suavemente las pantuflas y se iba al escritorio tarareando un aire en boga. Pero ahora el corredor de su oficina permanecía desierto. Las casas estaban cerradas o los inquilinos no pagaban. Aquella mañana había visto por la barandilla al doctor Sainz.

—Doctor, esto ha concluido. ¿Qué me dice usted de la quiebra de G. y de C.? Dos firmas tan respetables.

El doctor Sainz se encogió de hombros. Ya no le es necesaria la crueldad de aquel hombre. Sus inquilinos no pagan y es preciso darles las casas para que las cuiden.

—Todo ha concluido, ha concluido —murmura el casero con acento trágico.

Sin embargo para otras personas nada ha cambiado. Ahora poco, dos abogados sostenían cerca de mí este diálogo:

—¿Cómo está usted, doctor?

—Así, en una lucha ímproba.

—¿Y sus estudios grecolatinos?

—Bien, muy bien —respondió el otro moviendo ligeramente la cabeza para simular una fatiga académica.

El señor administrador trabaja en un reglamento. Su irascibilidad aumenta con tal motivo, pues las interrupciones son numerosas. Don Elías escribe apresuradamente. Luego lee en voz alta:

> Deberes de los guarda estanques:
> Art. 104.- Tan pronto haya una creciente el guarda dará cuenta inmediata al administrador quien dispondrá lo conveniente. Cualquiera omisión en esta vigilancia será castigada con la destitución del empleado.
> Art. 137.- Cualquiera rotura en el pavimento de la calle será pagada por el suscriptor. (La oficina jurídica consultada por el administrador añade científicamente: por causa de terremoto o mano de hombre, etc., etc.).

3 de septiembre. Ha ocurrido hoy una escena bastante penosa. Un niño entró en la oficina del administrador. El administrador entregado a su voluminoso trabajo del reglamento, preocupado además con las cuentas bastantes elevadas de los análisis del agua clorificada, se molestó profundamente. Parece que el niño le pedía algo para comprar unos zapatos. Don Elías concluyó por arrojar al suelo una moneda de cinco bolívares. El niño la cogió atropelladamente y con la moneda apretada contra el pecho emprendió la fuga.

Octubre de 1934. Ha llamado hoy la villa Mouriscot. «Mouriscot es un nombre vasco –le digo al bachiller Meliá–. Creo que es también el nombre de una de las villas de la emperatriz Eugenia». La voz que se oye en el teléfono delata una persona que

contiene a duras penas su impaciencia o su cólera. «Varias horas sin agua –dice– y tengo catorce invitados». Debe ser una dama muy hermosa aunque algo madura. Sus mejillas en otro tiempo aterciopeladas quizá están ahora un poco ajadas. Luego la voz se torna extrañamente dulce y con una inflexión más autoritaria añade: «Y el señor, el señor… ¿no está ahí el señor Benzuya?». «No señora, no está», contesto.

Como no es posible leer el pensamiento, anda errante. Sin duda uno de los mayores tormentos es el de no emplear bien el tiempo. Yo podría aprender bien el inglés para cuando haga mi viaje a N. Y. En medio del patio hay una palmera y el viento de marzo bate sus hojas. Una palmera recuerda el desierto. Hay un cielo muy azul. Palmeras y cielo azul evocan las caravanas. ¿Por qué no pienso más bien en el Llano? O en un potro. Los editoriales de los diarios recomiendan cada día el tema nuestro. Debemos vernos el ombligo para ser buenos patriotas …

Este teléfono es un grillete pegado a mi vida. Siento que lo arrastro conmigo por esta prisión que es la ciudad donde vivo. Igual a un desierto. ¡Qué inmensa aridez la de esta vida! No sé cómo otros pueden llevarla sin pesadumbre. Sin duda no se dan cuenta de ese gran desierto en el cual transcurre su existencia. Son como sombras. Vanas sombras ilusionadas en su egoísmo. Inútil solicitar de esas gentes un gesto de solidaridad o de simpatía. Cómodamente instalados no sienten, no ven lo que pasa a su alrededor. Van sonreídos, distantes, apresurados, pensando vivir vanas sombras agigantadas por ese espejismo del desierto. Este teléfono es el trágico instrumento de suplicio que tortura mi vida.

Sus rostros a través de los cristales del automóvil tienen semejanza con los que se ven a través de las tapas de cristal de los féretros. El automóvil auto. El general Saúl Ortega y el doctor López Gutiérrez ignoran esto. El automóvil les deforma la visión y el pensamiento. Si perdieran el automóvil sentiríanse sin duda perfectamente desdichados. Pero luego irían abriendo los ojos a verdades desconocidas. Dentro de la propiedad tienen una venda. La mitad del mundo les es desconocida. Su propia vida tiene misterios que no pueden descubrir. Por eso todo está bien así. ¿Qué sería de nosotros si experimentáramos la felicidad absoluta? Sin duda nos volveríamos idiotas. No debemos aspirar a

que la felicidad nos sonría siempre. En nuestras propias desdichas quizá pueda hallarse un destello de luz divina. El hombre es libre cuando renuncia a todo aquello que le impide ver claro.

El cajero rechazó hoy un vale y ha notificado que los vales han sido suspendidos. El dinero es una de las cosas más difíciles de obtener. En todas partes se nota esa tendencia a privar del dinero a los demás. El cajero ha dicho esto con cierto gozo. Es un placer el día sábado que nadie tenga dinero. Pero en seguida se ha encontrado remedio a la situación. No hay dinero en la caja, pero hay un prestamista. El interés no importa con tal de salir del apuro. El prestamista cobra treinta y cuarenta por ciento. Pero ¿qué importa? Se gana un día, se gana otro día.

Mantilla es enemigo del prestamista o al menos rival suyo. Un día me llamó y me dijo: «El dinero que presta Manuel es de don Elías». Después mascando su papelón: «Cuando tú quieras estoy a tus órdenes».

10 de octubre. El coronel Vásquez es un hombre a ratos. No cesa de molestar a Tulipa con sus chanzonetas. Tulipa propietario. Es un cultivador de orquídeas y tiene más de cuarenta años en sus funciones. Él conoce al dedillo el misterio de las tuberías. Muchas veces oye discutir algún reclamo y guarda silencio. Cien veces el mismo reclamo y Curumbano, inspector de tuberías, guarda silencio. Observa. Con su sombrero de anchas alas sobre las rodillas sonríe a medias de las bromas del coronel Vásquez. O refiere anécdotas. Cuando descubre o adquiere la certidumbre de que no va a comprometerse y el jefe o alguna otra persona de importancia está interesada en el asunto, revela el misterio: «Es una punta de tubo». Guarda silencio y se pasa la mano varias veces por la calva como quien trata de apartar un pensamiento. Después continúa: «Esa tubería se metió en tal año. Es preciso sacarla toda».

Una vez le dije:

—Tulipa, ¿por qué usted guarda tanto silencio cuando tan fácilmente podría resolver muchos asuntos?

Y contesta:

—Uno nunca sabe.

Y en la oficina irrumpe Juan Mires:

—¿Saben ustedes? Carlos Ruz, el peón de Luis Galíndez, su mujer tuvo anoche tres muchachos.

Y entra Ruz, un hombre cubierto de andrajos. Su rostro expresa un contento extraño. Una mezcla de contrariedad y satisfacción.

—Todo salió bien —dice dirigiéndose al coronel Vásquez—. Es la primera vez que tengo mujer fija y ya usted ve. Dos varones y una hembra. El hombre dice que no debo volver a meterme con ella porque se moriría.

Se forma un coro en torno de Ruz que le oprime y acosa para bienes burlescos. Él también ríe, a la fuerza. Don Elías le ha dado una orden para la farmacia; para que le entreguen una inyección que la mujer necesita.

Entran los cobradores, entran los inspectores, los celadores, los revisores. Calvario llama a la 5:00 p.m. Matadero a las 5:10. Catuche 5:30.

1,80
2,40
1

Estamos en octubre. Cada río tiene su ritmo propio.

Estos hombres que abren las llaves del servicio dan la misma impresión de los encendedores de faroles. Este sistema anticuado del servicio de agua es común si la ciudad tuviera aún alumbrado de querosene y viviera en esos tiempos de antaño que algunos llaman el buen tiempo. Son hombres sufridos y pacientes estos operarios. Arrastran sus llaves por las calles y sus demás instrumentos de trabajo. A veces se les ve dormidos en alguna puerta y olvidan la hora del servicio. No va agua y entonces el teléfono no descansa. Viven en una gran miseria. Su salario es ínfimo. Casi todo el dinero se distribuye entre los altos funcionarios. Antes se les daba un traje al año, pero con las reformas introducidas ese donativo fue suprimido. Ellos saben olvidar todo eso y beben su caña en las bodegas. Por eso sus manos están temblorosas. ¿Quién sería capaz de reprocharle esa afición? Es su única alegría. Tienen enfermos los hijos y las mujeres y no pueden darles medicinas ni enviarlos a la escuela por falta de ropa y calzado, a pesar de los

artículos grandilocuentes del doctor Pinares sobre la Instrucción Pública y la sabiduría de los gobiernos de la república. Viven en ranchos o en piezas sórdidas, sin higiene. No conocen una distracción y el Reglamento los carga de deberes. Reglamento que ellos cumplen del mejor modo posible y el cual no han leído nunca. Pero tienen su caña a dos centavos, el vaso que los libera un instante. Lo beben con encanto. A veces los encuentro recostados sobre las llaves cabeceándose de sueño, sin acordarse de que las amas de casa me van a reventar el tímpano con sus gritos atroces. Yo los saludo con simpatía y ellos responden: «Adiós, señor». Al principio se sobresaltaban, pensando que yo podría denunciar su distracción, pero luego han visto que no soy sino un compañero. Son los hombres sobre los cuales se echan todas las cargas. Los mismos que van a las banderas –para ser soldado se requiere ser analfabeto y hombre de color–, aquellos que sirven a los poderosos y les dan su sangre, su vida, sus mujeres. Pacientes y resignados son casi siempre dignos, leales, humildes, generosos, cordiales. ¡Salud a ellos!

1935

15 de abril. Hoy se ha mudado la oficina. La casa perteneció a un primer ministro de Guzmán y luego a un historiador que también fue ministro en aquella época. Nos hemos hundido en la contemplación de la casa en busca tal vez de algo imprevisto, un pasadizo secreto, un subterráneo. Pero no hemos hallado nada a excepción de una especie de boquete, especie de ventilador de los techos raso. Las puertas parecen oír aún lo conciliábulos y los pasos del historiador se oyen todavía por los cuartos. La casa conserva el ambiente y las aficiones de sus propietarios. Han puesto mi escritorio en el comedor. Está decorado con pinturas. Ceres y las Estaciones y guirnaldas entre las piezas de cacería y las frutas. Sobre las pinturas han clavado almanaques y puesto los planos. Ceres desapareció bajo un cartelón azul. Los vidrios de las ventanas conservan sus calcomanías. El historiador podía sacar lecciones del destino de las cosas. En el patio hay una taza de latón rematado por un infante sobre cuyas espaldas surge el agua. Hay también un naranjo y algunas plantas humildes, familiares. Tiene también la casa dos baños muy oscuros con pequeñas

bañeras y aguamaniles de mármol. Sobre otra guirnalda de frutas han colgado el cartelito: «Se prohíbe leer la prensa». Es necesario esperar que estas mujeres pintadas sean familiares para que revelen su alma. Hay veces en que los menores detalles tienen una importancia extraordinaria. En otras circunstancias esas pinturas quizás hubieran pasado inadvertidas. Ahora esperamos de ellas una revelación. Tras la reja del comedor, en el patio interior, salta un surtidor en la mañana y en la tarde. Es un rumor alegre. El agua se derrama con cierta añoranza. Es rumor de agua y no sé por qué evoca al viejo historiador. Lo veo vagar por las estancias con su vida sórdida. El chorro que salta ahí detrás eleva una oración por su alma.

La hora del mediodía, sobre todo, es de una lentitud desesperante. Como es verano el amarillo de los campos lejanos parece meterse en la oficina de las aguas. Los radios de las bodegas vecinas trasmiten el sorteo de la lotería. Una voz gangosa, sifilítica, va gritando los números con un son triste. Los martes y jueves: canto de la lotería.

Veo un enjambre de abejas volar sobre el naranjo del patio.

Para comenzar en la nueva casa me he visto envuelto en un pequeño incidente. La dueña del hotel D'Amboise interpretó mal los informes que le di por teléfono al hacer su reclamo de agua. Poco después llegó muy afanada a denunciarme. Es una mujer flaca, de 42 años, gastada en el trabajo. Su propósito es que se me castigue. Pero por una benevolencia del coronel no lo ha conseguido. Todavía no se ha marchado cuando llegan dos mujeres vestidas de negro. Un velo de luto pende de sus sombreros viejos. Son rentistas y han sido citadas, pero obtienen un arreglo. El hombre en fin de cuentas es un traje. Trapos.

La vida no pasa. Está suspendida, detenida. Otra mujer vestida de negro ruega:

—Por piedad, señor.

Nadie habla. La mujer está de pies, en el centro. La señora D'Amboise se ha marchado. Solloza fuertemente. Ahora se va enjugándose los ojos. Pasa bajo el ramo de astromelia. Ahora cruza el zaguán y desaparece.

Un periódico está publicando un libro, *Eduardo VII y su época*, por Andrés Maurois. Disimuladamente leo con el periódico oculto entre la gaveta. Siempre he tenido afición a libros de esta

naturaleza, pues trasportan a un mundo muy distinto. Cuestiones diplomáticas. El káiser y el rey de Inglaterra. Suena el teléfono. Oiga. No tenemos agua. Muchas veces comienzo el mismo párrafo y otras tantas llamadas.

Así muchas veces se entablan aquí discusiones sobre política europea de la más alta importancia. El señor XX es tan sabio en esto como el propio canciller de Alemania. Pero siempre se interrumpen discusiones de este género con la frase consabida: «No tenemos agua. Ni para montar las ollas».

Ensueños astronómicos. Distancias planetarias. El teléfono corta el diálogo. Nos despierta una voz agresiva y chillona:

—Mire, es de aquí, espérese un momento. Ajá. San Francisquito al Río. Esto es horroroso.

—Para decirle que esto es imposible, que tenemos quince días sin agua. Ya no se puede soportar. No tenemos ni para montar la comida. —Voz temblorosa de anciana.

16 de abril. Hace una mañana muy clara y calurosa de abril. Martes santo.

Matadero	3,26
Calvario	1,35
Guarataro	2,40
Macarao	0,30

Mantilla me ha comunicado hoy ciertas cosas relativas al orden interno de la oficina que por pura disciplina desearía no haber oído. El jefe de la oficina niega un vale de caja. Con estos sueldos míseros en que es preciso ir viviendo, el empleado tiene que acudir al agiotista. Este es agente del jefe y así buena parte de nuestros salarios va a los bolsillos del jefe. Él está de buen humor cuando realiza un buen negocio o una buena pesca. En esto como en todo hay buenos y malos lances. Un día un sujeto le empeñó unos brillantes por dos mil (valían treinta mil) y luego no pudo recuperarlos. Hasta la fecha no los ha recuperado.

Hoy amanecieron cerradas las plantas de cloro. Un médico, enemigo sin duda del señor administrador, asegura que es contraproducente. El nuevo ministro no es partidario de la cloroformi-

zación o verdunización. La propaganda anterior quedó anulada. Resulta que era un monstruoso sistema y ya nadie quiere saber del cloro. El señor administrador ha quedado anonadado. ¿Y mis informes bacteriológicos y los decretos presidenciales tan ponderados? Un atentado horrible. No es eso todo. Han enviado un fiscal que ha puesto sueldo fijo y disminuido el de sus «empleados». Ocurre esto en mayo. El señor administrador suspira. Todo mi trabajo destruido. No hace mucho envió un álbum «lujosamente litografiado» con gráficas de las plantas y del sifón de Mamera.

La palabra «pesado» pertenece al vocabulario de los últimos tiempos y es una de las más efectivas que ha inventado nuestro cretinismo actual. Ser «pesado» es el ideal de la mayoría y los doctores, especialmente, procuran obtener esa clasificación.

Sábado, 1º de junio. Anoche el vigilante del Calvario se quedó dormido. Vino una creciente. Hubo que vaciar los tanques y la ciudad se quedó sin agua. El teléfono no ha cesado en todo el día. Este servicio de agua nos da idea de nuestro nacionalismo. Con un servicio técnico se podría tener un servicio mejor. Pero el sistema venezolano indica que es necesario un servicio empírico de gente recomendada. El nacionalismo implica este desorden. Servicio empírico.

Entre las figuras más patéticas del cierre de las plantas de cloro aparece el químico Peatón. Él es tan químico como yo telegrafista. Pero era un recomendado y además había recibido instrucciones del francés Pietard. El francés Pietard montó las plantas de cloro, cobró una gruesa comisión y se marchó. Todos los días llamaba por teléfono a la clorificación: 1 kilo de cloruro de sodio. Oiga, es Peatón. Tenga mucho cuidado con esa agua. El hiperclorón. Cuántas defunciones. Peatón es jugador de oficio, una expresión fiera, los pantalones raídos. Ojos enrojecidos. Una cabellera gris y abundante. El sistema de los «recomendados» es muy económico. Un hombre necesita trabajo. Se le nombra canónigo de la Catedral o jefe de las planas de cloro con un sueldo insignificante. El sueldo es mejor que el que puede pagarse a un especialista y muchas veces da mejor resultado. También se le puede nombrar jefe de laboratorio o vacunador. En estos días nombres salidos de no se sabe dónde vacunan en las alcabalas, a

la fuerza, con lancetas sin desinfectar. Han sido instruidos. Puede ocurrir también que a un químico, por ejemplo, se le nombre recaudador de renta y a un técnico agropecuario director de un teatro o jefe de un cementerio, mientras se va a buscar el técnico a Checoslovaquia. Los técnicos extranjeros, por su parte, no dan mejores resultados. A lo mejor no son tales técnicos y al llegar a Venezuela quieren ante todo hacerse «pesados».

Peatón ya no da sus órdenes. Se le ve cabizbajo en el comedor. Ya no hay plantas de cloro. Ya no hay a quién mandar. Se acabó la gloria de Peatón.

II. La lluvia

Los empleados viejos recuerdan acontecimientos completamente olvidados. Curumbano, por ejemplo, recuerda siempre, y lo refiere, el suicidio de un empleado. El jefe de servicio asegura que Curumbano aprovechó entonces la consternación para meterse unos cuantos bolívares en el bolsillo. Esto lo dice en la cara de Curumbano que lo escucha en silencio. De vez en cuando sus carrillos tiemblan con un temblor visible de cólera reconcentrada. Curumbano estaba junto al cajero que le pidió unos papeles. Mientras los buscaba sonó el tiro. El cajero estaba sobre la mesa bañado en sangre. Allí está ahora el joven hijo del señor administrador. Gana mil bolívares y tiene carro propio.

Para distraerme me he puesto a emborronar estas cuartillas. El teléfono vibra incansable, furioso. Si no existiera el teléfono le digo a Manzanedo. Él sonríe. Escribe como siempre unas cuartetas, pero no puede concebir un mundo sin teléfono, sin ese aparato que tanto facilita molestar al prójimo de una manera impune. He aquí la oración que compuse esta mañana:

> Oh, dios de la lluvia. Envía tus aguas sobre las vertientes de Catuche y Macarao, pero sin que las aguas se enturbien, pues entonces botarían el agua, quedaríamos como en tiempo de sequía y yo no tendría paz ni reposo. Nuestro acueducto –tú lo sabes– es así. En tiempo de verano no hay agua y en la estación de la lluvia tampoco. Hay creciente. No se hace el servicio y la gente se enfurece y tú sabes que yo nada puedo hacer ni siquiera decir lo que pasa, pues en esto como en todo, la verdad está oculta, debe ocultarse, y es el peor delito. Todo menos decir que

no hay agua. Es preciso mentir y al mismo público le gusta más una mentira que la verdad necesaria. Tú, buen genio del agua, produce ese milagro, que los tanques se llenen de agua cristalina como los ojos de Sulamita, pues en el estado actual solo el poder de un dios puede reemplazar los servicios técnicos y conformar a todos. Y haz que reverdezcan los campos y ese otro erial de nuestra vida.

El señor administrador fue reemplazado. Salió sin que nos diéramos cuenta. Esto ha sacudido un poco la monotonía de la oficina. Casi todos esperaban que el nuevo administrador nos cambie a todos. Se hacen mil conjeturas. Mantilla que es quien trae todas las noticias dice que la desgracia del señor administrador es completa. Le ofrecieron el puesto de cajero, dice con una sonrisa dejando ver su único diente. A un hombre como él. Y dejó el hijo, al joven de larga quijada.

En el patio, cerca de la entrada, ha florecido una astromelia. Parece una novia en la mañana de su boda. Es una visión risueña en estas mañanas que anuncian la lluvia. Y la astromelia me evoca días felices idos para siempre. Tantos como una música o un perfume. Yo la veía florecer así en otro tiempo. Todos pasan indiferentes bajo la astromelia en flor que decora este caserón triste. Yo la veo desde mi puesto, cerca del teléfono, con mi libreta de reclamos por delante. Y me da una emoción suave con su ternura florida.

Se ha detenido un auto y de él bajan un caballero y una muchacha muy guapa acompañada de una señora gorda, de aspecto severo. Desean hablar con el director para asuntos del servicio. Y el hombre vestido de gris viene a sentarse junto a mí.

—Es… es la amada.

Por su rostro se difunde una palidez atroz. La muchacha desaparece tras de sus acompañantes. Permanecen varios minutos con el director. Suena el teléfono. X se pone a escribir. Sus ojos se han humedecido. Llueve. Es la primera lluvia. Hay creciente en Macarao. Es preciso enviar personal extra. Ocho peones. El ritmo de los ríos es semejante al del corazón humano.

Ahora han comenzado las lluvias. En estos mediodías la lluvia cae en el patio, sobre las rosas y el naranjo del patio con monotonía desesperante. Desde mi rincón, en la habitación que servía de comedor, miro pasar las horas. En las otras habitaciones, exdormitorios, luces encendidas. Trabajan los empleados

del catastro, los del departamento de cobros, los mecanógrafos. Vienen entre tanto a mí los recuerdos de días felices idos para siempre. Imágenes risueñas, paisajes a través de los recuerdos. Mi vida, como tantas otras, se ha frustrado, y las primeras canas platean mis sienes. Suena el teléfono. Son las cinco de la tarde. Ahora me levantaré para venir a sentarme mañana otra vez y así todos los días, para siempre.[123]

Por el patio se pasea un hombre pensativo. Es todavía joven. Lleva un raído traje gris. Después he sabido que es un escritor. Tenemos aquí un poeta y un escritor. Se llama César Romero. Pero no goza de simpatía entre los empleados. Algunas veces ha venido a sentarse junto a mí y me ha referido sus cuitas. Romero atraviesa una verdadera tragedia. Debe algunos meses de casa y espera de un momento a otro que lo arrojen a la calle. Es un hombre casado, con hijos, pero no se entiende con su mujer. Y todas las tardes, cuando regresa espera hallarse con un policía en la puerta para impedirle la entrada. Su casa está siempre sola, porque su mujer vive en la calle. Romero tiene la manía crítica. Días pasados me hizo algunas observaciones bastante temerarias. Dijo que el auto del señor administrador era un auto digno de Morgan. El acueducto no tenía tuberías suficientes y los empleados del servicio se morían de hambre, pero el administrador tenía un auto magnífico. Estas paradojas –añade– han ocurrido siempre entre nosotros. Una ciudad, por ejemplo, tiene academias y gasa, millones en cosas inútiles, pero carece de un acueducto. Estas observaciones son atrevidas, porque el autor de ellas puede ser tildado de anarquista o cosa parecida. Por eso Romero no goza de buena reputación. El señor Manzanedo, que es un hombre prudente, acostumbra siempre no contestar ninguna de las impertinencias de Romero. Pero debo confesar que me divierten y hasta cierto punto me satisfacen como si experimentara una venganza. Romero tiene la particularidad de que el administrador no le ordena ningún trabajo. Algunas veces toma el teléfono y me ayuda a escribir los reclamos. ¿Por qué no mandan a Romero a hacer nada? No es influyente, porque está en la miseria. Parece más bien un poco díscolo. Romero está escribiendo una novela y me ha ofrecido leerme unos capítulos. Ojalá no lo haga nunca. Además estos descontentos no proceden siempre del mismo modo. Recuerdo siempre al doctor XX que hablaba apasionadamente

contra el gobierno. Era una crítica dura, acerba, constante que le pintaba como un hombre independiente, incapaz de doblegarse. De pronto las cosas cambiaron. El doctor fue nombrado en un alto cargo. El doctor pasaba ahora en un auto vertiginosamente reclinado al fondo, con los ojos cerrados.

En la tarde ha caído una lluvia abundante.

El doctor Pedro Antonio Láinez usaba tacones altos, rubio, metido siempre en un flux nuevo, un pesado fieltro hasta las orejas, estatura menos que mediana. Luego de cerrar su bufete cerciorábase largo tiempo si quedaba bien cerrado.

He visitado algunas oficinas para buscar trabajo, pero sin hallarlo. Y también si encuentro alguna vivienda conveniente. El bufete del doctor López Gutiérrez es particularmente notable. Pienso que allí se debe trabajar bien. El derecho está amparado por espesas cortinas y las pisadas se apagan en la alfombra. Es un bufete donde abogados elegidos siempre cuidadosamente estudian expedientes relativos a herencia, donaciones, capitulaciones, etc. Sin ser turbados en sus meditaciones. En la estancia flota una sombra stendaliana. Allí no se introduce ningún expediente que no tenga debidamente establecido su entronque con alguna fortuna ya clasificada y estudiada.

El doctor López Gutiérrez es un hombre enjuto, magro, el mismo ambiente judicial hecho hombre. Su mujer hermosa, creía besar en él una expresión jurídica. Pero disfrutaba pingues rentas.

Cigarrillos americanos y egipcios. La sociología se iba en nubes egipcias.

Tengo un cuarto para trabajar. Un cuarto empapelado de negro. No sé por qué empapelaron de negro este cuarto. El resto de la casa pertenece a la familia. Mi esposa lo llena todo y tiene buen cuidado de no dejarme espacio libre. Lo más terrible es que si me desahucian toda aquella gente será testigo de mi vergüenza. Pero al cabo he concluido por familiarizarme con aquella idea.

¿Recuerdan ustedes al niño que emprendió la fuga con una moneda apretada entre las manos? Entro a trabajar en el taller de un sastre. Su oficio era barrer la tienda y permanecer en la puerta invitando a entrar a los transeúntes. En las tiendas vecinas trabajaban otros muchachos como él. De vez en cuando reñían

o alborotaban la calle. Emprendían carreras. Es la mañana en uno de esos juegos el muchacho de la moneda quiso atravesar la calle velozmente, perseguido por sus compañeros, cuando fue arrollado por un tranvía. El médico declaró que el golpe le había fracturado el cráneo. El motorista frenó rápidamente, pero no pudo evitar el choque. El cuerpo del niño quedó largo en el suelo mientras venía el juez, en medio de un gentío. El hombre lloraba cuando fue detenido.

De aquellos días son estos fragmentos escritos al azar, para olvidar el tiempo.[124]

[IV]

UN DÍA DE 1916

Una familia fue a vivir en una de aquellas casas.[125] La rodeaban el silencio, el dolor y la muerte. Llevaban consigo una niña de diez y seis años, y se llamaba Carmen Elena. Estaba enferma. Creían que los aires de la montaña podían mejorarla. Pero era una esperanza muy vaga. Tan vaga como la sombras que entraban en la casa con el atardecer. Al pie de la montaña los atardeceres son más breves. De tarde, la niña Sentábase bajo los mangos que formaban una avenida frente a la casa. Todos saben que va a morir. La madre lo sabe. El padre lo sabe. La niña lo sabe. Sin embargo, todos guardan silencio. Detrás de la casa, sobre todo de noche, se oía caer un torrente. Llegó octubre. Con los días de octubre las nieblas que bajan de la montaña se hacen más espesas, y los días más cortos. La niña murió. Estaba ahí su cuerpo, metido en una caja blanca. Algunas mujeres de los alrededores vinieron a verla. Gente enlutada se movía en silencio en la casa. Era largo el camino que conducía a la ciudad. Estaba lloviendo. La madre salió a despedirla hasta la puerta. Por el camino lleno de cangilones, bajo los mangos, el coche se alejaba con su cortejo de nieblas.

LA HERENCIA

Hubo cierta vez un tirano que reunió un tesoro inmenso.[126] Él mismo no sabía a cuánto montaban sus caudales en oro, tierra, naves y hombres. Gracias a esto su poder se hacía sentir en las tierras más distantes. Sus principales súbditos le aconsejaban aumentar sus ganancias. Llevaban grabada en el corazón la imagen de aquel tesoro. Y decían en su pensamiento:

—Al fin alguna parte habrá de corresponderme.

Se organizaron expediciones para conquistarlo. Estallaron en sus dominios sublevaciones y motines. El tirano las venció todas valiéndose de sus propios vasallos y recluyó a los vencidos en lóbregas prisiones.

Entre tanto el tesoro aumentaba. Era una inmensa bola de oro. Crecía hasta volverse tan alto como una montaña. Más alto que las montañas. Su fulgor cegaba desde lejos y hacía que muchos enemigos, después de la prisión o el destierro, fueran a prosternarse ante el dueño de aquellas riquezas y le daban su fe.

Y ocurrió que el tirano, rodeado de guardias, de sables, de heraldos, de trompetas, con todo su oro y su ejército y sus grandes, murió. Y entonces el pueblo largamente oprimido estalló en maldiciones a su memoria. Y mientras se alejaba hacia la eternidad el tirano oía aquellas imprecaciones. Y su alma temblaba de dolor. Veía sus naves, sus metales y graneros pillados por la multitud. Y sus terribles adversarios se apoderaban de sus tierras más bellas y fértiles, de sus dehesas, de sus palacios, de sus rebaños, de sus bosques y de sus joyas y de sus cofres de oro.

Y así llegó hasta la puerta del cielo donde esperaba verse rechazado. Porque todos sus crímenes se le venían a la memoria y su sed insaciable de oro se apoderaba de él en la forma de un inmenso remordimiento. Todas sus acciones se le venían a la memoria. Veía el alcance de todas ellas, hasta las más insignificantes y resultaba que sus propios beneficios se habían convertido en mal. Escuchaba aquel clamor. Voces iracundas, febriles, acongojadas. Ahora comprendía la inmensa perturbación y desconcierto que había introducido a su alrededor y se daba cuenta de su influencia en hechos en los cuales él nunca pensara haber tomado parte. Solo un mal enemigo podía ser el autor de aquello. Solo un destino adverso podía ser la causa de su elevación que le había conducido a poseer tantas riquezas. Allí estaba su cuerpo, tendido en su sepulcro. Siete canes negros lo custodiaban. Y al ver aquellos despojos se representaba los días de su gloria, cuando pasaba ante sus tropas, entre el brillo de las armas y las multitudes que lo aclamaban. Y cuando muchos de los que ahora vociferaban contra él le prodigaban alabanzas y le sonreían humildemente. Y así se doblegaban bajo la inmensidad de su pena. Sentíase inerme, abandonado. Cada minuto pasaba sobre él como un frío cortante. Con la eternidad de un siglo.

Ahora los siete canes negros corrían delante de él por la llanura polvorienta. En el ciclo gris, el arcoíris le recordaba su estandarte, flotando al sol, y también los días de su juventud, cuando sentado en un monte guardaba sus rebaños y la noche caía mansamente a su alrededor. Una estrella tras otra.

De pronto una voz llegó hasta él. Aquella voz le estremeció. No sabía qué responder. Creía oír de un momento a otro el fallo de un juicio terrible, tan implacable como los suyos en la tierra. Pero aquella voz le hacía comprender muchas cosas. Había sido el más infortunado de los hombres. Había vivido siempre en la más triste soledad. Todos le habían engañado. Con todo su poder apenas había sido un instrumento en manos de los otros.

Y una vez más vio a la muchedumbre que gritaba contra él. Y una vez más vio cómo sus peores enemigos se distribuían el botín y celebraban con alegría sus funerales. Los siete canes negros corrían ahora por la llanura interminable y entraban en la multitud. Y el alma del tirano se iluminó como no lo había sido

nunca. Sintiose traspasada de aquella gracia que descendía de lo alto. Y así fue perdonada el alma del tirano en el reino de Dios.[127]

LA AMISTAD DE FAJARDO

I

Cuando Francisco Fajardo desembarcó en Chuspa con ánimo de descubrir y poblar la región conocida con el nombre de los caracas, hablaba ya todas las lenguas de la costa, y así pudo dirigirse a los naturales en su propio idioma, lo cual causó excelente impresión entre ellos.[128] Como es sabido, Fajardo era hijo de un español y de una india, nieta del cacique Charaima, del valle de Maya, doña Isabel, quien contaba numerosos vasallos en la isla de Margarita. Doña Isabel se hacía lenguas de la fertilidad y riqueza de su tierra nativa, cuyo clima echaba de menos, y con esto despertaron los deseos de Francisco de poblar aquella tierra. El valle de los toromainas prometía buenas ganancias. El destino de Fajardo quedó fijado desde entonces, así como el de la cacica doña Isabel. Fajardo había crecido en medio de aquellos hombres que hacían esclavos en Tierra Firme, los herraban y vendían luego en Cubagua y en otras islas del Caribe. Gente que buscaba oro y trataba de convertir a los indígenas a la fe cristiana. Su alma doblada de indio y blanco luchaba ferozmente dentro de él y lo arrastraba a ser como los otros, conquistador y fundador de ciudades.[129] A sus oídos llegaban relatos de expediciones que iban en busca de reinos perdidos en lejanías fabulosas. El continente parecía no guardar ya secretos. Los reinos y los imperios abrían como flores de un árbol, segadas por la espada de aquellos hombres terribles. Pero en lo más fragoso de las sierras buscaban

todavía El Dorado. Penetraban en el silencio de los ríos. Aún había tierras remotas y desconocidas. Muchas gentes bárbaras a quienes repartirse. Ni la sed de aventuras ni la sed de oro parecían saciadas. Con un poco de voluntad y de valor se podían adquirir méritos y con ellos buena porción de tierras y de indios. Doña Isabel lo consideraba empresa temeraria. No solo conocía a los indios, sino también a los blancos. Fajardo se preparó para llevar a cabo sus propósitos. Frente a Margarita se perfilaba la línea de Tierra Firme. El mar azul lo invitaba a realizarlos. En el mes de abril de 1555 se embarcó en compañía de Alonso y Juan Carreño, hermanos suyos por el lado materno, Pedro Fernández y algunos indios guaiqueríes. Apenas llevaba dos piraguas. A los caciques Sacama y Niscoto, que salieron a recibirle con muestras de contento y acompañados de la gente principal, Fajardo les aseguró que el único motivo de su viaje era el de hacer amistad con ellos. Los caciques le ofrecieron franca hospitalidad. También trabó amistad Fajardo con el cacique Guaicamacuare y con Naiguatá, tío de su madre. Al mismo tiempo Fajardo examinaba la tierra, la cual le pareció tan buena o mejor de lo que se la habían descrito. Vio que los naturales se adornaban con oro y descansaban en hamacas tejidas con arte admirable. Vio que eran de condición sencilla y fácil. No fue sino más tarde, cuando ya tenían buena amistad, que Fajardo descubrió a Naiguatá su parentesco. Esto lo puso en el colmo del favor y los caciques depositaron en él toda su confianza. Al mismo tiempo Fajardo, sin darse un momento de reposo, entabló relaciones con los caciques de tierra adentro. Por este medio obtuvo una información completa de todo lo que había en ella. Fajardo estaba cada vez más satisfecho de su viaje. Cada vez más ufano de sí mismo. Había tenido ocasión de hacer buenos rescates: «joyas y chaguales de oro, hamacas y bastimentos»,[130] y decidió volverse a Margarita, dispuesto a poner en obra sus planes. Y con gran sentimiento los indios lo vieron partir.

II

Dos años después volvió Fajardo, esta vez con mucha más gente. Venían con él su madre doña Isabel, sus hermanos los Carreño, cien indios guaiqueríes, Juan Caballo, uno de los caciques de Píritu que admiraba grandemente a los españoles

con otros cien indios vasallos suyos, además de algunos blancos entre flamencos, portugueses y españoles. Esta vez desembarcó en el sitio llamado de Panecillo, más a sotavento del puerto de Chuspa. Los caciques Paisana y Guaicamacuare los recibieron con grandes agasajos. La presencia de doña Isabel fue causa de mayor contento. Le exigieron se quedase con ellos y concedieron a Fajardo el valle de Panecillo para sus labranzas. Pensaban que de aquella vecindad derivarían muchos beneficios. Con esto Fajardo vio cumplida la primera parte de sus planes. Hábilmente había trabajado para que le ofreciesen ese pedazo de tierra. Sus discursos eran muy expresivos. Para seguir adelante Fajardo determinó solicitar autorización del gobernador Gutiérrez de la Peña. Se embarcó en una piragua para la Borburata y de allí pasó a El Tocuyo donde el gobernador le despachó título para gobernar la costa desde Borburata hasta Maracapana. A la vuelta fundó en Panecillo una villa con el nombre de Rosario. Desplegó una actividad prodigiosa y mostró a los suyos aquellos papeles que le conferían plenos poderes. Estaban construidas algunas viviendas de paja y para dar cumplimiento a los mandatos del gobernador dio a la nueva población el nombre del Rosario. Al principio los indios sentíanse muy aficionados a las novedades que les llegaban con aquellos extranjeros. Pero esto duró poco. Los recién llegados comenzaron a darles un trato humillante y a conducirse en todo como dueños absolutos de la tierra. Los indios disimulaban al principio semejantes abusos. Consultábanse en secreto y lloraban su crédula imprevisión. Comenzaban a comprender el verdadero sentido de la amistad de Fajardo. Tierra adentro iban las nuevas de los atropellos que sufrían. Los caciques celebraron junta y Guaicamacuare, hombre prudente, estimó que antes de acudir a las armas se le exigiese a Fajardo que abandonase la villa y volviese a la Margarita con su gente. Si le habían dado la tierra de buena gana, opinaba el grave Guaicamacuare, no era justo atacarle sin explicarle la causa, dándole detallada explicación de los agravios recibidos. No fue del mismo parecer el cacique Paisana. Se debía atacar en seguida para acabar con aquella gente. La discusión alteró los ánimos y Paisana y Guaicamacuare esgrimieron sus macanas. Intervino el cacique Caruao para poner paz entre ellos.

Fajardo, que miraba todo y tenía muy buenos informes de cuanto acontecía en Panecillo y sus alrededores, supo enseguida

la junta o consejo de los caciques. El aviso le fue confirmado por el propio Guaicamacuare, deseoso de distinguirse por su amistad. Fajardo se aprestó a la defensa y se retiró hacia la orilla del mar. Puso guardias, rodeó de estacas el pueblo y esperó el ataque. Presentose Paisana con su ejército al amanecer. Levantaron los indios su vocerío y se lanzaron contra el pueblo. Los píritus y guaiqueríes, protegidos por las estacas, disparaban sus flechas. Fajardo y sus blancos manejaban sus espadas. Unos y otros hacían grandes estragos en las huestes de Paisana, quien desistió del ataque. Pero resuelto a terminar con los intrusos Paisana emponzoñó las aguas. Ahora Fajardo no podía escapar. Sus piraguas estaban dañadas por el sol y la humedad. Paisana lo tenía cercado. Fajardo resolvió hacer una salida. Dejó a veinte indios para proteger a su madre y acometió de noche el campamento de Paisana, mientras este dormía. Dividió a su gente en dos partes. Una con sus once compañeros y los indios píritus bajo su mando y la otra de guaiqueríes bajo el del indio cristiano Diego Guerra. Recobrados de su sorpresa, los de Paisana se defendieron con tal bravura que obligaron a Fajardo a retirarse. Paisana, no obstante, decidió levantar el sitio la misma noche. Al ver la mortandad, Paisana maldijo a aquellos hombres que tanto mal habían traído.

Las aguas envenenadas causaban muchas bajas en la gente de Fajardo. Morían con atroces dolores y una sed inextinguible. La misma doña Isabel murió. Fajardo reparaba sus piraguas para embarcarse cuando recibió una embajada de Paisana. Se manifestaba arrepentido y pedía licencia para ir a verlo. Fajardo se la concedió de buen grado y Paisana, sin más seguridad, metiose en la villa del Rosario, apenas con sesenta de los suyos. Guaicamacuare le envió aviso a Fajardo de las simulaciones de Paisana, de que en realidad quería matarlo. No necesitó más Fajardo para vengar a su madre. Prendió a Paisana y lo hizo ahorcar con once de los suyos. Luego dejó en libertad a los demás indios y se hizo a la vela para la Margarita a fines de 1558.

III

Fajardo pensaba siempre en su conquista. De vez en cuando pasaba por su mente el recuerdo de Paisana y los suyos pendientes

de una viga. La costa de los caracas le atraía. Después de muchos trabajos se dispuso a pasar de nuevo a Costa Firme con doscientos indios vasallos de su madre, once españoles y buena cantidad de abalorios. Pasó de largo por la costa de Panecillo o del Rosario y fue directamente en busca de Guaicamacuare, su amigo, a quien halló en Caruao. Deseoso de conocer mejor tierra, con solo once de los suyos atravesó la serranía, cuarenta leguas hasta la Nueva Valencia. Pensaba obtener auxilio del gobernador Pablo Collado para entrar a poblar. En una montaña, cerca del río Tuy, tropezó con los arbacos[131]. El cacique Terepaima le salió al encuentro con algunos flecheros para castigar su atrevimiento. Pero Fajardo empleó su arte. Les habló en su lengua con gran naturalidad. Les habló de su madre, la cacica. Terepaima cedió en sus amenazas y se convirtió en amigo de Fajardo. Le guio a través del país lleno de lomas y quebradas y lo dejó en las sabanas de Guaracarima, de donde fue a la Nueva Valencia. A su aviso el gobernador Collado le envió del Tocuyo treinta hombres, el título de teniente general para conquistar, poblar la tierra y repartir las encomiendas. Salió de Valencia a principios de 1560 con buena cantidad de ganado y otras provisiones. Pensaba ajustar un pacto con Terepaima y asegurarse así el camino de Valencia. El cacique le salió al encuentro en la loma de las Cocuizas y Fajardo le hizo presente de una vaca, con la cual el cacique quedó agradecido. Fue mucho más tarde, cuando ya los hombres blancos y barbudos aparecían por todas partes, que Terepaima comprendió el verdadero sentido de la amistad de Fajardo. Este llegó sin novedad al valle regado por el río Guaire y le dio el nombre de San Francisco. El sitio era bueno para pastos y con el ganado que traía fundó un hato y ajustó trato con los teques, toromainas y charagotos. Luego siguió a la costa del mar en busca de los que había dejado con Guaicamacuare. Y para usar sus títulos fundó una villa y en homenaje al gobernador le dio el nombre del Collado. El espectro de Paisana guiaba a Fajardo a través de las sierras. Nombrados los regidores y alcaldes se volvió al valle de San Francisco en busca de minas de oro. Las buscó por todas partes hasta encontrar en el lugar de los indios teques veneros de oro, de buenos quilates. Envió muestras al gobernador Pablo Collado. A la vista del oro los del Tocuyo abrieron los ojos. Semejante riqueza no podía estar en manos de Fajardo. Lo indicado era quitarle los poderes que tenía y enviar

persona de mayor confianza. Fajardo inspiraba recelos por la acogida que hallaba entre los indios. Y el gobernador Collado olvidose de la villa fundada en su honor y de los esfuerzos de Fajardo en sujetar la tierra. Anuló sus poderes y para proseguir la conquista de los caracas nombró teniente a Pedro Miranda, vecino del Tocuyo. Al llegar al Collado, Miranda prendió a Fajardo y lo remitió a Borburata. De allí pasó Fajardo al Tocuyo. Oído su descargo, el gobernador lo dejó en libertad y lo nombró justicia mayor de su propia villa. Todo lo demás de la provincia quedaba a cargo de Pedro Miranda.

IV

Desde su aldea del Collado, Fajardo veía el mar y veía la sierra que le separaba del valle de San Francisco. Mortal inquietud lo consumía. El Collado era muy poca cosa. Distaba mucho de satisfacer sus ambiciosas miras. Una tarde se le presentó Miranda. Guaicaipuro organizaba la resistencia. En las montañas ardían fogatas al atardecer. Emisarios misteriosos iban de un sitio a otro, ocultándose en los bosques. Sentíanse envueltos en un silencio apretado, lleno de asechanzas. Luis de Seijas, enviado a recorrer la tierra, había retrocedido ante los mariches. Aunque logró espantarlos con un pequeño cañón, juzgó prudente no seguir adelante. El cacique Sunaguto quedó en el campo. Miranda se dirigía al Tocuyo por la vía de Borburata con buena cantidad de oro, a dar cuenta al gobernador. Fajardo se sintió libre de un gran peso. No sería subalterno de aquel Miranda. Pero no tardó en recibir mensajes del nuevo teniente, Juan Rodríguez Suárez, llegado a las minas de los teques. Muy bien podrían ayudarse uno a otro. Fajardo le envió algún refuerzo. Al mismo tiempo, en los mediados de 1561, tuvo aviso de la llegada de Lope de Aguirre a Margarita con gran estruendo de armas y el ejercicio de todo género de crueldades. Fajardo concibió el designio de libertar la isla –un servicio que no le discutirían sus émulos– y se fue a la costa de los cumanagotos donde dos caciques, amigos suyos, le facilitaron quinientos indios. Alonso Cobos, teniente de justicia de Cumaná, determinó oponerse a los propósitos de Fajardo, y mandó prenderlo con el pretexto de que sacaba gente de aquella parte sin su autorización. Avisado a tiempo, Fajardo apresuró

su partida con solo sesenta hombres. Se metió en las estancias cercanas y comenzó a dar voces a los de Aguirre para que se les uniesen. Pero Aguirre se burló de Fajardo. Metió a su gente en la fortaleza y por un hueco abierto en el muro, sobre el mar, hizo descender en la noche a sus marañones. Aguirre bajó el último y tomó con sus naves el rumbo de Borburata.

De regreso en el Collado supo Fajardo la fundación de la villa de San Francisco por Juan Rodríguez Suárez y la muerte de este a manos de los teques y arbacos en la montaña de Lagunetas.[132] Fajardo bajó a la villa de San Francisco, su antiguo hato, y creyó una vez más que todo volvía a ser como antes. Trataba de recuperar el prestigio perdido. Pero las artes de su amistad ya no surtían efecto. Terepaima había dejado su alianza. Envió a Juan Alonso, vecino del Collado, a pedir socorro al gobernador. Alonso llegó al Tocuyo a tiempo que ocurría la derrota y muerte de Lope de Aguirre. Collado encontró una ocasión propicia para deshacerse de los marañones y envió a cien de ellos con Luis de Narváez a los caracas. Una tarde del mes de enero de 1562, Fajardo vio llegar dos jinetes que corrían desolados. Eran Juan Serrano y Pedro García Camacho, escapados de la destrucción de Narváez en el alto de Las Mostazas. Ignoraban que un tercero, Juan Freire, había logrado tomar el camino de Nueva Valencia. Los indios vencedores marchaban sobre la villa de San Francisco. Fajardo consideró prudente retirarse al Collado, junto al mar. Divididas sus fuerzas se perderían los dos pueblos. Salvaría por lo menos al Collado. Entre tanto Juan Freire había llegado a Barquisimeto con la noticia de la derrota.

Creía Fajardo que en el Collado podría sostenerse. Contaba allí con Guaicamacuto, Naiguatá y Guaicamacuare, sensibles aún a los requerimientos de su amistad. Pero Guaicaipuro pudo persuadirlos a que abandonasen aquella alianza. Les hizo ver los males que caían sobre todos por aquella amistad funesta. Primero estaba la defensa de la tierra. Guaicamacuto se unió en secreto a la liga formada por Guaicaipuro. Fajardo se vio pronto reducido a un mísero parapeto o reducto de madera en el Collado. Las tropas de Guaicaipuro aparecieron en la población de Guaicamacuto. Este fingió que Guaicaipuro le hacía la guerra por su amistad con Fajardo y fue a pedirle auxilio. Fajardo asintió. Enviaría a Juan Jorge Quiñones con treinta hombres a pie y tres de a caballo.

Entonces Guaicaipuro simuló retirarse. Su plan consistía en hacer salir a Fajardo. Guaicamacuto organizó su gente. Puso a Pariarán al frente de la primera emboscada. Él se apostó en un sitio más distante. Guaicaipuro, por su parte, quedaba en acecho para intervenir en el momento oportuno. Jorge Quiñones avanzaba con los suyos y se sintieron amedrentados por el silencio y la quietud del monte. Quiñones mandó preparar los arcabuces y enseguida comenzó a zumbar la flechería. Los arcabuces resultaron inútiles y echaron manos a sus largas espadas. Quiñones trataba de retirarse hacia el mar. Guaicaipuro apareció entonces con sus tropas. En medio de todos sobresalía Pariarán armado de una guaica. Quiñones fue sobre él, pero caballo y jinete rodaron por tierra. Pariarán lo clavó en el vientre con su guaica. Fajardo acudió a sostener a los suyos y juntos emprendieron la retirada. Casi todos estaban heridos. Encerráronse en el fuerte y Guaicaipuro marchó sobre ellos. Los días pasaban. Guaicaipuro esperaba el momento de dar el asalto. Pero Fajardo y los suyos lograron descender hasta el mar. Empujaron las piraguas y se alejaron en dirección a Borburata y la Margarita. Los guaiqueríes eran remeros veloces. Fajardo juró volver, y también los suyos juraron que lo acompañarían a vengar su derrota.

V

Fajardo empezó a juntar gente para recobrar la perdida conquista. Pintaba a los unos la excelencia de la tierra de los caracas y a los otros la gloria de vencer a Guaicaipuro. Tenía ya dispuestos hombres, armas y caballos. Hízolos trasladar a Tierra Firme. El grueso de la expedición debía reunirse en el río Bordones, cerca de Cumaná. Hecho esto se apresuró a incorporarse con su gente.

Alonso Cobos, justicia mayor de Cumaná, se enteró de los aprestos de Fajardo y determinó que llevase a cabo sus proyectos. Al saberlo tan cerca le envió recado con Marcos Gómez, amigo de Fajardo. Cobos le enviaba sus parabienes y expresaba el deseo de entrevistarse con él en Cumaná. Se disculpaba además de su actitud en los días de la invasión de Aguirre. Fajardo trató de esquivar la invitación con el pretexto de su próxima partida. Pero Cobos para obligarlo habló el mismo lenguaje de seducciones que Fajardo empleaba con los indios. Fajardo accedió. El justicia

mayor le hizo un recibimiento lleno de cumplidos. Prolongó la entrevista hasta ya tarde de la noche. Ponderaba a Fajardo la fama y los méritos adquiridos en su empresa. A veces reía de un modo extraño. Cuando Fajardo quiso despedirse salieron unos hombres que tenía apostados y le sujetaron para ponerle grillos. Fajardo quiso resistir, pero Cobos le demostró la conveniencia de hacerlo así, en vista de las murmuraciones que se hacían de él, y a fin de que no se creyese que por amistad se entorpecería la acción de la justicia. Dentro de una hora estaría libre. Y como bajo la influencia de un poder misterioso, Fajardo se dejó desarmar y poner en un cepo.[133] En seguida le tomó declaración ante el escribano Hernando López y le formó juicio por los delitos que se le atribuían en la conquista de los caracas. Cobos le dio media hora para defenderse y cumplido este plazo lo sentenció a ir a la horca arrastrado a la cola de un caballo. Fajardo pensaba en sus soldados de los Bordones. Pensaba en su conquista de los caracas. En Guaicaipuro, a quien tenía que vencer. Recordaba a Paisana y a los suyos pendientes de la horca. También pensaba, aunque oscuramente, que no se debía privar de la libertad a hombres libres, por sencillos que fuesen. Cobos pensaba a su vez en los soldados de Fajardo y resolvió apresurar la ejecución. Fajardo trató de defenderse. Cobos, encolerizado, lo enlazó con una soga y así sujeto, entre todos pudieron matarlo. Al amanecer, el cadáver de Fajardo atado a la cola de un caballo fue llevado a la horca y colgado por los pies. Los soldados de Fajardo quisieron vengar a su general, pero luego se dispersaron. Los de Margarita, indignados por la ejecución, fueron a Tierra Firme donde prendieron a Cobos y le hicieron formar proceso por el justicia de la isla Pedro de Viedma. La Real Audiencia de Santo Domingo lo sentenció a muerte. Así pagó Fajardo la muerte de Paisana y los suyos por manos del justicia Alonso Cobos, quien a su vez concluyó en la horca.[134]

1947

EL TESORO DE GUAICAIPURO[135]

I

Guaicaipuro estaba victorioso. En los montes ardían alegres fogatas. Desde las sabanas de Guaracarima hasta el mar, desde los arbacos hasta los tarmas y mariches, su nombre era un grito de guerra. Pensaba ahora arrojar a los extranjeros de Valencia y Borburata, limpiar la tierra de aquellos intrusos. Un día, durante el hermoso tiempo del verano, tuvo aviso de que una fuerte columna cruzaba los valles de la tierra baja y se disponía a entrar en la región montañosa. Se contaban hasta veinte hombres a caballo y más de cien infantes con arcabuces y rodelas. Seguía una verdadera multitud con bestias para los bagajes y numerosos rebaños. Con increíble presteza la columna había dejado atrás la región fatal de los arbacos y meregotos y salido victoriosa de todas las emboscadas. En la loma de Terepaima las flechas y el sonido de los bélicos instrumentos apenas alcanzaron a desorganizar el ganado que traían los invasores. Solo un hombre, Francisco Márquez, sucumbió durante la noche cuando trataba de robar unas gallinas. Otro, Francisco Infante, perdió el caballo. Otro, Juan de Burgos, fue herido.

La actividad de Guaicaipuro fue prodigiosa. Tenía en su mente montes, lomas y quebradas, hasta los más insignificantes detalles del terreno. La vida de Guaicaipuro se identificaba con aquellas montañas. En sus manos tenía el estoque arrebatado a Juan Rodríguez Suárez. Toda la tierra estaba en estado de guerra.

Apostó su gente en posiciones al parecer inexpugnables. Sus brillantes penachos lucían entre la niebla con la majestad de un arco iris. Pero el largo convoy pasó con sus armas, pendones, indios y rebaños. La frente de Guaicaipuro se ensombreció. Sus mejores guerreros quedaban tendidos en el campo. La columna tomó el rumbo de la tierra de Caricuao. Grandes nubes pasaban e iban a perderse tras de las montañas más distantes. En la loma de Terepaima blanqueaban insepultos los restos de la expedición de Narváez. El nuevo general era don Diego de Losada.

Los de Guaicaipuro incendiaban los pajonales, herían a los «indios de servicio», traídos por encomenderos, a pesar de que estaba prohibido hacerlo. Cubiertos de paja se arrastraban en la oscuridad de la noche hasta el campamento de los españoles. Entre el Valle de la Pascua y el de San Francisco sucumbió Diego de Paradas. Losada trataba de emplear las mismas artes conciliadoras de Fajardo.[136] A Guayauta, preso en una emboscada, le dio la libertad que no aceptó con pretexto de la vergüenza de regresar con vida a casa de los suyos, en realidad para enterarse de los métodos de guerra de los españoles. Al cacique Chacao despachó con regalos que no influyeron en su ánimo. A Guaipata, de la costa, preso por Melchor López, le devolvió la libertad y el cacique Guaipata agradecido le juró obediencia con otros dos caciques. La amistad ofrecida por Fajardo, en la cual no creyó nunca Guaicaipuro, se aparecía a todos en su verdadero significado. Los blancos querían adueñarse de la tierra e imponerles tributos de sangre y oro. Ellos defendían su libertad. «Les daremos sangre por oro. Aprenderán a beberse su propia sangre», gritaban enardecidos. Se arrojaron sobre el campamento de los blancos cuando Losada se dirigía al confín de los mariches, en las márgenes del Tuy. Tremolaron como banderas las camisas de los españoles de Narváez que les habían enviado los taramainas.[137] Luchaban cuerpo a cuerpo sobre las lomas y en el fondo de las quebradas. Sus flechas eran certeras. Traspasaban los sayos de armas. Iban a clavarse en los muslos, en las manos y en la frente, bajo la celada. Sembraban de estacas los caminos. Incendiaban los pajonales. Ponían emboscadas cerca de los arroyos. Flechaban los caballos. Talaban las sementeras. El vocerío de los indios provocaba a los españoles. Las flechas salían de precipicios y arcabucos. De lomas y montañas. El mismo Losada fue herido. Abandonaban

los caseríos y se refugiaban a lo más profundo de los montes. Escaseaban los alimentos en el campamento de los blancos. En la refriega por apoderarse de unas frescas vegas que guardaban los tarmas, Carapaica arrebató su lanza a Rodrigo de Ponce. Era una hermosa lanza. Alonso Ruiz de Vallejo salió herido y con la rodela hecha pedazos.

II

Guaicaipuro se culpaba de negligencia. Recordaba el sentido misterioso de las palabras de los piaches, en los comienzos de aquella lucha cuando le anunciaron la necesidad de realizar un duro aprendizaje. El duro aprendizaje no podía ser otro sino el de la libertad perdida. Hacía frío. En torno del fuego se alzaba el lento murmullo de los que sabían las cosas venideras. «A la puesta del sol, a la puesta del sol…». En cuclillas los piaches entornaban los ojos. «Llega el momento de hacer un difícil aprendizaje. Llega el momento en que hemos de aprender a no reír, a no cantar, a no amar». Con las manos fingían rojos dogales en torno del cuello. Movían la cabeza de un lado a otro mientras de sus labios se desprendía aquel canto monótono, como el canto vigilante de las aves nocturnas, como la lluvia al atardecer. Luego los piaches callaron. Abajo se despeñaba la corriente de un río. Aquellos hombres no eran invulnerables. Habían muerto algunos. La lucha entre las macanas y las espadas. Guaicaipuro no alcanzaba a comprender. Era diestro en el manejo de las armas y ejercía gran ascendiente entre los suyos. Las estrellas brillaban sobre las altas montañas. La luz de las estrellas le ayudó a comprender el sentido oculto de aquellas palabras. No amar, ni cantar, ni reír significa la libertad perdida. Solo los hombres que han perdido la libertad pueden hacer ese difícil aprendizaje. No queda entonces otro camino sino el de morir. Muchos pájaros y bestias salvajes dan esa lección. Cuando se ven cautivos mueren. Y Guaicaipuro comprendió que sería preciso combatir hasta la muerte. Su corazón le dijo más: «Si combates con toda tu voluntad, con todas tus fuerzas, quizás será posible conjurar los males que se avecinan». Dio orden de almacenar flechas, veneno para las mismas y alimentos para una larga guerra. Conocía a los hombres blancos y barbudos. Se habían aproximado hasta la región de

los tacariguas. En torno suyo las montañas formaban un cerco inexpugnable. Pero consideró que la voluntad debía sobrepasarlas. No debían los blancos flanquear aquellas montañas. Los que traspasaban aquel límite debían morir. Brillaban en sus ojos la tenacidad y el orgullo. Dos amplios arcos dibujaban sus cejas en la frente adornada por un gran penacho. El dominio de la tierra pasaba a otros señores. Guaicaipuro pensaba que lo mismo había ocurrido antes y quizás ocurriría después. Las pisadas de los caballos creían percibir el ritmo del tiempo nuevo.[138]

Los extranjeros comenzaron a excavar las rocas de las montañas vecinas. Se retiraron, pero volvieron luego con indios y negros. El primer asalto dejó en manos de Guaicaipuro unos cuchillos y unos pedazos de espada. Examinaban aquellas láminas de metal más cortantes que sus hachas, más agudas que sus flechas. Fingió someterse. Pero una noche cayó sobre las excavaciones y exterminó a sus moradores. No perdonó ni a los pequeños. Entonces fue ya otro hombre. Comprendió que su destino estaba trazado. Los hombres blancos que penetraran en su región debían morir. No había medio de retroceder. Guaicaipuro decidió invitar a los jefes de las naciones vecinas a formar una liga para defender la libertad.

Todos los ardides eran buenos para luchar contra los que disponían de aceros y de caballos veloces. En poder suyo cayeron otras armas. Entre ellas un estoque de siete cuartas, tinto en sangre de los suyos. El estoque de Juan Rodríguez Suárez, el hombre de la capa de grana. Envió pedazos de aquellas armas a Paramaconi en el valle de Catia. Era hombre alto y recio. Cubría sus espaldas con una piel de tigre y un gran penacho adornaba su frente. Paramaconi incendió el hato de Fajardo y atacó luego el campamento de Rodríguez Suárez mientras este se dirigía al Collado. Puso en fuga a Julián de Mendoza y desafió al mismo Rodríguez Suárez a singular combate. En el combate de Catia salieron heridos Mendoza y Antón de Albornoz. Pallares perdió su lanza y Fraga el caballo. El ganado asustado se salió de los corrales y produjo confusión entre los indios, lo que salvó a los españoles, que pudieron rehacerse. Toconai, compañero de Paramaconi, sucumbió en duelo singular con Juan Jorge Quiñones. En el puerto de Catia, Guarauguta dio muerte a García de Paredes y a cuatro extremeños. García de Paredes deseaba ver a Catalina

Miranda, amiga suya que había salido en la expedición de Narváez. García la creía hallar en el valle de San Francisco. En la loma de Terepaima cayó Juan Rodríguez Suárez con seis de los suyos. Su capa de grana le sirvió de sudario. Ardían los montes. No había danzas al salir la luna, ni se labraba la tierra. Los piaches consultaban los astros y afirmaban que el tiempo era propicio para resistir.

Guaicaipuro se hallaba ahora ante una nueva táctica. Recordaba el sentido misterioso de realizar un duro aprendizaje. A lo lejos veía pastar los caballos. Desde un alto de Catia contemplaba los ritos de la fundación. Los blancos se movían en todas direcciones. Parecían un solo cuerpo elástico, resistente. Cuatro hombres a caballo y cuatro infantes bastaban para poner en jaque a un ejército. Aquel escaso ejército se movía en partidas diferentes hacia los cuatro puntos cardinales. El asalto final al campamento fracasó. Guaicaipuro movilizó sus cuerpos de manera que a una misma hora se encontraran frente a los blancos, al pie de la serranía. Marcharon con sus caciques al amanecer. Los de Naiguatá, Guaicamacuto, Uripata, Mamacuri, Querequemare, Prepocunate, Araguaira, Guarauguta, Urimaupare, Guaicamacuare, Paramacay, Aricabuto, Araimapure, Chacao y Baruta. Pero Guaicaipuro y Paramaconi no acudieron a la cita. Teques y taramainas fueron detenidos por Pedro Alonso Galeas con solo sesenta hombres. Algunos se retiraron al advertir la ausencia de Guaicaipuro. Los otros marcharon resueltos al combate. Losada salió a su encuentro y los deshizo en la sabana de Maracapana, el mismo nombre de la costa donde por primera vez desembarcó Losada en Venezuela.

Tiuna, de Curucutí, derribó del caballo a un blanco de nombre Francisco Maldonado, hirió a Juan Gallegos y a Juan de San Juan, a quien hizo soltar la espada. Tiuna fue al fin derribado por la flecha de un indio amigo de los españoles. Mamacurí y Guaicamacuto hicieron la paz. Llegaban de Margarita otros españoles y guaiqueríes de Fajardo. Los de la Borburata decidieron trasladarse al valle de los caracas. Losada fue a la mar, al propio sitio del Collado, y fundó a Caraballeda. A su regreso comenzó a recorrer la región para la mejor distribución de tierras y encomiendas. Halló Fajardo a Guayauta que había observado los hábitos de los españoles. La resistencia se mantenía viva en

las montañas. En el país de Guayauta perecieron Pedro Serrano y Diego Méndez. Agonizaron largo tiempo entre convulsiones de ira y de dolor. El mismo Francisco Guerrero, hasta entonces indemne en todos los combates, fue alcanzado por una flecha. Los blancos respondían con emboscadas a las emboscadas. Los indios morían despedazados por los aceros.

Guaicaipuro comenzaba a comprender lo que significaba este cambio de táctica. Sentíase acometido de melancolía. Pensaba que el fin de los suyos había llegado. El dominio pasaba a otros señores. Buscaba refugio en sitios ocultos en los montes. Su casa estaba ahora al pie de una montaña, donde vivía con sus leales. Era ya la estación de lluvias y en los días de sol las lomas lucían como nuevas. En lo sucesivo se le combatiría como a un bárbaro, como a un salteador de caminos. La fundación de la ciudad lo ponía bajo sus leyes. Así Losada, después de pasar por el país de Anaquemocane, que llamaron de los caballos, el de los locos o de Salamanca y la tierra de los mariches, regresó a la recién fundada ciudad después de treinta y dos días de ausencia. Era ya entrado el año de 1568. Losada conoció que le sería difícil terminar su conquista mientras viviese Guaicaipuro. La fundación de la ciudad lo ponía bajo sus leyes. Sus hazañas eran ahora simples delitos y quedaban reducidas a un voluminoso expediente. Desfilaron los testigos ante los alcaldes Gonzalo de Osorio y Francisco Infante. Gracias a los «indios amigos» se conocía el refugio de Guaicaipuro, en sitio muy apartado, al pie de una montaña. Una tarde, al ponerse el sol, el alcalde Francisco Infante con ochenta hombres salió en su busca. Llegaron a la media noche. Hacía frío. Infante se quedó en una altura con veinticinco de los suyos y ordenó a Sancho del Villar fuese con el resto a prenderlo. Se adelantaron Hernando de la Cerda, Francisco Sanches de Córdova, Melchor Gallegos, Bartolomé Rodríguez y Juan de Gámez. Los de Guaicaipuro sintieron las pisadas de los caballos y se aprestaron a la defensa. Guaicaipuro tomó su estoque dispuesto a combatir. Pero los extranjeros pusieron fuego a la ranchería. «Yo soy Guaicaipuro», les gritó, y cayó herido por varias espadas a la vez. Los españoles creyeron que la noche se hacía más oscura, que una gran sombra pasaba en medio de ellos y huyeron cuesta arriba, presas de incomprensible temor. Decíase que Guaicaipuro guardaba grandes riquezas. Todavía hoy se habla del tesoro oculto

en las montañas. Pero el tesoro de Guaicaipuro era su amor a la libertad. No tenía otra riqueza y con ella fue ultimado. Regresaron silenciosos a la ciudad.[139]

REGRESO

La vieja Edelmira estaba sentada en el corredor de su casa, con las manos apoyadas en un bastón. Fijaba los ojos sin luz en el hombre que avanzaba hacia ella. Al fondo de la casa se perfilaban las sierras bañadas de sol. Sobre el tejado negruzco descansaban unas palomas. Los muebles pesados y obscuros estaban cubiertos de polvo. Todo en torno de ella era viejo, incluso las rosas del patio, de nombres arcaicos, que ya nadie conocía. Edelmira con el rostro cubierto de arrugas le parecía a Félix Vera, hijo de Félix Vera, una imagen de la Provincia. Edelmira, lo conoció en su infancia, conoció a su padre, conoció a su abuelo.

María Silvana, la hija de Edelmira, había muerto hacía varios años. Estaba ahí su retrato en el cuarto vecino, y parecía mirar a Vera que estrechaba las manos de su madre. Vera conocía aquella mirada. Pero Edelmira vivía indiferente, en medio de aquellos recuerdos. No quería remover el pasado. El pasado estaba muerto, y la muerte como la vida es de condición efímera. Los días se llevan la muerte, como se llevan flores y hojas secas, en una corriente sin término. Se nace y se muere a cada momento. El silencio cayó entre ellos, un silencio apretado, de muchos años de ausencia.

En presencia de Edelmira, Vera creía recobrar su verdadero ser. Su vida pasada le parecía un fracaso. Una falsa vida llevada entre extraños. Los árboles plantados por su padre habían sido derribados, la casa paterna no existía. «El que abandona sus lares, pensaba, ha de verlos luego en poder de extraños».

—En efecto —se atrevió a decir como si continuase un diálogo ya empezado—. Yo creía encontrar la verdad de esto que llamamos vida. Adquirir mi propia experiencia. Cuando me ausenté era todavía un niño. No sabía a ciencia cierta lo que dejaba.

Pero estas palabras no valían para Edelmira. Escuchaba en silencio. Sus ojos ciegos estaban fijos en Vera, y su rostro se coloreaba ligeramente. Al fin como si viese en el pasado distante:

—Has ido a buscar la verdad por el mundo. Pero tu verdad, tu pequeña verdad, iba ya contigo. Cuando te fuiste llevabas contigo tu chispita de hombre.

La vieja calló. El hombre calló. La brisa entraba en el cuarto vecino donde estaba el retrato de María Silvana. Las palomas se acariciaban en el tejado vetusto. Se nace y se muere todos los días.[140]

Marzo de 1953

ESCENAS DE LA FUNDACIÓN DE SANTIAGO LEÓN DE CARACAS

Este guion fue escrito para el programa que bajo el título general de «Domingo a las Nueve» presenta la compañía Shell. El doctor Ángel Ara y sus colaboradores Román Chalbaud y José Antonio Pizzani pusieron el mayor interés en su adaptación y después de estudiarlo y discutirlo una y otra vez, quedó tal como fue ofrecido al público el último domingo, 22 de julio [de 1956]. Necesario es confesar que tantos esfuerzos fueron defraudados en parte, no tanto por los actores cuyo trabajo en su mayor parte fue excelente, como por la dirección de última hora. El doctor Ara me manifestaba ayer su desesperación por las faltas que se cometieron, a lo cual le contesté que eso ya no tenía remedio. Una buena dirección hubiera aprovechado los motivos del valle de los caracas, de la ciudad moderna y logrado con ellos los mejores efectos. Para introducir al espectador en el relato debían aparecer entre el polvo levantado por unos tractores en las alturas de Catia los fantasmas de dos soldados de la conquista. En vez de tractores aparecieron unos obreros de alpargatas con azadones que marchaban tranquilamente con extrema desgana y flojedad en el semblante. El mismo Losada debía contemplar la ciudad en su mayor extensión, cubierta a esa hora de puntos luminosos. La escena de la bendición de las banderas en El Tocuyo estaba imaginada para que los personajes apareciesen de frente. Su interés debía concentrarse en la fisonomía de estos hombres del siglo XVI, contemporáneos del Greco. Aparecieron borrosos y de espaldas. Había también en el despacho del gobernador un retrato de mujer, al parecer italiana, de Rafael o de Leonardo. El argumento está ceñido a la historia, salvo algunas expresiones propias de las circunstancias. Las expresiones de los indios en las serranías de Catia sobre la libertad, la gloria y el amor, aunque imaginadas son las mismas que han pronun-

ciado los hombres de todas las razas y lenguas. En síntesis, ha sido un primer ensayo para este género de la televisión, la cual abre nuevas perspectivas a los escritores. Unos lo hallaron pesado. A otros fue de su agrado. Réstame dar las gracias a los artistas, de cuyos nombres todos no dispongo en este momento, y a los directores por el trabajo y buena voluntad que pusieron en la presentación de este programa.[141]

E.B.N.

PREÁMBULO

(Las alturas de Catia. Tractores y obreros en pleno trabajo de banqueo. Entre la polvareda aparece un soldado español con celada y armado de un lanzón. Viste sayo de armas y embraza una rodela. Los obreros huyen al ver aquella estantigua. El soldado se sienta al borde de una zanja y se frota los ojos.)

—He dormido demasiado.

(Otro soldado viene a sentarse junto a él. Los dos contemplan la ciudad que se extiende abajo, en el valle.)

—Ha crecido bastante.

(Estamos en 1955).

ESCENA I

SOLDADO 1º: Es la ciudad que hemos visto en nuestros sueños.

SOLDADO 2º: Una ciudad como la que vieron los que iban con Hutten, en el Meta.

SOLDADO 1º: Aquí fue donde Carapaica le quitó la lanza a don Rodrigo Ponce, cuando vinimos a robar la vega que estaba al pie de la quebrada. Carapaica la levantaba en alto para infundir aliento a los suyos. Alfonso Ruiz Vallejo quiso arrebatársela y juntos rodaron abrazados al fondo de la quebrada. Vallejo tenía la rodela hecha pedazos. Carapaica se quedó con su lanza, y nosotros volvimos al campamento con unas raciones de maíz y yuca que estuvieron a punto de costarnos caro. En el campo quedaron unos cuantos gandules.

SOLDADO 2º: El valle era muy hermoso. La primera vez que desperté a mi llegada creí hallarme en el paraíso terrenal.

Entre los cañaverales serpenteaban las aguas de cuatro ríos y las sierras estaban cubiertas de nieblas.

SOLDADO 1º: Nosotros vinimos a buscar oro y apenas hallamos unas minas de muy poco rendimiento.

SOLDADO 2º: Hoy, en cambio, los inversionistas en terrenos obtienen ganancias que valen por unas cuantas minas. La tierra es oro.

SOLDADO 1º: ¡Oro!

SOLDADO 2º: ¿Y nuestro don Diego?

SOLDADO 1º: Después de fundada la ciudad le quitaron el mando. Ahí vinieron a parar tantos ofrecimientos. Fue a Santo Domingo a pedir la gobernación de Venezuela, pero el licenciado Grajeda, oidor de la Real Audiencia hizo nombrar a su yerno Francisco Hernández de Chávez. Como siempre razones de parentesco privaron sobre méritos y servicios.

SOLDADO 2º: Parece que tales desengaños son la recompensa de aquellos. Unos siembran para que otros recojan.

SOLDADO 1º: Seguramente en esto, como en todo, rige alguna ley.

(Se encogen de hombros y ríen.)

SOLDADO 2º: Allí viene don Diego.

(Diego de Losada avanza seguido de un perro y se sienta en una piedra. Apoya la mejilla en una mano y contempla la ciudad que se extiende a sus pies. El perro viene a echarse junto a él. Sobre el valle y las colinas, hasta la Fila de Mariches, comienzan a brillar las luces.)

SOLDADO 1º: Cada tarde viene a sentarse allí.

(De las torres se desprende el toque de oración.)

SOLDADO 2º: ¡Hace tantos años!

(Los soldados se desvanecen.)

ESCENA II

(En El Tocuyo el gran asunto es la conquista del valle de los caracas. El licenciado Alonso Bernáldez, gobernador de Venezuela, organiza nueva expedición. El licenciado tiene un ojo de plata. La expedición anterior dirigida por él mismo, junto con el mariscal Gutierre de la Peña, ha fracasado. Ahora trata de

convencer a Diego de Losada para que acepte el mando. Grupo de soldados en una esquina.)

SOLDADO 1°: El gobernador Bernáldez y el mariscal Gutierre de la Peña tuvieron grandes discrepancias. El licenciado pretendía convencer a los indios con buenos discursos y le respondieron con flechería.

(Risas.)

SOLDADO 2º: Los dos volvieron las espaldas y ahora cada uno trata de hacer al otro culpable del fracaso.

SOLDADO 3°: Las naciones todas de aquellos indios estaban en guerra. Yo fui testigo y estuve a punto de correr suerte idéntica a la de don Luis de Narváez. Murió con todos sus hombres en la loma de Terepaima.

SOLDADO 4º: El sitio donde el gobernador volvió la espalda se llama ahora el valle del Miedo.

SOLDADO 1°: ¡El valle del Miedo!

(Pausa.)

SOLDADO 3º: Para la tal expedición no creo que lleguen a juntarse diez hombres.

ESCENA III

(Sala en la casa del gobernador. Dos guardias en la puerta de la sala. El gobernador sentado en silla de vaqueta de ancho espaldar. Diego de Losada, de pies ante él.)

EL GOBERNADOR: Os ofrezco una señalada ocasión para servir al rey y vengar a muchos cristianos que han muerto a manos de aquellos bárbaros. Hay buenas minas de oro en aquel valle. En tiempos del licenciado Collado se trajeron muestras que revelan la riqueza de aquella tierra.

(Losada levanta los hombros con una sonrisa escéptica.)

LOSADA: ¡Minas! No creo en tales minas. (Prosigue con expresión seria.) Siento repetir a Su Merced, señor gobernador, que estoy cansado de expediciones, y deseo dedicarme al cuidado de mi hacienda, escasa por cierto. Otros tienen más y no pueden presentar los mismos servicios. Sabe Su Merced, con más de treinta años en esta Venezuela que considero mía, porque la he andado toda.

(Bernáldez se levanta y le pone su mano derecha en un hombro.)

BERNÁLDEZ: Es un hermoso valle, capitán Losada, de tierra pingüe y poblada grandemente. El mejor trofeo que hoy puede ofrecerse al rey. Buena parte del camino está ya andado. Creedme, con el ojo que me queda veo lejos. Quizás por ello pueda venir la gobernación. Además, llevaría Su Merced plenos poderes. Nuestro ínclito rey sabrá recompensaros.

LOSADA (después de unos momentos de silencio): Pues bien, acepto, señor gobernador. Nunca he sido remiso para servir al rey.

(Entra un soldado y entrega una carta al gobernador. Bernáldez rompe el sello y lee atentamente.)

BERNÁLDEZ (con aire contrariado): Hay nuevo gobernador, don Pedro Ponce de León.

(Fuera se oyen gritos.)

—¡Viene el gobernador!

—¡Viva el gobernador Ponce de León!

ESCENA IV

(Guardias con lanzas y espadas a las puertas del gobernador. La casa es de paja y horcones. Grupos de soldados expedicionarios. Pasan algunas mujeres. En la misma sala de la escena anterior el gobernador Ponce de León y el capitán Losada. Alcaldes, capitanes, escribanos. Muchos papeles en la mesa del gobernador.)

EL GOBERNADOR PONCE DE LEÓN: Lo importante hoy es la conquista de los caracas. Traigo cédula de Su Majestad que manda hacer el castigo. Necesario es confesar que no se ha obrado con prudencia en la empresa de sujetar aquellos bárbaros. Mientras no se consiga esto estarán en peligro las poblaciones de la Valencia y la Borburata, y no se podrán explotar las minas.

UNO DE LOS CAPITANES: Es hueso duro de roer, señor gobernador.

OTRO CAPITÁN: Parecen confabulados con el mismo demonio.

EL GOBERNADOR: ¡Capitán Losada! El licenciado Bernáldez tuvo mucho acierto, no puede negarse, en escogeros

para dirigir esta entrada en los caracas. Os ratifico el nombramiento. Seréis mi teniente de gobierno en aquel valle. Servicio del rey, siento que la ciudad que vais a fundar será con el tiempo una ilustre ciudad.

(Losada se lleva la mano a la espada.)

LOSADA: Una ciudad a la cual asociaré el nombre de Vuestra Señoría, señor gobernador.

(Sale.)

ESCENA V

(En la puerta guardias y espectadores se agrupan en torno de Losada.)

UN CAPITÁN: Vais a ser fundador de una ciudad.

OTRO CAPITÁN: Yo iré con vuestra merced. He estado en la expedición del Meta.

OTRO CAPITÁN: Y yo en las de las Sierras Nevadas.

OTRO CAPITÁN: Yo también iré.

PRIMER CAPITÁN: Hemos servido con vuestra merced.

SEGUNDO CAPITÁN: En la tierra de los caracas abundan las flechas ponzoñosas.

TERCER CAPITÁN: No hay lugar en esta tierra sin flechas ponzoñosas. (Muestra su manquedad de la mano derecha.) El remedio es hundir un hierro candente en la herida, pero siempre quedan las huellas...

SEGUNDO CAPITÁN (con los ojos puestos en el anterior): De flechas han muerto muchos de nosotros.

PRIMER CAPITÁN: La entrada en el círculo montañoso de los caracas se llama desde hace algún tiempo valle el Miedo.

TERCER CAPITÁN: El valle del Miedo...

LOSADA: Para la guerra es necesario maña y destreza. Aprovecharemos la experiencia de las expediciones anteriores... y el valor de vuestras mercedes. (Vase.)

PRIMER CAPITÁN: Ahora sí creo que clavaremos allá nuestros estandartes.

ESCENA VI

(Capilla en El Tocuyo. Van a bendecir el pendón y las banderas de la expedición. El capellán Blas de la Puente procede a la ceremonia. Rostros largos, barbudos. En primer término Diego de Losada, Diego de Paradas, Juan de Salas, Gabriel de Ávila, Francisco Infante, Francisco Maldonado, Pedro Alonso Galeas, rodilla en tierra. Al fondo un Cristo entre dos velones. El capellán traza el signo de la cruz ante las banderas y lee las oraciones en su breviario. Al salir de la capilla los capitanes se detienen.)

DIEGO DE PARADAS (en voz baja a Losada): Presiento que no volveré de esta expedición.

LOSADA: ¡Cómo se os puede ocurrir tal cosa, Diego de Paradas! Es indigno de un hombre como vos...

PARADAS: No sé. Antes no había escuchado esa voz dentro de mí.

(Se acerca a ellos Juan de Salas.)

JUAN DE SALAS: Tengo listos en la Margarita cien indios guaiqueríes, de los de Fajardo, grandes prácticos de la provincia de los caracas. Iré a buscarlos y estaré con ellos en la Borburata. Son nuestros mejores aliados. Han jurado vengar a Fajardo...

PEDRO ALONSO GALEAS: Ahora hay que preparar buena cantidad de sayos de armas.

MALDONADO: Sobre todo hay que preparar buena cantidad de ganado.

ESCENA VII

(El valle de los caracas. Al fondo la sierra de Guaraira Repano. Debajo de un árbol un gandul toca su flauta. Por las colinas de Catia bajan indios con penachos de colores. Uno de ellos ciñe el cuerpo con una piel de tigre.)

INDIO 1º: Esta vez tampoco pasarán. Resistiremos en nuestras montañas.

INDIO 2º: Los piaches han anunciado la pérdida de la libertad. Han visto malos presagios en el fuego y en las entrañas de las víctimas.

INDIO 1º: Guaicaipuro, como siempre, nos conducirá a la victoria.

INDIO 2º: Desde hace días lo veo algo caviloso. Probablemente será por las predicciones de los piaches.

INDIO 1º: No conoces a Guaicaipuro. Él solo es capaz de conservarnos la libertad.

(Se oye siempre la flauta.)

INDIO 2º: El amor, la libertad, la victoria, palabras hermosas, difíciles de alcanzar.

INDIO 1º: Son algo más que palabras.

INDIO 2º: ¡Si tuviéramos armas y bestias como las de ellos!

INDIO 1º: Tenemos nuestras flechas y nuestros brazos.

INDIO 2º: Tengo necesidad de vencer. Ella no me perdonaría si soy vencido.

INDIO 1º: ¿Istar?

INDIO 2º: ¡Istar! Faltan dos lunas para nuestra boda. Ella es como el eco de mí mismo…

(Viene hacia ellos otro indio. Juega con las piedras de un collar que lleva al cuello.)

INDIO 1º: Hermoso collar, Yoraco.

YORACO: Es un collar cuyas cuentas tienen la propiedad de restañar la sangre de las heridas. El que lo lleva no puede morir.

(En lo alto de las colinas suenan guaruras y fotutos.)

INDIO 1º: El enemigo se acerca ¡Yoraco, tu collar! (Se aleja corriendo cerro arriba).

(No se oye ahora la flauta sino los instrumentos de guerra que llaman al combate.)

ESCENA VIII

(Un alto camino. Losada, Infante, Galeas, Gabriel de Ávila.)

LOSADA: Hemos pasado. He aquí el famoso valle.

GALEAS: No puede negarse que mucho debemos a la pericia de nuestro general.

(Infante frunce el ceño.)

LOSADA: El apóstol Santiago ha sido nuestro general. Nada vale la pericia sin el valor de los soldados, y a fe que podemos estar orgullosos. (Mirando a Infante.) Ahora comienza lo más difícil.

GABRIEL DE ÁVILA: Hermosa sierra ésa. Quisiera que me tocase en el reparto de tierras.

LOSADA: La tendrá vuesa merced, señor alférez, o al menos una parte. Pero antes del reparto de tierras debemos pensar en la ermita que ofrecimos en Nirgua a San Sebastián.

(Unos soldados alcanzan al grupo. Llevan prisionero a un indio joven, Guayauta.)

UN SOLDADO: Han muerto a Diego de Paradas, junto al río.

OTRO SOLDADO: Acudió en nuestra ayuda, sin tener tiempo para ajustarse el sayo de armas.

LOSADA: ¿Y ellos no han recibido su castigo?

SOLDADO 1º: Paradas mató al que lo había herido. Y...

SOLDADO 2º: Hundimos lanzas y espadas en aquellos cuerpos desnudos.

(Presentan a Losada al prisionero, a un indio joven, Guayauta.)

SOLDADO 1º: Pedía que lo matasen, pues no quería verse prisionero.

LOSADA: Hay que curarlo y tratarlo con regalo, a fin de cumplir lo mandado, y ver si podemos atraernos a esta gente.

INFANTE: Creo que será difícil. Nunca he visto gente más obstinada.

LOSADA A GUAYAUTA: Estás en libertad. Puedes irte con los tuyos.

(Un intérprete traduce las palabras de Guayauta.)

INTÉRPRETE: Guayauta no quiere la libertad. Prefiere la muerte. No desea presentarse con vida ante los suyos.

(Otros traen el cuerpo de Diego de Paradas, y lo ponen en tierra. Todos rodean el cuerpo de Paradas con gran sentimiento pintado en el rostro. Llegan otros capitanes y soldados.)

LOSADA: ¡Era un gran caballero!

GABRIEL DE ÁVILA: Ya hemos consagrado la tierra con la sangre de uno de los nuestros.

GALEAS: Como en todas partes.

(Atardece. Por el valle corren las sombras. Los rostros se alargan. Se vuelven amarillentos con la última claridad del día. Losada queda solo mientras los otros se alejan con el cuerpo de Paradas.)

ESCENA IX

(Guaicaipuro con sus indios teques observa el campamento de los blancos, desde las alturas de Catia.[142] Hace señas a los suyos para que se acerquen. Con un gesto da la señal de ataque. Se oye el vocerío de los indios.)

ESCENA X

(Campamento de los españoles. Losada, Vicente Díaz, Alonso Galeas, Francisco Sánchez de Córdova, Rodrigo Ponce de León, Francisco Infante.)

VICENTE DÍAZ: Nuestros esfuerzos han sido infructuosos para atraer de paz a los indios. Chacao se ha retirado con los donativos que le habéis hecho y ha herido los caballos que estaban en el campo. Por ese medio nada se logra con estos bárbaros.

PEDRO ALONSO GALEAS: Nos hacen falta bastimentos. Los caminos están cerrados, sembrados de obstáculos.

SÁNCHEZ DE CÓRDOVA: Es lo corriente. Después la gente de la Audiencia o de la Corte, que no pasan hambres ni trabajos, nos dictan sus leyes.

LOSADA: Don Rodrigo Ponce de León irá a buscar bastimento por aquellas lomas. (Señala hacia Occidente.)

(Don Rodrigo se apoya en su lanza, saluda y vase.)

GALEAS: Creen algunos que debemos abandonar la empresa.

(Losada se lleva la mano a la barba y se queda pensativo.)

LOSADA: Las órdenes de Su Majestad son las de que primero se invite a los naturales con buenas razones.

VICENTE DÍAZ (con desprecio): Bueno, observemos esa política.

(Se ríen. Llega Francisco Maldonado.)

MALDONADO: La táctica de Guaicaipuro es la de atacarnos por separado. Tiene emboscadas en todas partes. Sus gandules cubren la serranía. No habrá paz mientras tengamos de frente al indio del infierno.

LOSADA: Vamos a demostrarle que estamos decididos a permanecer. Será lo más indicado poblar de una vez.

SÁNCHEZ DE CÓRDOVA: Habrá que hacer el reparto de tierras.

LOSADA: Esto no lo haremos hasta después de recorrer todo el valle. Por ahora hay que hacer el trazado de las calles, señalar sitio para la iglesia...

DIEGO DE HENARES: En definitiva, ¿cuál va a ser el nombre de la ciudad?

LOSADA (piensa un momento en silencio): No lo diré hasta el momento de poblarla. (Pronuncia las palabras pausadamente.) Sí puedo aseguraros que será un hermoso nombre... Y a propósito...

HENARES: ¿A propósito?

LOSADA: A propósito de nombres. Mira tú, Henares. Cuando llegué a Venezuela desembarqué en la costa de Maracapana. Allí pisé por primera vez tierra de Venezuela. Hace de esto algún tiempo.

HENARES: ¿Tiene algo que ver el nombre de la ciudad con ese de Maracapana?

LOSADA: Hombre, no. Pero sí deseo que una de aquellas sabanas (señala con la mano hacia Catia) se llame Maracapana.

ESCENA XI

(Losada está a caballo en el centro, junto a Gabriel de Ávila, alférez mayor, Francisco Infante, Gonzalo de Osorio. Los de a pie y a caballo forman un cuadro con sus lanzas, espadas y arcabuces. El pendón y las banderas desplegadas. Los capellanes de la expedición. No faltan algunas mujeres, entre ellas Elvira de Montes e Inés de Mendoza.)[143]

(Losada se adelanta cubierto de todas sus armas, y espada en mano... Pasea la vista por el vasto paisaje.)

LOSADA: Pueblo de esta villa en nombre de Dios y del rey, con el nombre de Santiago de León de Caracas. Si alguna persona quiere contradecirlo lo defenderé a pie y a caballo. (Da tres golpes con la espada en tierra.)

(Se oyen voces.)

—¡Viva el rey!

ESCENA XII

(Losada reposa en su hamaca bajo un toldo o enramada. Sueña que la ciudad se extiende por todo el valle. Aparece una ciudad con grandes edificios, plazas, torres y avenidas, de intenso movimiento. Caracas, hoy).[144]

CONCIERTO SACRO
Misa en Re mayor, o Misa del Esclavo Vendido

Al maestro Vicente Emilio Sojo

Hace algunos años un viejo archivo musical de misas, motetes y responsorios, obras de autores venezolanos[145] del siglo xviii, fue hallado en un sótano de la Escuela de Música, antiguo instituto regido por damas de la nobleza para educandas pobres.[146] Obras de Juan Manuel Olivares, José Ángel Lamas y Cayetano Carreño. De José Francisco Velásquez y Pedro Nolasco Colón. Entre ellas estaba la *Misa en Re mayor*[147] *o Misa del esclavo vendido*,[148] a cuatro voces para violines y bajos, de José Antonio Caro de Boesi. En la portada podía leerse: «Copiada por un humilde hermano del Señor San Felipe». El papel ha cobrado con el tiempo el color amarillento de los marfiles antiguos.[149] Según algunos críticos esta música carece de originalidad. Simples imitaciones de la música religiosa de aquel tiempo. Otros, en cambio, hallaban que era expresión de una sensibilidad peculiar en la cual se podía señalar la influencia del paisaje nativo.[150] Desde entonces fue costumbre ejecutar conciertos de aquellas obras los Viernes de Dolores en el Teatro Municipal. En esa noche el teatro vuelve a ser el templo de San Pablo, Primer Ermitaño, derribado como se sabe, para construir el teatro, el año de 1876.[151] El título de la misa fue también objeto de discusiones. Se pensó que Caro de Boesi la tituló así, a semejanza de los compositores del siglo xvi que gustaban de adaptar libremente temas profanos a la música litúrgica.[152] Así, por ejemplo, Cristóbal Morales, el famoso compositor sevillano, tituló una obra suya de este género *La misa del hombre armado*, escrita sobre el aire de una canción popular, a diferencia de Palestrina el autor de la *Misa del Papa Marcelo* que tituló otra

obra suya *La misa sin nombre*. Lo más curioso fue el interés despertado por aquella música en gente de condición distinta. Don José de la Cuadra, por ejemplo, escapado de la insurrección anarquista de Barcelona, sentíase atraído por aquellas reliquias del pasado colonial. Se decía de él que había tomado parte en el fusilamiento de Cristos y Vírgenes en España. Ahora hacía investigaciones en los archivos y escribía artículos en los diarios. Don José aseguraba que la obra de Caro de Boesi era del más exaltado lirismo.[153]

I

—Sí —afirmaba el profesor Juan Vicente Olivares, director de la orquesta, un hombre alto de aspecto anticuado, mientras repasaba con delectación las hojas amarillentas—, Caro es excelso. —Se ufanaba de aquel nombre de Olivares que recordaba el de Juan Manuel Olivares, fundador con el Padre Sojo de la Escuela de Chacao,[154] y a quien llamaba «maestro de maestros».

—Encontrar a Bach, a Haydn, a Mozart en Chacao no deja de ser original —observó Lázaro Vásquez mientras se inclinaba sobre el violoncello. Su rostro afilado tenía livideces de cólera. —Puro Haydn, puro Mozart —repetía con tono despectivo, complacido al ver que despertaba el enojo de los presentes. Nerviosamente se mordía el escaso bigote negro.

El director, indignado, ordenó silencio y amenazó con expulsarlo.

—Está borracho —dijeron otros. Algunos no dejaron de reírse.

—Sin negar la influencia de aquellos maestros tiene su expresión peculiar —afirmó De la Cuadra. Señalaba con el índice el título de *Misa del esclavo vendido*.

—Aquí está justamente lo original. Además todo el mundo sabe —añadió con énfasis— que la música litúrgica es siempre la misma con ligeras variaciones. Recordaba haber leído en alguna parte que casi todos los compositores de música religiosa en tiempos pasados se guiaban por estilo resultante de adaptaciones o imitaciones de música profana. Para demostrar su erudición citó algunos casos: —El *O salutaris* de Mozart, por ejemplo, no es otra cosa sino un aire de *La flauta encantada*.

—Vean ustedes —dijo Olivares con aire pensativo—, Vásquez no cree posible hallar a Mozart en Chacao. Muchas veces bajo las arboledas de café se tocaron los cuartetos de Mozart.

Los músicos se disponían a comenzar el ensayo. Se elevaron las primeras notas de una jubilosa plegaria.

Aquella noche de marzo Lázaro Vásquez vaga largo tiempo por las calles desiertas. Una luna cenicienta caía sobre los tejados. Pensaba descifrar el secreto de aquella música. Después tuvo un sueño extraño. Creía verse en el coro de un templo en ruinas. Un silencio helado descendía por las blancas paredes hasta el suelo cubierto de losas sepulcrales. En el fondo de las ruinas estaban aquellas melodías.

II

Los músicos tienen un lenguaje para expresar su pensamiento por medio de signos especiales. La *Misa en Re mayor* de Caro de Boesi[155] le fue inspirada por un esclavo llamado Pablo, vendido por sus amos para costear los gastos de la primera misa de don Juan del Barrio. La madre de don Juan, doña Francisca Garabán, y sus cuatro hijas lucieron en aquella ocasión magníficos trajes. Al ordenarse, don Juan obtenía el beneficio de varias capellanías dotadas por parientes ricos. Caro de Boesi dirigía la música en el coro de San Pablo. Aquel día halló el tema que desplegó más tarde en torno de los misterios y oraciones de la misa. La imagen del esclavo se le representaba al pie del altar mientras don Juan, revestido con una brillante casulla, levantaba la hostia entre sus manos.

En el altar se representaba doble misterio. El esclavo rescatado como hombre por la sangre del Hijo de Dios era a su vez ofrecido para que pudiera elevarse la otra Víctima en el altar. El sacerdote ofrecía también el precio y el dolor del esclavo. Los amos no podían comprender el significado de aquella venta. Durante la elevación Caro de Boesi improvisó en el órgano una melodía que sorprendió a los asistentes. Una invocación de indecible ternura. Desde entonces trabajó afanosamente en su obra. A veces la abandonaba por largos períodos de tiempo. El trabajo de cada día le consumía todo su tiempo. Además era un bohemio incorregible. En ocasiones le sobrecogían presenti-

mientos. Decía que algo debía ocurrirle. Le ocurrió lo peor. Una pasión amorosa le absorbió por entero. Durante muchos meses vivió en un estado de ánimo que en ocasiones rayaba en la desesperación.

III

La había visto en San Francisco, en el Altar de Nuestra Señora de La Luz. En el momento de arrodillarse en una alfombra sobre el pavimento de gruesos ladrillos, se acercó un hombre alto, de anchas espaldas, y pretendió oponerse al uso de aquel privilegio. Caro de Boesi intervino y tomó al hombre por un brazo con una fuerza de la que no se hubiera creído capaz. Aquel hombre se llamaba don Felipe de Horta, vendedor de esclavos. La mujer se arrodilló no sin antes dirigirle una mirada de agradecimiento. Bajo el velo que cubría su cabeza brillaba una mariposa de plata. Un largo manto la cubría hasta las rodillas sobre la falda de terciopelo azul con adornos de encajes. Desde aquel momento sus corazones se juntaron. Caro de Boesi vio en ella una mujer capaz de inspirarle las más sublimes creaciones. Don Felipe salió de prisa mientras profería algunas palabras amenazadoras.

Llegaban otras mujeres envueltas en largos mantos y seguidas por esclavas portadoras de alfombra. Águeda Bermejo, esposa de don Vicente Urosa, hombre ya viejo, cobrador de diezmos, vivía en la esquina de Mambruc, a dos pasos del convento de San Jacinto, en la calle del Perdón. Contaba entonces veinticinco años y su rostro, sus ojos, sobre todo su boca de una deliciosa frescura, revelaban un alma ardiente y apasionada. La casa tenía dos grandes patios, llenos de sombra, con largos corredores. En aquella soledad vivía Águeda al cuidado de unas esclavas y de unas ancianas devotas, cuyo tiempo era medido por las campanas del vecino convento. Don Vicente tenía poco tiempo que dedicarle a su esposa. Su oficio le obligaba a emprender frecuentes viajes que duraban semanas enteras. Poseía también unas arboledas de cacao en el Tuy, y cuentas por diversos ramos. El origen de Águeda era un misterio. Muy niña fue llevada a España –iba recomendada a un caballero de la Corte– y encerrada en un convento. Un día, después de varios años, supo que debía regresar a Venezuela. Un clérigo rico, su padrino de bautismo, había testado en favor suyo algunas

fincas y una importante cantidad de dinero. Las fincas estaban en litigio con otros parientes del difunto, y se hallaban gravadas con censos a favor de congregaciones y capellanías. Águeda vino a vivir con aquellas ancianas parientas. Solía visitarlas don Vicente, cuyo mérito le encarecían. Las fincas estaban perdidas y el dinero consumido en el litigio. Águeda debía casarse con don Vicente que le ofrecía su protección.

El año era de gran sequía.

IV

El ayuntamiento había dispuesto rogativas a Nuestra Señora de la Copacabana. Corrían rumores de guerra. Se hacía leva de soldados para ir a servir al rey en las islas vecinas y en todos los dominios de Costa Firme. Caro de Boesi se hallaba en la madurez, cuando el hombre en posesión de su propia experiencia puede mirar hacia el pasado y advertir en el presente las señales del tiempo venidero. En su rostro los años comenzaban a dejar su huella. Sus cabellos estaban cruzados por hilos de plata. Los recuerdos de su infancia se confundían con el paisaje de Chacao, en la estancia del padre Pedro Palacios y Sojo. Los Boesi vinieron con él de Italia, cuando el padre Sojo fue a Roma en busca de licencia para establecer en Caracas la orden de los neristas. Su inclinación por la naturaleza y la música le hicieron decidirse por esta orden. El padre Sojo guardaba algunos instrumentos músicos, entre ellos un stradivarius, obsequio del emperador de Austria, a cambio de la hospitalidad ofrecida a sus naturalistas que le enviaron semillas y plantas para sus invernaderos de Schönbrunn. En la estancia se reunían algunos músicos, entre ellos el famoso Juan Manuel Olivares. De esas reuniones salió el pensamiento de fundar una escuela, a la cual perteneció Caro de Boesi. La tierra era trabajada por esclavos. Pulsaban la tierra como si fuera un instrumento músico. Solo ellos, en realidad, podían escuchar aquellas melodías de la tierra. Solo ellos podían amar la tierra y comprenderla. En los días de fiesta bailaban al son de sus guitarras: «Puesto que la muerte viene, gocemos –cantaban los esclavos–. Puesto que la muerte viene, gocemos». Gozaban en realidad. Eran libres mientras se amaban en sus abrazos fecundos. Desde sus cuartos veían el cielo estrellado. A

veces cruzaban estrellas fugaces que iban a perderse en la noche. Pensaban que caían en la tierra donde cobraban figura humana, y en ella quedaban aprisionadas por tiempo más o menos breve. Había dolor y gozo en aquel poco de barro. Había sobre todo voluntad. Se deslizaban en la oscuridad hasta el departamento de las esclavas, o se amaban bajo los altos árboles, a orillas de los ríos. El amor hacía olvidar la esclavitud. En el abrazo de dos seres humanos se gestaban el dolor, la miseria, la vida de un nuevo ser.

Los compartimientos de los esclavos estaban separados de la casa de la hacienda. Se castigaba a los que huían con azotes y rollo, o exhibición en la plaza pública los días de mercado. A veces, cuando revelaban carácter indomable, se les enviaba lejos para ser vendidos. Se arrochelaban en las sabanas de Ocumare, en las montañas de Capaya. De las haciendas de «Serrano» y «Los Dolores» se habían escapado unos cuantos en las últimas noches. Corría el rumor de que el rey había ordenado la libertad de los esclavos. Los amos, se decía, ocultaban aquella real orden y se negaban a obedecerla. Algunos se amotinaron y hasta llegaron a insultar a los amos. Se hablaba de una sublevación general.

Prófugos de todas las haciendas se refugiaban en las montañas. Se les había visto cruzar los campos armados de lanzas y fusiles. De noche ardían señales en los montes. El jefe o caudillo de la rebelión se llamaba Manuel Espinoza. Uno de aquellos esclavos, José Domingo Hidalgo, ejercía la medicina. En sus años infantiles Caro de Boesi lo acompañaba en sus excursiones en busca de hierbas salutíferas. Buscaba sobre todo las hojas de «Amansa Señor» que José Domingo vendía luego a otros esclavos. Con una infusión de estas hojas administrada en alguna bebida los amos o mayordomos de condición dura se tornaban benignos. José Domingo era fuerte y joven. Una de aquellas noches se dio a la fuga. Las quebradas estaban crecidas. Caían los duraznos desprendidos por los primeros ventarrones de junio. José Domingo caminaba de noche. Llevaba un cuchillo dispuesto a clavárselo al que quisiese prenderlo. Al cuarto día de marcha a la salida del sol, divisó el campamento desde lo alto de una montaña. Hidalgo sintió una emoción religiosa. Del fondo de su ser salían palabras que no lograba expresar, pero sentía que eran divinamente hermosas. Pensó que todos los que se hallaban en la sabana, todos los seres de la creación, la tierra y el mar sentían algo

parecido. Eran palabras que calentaban su corazón y le infundían una fuerza superior a él. Sin poder resistirla se arrodilló y pidió para él y sus hermanos la bendición del cielo. Luego comenzó a descender la cuesta.

Víspera de San Juan Bautista, día señalado para el levantamiento, José Domingo y otros cabecillas fueron aprehendidos. Comisiones armadas habían salido a perseguirlos, llevados a Caracas y juzgados en forma sumarísima. La sentencia debía ejecutarse el mismo día de San Juan Bautista, señalado para el levantamiento. José Domingo subió a la horca levantada en la Plaza Mayor con gran presencia de ánimo. Parecía más alto en aquel momento. Contrastaban su figura y la del verdugo enclenque y miserable. Su cabeza estaba sacudida por un temblor nervioso. El pelo lanoso le caía hasta los hombros. Un sucio mandil, manchado de sangre, le cubría el cuerpo. Era también un condenado a muerte. Se le perdonó la vida con tal de que hiciese de verdugo. Vivía en la cárcel donde no se le permitía salir sino cuando iba a ejecutar alguna «justicia». El oficio era duro y apenas se le daba un real diario y dos mudas de ropa al año, lo que con frecuencia olvidaban los alcaldes. Había matado, en realidad, pero en un momento de cólera o impulso de venganza por ultrajes recibidos, y ahora se lo daban por oficio. Sentía deseos de tenderse en el suelo y morir. Suplicaba que los dejasen morir. Se arrodilló y pidió perdón a los reos. Él también era esclavo. La gente se olvidaba de los reos para ver al verdugo. Uno de los espectadores dijo que al paso que iban pronto los esclavos serían los amos. Un viejo recordaba a otros esclavos ajusticiados por rebeliones anteriores. Otros hablaban de los acontecimientos de Francia. Un bergantín fondeado en La Guaira había traído noticias recientes; habían dado muerte al rey en la guillotina. Caro de Boesi sentía disgusto por todo lo que le rodeaba. Hundía los dedos en el teclado del cual se escapaban notas ardientes, suplicantes, cargadas de dolor y de cólera. Tenía junto a sí un libro de la Escritura. Lo abrió al acaso y sus ojos cayeron sobre el capítulo xxxiv de Jeremías, cuando el Señor ordenó que todos en Israel debían dar libertad a sus esclavos. Todos les dieron la libertad, pero se arrepintieron luego y se apoderaron de ellos por la fuerza, esclavos y esclavas, y les sujetaron de nuevo al yugo de la servidumbre. El Señor entonces expresó a Jeremías su indig-

nación por el insulto que se le había hecho «pues he aquí que yo promulgo para vosotros la libertad, y quedaréis a merced de la espada, de la peste y el hambre, y os enviaré desparramados por todos los reinos de la tierra». Caro de Boesi cerró el libro.

El plan primitivo trazado para su *Misa en Re mayor* era el siguiente: en los kyries se describe la esperanza del esclavo en la libertad y en la vida. Piensa que algún día será libre. Al amanecer contrasta la pesadumbre de sentirse esclavo y la alegría de la naturaleza. (Gloria). Todos los seres alaban a Dios. Solo él recuerda su propia esclavitud. Lleve o no cadenas el hombre es siempre esclavo. El que vende esclavos lo es tanto como los seres que pone en venta, equiparados a las bestias del campo. El hombre olvida su esclavitud en goces efímeros. ¿Por qué soy esclavo? –se pregunta a veces. Cualquiera sea su estado no encuentra ofrenda más preciosa sino la del dolor que lleva su corazón. Pero la esclavitud es transitoria. Su obra sería, pues, un gran poema, el de la aspiración del hombre a Dios, a su propia liberación.

V

Caro de Boesi no había amado nunca, o no había dado hasta entonces importancia al amor. Solo conocía por este nombre aventuras y amores fáciles. Ahora sentía dentro de sí como una fragancia nueva. No era fácil ver a Águeda. El amor hizo que la viese todos los días. Hasta entonces la vida de Águeda había sido irreprochable. Se decía que era una santa. Una tarde Caro fue a tocar vísperas en las fiestas de San José de Chacao. Se corrían toros, según costumbre. Águeda estaba entre los espectadores, frente al tablado de los músicos. La música, los torbellinos de polvo, los tablados cubiertos de espectadores, las mujeres que recompensaban con cintas y flores a los jinetes, el bravo sol y los cohetes que hendían el aire, formaban un cuadro de extraordinario colorido.

A la caída de la tarde bajaba Águeda del templete con otras damas y dejó caer una flor que Caro de Boesi recogió ávidamente, y luego ya marchita conservó junto con un mechón de sus cabellos entre los originales de la *Misa en Re*. Al otro día se hallaron casualmente en una excursión de campo. Los callejones se extendían amarillos, polvorientos, bajo el verano. Las mujeres

iban en carretas adornadas con flores. Los músicos se pusieron a perseguirlas. Caro de Boesi, acompañado con las guitarras, comenzó a cantar una canción de esclavos. Águeda tenía puestos los ojos en Caro de Boesi. Le parecía que toda la vida lo había visto. Así comenzó para ellos una dicha de varios meses. Don Felipe de Horta no tardó en dar aviso a don Vicente de lo que ocurría. Lo que más indignaba a don Vicente es que Águeda lo hubiese despreciado a él por un músico. Don Vicente pensó seguirle un proceso de divorcio ante el tribunal eclesiástico, pero el procedimiento era largo y enojoso. Se hablaría de él en la ciudad, y temía el ridículo. Además, aquello no dejaría de perjudicarlo con el nuevo obispo fray Juan de Dios Viana, hermano del conde de Tepa, de gran privanza en la corte, y debía muy pronto introducir en el Ayuntamiento una información sobre su calidad y limpieza de sangre. Pensó en condenar a Águeda a reclusión perpetua, bajo amenaza, si violaba la clausura, de encerrarla en la Casa de la Misericordia.

Caro de Boesi trabajaba en San Felipe, donde era maestro de capilla. Los días que no veía a Águeda le parecían interminables. De pronto vio a Águeda que avanzaba por la nave desierta. «Ah, pensaba en ti». Águeda se detuvo junto al órgano y extendió sus manos sobre el teclado. «Vienes cuando mi corazón te llama». Escribió rápidamente sobre el papel de música estas palabras que le sirvieron de tema para una sonata incluida más tarde al final del gloria. En breves palabras informó a Caro de lo que pasaba. Don Vicente lo sabía todo y ella misma corría gran riesgo. Apenas había encontrado tiempo para aquella entrevista que debía ser la última. Caro de Boesi cubría sus manos de besos y lágrimas ardientes. No supieron cuánto tiempo pasaron así. Águeda se envolvió en el sayo y salió apresuradamente. La peste desolaba la ciudad. Las naves de la escuadra que trajeron a Su Ilustrísima habían esparcido un mal contagioso. Águeda enfermó y murió, y según había mandado la enterraron con hábito de Santo Domingo, al pie del altar de los Dolores, en San Pablo.

VI

Caro de Boesi acostumbraba ir de noche a un billar de la esquina de San Pablo. Se reunían allí músicos, alarifes, canastilleros

de la plaza. Toda la crónica de la ciudad se conocía en estos billares. Se comentaban las noticias de Europa. El maestro de escuela don Simón Narciso Rodríguez solía frecuentarlo, y el alarife mayor del ayuntamiento, Maximiliano Solórzano. Rodríguez vestía modestamente. Sus maneras tímidas y la vehemencia de sus palabras contrastaban notablemente. Hablaba de su próximo viaje, si no le aprobaban cierto proyecto de enseñanza que había sometido al ayuntamiento, y al cual atribuía importancia excepcional. Se iría para no volver nunca. También decía Rodríguez que el mundo en el cual vivían daba señales de ruina. «Este fenómeno de la ruina o de la muerte de un mundo, añadía, se ha repetido unas cuantas veces». Las fachadas del templo de San Pablo y del hospicio de la Caridad se distinguían a la luz de un farol que colgaba de la esquina. En el centro de la plazuela el agua caía en la vieja fuente de piedra. Aquella noche, como siempre, Caro de Boesi se presentó en el billar. Su presencia no dejó de causar sorpresa. Su rostro revelaba un intenso sufrimiento. Llevaba consigo un violín. Lo palpaba y hacía resonar la caja con los nudos de la mano.

Maximiliano Solórzano hablaba de la nueva fábrica de la catedral, dispuesta por el nuevo obispo. Por orden suya los arquitectos habían comenzado a trazar los planos. Con tal motivo Solórzano preguntaba si las piedras de una fábrica tenían alma, y como tal era necesario cuidarlas. Solórzano hablaba de la influencia del sudor, salobre como el agua de mar que empapaba el barro y la piedra. Simón Rodríguez aseguraba que las ideas dejan huellas más indelebles. Las mismas arruinan a la misma piedra. Supone con cierto aire sarcástico que para los músicos serán los sonidos los que pueden quedar aprisionados en la fábrica. «No —dijo de pronto Caro de Boesi, después de escuchar en silencio—. Algo ablanda más la piedra o la argamasa y concluye por dejar surcos en ella. Son las lágrimas». Y en medio del silencio de los presentes tomó el violín mientras contemplaba los pálidos luminares del cielo. El arco descendió lentamente sobre las cuerdas. El agua de la fuente de la plazuela corría silenciosa en la noche.

VII

Don Martín Suárez, vecino de la antigua barriada de San Lázaro, cerca de la plaza de este nombre, donde habitaba una casa

destartalada, de ladrillos, una de esas casas ya desaparecidas, no dejaba nunca de asistir a los conciertos anuales de música sacra en el teatro de San Pablo. Se le veía siempre en primera fila, hombre alto, flaco, de rostro anguloso, vestido de negro, los ojos cerrados, en éxtasis, las manos apoyadas en un grueso bastón. Para don Martín el tiempo pasado revivía en aquella música. Coleccionaba los programas y anotaba cuidadosamente los cambios que observaba en la orquesta y en el coro. Don Martín guardaba entre otras curiosidades el libro de las Carmelitas descalzas, donde había profesado una tía abuela suya, y una escribanía de plata sobre un vargueño atestado de libros.[156] Trabajaba en una oficina de registro público, en una misma mesa con varios empleados, poetas y estudiantes, en la copia de escrituras de compra y venta de inmuebles. Entre esos empleados se hallaba Manuel Aguirre, poeta y violinista de la Orquesta Sinfónica, dirigida por el maestro Olivares, Don Martín desconfiaba de Aguirre por sus opiniones que le parecían un poco atrevidas, aunque no dejaba de verlo con amistad y simpatía. En general lo consideraba un comunista, pero guardaba silencio. Apenas si de vez en cuando un ligero rubor coloreaba su rostro. Escribía lentamente con su letra del siglo XIX, cuando una buena letra servía de recomendación. El número de operaciones diarias era considerable. En los diarios se hacía notar el desarrollo de la propiedad raíz en Caracas. Aguirre se permitía a veces observaciones contra el principio de propiedad.

Reinaba el ambiente típico de las casas de registro, una casa alquilada, porque el Estado carecía de dinero para construir sus propias oficinas, y porque por este medio favorecía a los propietarios con una buena renta. Los cuartos empapelados se destinaban a la firma de los protocolos, con los folios humedecidos por la saliva de los empleados, o de gente dedicada a estudiar escrituras para un posible litigio. El sol no penetraba en aquellos cuartos cuyas puertas se hallaban protegidas por batientes grasientos. Merodeaban los testigos de alquiler para darles a las escrituras el valor de sus testimonios. Buena parte de su tiempo empleaba don Martín en estudiar en los viejos protocolos las ventas, compras y traspasos de las propiedades de sus antepasados. Experimentaba cierta delectación en hojear aquellos papeles, como si en realidad viese las fincas con sus aguas, casas de labor, bestias y esclavitudes. Contemplaba aquella hermosa finca «Los Suárez» en el Tuy con

su torreón de trapiche, su casa de gruesos pilares y su jardín custodiado por viejos chaguaramos. La veía en el papel, como si en realidad fuese el heredero de todo aquello.

Cierto día entre aquellas escrituras le tocó la de la venta de su casa solariega, que había pasado por manos de varios propietarios. No cabía duda, era la misma casa, situada en el Este dos, entre San Jacinto y Doctor Paul, donde ahora existía un almacén de mercancías secas. Conservaba aún su portón de herrajes y algún arco del patio cubierto con techos de vidrio. El comprador era un rico funcionario de la administración, Orlando Dávila, cuyo nombre aparecía siempre en los diarios donde se elogiaban sus servicios honorables en las operaciones de registro y en las contribuciones para obras de caridad. Orlando Dávila apoyaba su mano derecha, adornada con un grueso brillante, en la mesa donde trabajaba don Martín. Pagaba bien a los empleados, a fin de que lo atendieran lo mejor posible, o no lo hicieran esperar. Observaba a don Martín, mientras escribía con desesperante lentitud. Al concluir el otorgamiento de la escritura que ponía en sus manos la casa solariega de don Martín deslizó en sus manos un billete de cien bolívares. Don Martín tuvo un estremecimiento y se negó a recibirlo. Dávila pensaba que la propina le parecía exigua y quiso extremar su generosidad, pero don Martín se puso de pies con aire indignado. Dávila no insistió. Le parecía increíble que alguien, sobre todo viejo y pobre, rechazase un billete de cien bolívares. La escritura era corta y Dávila se preciaba de ser espléndido.

En aquella casa, en el tiempo de su niñez, existía un cuarto con muebles muy viejos donde nadie entraba. Lo llamaban el cuarto de la emparedada, una tía de su abuelo, María Gloria, muerta hacía muchos años. Un día, por su causa, la casa se cubrió de luto. María Gloria estaba encinta. Se supo que de Jorge Gálvez, mozo llegado de España para recoger una cuantiosa herencia. María Gloria fue confinada en aquel aposento de la inmensa casa de los Suárez, al cuidado de una esclava. Gálvez llevaba una vida de lujo y disipación. Mantenía mesa puesta para los amigos en su quinta, a orillas del Guaire. Montaba los más hermosos caballos. Gálvez tenía protectores en Madrid, de quienes tenía recomendaciones para el gobernador. Un hermano de María Gloria, Carlos Vicente, era uno de los amigos más allegados a Gálvez. Se les

veía siempre juntos. Compartían una tremenda pasión por el juego. En las fiestas del último carnaval perdieron gruesas sumas de dinero. Ambos frecuentaban una casa misteriosa, situada en una colina, al sur de la ciudad, sobre vastas haciendas de caña, donde se jugaba furiosamente. Más de una fortuna había desaparecido en aquella casa. La noche era oscura. Muchos jugadores se agrupaban ya en torno de las mesas. Los candiles derramaban escasa luz sobre aquellas salas llenas de humo. La suerte sonreía a Gálvez. Ante él se amontonaban monedas de oro y plata. Uno de los apostadores puso sobre la mesa un collar de diamantes, una joya de familia, que también pasó a Gálvez. Ya cerca de la medianoche, Gálvez quiso retirarse. Carlos Vicente se hallaba apostado a la entrada del salón. Cruzaron un vasto patio, a la entrada. Gálvez trataba de anudar una conversación. Sentía que la mano de Suárez le sujetaba fuertemente por el brazo. Gálvez quiso desasirse. Suárez le retuvo. Discutieron acaloradamente. Después se trabaron en recia lucha. Suárez parecía llevar la peor parte. Sacó una daga y la hundió varias veces en el cuerpo de Gálvez. Este, agonizante, le dio el collar y la bolsa con el dinero ganado aquella noche a uno de los esclavos que aguardaban apostados a la entrada de la casa. Arrastraron el cadáver hasta un sitio distante, y entre los matorrales cavaron una sepultura. Suárez emprendió la fuga acompañado de un esclavo, hacia un hato de los llanos de Caracas. Se dieron órdenes de perseguirlo. Después se dijo que Carlos Vicente había muerto ahogado al cruzar un río. María Gloria debía sobrevivirlo más de cincuenta años.

Cada tarde don Martín se arrodillaba en la capilla de Nuestra Señora de la Antigua en Catedral. La luz de las claraboyas le daba en el rostro y hacía pensar al verle, en un hombre de otro tiempo. Rezaba allí porque bajo aquellas losas se hallaban los restos de sus antepasados. Era un voto de familia, y él lo cumplía, último descendiente. Costó algún trabajo que don Martín se resignase a la desaparición del jardinillo que rodeaba el Teatro Municipal.[157] Sobre todo la desaparición de la palmera de la esquina le produjo una crisis sentimental. Sin jardín el concierto del Viernes de Dolores perdía su mayor encanto. Bajo la brisa de aquella noche la palmera se adormecía. Las flores del jardín también se entornaban. Brisa, luna y flores hacían parte en aquella misa nocturna.

Aguirre hablaba a don Martín de la *Misa en Re* de Caro de Boesi que instrumentaban para tocarla en el concierto de aquel año.

—Ustedes saben —dijo el maestro Olivares al comenzar el concierto de aquella noche— que este es el viejo templo de San Pablo, y nuestros instrumentos tienen el poder de revivirlo todo. Mucho tiempo atrás, no sé cuánto, tenía a la espalda un cementerio de variolosos. La luna brillaba entonces, como ahora. —Se detuvo un momento mientras fijaba en los presentes sus ojillos inquisitivos.

El teatro surgía con la fachada mutilada, entre un montón de escombros. Centenares de obreros sacaban paletadas de tierra de un túnel en construcción, una profunda zanja junto a la cual ardían multitud de luces. Desde los parapetos o puentes se amontonaban los curiosos. Una grúa enorme apuntaba al cielo cubierto de estrellas. El escenario del teatro estaba desierto. En los palcos y plateas se amontonaban las sombras.

—Sí, que lo derriben todo —dijo una voz en el fondo del escenario.

Otra voz respondió en la oscuridad:

—Ya ha sido derribado.

—¿Hay algún radio por ahí? —preguntó otro músico, mientras empuñaba su violín en medio de la risa general.

—Es la voz de José Ángel Lamas —exclamó otro con sorna—. Las palabras se dilataban en la sala. Recordaban que Lamas recibió sepultura en aquel templo. Se decía que sus restos se hallaban bajo un losal junto a la puerta, a la entrada de la taquilla y el escenario. El director golpeó el atril con la batuta. Parecía erguirse sobre el montón de ruinas.

—Vamos a tocar la *Misa en Re* de Caro de Boesi, un músico que vivió a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Se cree que murió en Cumaná por orden de Boves, junto con otros músicos, pero nada cierto se sabe. Era de la Escuela de Chacao, discípulo de Olivares. Será lo más notable de nuestro concierto de este año, —hablaba así porque muchos de los componentes de la orquesta eran extranjeros. Gente llegada de diversos países.[158]

Don Martín Suárez asistió como siempre al concierto sacro de aquel año. Tenía los ojos cerrados. Cuando concluyó la ejecución en medio de aplausos que se prolongaron por varios

minutos –el teatro estaba lleno–, los empleados se acercaron y le sacudieron por el brazo. Estaba muerto.[159]

LA HOJA FÓSIL

Venezuela es una tierra maravillosa.[160] Esto se ha podido comprobar en todos los tiempos. La tierra más pobre fue también la más rica. La vida en Venezuela se deslizaba lentamente, con la lentitud de las operaciones hipotecarias que amasan o multiplican el dinero en silencio. Era lenta como los barcos de vela y las nubes amontonadas en los días de calma. Pero cuando la luz del primer pozo de petróleo brilló, en las densas soledades sobrevino un gran trastorno. Con la llama del petróleo la vida alcanzó rapidez vertiginosa. La tierra de Venezuela se cubrió de taladros, de Oriente a Occidente. Desde el Delta hasta la tierra del Catatumbo. Centenares de miles de hectáreas cubrieron las torres de las perforaciones. En Caracas, en Nueva York y Londres se publicaban estadísticas deslumbradoras. La escala de las toneladas métricas de la producción ascendía de modo incesante. La tierra llena de taladros. El suelo de Venezuela es rico, pero más rico todavía es el subsuelo. Aceite para abastecer las refinerías más grandes del hemisferio.[161] En todo el planeta las torres del aceite. Los geólogos han examinado las piedras calizas grises y negras. La piedra caliza cogollo y la piedra caliza luna. Los sedimentos del mioceno, el terciario, el cretáceo y el eoceno; las diferencias de las sierras que rodean el lago, las rocas y las aguas que descienden de la montaña al lago. Pero no han pensado nunca que hubiese algo más que petróleo, algo más que los reguladores de la producción no pudiesen clasificar netamente en cifras. También los que tienen fe en la estadística como en una verdad intangible lo han

olvidado. El mundo necesita petróleo. Lo necesita sobre todo para hacer la guerra,[162] y el alma de Venezuela se acurruca entre los legajos de papel sellado y en las cavernas, moradas de antiguos adivinos.

El geólogo Lincoln Clark, al servicio de la Venezuela Grenate Company, contempla la noche a la puerta de su caseta defendida con tela metálica. Las estrellas apretadas, centelleantes, miraban también desde el cielo, cruzado por el relámpago. Un poco más allá el geólogo Harry Field contemplaba también la noche. Clark entornaba los ojos y fumaba su pipa, mecidos sus sueños por la brisa. A lo lejos brillaban las luces de los campamentos y de los balancines. También brillaban las doradas luciérnagas. Un silencio misterioso envolvía la tierra. Un silencio espeso como aceite, y suscitaba en la mente de Clark pensamientos confusos. Sus ojos se llenaban de visiones extrañas.[163] Clark pensaba en aquella tierra de la cual manaba petróleo y del lago que estaba ahí con sus cordilleras sumergidas como un testimonio de lo ocurrido en tiempos pasados. Una molicie invencible le sujetaba.[164] Más allá de los campos de petróleo se extendía la línea negra de selvas y montañas.[165] El hombre de retina azul sabía que los ojos de la selva no se cierran nunca.

No bastaba defenderse contra el mosquito y la fiebre.[166] Los blancos al trasponer el límite de las tierras profundas se hallaron cuatrocientos años atrás con la flecha del indio. Los motilones como los de otras tribus o naciones se defendieron con fiereza. El perro de presa, la horca y la servidumbre exterminaron al indio. La selva amparó los restos de la raza vencida. En el siglo XVI los indios motilones, como los zaparas y aliles, arrebataron al conquistador Domingo de Argüelles su mujer y sus tres hijas, y tuvieron en ellas descendencia. Cuando años más tarde una expedición organizada para rescatarlas logró su objeto, las mujeres blancas pidieron de rodillas la vida de sus maridos que fueron ahorcados. Un hermano de las cautivas degolló a los hijos de estas, y luego enloqueció de furor y desesperación. Trescientos años después los hombres de la selva se aprestaron a defender sus tierras de los blancos armados de rifles, anteojos y máquinas. La última etapa de la resistencia de la tierra fue la de los motilones. El avance de los exploradores era señalado por las sublevaciones de los hombres de la selva. El hombre blanco se propuso exterminarlos con gases

asfixiantes. Luego pensó utilizar los bombardeos aéreos. Pero esta era ya historia antigua. Las tierras estaban desmontadas y las llamas de los escapes de gas se volvían cárdenas al atardecer. Una luz fantasma, agónica. Los hombres de la ciudad no entendían que los salvajes saliesen a defender sus tierras. Los hombres de la ciudad cobraban impuestos, compraban y vendían, hacían concesiones, contratos y traspasos. Los indios eran salvajes. No tenían códigos impresos ni partidos políticos. El motilón conocía perfectamente su derecho a la posesión y defensa de la tierra. «Piense usted –solía decir Juan Miguel Caldas al doctor Santos Fructuoso Albimanus, S.F. Albimanus (abogado), según se leía en sus tarjetas elegantemente timbradas (Albimanus no gustaba de sus nombres de pila y prefería firmar con sus iniciales)[167]– que el salvaje hubiese adoptado el lenguaje del hombre moderno y hablase de la agresión del hombre civilizado. Seguramente lo calificarían de agresor y culpable de haber desencadenado la guerra». Albimanus no podía comprender semejante manera de expresarse, y miraba a Caldas entre sorprendido y escéptico.[168] Caldas se le aparecía como un hombre arbitrario, extraviado en ideas peligrosas, verdadero tipo de «resentido», palabra que halló entonces bastante fortuna. «¡El hombre civilizado: un salvaje! Pero es distinto. Entre uno y otro hay distancias inmensas». «Es lo mismo –respondía Caldas–. Solo que el llamado salvaje no dispone de radios, aviones y bombas. Es aceptable declarar la guerra si el interés de un país, o de varios países, así lo requiere. Pero un motilón es salvaje si defiende su tierra. El hombre civilizado no entiende ese derecho, mucho menos si el salvaje se opone al avance de sus explotaciones». «De esta guerra –decía de pronto Albimanus, como acostumbraba cuando quería cortar una discusión importuna– va a salir algo inesperado que cambiará la faz del mundo. Anótelo usted. La guerra ha sido siempre factor de progreso. Recuerde lo que le digo». En el horizonte descollaban las formas chatas, grises, de los depósitos de gasolina.

Lincoln Clark era hombre de treinta y cinco años, graduado en Chicago. El noticiario del Boletín de la Asociación de Geólogos Americanos anunciaba su presencia en Maracaibo. Clark escribía algunas observaciones para su colega de la Gulf sobre los esquistos y cristales de la Sierra de Perijá. También se preocupaba por el historial de ese tipo humano que congregaban

las torres de petróleo en torno suyo. Le atraía sobre todo lo que pensaba el hombre de las ciudades. En las soledades del campo petrolero leía a Oviedo y Baños, cuya tumba puede verse aún en la catedral de Caracas. En 1686, José Antonio Oviedo y Baños visitó el pueblo de Maporo, sobre el lago, y comprobó que la madera sumergida en el agua, sobre la cual se levantaban las viviendas, al cabo de varios años se hacía tan dura como la piedra. Oviedo y Baños consignó el hecho en su *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Cuando la población de Lagunillas fue destruida por un incendio se afirmó que no podía ser por causa de capas de petróleo derramadas sobre el lago, pues los horcones que sostenían las casas se hallaban intactos.[169] Sin embargo, en villorrios y campamentos se oía decir: «La mapora no arde». Dentro del agua la mapora adquiere consistencia de piedra. Lagunillas estaba construida como las rancherías de los indios que trajeron a la mente del blanco el recuerdo de Venecia, y de su tumba de la catedral de Caracas, envuelto en su capa del siglo XVII, el historiador salía a dar su testimonio. Los hombres del aceite, las máquinas de los taladros resucitan a los muertos.[170] Clark se detenía a menudo en aquella página donde se relata el suplicio de Sorocaima. Creía hallar en él un verdadero símbolo. El genio de la tierra se encontraba allí independiente de razas vencedoras y razas vencidas. Sorocaima tendía el brazo y se alejaba en la noche, sin proferir una queja, con el muñón sangrante y la mano cortada en la otra. Tales pensamientos le saltaban también cuando Mr. Hynk Orme le mostraba en su casa de Chacao, frente al Ávila, sus tesoros bibliográficos acumulados pacientemente, entre otros un ejemplar de la primera edición de Oviedo y Baños, impresa en Madrid en 1723. Creía ver, mientras leía por encima del hombre de Orme, que el historiador le alumbraba con una llamita de petróleo. Las letras se coloreaban, cobraban vida. Creía ver que se escapaban en confuso tropel de imágenes y corrían a hundirse en las aguas del lago. En la biblioteca de Orme tenían lugar preferente antiguas ediciones de los cronistas de Indias. Las hojeaba con deleite, mientras humedecía el pulgar en la boca, al volver cada página, y hacía ver sus raros y fastuosos grabados. Estaba siempre a caza de bibliotecas muertas, de ventas de libros viejos que adquiría por cantidades irrisorias y vendía a precio de oro a institutos y sociedades del Norte. Al efecto disponía de

corresponsales o agentes en todas las poblaciones de Venezuela. En Caracas los libreros de lance le llevaban ejemplares curtidos por el tiempo y el abandono que resultaban verdaderos hallazgos. Orme prefería particularmente los libros editados en Caracas cien años atrás que tanto contraste ofrecen con los burdos libracos, pesado material tipográfico, sin arte ni esmero, plagados de errores de los talleres modernos, cuyo único cuidado es el de la factura de costo de la edición. Orme se deslizaba entre aquellos libros cuidadosamente alineados donde la historia se hallaba oprimida, encerrada bajo siete llaves. La brisa penetraba en la estancia silenciosa, sin acordarse de que el país Venezuela existía antes de llamarse con este nombre y las serpientes de sus ríos cruzaban las inmensas llanuras mientras las corrientes humanas se desvanecían en el tiempo. Venezuela era una sola bajo los caribes, los españoles y los hombres del petróleo.

Clark y Orme se asomaban a la ancha ventana de la estancia que servía de biblioteca. Ante ellos el Ávila se levantaba con la fuerza y majestad de un viejo cacique.

***

En los campamentos petroleros la vida se mide por millones de años. El hombre moderno disfruta de un trabajo prehistórico. En aquel tiempo la vida tomaba formas imperfectas como los bocetos de una obra que no llega a concluirse nunca. La tierra estaba poblada de monstruos, de reptiles voladores. El geólogo Harry Field tenía en su mesa de trabajo una hoja fósil encontrada a nueve mil pies de profundidad.

Perfectamente se distinguían sus libras bajo la luciente superficie color de fuego. Field gustaba de contemplarla como una obra de arte. Según aquel cómputo hacía apenas un instante que se estremecía con el viento en el gran rumor del bosque. Field miraba en ella el proceso geológico del mundo, incesantemente renovado, hasta el momento en que a él, Field, le era dado contemplar la luz antes de sumergirse en la nada. Era realmente maravilloso lo ocurrido en tanto tiempo. Los milenios pasaban veloces sobre la tierra. Después de inmensos periodos de tiempo formas de vida aparecieron sobre la superficie rugosa.

Las rocas conservaron hasta la huella de los insectos. La vida tomaba formas imperfectas como los bocetos de una obra que no llega a concluirse nunca. Mares y continentes surgieron y se alternaron en el planeta. Lo que era un tiempo región seca se convertía luego en lecho oceánico, donde los detritus de la tierra sepultada forman una estrata similar a la de la superficie, y al emerger de nuevo ofrecen sus suelos renovados a la acción de los elementos y de la vida vegetal y animal. La tierra se halla así en proceso constante de creación. La vida se elabora sobre la muerte, hay un perpetuo nacer y morir, y el mundo expuesto a la luz vive sobre el inmenso pasado. Field tenía en su mente la estructura geológica de Venezuela. El vasto oleaje subterráneo, a través del cual el petróleo migra y se introduce en las rocas. Su gran preocupación era el hallazgo de una nueva zona de petróleo, dentro de la región del lago, que superarse al de Lagunillas y de cualquier campo hallado hasta entonces. Se libraba la batalla del petróleo. La victoria sería del que dispusiese de mayor cantidad. La geología desempeñaba papel importante en esa batalla. El Estado Mayor dependía en gran parte de la geología. Los fósiles suministran preciosas indicaciones. Enjambres de aviones despegaban de sus bases al atardecer y arrojaban toneladas de aviones sobre ciudades lejanas. Petróleo, más petróleo.

***

La atmósfera de los campamentos petroleros influye de modo particular en los habitantes. La fiebre de las máquinas y de las concentraciones humanas se extiende a grandes distancias. John Lane pintaba para Rockefeller las nubes y los campos petroleros. Las torres y cabrias que rivalizan con las palmeras. Nubes oscuras de cierto color rojizo que recuerdan[171] las nubes grises o negras pintadas por el Greco una tarde de tormenta.[172] El geólogo Harry Field comparaba la hoja fósil, que según sus cómputos brillaba no hacía mucho bajo el sol, con Aurora Durán la Yarajuna, dorada como una luciérnaga. La belleza de los seres y las cosas reside principalmente en su condición efímera. Lo peor que puede ocurrirse es conservar su apariencia física, sin la gracia y el movimiento que tenían en vida. La vida de Aurora experimentó un cambio notable al encontrarse con Lane. Era una india

por cuyas venas corría sangre blanca. Lane la miraba como una bestezuela. Una mujer que tenía el color de la tierra, las lejanías de aquellas rutas que llevan a la Guajira, cruzadas por algún fresco río. Lane aseguraba haberla encontrado una tarde, mientras se bañaba en el lago. Sus padres, refería, la habían vendido por diez cabezas de ganado al dueño de una estancia de cocos.

Era la costumbre de gente que vive como sus antepasados más remotos. Cuando la muchacha entra en la pubertad los padres siguen con interés el desarrollo de sus cuerpos, y según su belleza calculan el precio que pueden sacar por ella. El amo la maltrataba y se consideraba defraudado. Aurora huyó una noche en compañía de Manuel Orozco, un obrero natural de Adícora, especializado en colocar pilotes para los taladros en el lago. Después estuvo en una de esas casas de placer distribuidas convenientemente en las zonas de explotación. Lane tuvo la ocurrencia de pintarla desnuda, con una capa color de sangre sobre los hombros. Una de esas capas que usan las guajiras, inventadas quizás por los misioneros para cubrir la desnudez de las indias. En la pintura de Lane la capa estaba formada por un tejido de avioncillos. Las grandes motas de algodón que adornaban sus sandalias, fueron sustituirlas por dos llamas. Un cuadro exhibido después en Caracas que contribuyó grandemente al éxito de Aurora Durán, adorada por hombres como Darío Palma, gran publicista, director del «Gabinete de la Celebridad». Representaba, según Lane, uno de esos momentos del mundo sobre el cual pasa la muerte con su poder de vida y renovación, simbolizada en la mujer primitiva. En el cabaret la llamaban Aurora, pero su verdadero nombre era Uriyú. Field la llamó Citherella. Aurora soñaba con el amor y la libertad. Deseaba dinero para lograr su rescate, o librarse del cabaret y cobrarse las afrentas recibidas.

Durante algún tiempo Aurora o Citherella alegró la vida de Lane. Un día se halló con su aposento vacío. Estaba allí la hamaca color de rosa, las sandalias adornadas con aquellas grandes motas de algodón, no así el cuadro que la representaba. Fue el mismo día en que Manuel Orozco se rebeló contra su capataz en el campamento. A las injurias de este respondió con una cabilla y lo hirió en la cabeza. Orozco huyó dándole por muerto. Aquella misma tarde Lane se ahogó en el lago.

En otro tiempo Orozco había servido a Clark como chofer. Era un hombre alto, de piel tostada. Su mirada revelaba voluntad. En el campamento se le veía con desconfianza, como a la mayor parte de los nativos. Eran audaces, resistentes para el trabajo y sabían morir. Durante sus viajes por aquellas soledades conversaban a menudo. Clark tuvo entonces la revelación de las luciérnagas como compañeras de viaje.

«Las palabras son como las nubes» —decía Orozco—. «¡Oh! Pero ¿en qué se parecen las palabras a las nubes? » —preguntaba Clark—. «En muchas cosas. Las nubes forman figuras, imágenes. También las palabras tienen la misma acción de la lluvia que fecunda la tierra». Clark miraba asombrado a Orozco. Le parecía increíble que hablase de ese modo. Orozco era filósofo y poeta. También le parecía un bandido. Y recordaba las nubes pintadas por Lane. Las nubes que se extendían sobre el mundo.

En Venezuela hay petróleo indígena y petróleo migrante a través de las rocas. El petróleo difiere según su país de origen y según las profundidades de las capas de donde proviene. Todo esto parecía enlazarse con la historia de las colonizaciones. En las profundidades de la noche cruzaban sombras silenciosas. A lo lejos la llama de los mechurrios recordaba los incendios de la conquista. Clark sentía sobre sí la mirada gris de Field. «¿Sabe usted, Field –dijo para interrumpir aquel silencio y movido por el curso de sus pensamientos– que en Venezuela abundaba la miel cuando aparecieron los europeos? Abundaban las abejas y los árboles gigantes».

Para Field Venezuela era una Mesopotamia. Volvía a su tema favorito de la semejanza entre el mundo moderno y el mundo prehistórico. El hombre trataba de imitar a la Naturaleza y sus aparatos mecánicos seguían el mismo proceso. Muchos milenios habían pasado. Otros milenios pasarían sobre el mundo. En la soledad de la noche las estrellas tenían más intensos reflejos.[173]

EL GABINETE DE LA CELEBRIDAD
(Crónica de los años de guerra)[174]

Coincidió el auge de la explotación del petróleo con el gusto o afición por las antigüedades o vestigios de la época española. Viejas tablas fueron exhumadas. Sillas de suela, claveteadas. Libro de oraciones. Candelabros de cristal con altos parabrisas dentro de los cuales agonizaban lívidas luces. La venta o imitación de estos objetos llegó a constituir un pingüe negocio. Celebráronse al mismo tiempo una exposición de estas antigüedades y una exposición de petróleo.[175] Retratos de señores con peluca y damas de abanico, propietarios de esclavos. Pequeños balancines junto a las poblaciones petroleras. Por este tiempo las faldas del Ávila se cubrieron de lujosas quintas. El doctor Darío Palma abrió su Oficina de Publicidad Universal, la OPU, que en poco tiempo lo hizo rico. Se le llamaba el «Gabinete de la Celebridad», porque allí se decidía la suerte de políticos y escritores y hombres de negocios. Una consigna de Palma, asistido por un estado mayor de técnicos de propaganda podía anular o abrir paso a una brillante carrera. Al mismo tiempo que productos industriales y operaciones financieras de vasto alcance se lanzaban reputaciones científicas, políticas y literarias. Se hacían biografías, poemas, artículos, ensayos, cuentos. El Gabinete de la Celebridad era un laboratorio donde se manipulaban fórmulas, recetas para escribir, cuyo secreto solo poseían los iniciados. De allí salieron ministros, diputados, grandes escritores, poetas como Sergio Luque, autor de los famosos poemarios *El maniquí de las estrellas* y *El anzuelo roto*, traducidos en breve tiempo a varios idiomas.[176]

Con genial perspicacia Palma descubrió el fenómeno que se operaba. La gente cambiaba de carácter. Los espíritus prácticos quisieron ser soñadores y los soñadores espíritus prácticos. Al dejar la universidad Palma fue periodista, pero como tantos otros en forma accidental. Practicaba la vieja experiencia de que el periodismo abre todos los caminos con tal de retirarse a tiempo. Sus oficinas se hallaban dispuestas con arte digno de un gran director escénico. Artistas de distintos países, entre ellos el húngaro Esteban Chamosky, revolvieron catálogos y poemas, historias del arte de todos los tiempos para lograr aquellas expresiones geométricas en muebles y decorados, de modo que el conjunto respondiese a los deseos de Palma de parecer un artista convertido en hombre de negocios o un artista para quien los negocios tienen cierta forma de arte. Palma describía al hombre como una abstracción geométrica. Aseguraba, a veces, que tales expresiones representaban el espíritu musical que se abrigaba bajo los bosques centenarios de Caracas, o el espíritu de una mujer como Victoria Payo. Los clientes no podían dejar de impresionarse cuando eran introducidos en aquel gabinete mitad estudio, mitad alcoba, desde cuyos ventanales se contemplaba el Ávila.

Darío demostraba que por medio de sus servicios se elevaba la personalidad del cliente en lo político, literario o industrial, según le conviniese. Aconsejaba métodos, sistemas, exponía planes con tal vivacidad y energía que lograba convencer fácilmente a los interesados. Su modo de expresarse variaba, según la persona con quien hablaba, pero siempre de modo imperativo, como si no admitiese la más leve objeción a sus palabras. Disertaba ante sus prospectos y formularios con pomposidad increíble. «Es un negocio como cualquier otro —afirmaba Palma—. La celebridad, el éxito, son materias cotizables. Organizar una propaganda vale tanto como ganar una batalla. El genio del mundo moderno es la propaganda. Si se hace propaganda a los productos industriales o a las ideas políticas, no hay razón para que no se le haga a un individuo cualquiera, parte en definitiva del capital humano. El dinero es el mejor aliado del arte. Es necesario conquistarlo para no depender de nadie. El dinero está por encima del hombre mismo. La meta suprema, la aspiración de todas las épocas ha sido y será el dinero. Solo el amor, como fuerza suprema, podría rivalizar con él, y aun así el amor no se

concibe sin el dinero. Cuando un país produce un millón de barriles diarios no puede pensar de la misma manera que antes, cuando apenas poseía unos cuantos granos de café y de cacao. La obra de arte solo puede surgir cuando el oro fluye de las manos del artista. Nuestra literatura, nuestro arte son tan pobres por esa mendicidad inherente a la condición del artista entre nosotros». Palma hablaba como arrebatado por la fuerza de un numen. Las palabras se atropellaban en sus labios. Golpeaba con los puños el cristal que cubría la mesa de trabajo donde gustaba mirarse con cierto deleite narcisista. Al mismo tiempo Palma explanaba su teoría de la acción por medio del sueño, sin el cual, alegaba, se malograba la facultad creadora. El sueño es el estado mágico que permitía llevar a cabo grandes acciones y alcanzar al mismo tiempo la más alta verdad poética. Héroes, sabios, artistas, sin exceptuar políticos, hombres de negocios, no eran en el fondo sino miembros de una casta de sonámbulos o alucinados. En sus transportes Palma se consideraba a veces un alquimista. Creía ver ante sí la llama del petróleo. El petróleo se convertía en oro, y el oro en poder, en amor glorioso, en satisfacción de multitud de necesidades y placeres. En el imperio del petróleo los hombres se agitaban febrilmente. Su mismo silencio estaba cargado de ráfagas tempestuosas. Los geólogos tenían razón. Si el petróleo adquiere las propiedades del suelo donde se produce, también los seres humanos sufren una transformación parecida, y obran bajo su influencia de un modo peculiar. A sus ojos la llama se agitaba y ejercía en torno suyo cierto poder cabalístico.

El gusto por las antigüedades favoreció los planes de Darío Palma. Los diarios estimulaban esta pasión, y concedían mayor importancia al pasado que al presente por medio de un inmenso número de escritores de ambos sexos, que con furiosa emulación trataban los mismos temas, aunque sus frecuentes inexactitudes desesperaban a los más entendidos. La colección del doctor Carlos Luis Almendáriz se contaba entre las más ricas. Figuraba en ella una espada del siglo XVI hallada en los campos petroleros del Zulia, obsequio de Lincoln Clark. Una espada de los conquistadores de aquella región, a los fundadores de Gibraltar y Nueva Zamora en el lago de Maracaibo, los que durante largo tiempo sostuvieron guerra con los indios zaparas y aliles. Almendáriz la mostraba con orgullo entre otras armas de distintas épocas y procedencias, las

cuales reputaba con razón como verdaderas joyas. Esta pasión por las reliquias de otro tiempo no le impidió vender una vieja casa a la firma Calzins & Compañía por la cantidad de un millón de bolívares. La operación le convenía y no podía dejar de efectuarla, según le comunicó a Thomas Leffman –escribía su nombre de pila en inglés por parecerle más distinguido– a quien llamaban M. Chippendale, por sus continuas alusiones a los muebles o estilo de este nombre, y Roberto Solano, fervientes partidarios de la arquitectura colonial. La firma Calzins deseaba demoler la casa para construir un edificio. Durante más de doscientos años la casa construida por isleños ricos que poseían esclavos y una sepultura en San Jacinto, mostró su fachada barroca de grandes ventanas de hierro, con las armas de sus dueños sobre el portón de herrajes. Almendáriz apartó para sí una puerta de cuarterones que daba al patio del fondo, una puerta velazqueña, decía Roberto Solano, y el rosetón dorado que sostuvo magnificente candelabro en la sala principal, que luego destinó a su casa de «Los Caleros». En el portón de la calle se leía ahora escrito con toscos caracteres: «Se venden viguetas y tejas». Y más arriba sobre un cartón anaranjado:

EMPRESAS DE DEMOLICIONES
ALFONZO, ÁVILA & COMPAÑÍA

Semejante contradicción se explicaba fácilmente. Almendáriz no amaba sus antiguallas sino por creerlas propias de un hombre distinguido. Era una época muerta aquella, pensaba para sus adentros, y de lo que representaban esas vetustas casas sino ruinas, derribos, escombros, y los beneficios del terreno donde se hallaban construidas. Además no dejaban de ofrecer alguna ventaja en la misma política. Así, mientras afirmaba con lenguaje solemne en la Sociedad de Anticuarios y Artistas: «Estas viejas casas son los sillares de la patria», creía y no dejaba de expresarlo en privado, que eran «vestigios de un orden abolido, casas construidas con arreglo a ideas y creencias que ya no existían».

En su despacho no se introducía ningún expediente que no tuviese muy bien establecido su entronque con alguna fortuna debidamente clasificada, o el historial de las fincas que debían constituir garantía hipotecaria. Una mesa ovalada con sillas de alto espaldar en medio de estantes donde se hallaban reunidas

las obras de los más famosos jurisconsultos, indicaba la importancia de los asuntos que allí se trataban. Reinaba en aquellos departamentos alfombrados de rojo el silencio indispensable al estudio de cuantiosas herencias y litigios de bienes, o las consultas de la Venezuela Grenate Company, de las cuales Almendáriz era abogado sobre concesiones, contratos, y propiedad del suelo y del subsuelo. Un silencio solo interrumpido por el tecleo de las máquinas de escribir y el golpe de las horas se desprendía de un gran reloj de sonido argentino. El doctor Almendáriz no era ciertamente como el doctor José Fructuoso Albimanus, o el doctor Sebastián Quiñones Lanza cuyas operaciones en el ramo de petróleo deslumbraban a los más audaces. Almendáriz era más discreto. Sus ganancias en este ramo eran considerables, pero sabidas del público. Presumía descender de la antigua familia de este nombre, familia de conquistadores, y trabajaba cuidadosamente en la formación de su árbol genealógico, a cuyo efecto había contratado los servicios de un especialista en heráldica. Un conde Almendáriz había vivido en Caracas a mediados del siglo XVIII.[177] Otro Almendáriz, José Domingo, viejo y achacoso, que se decía descendiente directo de este conde, vivía en una habitación pobremente amueblada, en uno de los barrios de las colinas del Oeste, calle del Descanso, de Monte Piedad. Se le veía descender todas las tardes, y apoyado en su bastón detenerse a contemplar la ciudad desde las escalinatas del Calvario. O a veces a la puerta de la catedral departir con gente de su tiempo. La puerta de la catedral formaba un marco a su rostro de corta y espesa barba, y le daba el aspecto de un personaje arrancado de algún lienzo de otra época. José Domingo poseía infinito desprecio por el dinero. A la muerte de uno de sus parientes halló entre sus papeles documentos de personas que le debían dinero y durante una tarde se entretuvo en quemarlos con magnífica indiferencia. Ostentaba su pobreza con el mismo orgullo que los nuevos magnates sus millones.

En 1936 el doctor Almendáriz fue elegido diputado como uno de los hombres llamados entonces «progresistas y preocupados». En este mismo año vendió sus fincas agrícolas en el valle de Caracas para convertirlas en inmuebles urbanos. Los trabajadores exigían mayores salarios y emigraban en masa a la ciudad donde se enganchaban en los trabajos públicos, o se convertían

en buhoneros, además de que las leyes del trabajo decretadas aquel año, en las cuales el mismo Almendáriz tomó parte como miembro de la comisión redactora, eran ruinosas para la agricultura, según su dictamen privado. Llegaba gente de todos los países amedrentados por las perspectivas de la guerra próxima. El aumento de la población aseguraba el aumento de alquileres y la valorización de los terrenos en una proporción indefinida.

Algunos metros en el zaguán de una de las casas abandonadas –sus habitantes emigraban hacia las nuevas urbanizaciones– daban mayor renta que tres casas juntas en años anteriores. En salas y zaguanes se instalaban perfumerías, gabinetes de modas, expendios de frutas o refrescos con enormes refrigeradoras, establecimientos de platería, tiendas de ropa hecha, mercancías provenientes de todo el globo. El doctor Almendáriz vio en poco tiempo aumentada su fortuna. Sin embargo, los urbanizadores de fincas rústicas comenzaban a obtener ganancias que sobrepasaban todos los cálculos, por lo cual Almendáriz se consideró defraudado. Su hacienda «Toromaina», por ejemplo, de la cual se reservó la casa con espaciosos corredores y jardines, y un fondo de Ávila, le dejó al comprador, Nathaniel Havock, una ganancia de varios millones, bastante pequeña si se compara con la que después obtuvieron otros urbanizadores. En sus empresas Havock hacía valer los motivos que se relacionaran con la historia de Caracas, como ese nombre de Toromaina que recordaba a los primeros pobladores de la tierra y al pájaro de alas de fuego cuyo vuelo cerníase sobre el valle. Almendáriz quiso reparar este descalabro al casar a su hija María de las Mercedes con Elías Havock, hijo de Nathaniel, quien por su parte deseaba que su hijo emparentase con los Almendáriz, pero este proyecto que uno y otro hallaban satisfactorio, vino a concluir en un fracaso. Su hijo Carlos Luis estudiaba en Harvard, a fin, aseguraba, de librarlo de las influencias del medio, y se formase una mentalidad diferente a la del común de sus compatriotas. Almendáriz detestaba las ideas, costumbres y creencias predominantes en el país.[178] Almendáriz, con todo, no se hallaba en buenos términos con su esposa María Adelaida Morgandoz, perteneciente a una familia cuya fortuna se remontaba a los primeros tiempos de la República. Los Morgandoz especularon con bienes nacionales y adquirieron fincas de emigrados realistas. Sus facciones recor-

daban un tanto las de su abuela, según un retrato, obra de Gros[179], durante su estancia en Caracas, en 1839, que la representaba en un momento de su belleza otoñal. Un Morgandoz fue enviado a Francia para dar gracias al rey Luis Felipe por la condecoración de la legión de honor otorgada al general Páez. La princesa María Adelaida, hermana del rey, se dignó sonreírle, cuando fue admitido a su presencia, lo cual consideró de cierta importancia en las relaciones de los dos países, y se apresuró a comunicarlo a su gobierno. En recuerdo de este acontecimiento Morgandoz puso el nombre de Adelaida a la hija que le nació aquel año, y el nombre se hizo tradicional en la familia. María Adelaida no sentía afecto por su marido a quien tenía como hombre de espíritu vulgar y mezquino. Se creía nacida para estimular una gran existencia. Venezuela, afirmaba, debía desgarrarse el seno y dar al mundo una generación de hombres extraordinarios. María Adelaida era gran lectora, leía sobre todo libros de historia, y creía que tarde o temprano debía producirse ese momento. No podía compartir estos pensamientos con su marido, mucho menos con sus hijos, demasiado satisfechos de sí mismos.

El doctor Almendáriz consideraba a su mujer una loca, con la cabeza llena de excentricidades, y olvidado de las tierras de los Morgandoz, razón principal de su matrimonio, apenas concebía que hubiese podido casarse con ella. María de las Mercedes era gran deportista, interesada en la cría de caballos, amazona que ganaba trofeos en pruebas hípicas. Varias generaciones habían dado su aporte a este singular tipo de criolla con la nariz algo chata, de ojos oblicuos, boca ancha, cabellos lisos, negrísimos. Podía verse en ella cierta inquietud interior, y a la vez una imperceptible sombra de nostalgia. Gran contraste formaban su inquietud y la casa colonial de patios claustrales. No se parecía a ninguna Almendáriz, ni tampoco a los Morgandoz. Era una obra distinta de la naturaleza. Carlos Luis, también aficionado al deporte, estudiaba para obtener un título y defender su fortuna. Era el mismo Almendáriz con un sentido menos roñoso del dinero, mocetón sano y fuerte. Cuando llegaba de vacaciones apenas dedicaba varios momentos a su madre, de quien se consideraba separado por una distancia inmensa. Nada le interesaba tanto como las marcas de automóvil y la satisfacción inmediata de sus deseos.

Corría por los paisajes abiertos, heridos por las carreteras, en los dominios de las antiguas haciendas. Para Carlos Luis el mundo era tal como debía ser, la obra de una serie de azares felices o desgraciados en cuya realización tenía la mejor parte. María Adelaida lo creía demasiado banal y mezquino. Un futuro que saliese de semejante presente no podía ser muy halagüeño. Sus hijos no eran como hubiera deseado. María Adelaida compartía sus ideas con Cecilia Arguinzonis, la esposa de Darío Palma. Se las veía siempre juntas, unidas por pensamientos comunes y un destino más o menos semejante. Cecilia deseaba unir su suerte a un hombre de generosos ideales, un tipo tal como se lo había formado bajo la influencia de sus lecturas. Creyó encontrarlo en Darío, estudiante pobre. Todo en él parecía revelar el fuego capaz de alimentar las grandes pasiones. Al principio compartieron alegremente su amor y su pobreza, pero luego Darío apareció contagiado por la pasión del dinero. En esto ya no fue diferente de Almendáriz, o de todo el mundo. Le aseguraba que trataba de llevar a cabo en la vida, de un modo práctico, acaso más difícil, las obras que no había podido escribir. Ya quedaba tiempo para esto. El escritor, según Palma, era un hombre de acción fracasado.[180] Necesitaba demostrar que se podía ser ambas cosas a la vez. Esta experiencia enriquecía seguramente su acervo intelectual para la obra futura. Además Darío unió pronto su vida a la de otra mujer, una de sus colaboradoras en la OPU, Victoria Payo. Darío aseguraba que a Victoria debía la mayor parte de sus éxitos. Victoria fue un tiempo aeromoza en una de las líneas que hacen el servicio entre Maiquetía y Nueva York. Tenía cierto aire de misterio, una de esas mujeres que despiertan cierto interés y a veces grandes pasiones. Su mirada revelaba desde luego un carácter altivo, imperioso, decididamente inclinada al mando. Victoria leía siempre obras revolucionarias. De todos sus pretendientes aceptó a un empleado de aduanas, Roberto Douglas, un venezolano que vivía en Nueva York, su nombre paterno era Villena, pero el Douglas por el lado materno le resultaba más ventajoso, ocultaba su condición de latino. Douglas la abandonó justamente en los días que conoció a Palma. Victoria creyó hallar un campo propicio a sus ambiciones, el punto de apoyo indispensable para sus planes. Se amaron furiosamente. Al principio todo marchó bien, pudieron guardar el secreto, pero luego

Victoria exigió que esta unión fuese declarada. Su amor verdadero que consideraba legítimo era Darío. Sufría terriblemente por ocultarlo, lo cual le parecía humillante, innoble. Darío prometió hacerlo. Sentía una extraña voluptuosidad en obedecerla. Cecilia oyó en silencio la confesión. No hubo escenas, y así lo esperaba Darío. Permanecieron algún tiempo con las manos enlazadas. La noche era hermosa. Largos murmullos se oían en el jardín. En una noche así habían vuelto con las manos enlazadas el día de sus bodas. Cecilia se limitó a decir: «No has podido escribir un cuento mejor». A Darío se le agolpaban las palabras a los labios. Deseaba pedirle perdón, pero terminó por guardar silencio. En su mente Darío comparaba a Cecilia, de una expresión casi maternal en aquel momento, con Victoria, que se le aparecía como una flor de aromas embriagadores, abierta en la noche cálida. Desde entonces se dedicó a educar a su hijo, el pequeño Darío, y a trabajar con un grupo femenino que se interesaba por el bienestar de la población infantil de los barrios en los cerros. A este grupo pertenecía María Adelaida. Se dedicaban a despertar ideas, vocaciones en la mente de niños desarrapados. Los hacían ejecutar dibujos y obras manuales. Trataban de educarlos para que fuesen útiles. Al principio Darío se hacía reproches por su conducta, pero Victoria le era tan indispensable a su vida como Cecilia. Se hubiese sentido tan infeliz si Cecilia lo hubiese dejado, como sin la compañía de Victoria. Se veían apenas durante el poco tiempo que Darío pasaba en la casa. Con los días llegó a considerar esta situación completamente normal.[181]

NOTAS

El monje Fabián

1 Resulta esclarecedor confrontar el estilo de este relato con el de la novela *Después de Ayacucho*. Exactamente coetáneos, ratifican que la escritura de tono anacrónico fue una decisión, quizás desacertada, pero voluntaria, una apuesta estética del autor y no «su estilo» de entonces, como se entendió en su momento, sostenido luego por algunos críticos posteriores [*Obras reunidas: Novelas*].

Satán en el siglo xviii

2 No queda claro el sentido que pueda tener esta fecha, a no ser que indique el inicio de la creación del *Fausto*, que se asume como hipotexto.

3 Sorprende esto en boca de Satán, cuando en ese momento nacía el primogénito de Núñez, una niña que fue llamada Isabel.

4 La palabra no aparece en el drae, y obviamente no deriva de «uncir». Pudiera emparentarse con «untuoso», relacionado a grasa y de ahí una extensión hacia «hipócrita». También pudiera ser un americanismo de una época que desconocemos. Gallegos lo usa en su cuento «Un místico», de 1919, y en internet aparece en obras de otros varios autores latinoamericanos siempre con alusiones religiosas, como en *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, pero también en Amado Nervo y hasta en un más joven Jorge Basadre.

5 Si bien no lo hace explícito, se da a entender que el segundo hijo, el prelado, había sido designado arzobispo.

En el circo

6 Esto puede ser visto casi como una crónica. En las dos carpetas que contienen sus relatos cortos, conservadas en sus archivos, el autor incluyó además de ficciones otros textos de no-ficción que difícilmente encajan en una sola definición genérica, teniendo algo de periodismo,

de crónica, de travesura literaria y narrativa. A su manera, Núñez prefigura la potente propuesta literaria de Jorge Luis Borges.

7 Se refiere a la plaza de toros «Nuevo Circo de Caracas», que entonces ocupaba un espacio privilegiado de la ciudad, y había sido inaugurada unos pocos años antes.

Fuenteseca

8 El soporte de este texto está muy dañado y le falta una página.

9 La inclusión de este personaje pasajero permite pensar que el texto, hasta ahora inédito y solo en borradores, pudo haber sido el origen o propiamente el que se titulaba «El caso de Roberto Segovia», incluido en la colección de novelas cortas «La lectura semanal», que editó José Rafael Pocaterra en 1922. Un intercambio de nombres haría de él su protagonista. No hemos logrado ubicar ejemplares impresos de esa noveleta, ni tampoco borradores en sus archivos, lo que no permite avanzar conclusiones.

Nocturno de verano

10 No debe pasarse por alto el lenguaje y sentido casi poético de este texto, primero en su catálogo que anuncia el estilo de *Cubagua*, de manera todavía muy precoz. Contribuyen los párrafos cortos, casi versos en prosa.

11 El paisaje cobra sentido psicológico, reafirmando el sentir del personaje y una ceguera que apenas se insinúa en el texto, pero que es determinante en la trama: Pablo no ve, sino a través de su oráculo que, efectivamente, se cumple.

12 *Billiken*, Caracas, 26.8.1922.

Pesadilla

13 *Billiken,* Caracas, 17.11.1923.

Puesta de Sol

14 El uso de la mayúscula en «Sol» responde al nombre del personaje. Al usarse en el título adquiere entonces el doble sentido de la decadencia, tanto del astro mayor en la tarde, como de la figura femenina en el comienzo de su vejez. Este juego del título equivale al que se esconde en el de otras de sus obras, como *Cubagua*, que incluye el agua que no tiene la isla, o *La galera de Tiberio*, que es galera-barco y galerada al mismo tiempo, aunque también nombre del barco y ausencia del mismo, pues indica una posesión de Tiberio [*Obras reunidas: Novelas*].

15 *Fantoches,* Caracas, 5.12.1923.

La Insurgente

16 En un manuscrito con una redacción avanzada, pero muy distinta del texto definitivo, Núñez tituló: «Teresa Heredia o la Insurgente».

17 En un temprano tapuscrito de este relato aparece como fecha el 22 de noviembre de 1815.

18 Este relato es el más importante de todo el primer apartado de este volumen. Emplea como base de desarrollo la información de una causa de infidencia, de 1815. Fue el año de la llegada de Pablo Morillo, lo que dio carácter internacional al conflicto independentista, poniendo en movimiento el infructuoso intento español de Fernando VII de retomar el control sobre las colonias americanas.

19 El uso excesivo de enclíticos afecta el estilo de la escritura, y es en parte deudor de *Después de Ayacucho*, en el cual se usan con sentido voluntariamente arcaizante. Respetamos su uso, sin embargo modernizamos su acentuación [*Obras reunidas: Novelas*].

20 En el manuscrito se entiende que tiene 19 años de edad.

21 Teresa Heredia es el primer personaje femenino de la narrativa venezolana que asume un carácter moderno, podríamos decir, incluso feminista. Difiere fuertemente de las protagonistas de Rómulo Gallegos, en particular de la coetánea de «La Trepadora» y su acción está muy distante de la posición vengativa de Doña Bárbara, que, incluso, se pliega ante el amor, quedando anulados sus deseos. Más bien y significativamente, Teresa adelanta muchos rasgos de la complejidad indígena rebelde de Nila Cálice, de *Cubagua*, y se opone a Cuciú, una india de la misma novela que se prostituye ante los invasores, por lo que es despreciada por su propio pueblo [*Obras reunidas: Novelas*].

22 En el manuscrito señala que la canción dice: «A la Patria, vencer o morir».

23 En el manuscrito, agrega: En la vasta sala hay un olor de legajos polvorientos. Se amontonan causas de infidencia de todas las regiones del país.

24 Esta oración, no obstante el personaje al que se refiere fuera propietario, dibuja un enfrentamiento de estamentos sociales, cercano a una guerra civil, con mucha movilidad de bando entre los participantes, en particular en la base más pobre.

25 En un artículo, Núñez habla de la prisión donde estuvo encerrada Heredia, y confirma haber leído sobre el proceso que se le siguió a «la Insurgente», y las cartas de amor que Niño Ladrón de Guevara, también prisionero, «le dirigiera apasionado y rendido». Finaliza favorable al derribo de la edificación: «Desde luego, soy partidario de tapiarlas o demolerlas completamente, porque en nuestro país prisiones o bóvedas abiertas son en extremo peligrosas. Hay muchos partidarios de bóvedas, y calabozos, más, mucho más de lo que a primera vista parece». «Signos en el Tiempo. Las bóvedas de la Guaira», *El Nacional*, 9.8.1946.

26 En la versión de prensa aparece «(realistas)», que puede ser una explicación agregada por el editor. Lo quitamos del texto como hizo Tablante y Garrido.

27 Se puede establecer aquí un paralelo con las palabras que Nila Cálice le dirige a Teófilo Ortega (*Cubagua*, cap. IV). En el tapuscrito, este capítulo comienza con una frase, luego no utilizada: Pero la felicidad de Hidalgo [Hijuelos, en la versión definitiva] debía durar poco. Teresa decía que el amor no valía nada en aquellas circunstancias; que era preciso dedicar la vida a cosas más altas. Dos meses

28 Esta es la conocida *Carmañola americana*, de origen francés revolucionario, cantada por los patriotas en tiempos independistas con un cambio en la letra que sustituía guitarras por fusiles.

29 El piquirico fue una forma músico-danzaria que desapareció durante el mismo siglo XIX, pero que se asocia al actual joropo, pudiendo ser uno de los primeros géneros propiamente venezolanos, si bien derivado del fandango, como tantos otros en todo el continente.

30 En el manuscrito: El 23 de marzo es puesta en libertad por no habérsele comprobado la sospecha de infidente.

31 En el tapuscrito: —No, he sido benévolo sin faltar a la justicia…

32 Este párrafo anuncia con precisión el estilo de *Cubagua*.

33 Como en sus dos novelas posteriores, *Cubagua* y *La galera de Tiberio*, la protagonista sale de la trama en un barco que se aleja, en este caso hacia el exilio [*Obras reunidas: Novelas*].

34 En el tapuscrito, Núñez fija como fecha de escritura diciembre de 1923. *El Nuevo Diario*, Caracas, 2.1.1924.

La canción de Pierrot

35 En este texto aparecían paréntesis de manera totalmente inconsistente, quizás para indicar las intervenciones del narrador, a modo de un guion teatral que no era. Se eliminan por razones de economía textual.

36 *El Sol,* Caracas, 20.2.1924.

La que no tuvo azahares

37 Resulta curiosa esta idea de la venta al mayor y al detal como diferencia irreductible de clase.

38 En prensa aparece claramente como título «La que no tuvo azahares». Sin embargo, en este pasaje se habla de «azares». La ambigüedad es productiva, por la idea de que la flor del azahar negado puede simbolizar el matrimonio frustrado; mientras que el azar es la suerte final inesperada, de matrimonio y abandono. No se cuenta con el manuscrito original, por lo tanto no se puede zanjar la duda y se deja así, como también lo hizo Tablante y Garrido.

39 *El Sol,* Caracas, 16.4.1925.

El proyecto de Carlos Díaz

40 Es difícil no relacionar este relato con las dificultades laborales que sufrió el autor, durante muchos años de su vida, si bien puede tomarse como un anticipo o una intuición de un futuro bastante cercano.

41 *El Sol,* Caracas, 25.8.1925.

El sembrador

42 Se da aquí una defensa del campo como posibilidad de vida exitosa que parece haber acompañado a Núñez durante mucho tiempo. De hecho, cuando las dificultades económicas de su vida arreciaron, intentó infructuosamente que se le adjudicaran unas tierras para dedicarse al cultivo. Teresa de la Parra, en una carta del 29 de marzo de 1931, le recomendó: «Yo creo dado su carácter delicado que usted no ha nacido ni para político ni para diplomático que puede ser una de las más arduas y espinosas ramas de la política en países como el nuestro. ¿Por qué no trata usted de hacerse agricultor? Qué perfecta de felicidad e independencia me parece la vida en una estancia no lejos de Caracas, con el caballo y el trabajo, sin autoridad ninguna que acatar, la cosecha que se espera, en la tarde». Teresa de la Parra, *Obra (Narrativa-Ensayo-Cartas)*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982, pp. 547-548.

43 *El Sol,* Caracas, 3.9.1925.

Bajo la noche tropical

44 El narrador es Ramón Leiziaga, protagonista de la novela *Cubagua*, editada por primera vez en 1931. Algunos críticos han apuntado que Leiziaga debe ser considerado el narrador de toda la novela, ya que aparece en varios momentos como escritor. Sin embargo, entendemos más bien que hay evidencia de varios narradores, cambiantes según el capítulo [*Obras reunidas: Novelas*].

45 En *Élite*, agrega: Pasaban abrasadas en las mismas ansias, y los amores furtivos, los amores inmortales de todos los siglos formaban un beso eterno que derramaban sobre las ondas un aliento de primavera. / Pálidos fantasmas envueltos en el manto de la aurora pasaban en sus carros centelleantes.

46 El paso que da el escritor valenciano desde este relato a la trama de *Cubagua* es muy grande, ciertamente, pues lo que aquí se excusa como un sueño, allá es una experiencia de tiempos paralelos. Las voces y el ambiente maravillado se instalan en la novela como lenguaje y poesía, pero también como la potencia de una cultura arrasada.

47 *Billiken,* Caracas, 15.11.1940. El crítico Oswaldo Larrazábal Henríquez afirmaba que apareció en Bogotá, como colocamos aquí, titulado «Bajo la noche tropical y misteriosa. Desde las playas de la isla encantada el pensador oye el infinito», en *Mundo al día*, 4 de febrero

de 1928 (*Enrique Bernardo Núñez,* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 31), publicación que no hemos logrado ubicar. En un borrador mecanografiado, muy cercano al definitivo, que se conserva en sus carpetas de relatos, aparece titulado: «En Cubagua» (con el agregado a mano: «Novela / Comienza el relato de Ramón Leiziaga»), y está fechado en diciembre de 1925, lo que indica que fue escrito durante su estada en la isla de Margarita. Definitivamente, es el origen de la novela y un muy lejano borrador de lo que finalmente sería su segundo capítulo [*Obras reunidas: Novelas*].

La rodela

48 El tema de las antigüedades prefigura la presencia significativa y simbólica que tienen en *La galera de Tiberio*, no en cuanto posesión, sino por su aura de pasado, de tiempo concentrado en un objeto [*Obras reunidas: Novelas*].

49 Esta frase evoca las opiniones de Herr Camphausen, también personaje de *La galera de Tiberio* [*Obras reunidas: Novelas*].

50 No deja de ser curioso que Núñez, sin poder intuirlo todavía, se interese ya entonces por el tema de los incendios petroleros, del que tratará su principal reportaje periodístico, titulado «Lagunillas de agua» (en *Dos reportajes: Mechurrio - Lagunillas de Agua. El Garage*, 1940). El hidrocarburo cobra un papel fundamental en la economía venezolana, y sus tragedias «anunciadas», un significado también oracular para el destino nacional que nunca ha sido atendido [*Obras completas. Ensayo I: Ensayos biográficos y otros textos*].

La selva de piedra

51 *Cultura Venezolana,* Caracas, septiembre de 1926.

Sebastián barriga o fragmentos de unas memorias

52 *Fantoches,* Caracas, 24.11.1926.

¿……?

53 *Venezuela*, Caracas, 30.11.1926.

El crimen de una telefonista

54 *Fantoches,* Caracas, 51.1.1927.

El canto lejano

55 Esto recuerda a Reinaldo Solar en la novela homónima de Gallegos, de 1920: «…los vulgares y sencillos sucesos de sus vidas, llenas de sordidez y de brutalidad, sombras espesas jamás turbadas por el inquietante relampagueo del espíritu […]. Este pueblo no tiene vida

interior. Ni una palabra que revele una noble inquietud espiritual; ni un sentimiento que no sea puramente animal. Tiene el alma sepultada, totalmente abolida. Por eso han fracaso lastimosamente todos los que han tratado de hacer una *literatura nacional*; falta la materia prima; el alma de la raza» (2ª ed. Bogotá: Oveja negra, 1985, pp. 59-60). No obstante, la respuesta de Núñez tiene un sentido opuesto, como se entiende en el desarrollo de la trama.

56 Este personaje anuncia los personajes genealógicos de la hegemonía que aparecen en la obra posterior de Núñez, en particular en sus novelas, pero también en algunos de estos relatos. Es decir, que resumen una línea de poder que se sostiene por generaciones.

57 Esta oración es una potente declaración de continuidad entre pueblo y ejército libertador, que da fe de la posición del escritor en este texto.

58 El tono social del relato, y en particular esta oración, indica la transformación ideológica del autor, que se profundiza durante sus días como diplomático, pero que se hace más compleja en la etapa de proletarización a la que la falta de trabajo lo condujo, hacia 1935, que se refleja en «Servicio de Aguas», incluido más abajo en este volumen.

59 Esta frase va a ser parafraseada en *Cubagua*, como expresión del deseo estamental y antinacionalista de la hegemonía venezolana [*Obras reunidas: Novelas*].

60 Mención honorífica en el concurso de cuentos nacionales. *Fantoches,* Caracas, 27.4.1927.

La perla

61 El tema de las perlas ha propiciado la comparación de este texto con *Cubagua*. Sin embargo, creemos que es un mero cruce temático a través de la perla, la que siempre ha sido explotada para riqueza de otros, desde los días españoles. Así, la prosperidad es soñada por los pescadores, pero casi nunca alcanzada. La rivalidad que se despierta en la trama apenas anuncia, sin serlo, la de Leiziaga con los margariteños a la hora de la pesca ilegal en la novela.

62 *El Heraldo,* Caracas, 21.7.1927.

La ninfa del Anauco

63 Como las correcciones de este texto fueron fundamentalmente por sustracción, las restituimos entre corchetes de modo de dar idea de las dos versiones publicadas. Cuando cambia tiempos verbales, sinónimos y detalles menores no se señalan para no recargar la tarea del lector. No obstante, mantenemos algunas variantes de la primera versión.

64 Es inevitable pensar en el Círculo de Bellas Artes (también conocido como Escuela de Caracas), fundado en 1912, por discípulos de la Escuela de Bellas Artes de Caracas, que se rebelaron contra los métodos

de enseñanza de entonces, como Manuel Cabré y Rafael Monasterios, entre muchos otros. Incluso participaron escritores como Rómulo Gallegos, Fernando Paz Castillo y Andrés Eloy Blanco, y músicos como Pedro Elías Gutiérrez y Raúl Borges. De todos ellos, destacan dos miembros de trayectorias particulares y de primerísima relevancia en la historia artística continental: el pintor Armando Reverón y el escultor Francisco Narváez.

65 Es propiamente esta «ninfa» la responsable de la crítica negativa sostenida que sufrió este relato. Leído con poca paciencia, fue calificado de anacronismo romántico, que desdecía su obra. Véase al menos Osvaldo Larrazábal Henríquez, *Enrique Bernardo Núñez*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969; y Orlando Araujo, *Narrativa venezolana contemporánea*, Caracas: Tiempo Nuevo, 1972.

66 Interesa la referencia al escultor costumbrista Andrés Pérez Mujica, valenciano como el escritor y autor de un monumento ecuestre a Páez, cuyo discurso de instalación lo ofreció Eduardo Blanco, en 1905. Fue ganador del concurso que aquí se señala, en 1899. Este escultor parece sobrevolar la trama del relato, y en la queja final de un artículo del mismo Núñez dedicado a él, parece anticipar algo propio: «En su misma ciudad no hay un sitio, una calle, una plaza que recuerden su nombre. Ni una obra suya se halla en sus parques». «Pérez Mujica», *El Nacional*, Caracas, 18.12.1954.

67 La palabra no aparece en el DRAE, pero en el mismo texto se entiende que designa a quienes envían «anónimos», es decir, escritos generalmente ofensivos sin señalar autoría.

68 Vuelven a aparecer antigüedades en sus escritos. Este bazar anticipa La Galera de Tiberio, la tienda incluida en su última novela homónima, en la que también se falsifican las obras antiguas y los objetos ofrecidos [*Obras reunidas: Novelas*].

69 En los ensayos biográficos de Núñez se encuentran referencias a estos «viejos poetas». Al menos, Andrés Bello, autor de la «Oda al Anauco», que al parecer inspiró el poema de Fermín Toro, homónimo de este cuento. El cronista, actuando como director de *Crónica de Caracas*, lo publicó en el número 17 (marzo-abril 1954): pp. 303-304. Además, en su ensayo dedicado a Abigaíl Lozano, en 1954, agregó: «"La nereida del Anauco", "La ninfa del Ávila", "La ondina del Guaire" son historias de amor» [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

70 Esto anticipa uno de los temas centrales de su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, en 1948. Allí denunció ante los propios historiadores, que lo habían invitado a formar parte de sus filas, que la historia (o sea, la que ellos habían trabajado) no estaba escrita, o había sido escrita por los dominadores, la hegemonía, el

poder, y que era una «historia enteca o amañada, o cubierta de afeites, esas amaneradas exposiciones que suelen llamarse historia, historia escrita al detal, verdadero baratillo de historia» (p. 214). En tanto, había otra que esperaba en ruinas en manos del pueblo que la sufría. La idea de que la historia no estaba escrita tenía origen en el siglo XIX, como comenta en su ensayo biográfico sobre Arístides Rojas, a quien también incluye entre quienes lo habían diagnosticado. Ambos textos se incluyen en *Una ojeada al mapa de Venezuela*, 2ª ed. ampl. y con subtítulo: *Lectura ante un auditorio ausente un día cualquiera del año*, Caracas: Ávila Gráfica, 1949 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

71 Difícilmente al escribir esto, Núñez no haya evocado su primera novela *Sol interior*, en cuanto a la crítica destructiva (pero quizás certera) y, como se verá a continuación, a la destrucción de la obra.

72 Una vez más en estos relatos, se conjugan liberación del trabajo y precariedad económica.

73 En el manuscrito especifica que el periódico era *La Linterna*, que circulaba en aquella época.

74 Esta destrucción anticipa el sentido casi performativo que dio al naufragio voluntario de los ejemplares de la primera edición de *La galera de Tiberio*, que había costeado el mismo escritor.

75 *Cultura Venezolana,* Caracas, abril-mayo-junio, 1928.

Martín Tinajero

76 Fray Pedro de Aguado habla de Tinajero en el tomo I, libro 2, capítulos 15 y 16. Apenas informa que era un «honbre que al parecer exterior bivia bien y cristianamente», concentrándose en la sorpresa de los soldados y el descubrimiento del cadáver convertido en un panal de «abejas que crian miel». Su conclusión es que «por lo que de aquel honbre conoçieron y por lo que despues en su cuerpo muerto vieron, juzgaron ser algun bienaventurado», pero lo dejaron en el terreno porque «llevaban los ojos puestos en las rriquezas que deseaban aber». *Historia de Venezuela* (*Recopilación historial de Venezuela*), Madrid: Imprenta y editorial Maestre, 1950, t. I, pp. 192-193.

77 En una de sus correcciones manuscritas, que no incorporó a la edición, Núñez agregó el deseo de «enseñarles la fe cristiana» a los indígenas, un elemento ausente en todo el relato.

78 En las tres versiones previas aparecidas en la prensa, el autor incluyó una relación amorosa del protagonista con una joven de su lugar natal, que lo hace dudar de su partida hacia América. Aquí, en cambio y como se verá más adelante, Tinajero se asume de manera más puramente mística, sin tentarse por lo femenino, y ni siquiera tiene reparos sobre su cometido por amor a su madre, de quien, en esas otras versiones, tampoco se despide.

79 Se refiere a los conquistadores enviados por los Welser, banqueros alemanes a los que sirve Nicolaus Federmann. Estos exploraron parte de lo que hoy es Venezuela y Colombia en la búsqueda de riquezas que compensaran las deudas contraídas con ellos por la corona española.

80 Junto a la sodomía y los sacrificios humanos, el canibalismo fue uno de los argumentos más usados en contra de los indígenas americanos para justificar la «guerra justa», que los diezmó en pocos años. Aquí, con ese mismo argumento, Núñez pone en evidencia «la barbarie» de los españoles, motivo relevante para el desarrollo del relato.

81 La contradicción entre riqueza y necesidad primaria, similar a la paradoja fundamental que se desarrolla en *Cubagua* (abundancia de perlas-petróleo frente a falta de agua dulce), se verifica aquí entre el oro y la sed y el hambre [*Obras reunidas: Novelas*].

82 Este pasaje describe casi un milagro de Tinajero, que anticipa su final. Su visión de la pasión de Cristo provoca un «rocío abundante» que sacia, momentáneamente, la sed de los soldados.

83 Según Manuel Pérez Vila: «El nombre de Martín Tinajero no figura en ninguno de los documentos coetáneos que se conocen, ni tampoco en los registros de la Real Hacienda o en los *Libros de Cuentas de Bienes de Difuntos* que se llevaban en Coro de 1529 a 1538», sin embargo, el historiador piensa que debió morir en septiembre de 1536. «Martín Tinajero», en *Diccionario de historia de Venezuela*, 2ª ed., Caracas: Fundación Polar, 1997, t. IV, p. 47.

84 Las palabras, textuales de Pedro de Aguado, «abejas de las que crian miel», fueron comentadas por el mismo Núñez en varios borradores y paratextos que se encuentran en sus archivos. En ellos ensaya una crónica previa y tentativa sobre «Martín Tinajero, soldado de la conquista», que aparentemente no llegó a concluir, quizás por decidirse a hacer el relato aquí incluido. «En aquel tiempo las abejas abundaban en Venezuela. Esta abundancia llamó la atención de los conquistadores». Allí también aclara que el nombre de Martín Tinajero no aparece en las «listas de pasajeros del Archivo de Indias», y especula sobre su apellido, pensando que pudiera tener origen en su oficio de «alfarero o fabricante de tinajas». Agrega: «En Venezuela se conoció con el nombre de tinajero al mueble donde se ponían tinajas para el agua de beber, bajo una piedra que luego se cubría con barbas de helechos. El sonido de la gota de agua que caía en el cántaro era típico de las viejas casas, en el silencio de la noche».

85 La naturalidad con que se toma este hecho prodigioso, ya enfatizado por el mismo fray Pedro, hace del cuento una primera marca del *realismo mágico* o de *lo real-maravilloso*, y pudiera avalar las posturas ontologistas que lo ven como el estilo propio latinoamericano, tal es el caso de Carpentier en su prólogo a *El reino de este mundo* (1949).

86 Aguado desarrolla la rebelión cimarrona en el tomo II, libro 9, los capítulos 9 al 13. En este caso, fue más explícito y generoso con la información que en el anterior. Comienza describiendo a los esclavos alzados de la zona de Panamá, para hablar luego de Bayamo, las estrategias de Orsúa para capturarlo usando la traición y el engaño; ofrece apenas algunos datos del desenlace y cuenta que fue enviado a las cortes de Lima y Madrid. Ob. cit., t. II, pp. 156 *et passim*.

87 Este relato tiene una estructura tripartita: rebeldía y apogeo de Bayamo, pacto y derrota, decadencia cortesana. Esta puede relacionarse a la de «Julien l'hospitalier» en los *Trois contes*, de Gustave Flaubert: nacimiento y desarrollo de la violencia contra los animales, el guerrero y rey parricida, el eremita y santo. Las relaciones entre estos dos libros de cuentos, más que entre sus autores, las desarrollamos en el artículo «Identidad en discordia. Una lectura de *Don Pablos en América*», Documentos de Trabajo Nº 12, Celarg, Caracas, 2016. Recuperado de https://www.academia.edu/37439762/Identidad_en_discordia._Una_lectura_de_Don_Pablos_en_Am%C3%A9rica (5.12.2020)

88 «Negramenta», último cuento del libro *Red* (1936), de Arturo Uslar Pietri, trata también de un rey negro llamado simplemente Miguel, producto de una rebelión de esclavos que matan a sus «amos», pero cuyo «mandato» apenas es de un día. «Reino de rey negro no dura sino la luna» (p. 400). Interesa comparar en ambos la imposibilidad de mantener el poder y el sentido de este poder. El protagonista de Uslar se muestra sanguinario, un tirano de su propio grupo, y se plantea que ser «un buen rey negro» es tener verdugo y obispo, lo que lo conduce muy pronto a la muerte en manos de los soldados blancos que restablecen el orden. Por tanto, lo que en Núñez es la posibilidad de una rebeldía triunfante, de una sociedad casi utópica, que se pierde por imitar los valores del blanco, en Uslar Pietri es un desequilibrio y un exabrupto propios de su «raza» que deben ser sometidos. *Las lanzas coloradas. Primera narrativa*, Nanterre: Colección Archivos, 2002.

89 Esta referencia a Santiago Matamoros repite la del cuento anterior. Ahora, como grito de guerra, es apropiado por el bando cimarrón en son de burla calibanesca, lo que está documentado también en fray Pedro de Aguado.

90 Interesa recalcar la actitud comedida de Bayamo como comandante de sus fuerzas rebeldes, casi de carácter ético, y compararlo con la desproporción insensible de los castigos que infligen los españoles a los negros recapturados en el mismo relato.

91 Pedro de Aguado llama a estos enfrentamientos: «guerra y pascificazion de cierta chuzma de negros rreveldes». Ob. cit., t. II, p. 156.

92 Aguado usa el término «aperrear» cuando se refiere a esta forma de suplicio, y describe la tortura con palabras similares. Ob. cit., t. II, p. 167.

93 En el relato «La amistad de Fajardo», de mediados de la década de 1940, incluido en este volumen, Núñez desarrolla la idea de la amistad traidora; en este caso, en la relación entre conquistadores y caciques.

94 En términos generales y relativamente equivalentes, hasta aquí llega la descripción hecha por Aguado, cuando Bayamo es regalado al virrey del Perú, quien «lo honrro, dandole algunas dadiuas y tratando vien su persona» y de ahí, enviándolo a España. Ob. cit., t. II, p. 193.

95 Andrés Hurtado de Mendoza fue el segundo marqués de Cañete y el tercer virrey del Perú. En el manuscrito de este relato, en un tapuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Venezuela y en la versión que se publicó en *La Estrella de Panamá*, aparece por error el nombre de su hijo Francisco, quien no fue ni marqués ni virrey.

96 En las versiones anteriores, agrega aquí: ¡Un númida!

97 Esta relación sexual complica el discurso del mestizaje, entonces en boga (*La raza cósmica*, de José de Vasconcelos, precisamente, de 1925), y es un equivalente opuesto al rechazo casto que hace Tinajero de la india prostituida por los españoles.

98 Estos versos pertenecen a un poema de Garcilaso de la Vega, coetáneo de lo narrado, y que concluye: «Porque la gloria de veros / en ese punto se quita / que se piensa mereceros. // Así que, sin conoceros, / nadie puede ser dichoso, / Señora, ni desdichado, / sino que os haya mirado».

99 El asesinato de Orsúa en manos de sus capitanes, entre quienes se encontraba Lope de Aguirre, se llevó a cabo precisamente ese día, el primero de enero de 1561, según cuenta el mismo fray Pedro de Aguado. En el manuscrito de este relato, en vez de un sueño, el narrador afirma de manera contrafactual y mucho menos eficiente en términos narrativos, desde el presente de la escritura, que Bayamo lo habría sabido de haber existido entonces «cables y rotativas». Y agrega que el defenestrado rey esclavo se hubiera alegrado al «saber que un negro no avisó al general», información también basada en la crónica de Aguado, quien afirma que «el esclavo negro Juan Alonso de Lauandera, llamado Juan Primero», supo de la conspiración y «se le oluido o no quiso dezirlo de suerte que se paso el día sin que el Gouernador fuese auisado». Ob. cit., t. II, pp. 254-255.

100 Aguado habla de un «bulto mediano» que con voz misteriosa profiere esas mismas palabras. Ob. cit., t. II, p. 265.

Don Pablos...

101 En la conocida novela picaresca, se describe la vida del personaje en España. Nacido en Segovia, su madre era bruja, prostituta y alcahueta, y podía «reedificar» doncellas. Su supuesto padre era barbero y

ladrón, y había terminado en la horca. Con muy tempranas ínfulas de hacerse caballero («lo que se requería era escribir mal»), comienza como sirviente de un joven aristócrata, pasando hambre y penurias constantes, que lo llevan rápidamente a iniciarse en ámbitos delictivos, lo que se muestra generalizado en la sociedad española de entonces, trampeando, robando, engañando y, sobre todo, simulando siempre lo que no era. Así, sobrevive a sus diversas hazañas picarescas, violentas reprimendas y la misma cárcel, antes de irse a América. Véase Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños* (1626), en *Dos novelas picarescas*, New York: Doubleday and Co., 1961.

102 Señor de Valcerrado y Vellorete es uno de los títulos falsos que usa don Pablos en *El Buscón*, «porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil». Ob. cit., p. 196.

103 Cécile Bertin-Elisabeth llama la atención sobre el cambio de algunos nombres que hace Núñez, en particular este de Berenguela de Robledo de *El Buscón*, como algo intencional «comme si un nom plus long assurait une plus grande honorabilité». Igual con otros, por lo que la crítico piensa que: «Elles indiquent un choix de la divergence et non point du calque mimésique». No obstante, más bien, creemos que fue un *lapsus calami* de nuestro autor (Rebolledo por Robledo), que no varía el sentido de su intención paródica. *Réécrire la littérature picaresque depuis l'Amérique Hispanique. Une relecture des récits fondateurs*, París, Honoré Champion, 2012, pp. 163-164.

104 Los honores que recibe don Pablos directamente del rey de España hacen de su picardía también un modelo del conquistador exitoso. El pícaro que no puede triunfar en la península, y que, por el contrario, en su fracaso ratifica el estamento y el *statu quo*, es premiado en la colonia, lo que se verifica en las notas finales del cuento.

105 En *El Heraldo*, entre este párrafo y el siguiente se inserta: Don Ramiro cuidaba de que los indios de su encomienda aprendieran la doctrina cristiana. Los domingos oían misa en el templo donde trabajaban todo el día para el señor cura. Un fraile venía a exhortarles piadosamente; lo primero, pagar los diezmos. Nuestro Señor reserva terribles castigos para los que no cumplen su santa ley. La riqueza es el peor de los males, la fiel aliada del infierno. Debemos, pues, sobrellevar las desgracias y no envidiar la fortuna de los poderosos. Oían todo aquello sin comprender nada. Los adornos de sus personas formaban un arco iris en torno del fraile cuyas gorduras palpitaban bajo la estameña. Y el buen cura recibía puntualmente los diezmos considerables que le correspondían de la encomienda de don Ramiro.

106 Esto es un resumen de las peripecias de «don Pablos en España», según el libro de Quevedo.

107 En *El Heraldo*, agrega: experiencia, le mira partir con envidia.

108 A diferencia de don Pablos, el comportamiento picaresco de don Toribio, en el «medio» picaresco de América, pone en riesgo al protagonista, que puede quedar en evidencia y actualizar su pasado, por eso debe desaparecer.

109 En *El Heraldo*, aparece en el cuerpo del texto: El último vástago, si carece de fortuna, es poeta, abogado, canta las grandezas pasadas y ha sido por largos años cónsul de su país en varias ciudades de Europa.

110 En lo que parece ser la primera versión de esta nota, que se conserva suelta en sus archivos más bien como una crónica, y que quizás fuera el origen del relato todo, del mismo 1923, aparece la variante primera de estas dos notas: Hoy, en América, don Pablos es tan criollo o español como italiano, alemán o ruso. Se le tropieza en cada ciudad, en los grandes trasatlánticos, en los salones. No llega en la muchedumbre de inmigrantes que esconden su miseria en la tercera. Es periodista, poeta, banquero, noble arruinado, médico o ingeniero, etc. Siempre es el conde Vellorete en busca de la condesa de Selva Negra.

111 En la misma primera versión arriba citada, agrega: Don Quijote soñaba también con ser rey.

112 Las fechas de estas dos notas contradicen la del relato y se involucran como parte de la ficción, en una intervención metanarrativa desde el presente de la escritura (entonces no 1923, como aparece al final del cuento, sino 1928). Y en efecto, decidió incorporar las notas en fecha posterior a la primera escritura, como puede comprobarse en algunos pretextos, en particular en la publicación de *El Heraldo*, de Caracas, datado en Bogotá en 1928. En esa versión no aparecen las notas, y el contenido de la primera, con fecha de 1923, forma parte final del cuerpo del texto, previo y no posterior a la datación de la escritura. De aquí se desprende que la solución narrativa de las dos notas debió hacerla después de esa versión «colombiana», es decir, entre 1928 y la publicación del libro en 1932.

Servicio de Aguas (5-7-4-7)

113 Esta introducción, equivalente a la de *La galera de Tiberio*, proviene del artículo de *El Nacional*. Hay un cambio en el nombre del narrador, que en este texto es «César Romero».

114 En uno de los borradores, a lápiz, como en tantos otros manuscritos, exigía: «Romper esto», indicación para sus familiares luego del momento de su muerte, que no se cumplió.

115 El epígrafe lo incluyó en el artículo de *El Heraldo*.

116 Este es el anticipo primero de su visión de Caracas, que lo llevaría a *La ciudad de los techos rojos*, en 1947-1949, donde da cuenta de una

pulsión destructiva inscrita en su historia [*Obras reunidas: La ciudad de los techos rojos*].

117 En las notas iniciales: derramada por el último obrero merece…

118 Una vez más, se muestra su interés por la intrahistoria, el aporte humilde pero fundamental que hace el estamento más bajo a la sociedad. De allí el que destaque, cuando puede, sus nombres propios sacándolos de alguna manera del anonimato colectivo como un acto de justicia, lo que también se encuentra en *La ciudad de los techos rojos* y en otros textos [*Obras reunidas: La ciudad de los techos rojos*].

119 Tachado: «~~En la cima~~ …~~ilusiones.~~»

120 Tachado: ~~y nadie~~… ~~agua~~.

121 Párrafo completo tachado.

122 En esta nota al pie, como en la misma introducción arriba de este relato, en la advertencia al lector y las notas metaficcionales de *La galera de Tiberio*, y en las dos finales de «Don Pablos…», el autor implícito asume un rol ficcional de editor, y las firma con sus propias iniciales: «E. B. N.» [*Obras reunidas: Novelas*].

123 Esto evoca el relato anterior, «El proyecto de Carlos Díaz».

124 Apuntes, borradores y dos versiones distintas publicadas: *El Heraldo,* Caracas, 1.10.1936, y *El Nacional*, Caracas, 29.3.1946.

Un día de 1916

125 Aunque en muchos textos pueden encontrarse referencias autobiográficas ocultas, en realidad muy desleídas, aquí desarrolla la muerte de su hermana Carmen Elena Núñez Rodríguez. Como se desprende del mismo, la familia parece haber ido a temperar, quizás a Los Teques (no se tiene más documentación), intentando infructuosamente que la joven mejorara con el clima y la temperatura, como se acostumbraba entonces. En sus diarios, en cada fecha conmemorativa de su desaparición, Núñez anotaba un doloroso recordatorio.

La herencia

126 El protagonista de esta narración no puede ser otro que Juan Vicente Gómez. Lo publica unos días antes de la tragedia del 14 de febrero, cuando se llevaron a cabo las manifestaciones populares de la Plaza Bolívar. Núñez diagnostica muy precozmente los desplazamientos al interior del gomecismo, revelando que algunos de los responsables de los atropellos y corrupciones se asumieron como acusadores, de inmediato a la muerte del dictador. Meses más tarde, escribió sobre sus herederos palabras que son de una patética actualidad: «No es equitativo confiscar los bienes de Gómez dejando impunes los otros culpables, que valiéndose de una situación anómala y de la lenidad de

que gozaban, entraron a saco en el tesoro público de los estados para cometer con sus latrocinios toda clase de fechorías. Y de estos los hubo de todas las clases, de todos los tipos y matices. […] Pero Gómez no es el único culpable, si a ver vamos, el menos culpable de todos. […] El robo vino a ser como una especie de institución en Venezuela y a tanto se llegó por este camino que se consideró un tonto de capirote quien no regresara de un cargo público con unas inmensas talegas de plata. […] honorables profesionales del robo a las arcas públicas. Es, hoy por hoy, una de las más urgentes necesidades del país recuperar estas fortunas sustraídas en mala hora y las cuales podrían aplicarse a remediar tantos males. […] Solo así es posible sanear nuestra vida que requiere ante todo mucha asepsia. Y no se atengan únicamente a los efectos morales, porque la única parte sensible de tales hombres es la plata». «Relieves. Otra vez la confiscación», *El Heraldo*, 11.9.1936.

127 *El Heraldo,* Caracas, 8.2.1936.

La amistad de Fajardo

128 A diferencia de «La Insurgente», aquí el tono es de historia novelada con narrador omnisciente.

129 Extraordinaria síntesis de la complejidad psicológica de Fajardo, mestizo que busca destacarse entre conquistadores aprovechándose de su sangre indígena.

130 Núñez pone estas palabras entre comillas, pero no da fuente alguna.

131 Respetamos la forma como nombra a esta tribu, pero es la conocida como «arahuaco» o «arawaco», que habitaron las islas de las Antillas.

132 En el manuscrito, hay una versión de la muerte del conquistador Juan Rodríguez Suárez que luego no fue aprovechada: El hombre de la roja capa volvía acompañado de seis hombres. Guaicaipuro convenció a Terepaima de que era hora de acabar con ellos y lo invitó a desligarse de aquella fatídica amistad de Fajardo. Rodríguez cruzó el río San Pedro y su alta figura se hundía en la noche. De lejos lo divisaron. Eran seis entre todos. Al cruzar la montaña de Las Lagunetas Terepaima le salió al paso con sus arbacos. Guaicaipuro le seguía por la espalda. Rodríguez y los suyos se vieron envueltos por todas partes. Comenzaron a blandir sus espadas para abrirse paso. Herían inútilmente. Si lograban alguna ventaja venían envueltos por mayor número de enemigos. Se ampararon en un peñón para combatir con las espaldas cubiertas. La noche descendió sobre el campo. Ardían en los montes numerosas candelas. Los españoles permanecían en pie, guarecidos en las rocas. Al amanecer los teques y arbacos reanudaron el ataque. Cuantos se acercaban rodaban por tierra. Entonces los indios se mantuvieron a distancia. Vieron que Rodríguez intentaba burlar el cerco. Su espada se alzaba roja como su capa. Morían los indios a sus pies. Su propio caballo

estaba herido. Terepaima le cerraba el paso. Vieron como Rodríguez retrocedía a su refugio. Rodríguez y los suyos resolvieron abrirse paso. Hacía dos días que no probaban alimento. Estaban rendidos de fatiga, pero se lanzaron sobre el enemigo. Sus brazos se cansaron pronto. No podían blandir las espadas. Uno a uno cayeron heridos de muerte. Solo el hombre de la capa roja continuaba a caballo. Deseaban dejarlo ir aterrorizado y lleno de admiración. El camino estaba abierto. Pero Rodríguez quería desahogar su cólera. Sus fuerzas le abandonaron. Desmontóse y sentóse en el suelo para cobrar aliento. Se veía inmóvil en el rostro una expresión terrible. Pensaba que lo aguardaban para hundir su espada en ellos. Vieron que las moscas zumbaban en torno suyo y bebían la sangre de su rostro. Estaba muerto. Se acercaron y le quitaron las armas y aquella capa de grana, y se repartieron como trofeo aquellos despojos. Al día siguiente oyeron ladrar un perro. Se acercaron y hallaron a uno de los enemigos escondido en el monte y le dieron muerte. Todo el día oyeron los aullidos del perro.

133 Como con el rey Bayamo, Fajardo accede a la invitación y a los elogios de quien será su verdugo. Quizás Núñez estuviera pensando en que había cedido debilitado por su media sangre indígena ante el «poder misterioso» de la mentira española, que su otra media sangre no supo descifrar.

134 *Revista Shell*, Caracas, diciembre de 1952.

El tesoro de Guaicaipuro

135 Dudamos si este fue el título definitivo que pensó el autor, pero aparece en uno de sus primeros manuscritos y se repite a lo largo del texto. En algunos borradores coloca solo: «Guaicaipuro».

136 Este relato, que fue muy trabajado, se cruza con «La amistad de Fajardo», que parece haber sido proyectado primero como un texto más extenso, y que incluía a otros caciques. En algún borrador pide que se unan en una trilogía estos dos textos con otro sobre Sorocaima, desaparecido o no trabajado, todos escritos con el mismo estilo y tono históricos.

137 Dependiendo del texto, Núñez usa «toromainas» o «taramainas», variantes del nombre del pueblo indígena que aparecen en documentos de la época.

138 En uno de los borradores luce una hermosa variante de esta frase: «Las pisadas de los caballos tenían cierto ritmo, el mismo del tiempo que lleva y pasa».

139 Borradores, década de 1940.

Regreso

140 «De mis cuadernos de notas». *El Monolito*, Valencia, 15.4.1958. De este texto existe un tapuscrito del mismo 1953, con muy escasas

variantes. En la nota introductoria de *El Monolito*, se advierte que, como contribución de Núñez, «el reencuentro suyo con su ciudad natal a través de un periódico de Valencia o "*el periódico de Valencia* en estos tiempos" como él mismo lo ha dicho» (énf. en org.).

Escenas de la fundación de Santiago León de Caracas

141 En la primera página del tapuscrito y escrito a mano, aunque con letra distinta a la del autor (pudiera ser la del director de su puesta en escena), dice «estampas», en vez de «escenas». Evidentemente, como se informa aquí mismo es un guion televisivo, pero seguimos la decisión de Tablante y Garrido, amigo cercano del escritor y defensor de su obra, de incluirlo entre sus relatos.

142 En un comentario del escritor, intercalado para la escenificación, aparece: «Como dice el señor director que es difícil conseguir indios o actores que se les parezcan, se puede sustituir con la simple aparición de Guaicaipuro sobre las serranías […]. Puede suprimirse si hay demasiada dificultad en esto».

143 Comentario de Núñez: «Como esta escena es difícil puede sustituirse con la sola figura de Losada».

144 *El Nacional*, Caracas, 25.10.1956.

Concierto Sacro

145 Un tapuscrito, del que se conservan apenas unas páginas sueltas, esta introducción tiene la variante: autores caraqueños del siglo xviii.

146 Aquí se mezcla información verídica con hechos fantasiosos. En efecto, en los sótanos de la Escuela de Música y Declamación de Caracas, el conservatorio nacional ubicado en la esquina de Santa Capilla, que le da también nombre, se encontró un gran archivo de música colonial, hacia 1935. Núñez mismo, en una crónica sobre el tema, afirmó que eran «joyas desenterradas de la música religiosa de nuestro siglo xviii» («Misa en Re», *El Universal*, 19.3.1940). Sin embargo, la idea de que «damas de la nobleza para educandas pobres» no se atiene a la historia de la institución.

147 En el tapuscrito, agrega: Misa en Re mayor para voces y orquesta de José Antonio Caro de Boesi.

148 Núñez publicó el artículo «Signos en el Tiempo. Misa en Re», *El Universal*, 19.3.1940.

149 En el tapuscrito, agrega: Es un drama lírico —dijo don Felipe [ilegible]

150 Todo parece indicar que parafrasea opiniones de Juan Bautista Plaza, quien fue el primero en abordar ese repertorio hacia 1940, con intenciones de restaurar algunas obras, que luego fueron interpretadas por la Orquesta Sinfónica Venezuela y el Orfeón Lamas, bajo la batuta del maestro Vicente Emilio Sojo. Uno de estos conciertos inspiró esta

crónica ficcionada. Seguramente Núñez asistió a la conferencia «Música colonial venezolana», que Plaza dictó en la facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, el 7 de noviembre de 1957. Allí se sorprendía de que «la Venezuela de aquellos tiempos haya producido, hace ya siglo y medio, una pléyade de músicos tan sobresalientes, más aún, una verdadera escuela de compositores con características nacionales y una orientación estética bien definida». *Temas de música colonial venezolana*, Caracas: Fundación Vicente Emilio Sojo, 1990, p. 36.

151 En el tapuscrito, agrega: «En el programa de 1939 se leía». Esto aclara que la fecha del concierto al cual asistió Núñez tuvo lugar en la Semana Santa de ese año.

152 El autor no señala fuentes, si bien entre ellas estaban las Actas de Cabildo, que él mismo venía rescatando, prologando y editando.

153 En el tapuscrito aparecen unos párrafos muy rayados que pueden pertenecer a la primera versión o a una nota copiada para sí mismo. En uno de sus párrafos, agrega: Caracas, 1792. En el oratorio de los neristas se ensayaba la gran misa que habrá de ser ejecutada cuando Su Ilustrísima fray Juan de Dios pontifique el próximo domingo en la fiesta de...

154 La conocida como Escuela de Chacao no fue una institución musical, como aquí se insinúa y se ha repetido de manera errada, sino un grupo bastante importante de compositores coetáneos, la mayoría de ellos vinculados a la gesta independentista.

155 Apenas se conserva información sobre Caro de Boesi, y la que existe es en particular confusa. Por tanto, todo lo desarrollado aquí es solo ficción.

156 En el tapuscrito, agrega: Este bisabuelo llamado también Martín había contribuido con importantes sumas a sostener la causa realista en Venezuela.

157 El foyer del Teatro Municipal así como el famoso hotel Mayestic, que quedaba enfrente, fueron demolidos para construir el Centro Simón Bolívar, las conocidas torres del Silencio, y desarrollar la avenida Bolívar en 1949, en tiempos de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

158 Pedro Antonio Ríos Reyna viajó a Italia, en 1947, para contratar músicos profesionales que fortalecieran el nivel musical de la Orquesta Sinfónica Venezuela, y que llegaron a ocupar casi la mitad de los atriles. Estos músicos se incorporaron activamente al movimiento musical venezolano y a la docencia, alcanzando particular influencia y prestigio. Alberto Calzavara, *Trayectoria cincuentenaria de la Orquesta Sinfónica Venezuela* (1930-1980), Caracas: Imprenta Municipal, 1980, p. 70.

159 *El Nacional,* Caracas, 1.4.1958.

160 La publicación en prensa, texto-base del aquí incluido, lleva una advertencia editorial: «Un capítulo de *Atardecer sobre el mundo* (crónica de los años de guerra)». Y en la nota de presentación: «*El Nacional* se complace en ofrecer hoy, como primicia, un capítulo inédito de *Atardecer sobre el mundo*, novela con la cual, después de varios años de trabajo, Enrique Bernardo Núñez vuelve a un género que le debe ya una obra maestra de ambiente, técnica y estilo: *Cubagua*». En uno de los manuscritos con muchas correcciones que se conserva de este libro, muy incompleto y desordenado, aparece este capítulo como el primero.

161 En una copia del artículo, entre páginas mecanografiadas de la novela, aparece: Millones de años atrás la descomposición de la materia orgánica sepultada con los hundimientos y arrastrada por los ríos, bajo la presión de altas temperaturas y de las capas superpuestas, se transformó en aquel aceite que la tierra guarda en sus entrañas.

162 Esta idea de «la guerra del petróleo» aparece variada en muchos de los artículos de *Viaje por el país de las máquinas* (1954), donde incluye una entrada titulada «La batalla del petróleo», frase incluida también aquí más abajo. Entre otras ideas, afirma: «Venezuela emerge en la historia contemporánea gracias al petróleo. Esta es la guerra del petróleo. La guerra, resultado de una civilización materialista. El azote del petróleo lleva la guerra a nuestras propias costas». Nueva York, febrero de 1942. «Signos en el Tiempo. Singapur y Aruba», *El Universal*, 1.3.1942 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

163 En uno de los tapuscritos y en muchas de sus variantes, agrega a esta altura otro tema: Le parecía que llegaban tres mensajeros, como le ocurrió al viejo Abraham cuando se hallaba en el valle de Mambre, junto a Hebrón, y los invitaba a reposar en su tienda. El valle de Siddin, o de las Selvas, recordaba Clark, según leía en el libro del Génesis, se convirtió después en el mar Salado. Y el valle de Siddin tenía muchos pozos de betún. ¡Cuántos años habían pasado! Y él, Clark, se hallaba ahora en Venezuela, cubierta asimismo de pozos de betún. Clark se inclinaba ante los mensajeros y les ofrecía de comer, y oía de sus labios un misterioso anuncio. Las tres sombras se distinguían en medio de la noche y se alejaban de prisa. Clark pensaba que aquella tierra de la cual manaba petróleo también podía convertirse en un mar o lago. La técnica ha cambiado mucho, de Abraham a la fecha, pero las leyes que rigen el mundo son idénticas. Nada ni nadie ha podido alterarlas. El mismo lago de Maracaibo estaba ahí, como un testimonio de lo ocurrido en tiempos pasados. La colonización anterior era suplantada por aquella otra colonización. Después de cuatrocientos años la colonización del

petróleo ha hecho levantar sus armazones en la tierra venezolana. Pero cuatrocientos años forman un período de tiempo bastante breve. Otro día la gigantesca armazón podía quedar abandonada, o la tierra de los pozos ardientes convertirse en un lago salado. Esos mensajeros tenían ahora en su mente las figuras del ingeniero Harry Field y de John Lane que pintaba las nubes y las torres de los campos petroleros.

164 En el tapuscrito: Sentíase envuelto por el hálito de la noche. Una molicie invencible le sujetaba. Dos, tres mil años se deslizarían de nuevo sobre el mundo con la misma presteza.

165 En el tapuscrito: La civilización al trasponer el límite de las tierras profundas se halló cuatrocientos años atrás con la flecha del indio. En el siglo XVI los motilones, como los indios de otras tribus o naciones, se defendieron del blanco con fiereza. El perro de presa, la horca y la servidumbre exterminaron al indio. La selva amparó los restos de la raza vencida. La selva trazaba un límite entre la civilización y los indios motilones. Cuatrocientos años después los hombres de la selva se aprestaron a defender sus tierras de los blancos, armados de rifles, aviones y dólares y corrientes eléctricas. La última etapa...

166 En el tapuscrito: El descendiente de los conquistadores traspasaba la propiedad de la tierra a los hombres del aceite. El doctor Santos Fructuoso Albimanus conocía perfectamente los expedientes de la propiedad de la tierra y sabía interpretar las leyes. Se le veía en los archivos dedicado afanosamente a tomar notas. El doctor Albimanus disponía de la ciencia del derecho. Sabía cómo se aumentaba el volumen de las tierras, el modo de extender títulos llamados supletorios, y hacer el peritaje del suelo. En la edad del avión, la flecha del indio y la técnica de Albimanus resultan anacrónicas, pero gracias a sus conocimientos, centenares de hectáreas han pasado a las compañías de petróleo.

167 En uno de los borradores manuscritos con variantes, aparece tachado: hombre pequeño, de piel atezada y rostro juvenil, no obstante sus cabellos blancos, peinados con esmero, de anchas espaldas. La sonrisa expansiva, acompañada siempre de un rico habano, sonrisa que dejaba ver su magnífica dentadura, disipaba entre sus amigos y asociados inquietudes y temores. Si viviéramos en tiempos de las guerras civiles, escribía el sociólogo Víctor Leiva Sifontes, habría sido general o caudillo de gran causa, y los escritores de hoy andarían a caza de sus menores gestos y palabras para escribir su biografía. Pero los tiempos son otros, añadía Leiva Sifontes, y Albimanus no ha podido ser sino lo que es en la época del petróleo. El doctor Albimanus había hecho carrera en el petróleo. Cuantiosas concesiones de miles de hectáreas de terrenos pasaron de sus manos, simple contratista, a la de Grenate. Muchos años atrás Albimanus era juez en un oscuro villorrio del Zulia.

Pensaba que solo un golpe de suerte podría llevarlo a la política. Como apoderado de la Grenate había ganado millones. [Su padre, modesto funcionario de provincia, se lo decía a menudo: «Sé abogado. Los abogados lo pueden todo. Son hombres que un momento dado pueden arruinarnos y meternos en la cárcel, o comprobar perfectamente que carecemos de la razón que nos asiste. Un abogado puede convertir lo blanco en negro, y viceversa. Los abogados interpretan las leyes. Sin un abogado, añadía, nada puede hacerse. Para redactar reglamentos, solicitudes, demandas, para entender los códigos, se necesitan abogados. Además, si un hombre, cualquiera sea su actividad, se gradúa de abogado, es desde luego más temido y respetado».] En el litigio entre la Grenate y los propietarios de tierras, en las cuales se hallaban parte de las concesiones, surgió de pronto como uno de los más prominentes abogados. La Grenate quedó dueña de las tierras, aunque los propietarios continuaron en la reclamación de sus derechos, por medio del abogado Arnoldo Puente, hombre de carácter severo, pero sin resultados. Albimanus hacía frecuentes alusiones a su linaje. Una especie de anófeles, de las grandes hondas que invaden a Venezuela periódicamente. De vez en cuando publicaba un «remitido» ante el cual Albimanus se encogía de hombros.

168 En el tapuscrito, con muchas lecciones: Caldas afirmaba en su artículo «Un cálculo impío», que el desarrollo de la industria del petróleo por causa de la guerra y la prosperidad que de él se derivaba era una prosperidad fomentada con sangre humana, un cálculo impío, lo que Venezuela debe suministrar no es propiamente petróleo sino la lucha por un espíritu de justicia en el mundo. Ha de situarse por encima del odio de los dos bandos. El mundo está lleno de odio y es necesario combatir el odio. Nosotros podemos luchar contra el odio, incluso conquistar la libertad, la vida. «Frases, frases», repitió Albimanus cada vez más indignado. Hay que desmentir esto. Caldas es sencillamente un impostor, un enemigo de su país. Ante Albimanus se hallaba el periodista Juan José Lista. Es necesario escribirlo. Creía que al escribirlas sus afirmaciones adquirían la dureza de las afirmaciones inobjetables. Debía escribir un artículo para contradecir las erróneas afirmaciones de Caldas. Los beneficios del petróleo son inmensos. Lo que se paga por impuestos y salarios sobrepasa nuestros cálculos. Venezuela será pronto el segundo país productor de petróleo. Ante semejante realidad cedían todas las objeciones. Todo esto requiere mucho dinero y técnica, capital, de que no disponemos los venezolanos. Una luciérnaga vino a posarse sobre los expedientes donde trabajaba el doctor Albimanus.

169 Esta sección se cruza con su reportaje «Lagunillas de Aguas», que había sido publicado en 1940, ya citado.

170 En el tapuscrito y tachado: En las orillas del Lago, sobre el muro de la población de Lagunillas, se amontonaban los féretros. El agua brillaba bajo la luna envuelta en nubes. La grúa que extraía lodo, tablas y cadáveres, trabajaba sin descanso. Se ordenó paralizar el trabajo. Los muertos no eran tantos como se decía, informaban los diarios. La grúa quedó inmóvil sobre las aguas aceitosas. Clark se detenía...

171 Como en muchos otros casos en su obra, el escritor corrige los tiempos verbales tendiendo a favorecer el presente del indicativo.

172 Una vez más, surgen múltiples referencias a *Viaje por el país de las máquinas* [*Obras reunidas: Escritos finales*].

173 *El Nacional,* Caracas, 28.4.1957. Por estar ordenados según su fecha, en la edición de Tablante y Garrido, este texto aparece anterior a «Misa en Re mayor…»; pero lo hemos colocado aquí, porque forma parte de una misma escritura con el siguiente, ambos capítulos de una misma novela incompleta e inédita, y que parece haber comenzado a escribir desde los primeros años cuarenta.

El gabinete de la celebridad

174 Su publicación en la prensa tiene una advertencia editorial: «Un capítulo inédito de *Atardecer sobre el mundo*». Mientras que en uno de los manuscritos con correcciones que se conserva de este libro, muy incompleto, aparece como el segundo capítulo.

175 Como hemos repetido, el tema de las antigüedades siempre estuvo presente en la escritura de Núñez, en particular las falsificadas. Véase el relato «La rodela» y la novela *La galera de Tiberio*. Lo novedoso aquí es que las vincula al mismo petróleo, como energía fósil precisamente en relación con el relato (capítulo) anterior [*Obras reunidas: Novelas*].

176 En el tapuscrito, agrega: El mismo doctor Albimanus acudió al «Gabinete de la Celebridad» y quedó bastante satisfecho de los servicios prestados. El doctor Albimanus fue presentado como un demócrata que había sufrido cárceles y otras persecuciones por la tiranía, y se dedicaba ahora a los estudios históricos. Con genial perspicacia Palma descubrió el fenómeno que se operaba. La gente quería presentarse de un modo distinto a lo que en realidad era. Los espíritus prácticos

177 En uno de los tapuscritos que se conservan, afirma sobre el origen de Almendáriz: «...descender de la antigua familia de los Almendáriz, cuyas armas llevaba grabadas en un grueso anillo». Esto refuerza la frecuente construcción de personajes genealógicos presentes en mucho de su obra narrativa, que da cuenta de la continuidad de la hegemonía, muchas veces simbolizada en un anillo.

178 En uno de los tapuscritos aparece: Ahora solo le faltaba un ministerio, objeto de sus ansias, o una embajada. Era hombre todavía joven, a pesar de sus 60 años.

179 A pesar de que Núñez escribe el apellido con doble ese, parece referirse a Jean Baptiste Louis Gros, pintor paisajista francés que llegó a la Nueva Granada precisamente en 1839. No tenemos noticia de que haya visitado Venezuela. No aparece en *Fuentes documentales y críticas de las artes plásticas venezolanas: siglos XIX y XX*, Caracas: UCV, 2001. R. Esteva-Grillet, comp.

180 No debe obviarse esta frase que parece resumir el sentimiento (más que pensamiento) tardío del propio autor.

181 *El Nacional,* Caracas, 3.8.1958.

Obras reunidas
Enrique Bernardo Núñez

Índice general

Vol. 1 Novelas
Después de Ayacucho, *Cubagua*, *La galera de Tiberio.*

Vol. 2 Relatos
«El monje Fabián», «Satán en el siglo xviii», «En el circo», «Fuenteseca», «Nocturno de verano», «Pesadilla», «Puesta de Sol», «La Insurgente», «El juicio de Joab», «La canción de Pierrot», «La que no tuvo azahares», «El proyecto de Carlos Díaz», «El sembrador», «La rodela», «La selva de piedra», «Sebastián Barriga o fragmentos de unas memorias», «El crimen de una telefonista», «El canto lejano», «La perla», «La ninfa del Anauco», «Bajo la noche tropical», *Don Pablos en América* («Martín Tinajero», «El rey Bayamo», «Don Pablos...»), «Servicio de Aguas (5-7-4-7)», «Un día de 1916», «La herencia», «La amistad de Fajardo», «El tesoro de Guaicaipuro», «Regreso», «Escenas de la fundación de Santiago León de Caracas», «Concierto sacro. Misa en Re mayor, o Misa del Esclavo Vendido», «La hoja fósil», «El gabinete de la celebridad».

Vol. 3 La ciudad de los techos rojos (Calles y esquinas de Caracas)

Vol. 4 Valencia y la antigua Caracas
I. Valencia: Tierra de vides y naranjos. *Alusión a Carabobo (1939-1950)*, *Contribución a los trabajos preparatorios del cuatricentenario de Valencia*, Otra crónica sobre Valencia.

II. La antigua Caracas. Textos tempranos, «Los pendones de Santiago de León de Caracas», «Calendario caraqueño», «Fundación de Santiago de León de Caracas», «El escudo de armas de la ciudad de Caracas», «La galería del Concejo», *Figuras y estampas de la antigua Caracas* (primera y segunda series), *Fuentes y jardines de Caracas*, Crónicas sueltas.

Vol. 5 Historia y discursos

Historia diplomática. *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal, Orinoco (Capítulo de una historia de este río)*, *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*. Algunos artículos históricos.

Discursos. «Cuatricentenario del Tocuyo», «Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia: La historia de Venezuela», «Premio Municipal de Literatura 1948: La ciudad de Caracas», «Recibimiento del Dr. Jesús Sanabria Bruzual en la Academia Nacional de la Historia: La historia y la medicina», «Academia Nacional de la Historia: Homenaje a Francisco Tosta García».

Vol. 6 Prólogos y textos en estilo tardío

Prólogos reunidos. «Arístides Rojas, Antología de *Crónica de Caracas*», «Actas del Cabildo de Caracas ii (1600-1605)», «Actas del Cabildo de Caracas iii (1606-1611)», «Actas del Cabildo de Caracas v (1620-1624)», «Actas del Cabildo de Caracas vi (1625-1629)», «La descripción de Venezuela por Cisneros», «Anales diplomáticos de Venezuela i. Establecimiento de relaciones (Gran Bretaña, Francia y España)», «Anales diplomáticos de Venezuela ii. Establecimiento de relaciones (Gran Bretaña, Francia y España», «Anales diplomáticos de Venezuela iii. Establecimiento de relaciones (Francia y Alemania)», «Anales diplomáticos de Venezuela iv. Establecimiento de relaciones (Dinamarca, Holanda, Suecia y Noruega). Intervención anglo-francesa (1858)», «Bosquejo de la revolución en la América Española (De Manuel Palacio Fajardo)», «Contribución al estudio de la guerra civil en venezuela (De José Santiago Rodríguez)», «Codazzi, o la pasión geográfica», «Breve introducción a la lectura de los documentos emanados de la Suprema Junta de Caracas», «Mis memorias (De Francisco González Guinán), «La revolución de Caracas y sus próceres (De Andrés F. Ponte)».

Cuatro ensayos en estilo tardío. «24 de enero», «Miranda, o el tema de la Libertad», «Juan Francisco de León, o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana», «La estatua de El Venezolano. Guzmán, o un destino frustrado».

Vol. 7 Ensayos y polémicas
Una ojeada al mapa de Venezuela, *Dos reportajes: «Mechurrios-Lagunillas de Agua» y «El Garage».*

Polémica y panfletos. «Un poeta y un panfletista», «Venezuela es un cuartel…», «El alma venezolana a través de su literatura y de su historia».

Ensayos biográficos. «El árbol del buen pastor», «La juventud de Andrés Bello», «Fermín Toro», «Tres apuntes sobre la vida de Juan Vicente González», «Rafael Arvelo», «Arístides Rojas. Anticuario del Nuevo Mundo», «Manuel Díaz Rodríguez», «José Antonio Ramos Sucre», «Teresa de la Parra», «El fracaso de una vida: Rufino Blanco Fombona», «Las huellas de Pérez Bonalde», «Ernst (1832-1899)», «La escuela de primeras letras de don Simón Rodríguez», «Abigaíl Lozano».

Vol. 8 Escritos finales
Viaje por el país de las máquinas, *Bajo el samán*.

Vol. 9 Biografía intelectual:
Entre las sombras y el incendio (A. Bruzual), primera parte.

Vol. 10 Biografía intelectual:
Entre las sombras y el incendio (A. Bruzual), segunda parte.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

Nació en Valencia, estado Carabobo, el 20 de mayo de 1895. Ya antes de su traslado definitivo a Caracas, en 1910, había dado muestras de su interés por la escritura creativa, el periodismo de opinión y el estudio de la historia, las tres áreas fundamentales de su desarrollo intelectual. Inició en 1916 sus colaboraciones en periódicos nacionales, actividad que lo convertiría en una incómoda «conciencia social» de su época. Llegó a escribir artículos diarios en varios medios nacionales, siempre crítico del acontecer político e intelectual, actividad que lo llevó a prisión durante la presidencia de Eleazar López Contreras.

Ocupó cargos diplomáticos y acompañó en Margarita al escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez, presidente del estado Nueva Esparta en 1925, para fundar el *Heraldo de Margarita*, el cual dirigió hasta febrero del año siguiente. Allí concibió su más importante obra, *Cubagua*, si bien la escribiría entre 1928 y 1930, y la publicaría un año más tarde en París.

Su proyecto narrativo lo completan algunos cuentos, en particular, los tres relatos de *Don Pablos en América*, escritos en la década de 1920, pero publicado solo en 1932. Sus otras novelas concluidas fueron *Sol interior* (1918)**,** *Después de Ayacucho* (1920) y *La galera de Tiberio* (1938).

Entre sus trabajos de corte histórico destacan *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal* (1942), *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana* (1945), *Miranda, o el tema de la libertad* y *Juan Francisco de León, o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana* (1950), *La estatua de El venezolano: Guzmán o el destino frustrado* (1963), así como textos vinculados con su desempeño como primer cronista de la ciudad de Caracas, a partir de 1945 (y hasta su muerte, apenas con una breve interrupción). En ese cargo escribió uno de sus libros más conocidos, *La ciudad de los techos rojos. Calles y esquinas de Caracas,* en 1947, con el cual obtuvo el Premio Municipal de Literatura un año más tarde, coincidiendo con su incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

Muchos de sus artículos periodísticos fueron en realidad enjundiosos ensayos sobre los más variados temas, los que seleccionó para su publicación, en particular, en *Viaje por el país de las máquinas* (1954), sobre su experiencia en los Estados Unidos, y *Bajo el samán* (1963), una suerte de testamento intelectual. Murió en Caracas, el primero de octubre de 1964.

ALEJANDRO BRUZUAL

Egresado de la Universidad Central de Venezuela, es PhD en Literaturas Latinoamericanas de la Universidad de Pittsburgh, Pensilvania, y profesor ejecutante de guitarra de la Escuela de Música Pablo Castellanos, en La Guaira. Se ha dedicado al estudio de la guitarra latinoamericana y al tema de las vanguardias históricas continentales, en particular al análisis y edición crítica de la obra de Enrique Bernardo Núñez. Cuenta con más de veinte libros publicados, algunos de los cuales han sido traducidos a otros idiomas, y han recibido premios en las menciones poesía, investigación literaria, musicológica y cinematográfica. Fue profesor de la escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y miembro fundador y presidente de la Sociedad Venezolana de Musicología. Es investigador de planta del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos.

Enrique Bernardo Núñez

2

Obras Reunidas

Buena parte de la narrativa breve de Enrique Bernardo Núñez fue conocida gracias al esfuerzo de recopilación hemerográfica de Néstor Tablante y Garrido, publicado bajo el título de *La insurgente y otros relatos*. Se presenta aquí revisado y confrontado con materiales de archivo, a lo que se suma *Don Pablos en América*, editado por primera vez en 1932, así como algunos escritos inéditos que completan un aporte fundamental al proceso de renovación literaria venezolana de la tercera década del siglo. En estos relatos se pueden documentar las principales preocupaciones estéticas y temáticas expresadas en sus novelas, así como se encuentran anuncios de buena parte del resto de su obra. En muchos sentidos, es esta la fragua de su peculiar escritura. Incluimos, como revelación editorial, la reconstrucción de un texto que estaba destinado a ser otra novela, que nunca concluyó, «Servicio de Aguas», de inquietante sentido biográfico y social.

CELARG
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE RÓMULO GALLEGOS

ISBN: 978-980-399-096-1